CUALQUIER COSA QUE TÚ PUEDAS HACER.
YO PUEDO HACERLA MALVADA.
¡DILO!
DAMA DE NOCHE
MATA LOBOS
ADVERSARIA DEL VILLANO
BANDEJA DE ENTRADA BUENA
BANDEJA DE SALIDA MALVADA
CÓMO SER UN MAL JEFE
MALDAD AVANZADA
TENGO MI CALDERO EN MARCHA
QUIZÁ PLANEE UN GOLPE
ESCRIBE TU HISTORIA DE VILLANO
MUERTE Y DESMEMBRAMIENTO
HANNAH NICOLE MAEHRER

HANNAH NICOLE MAEHRER

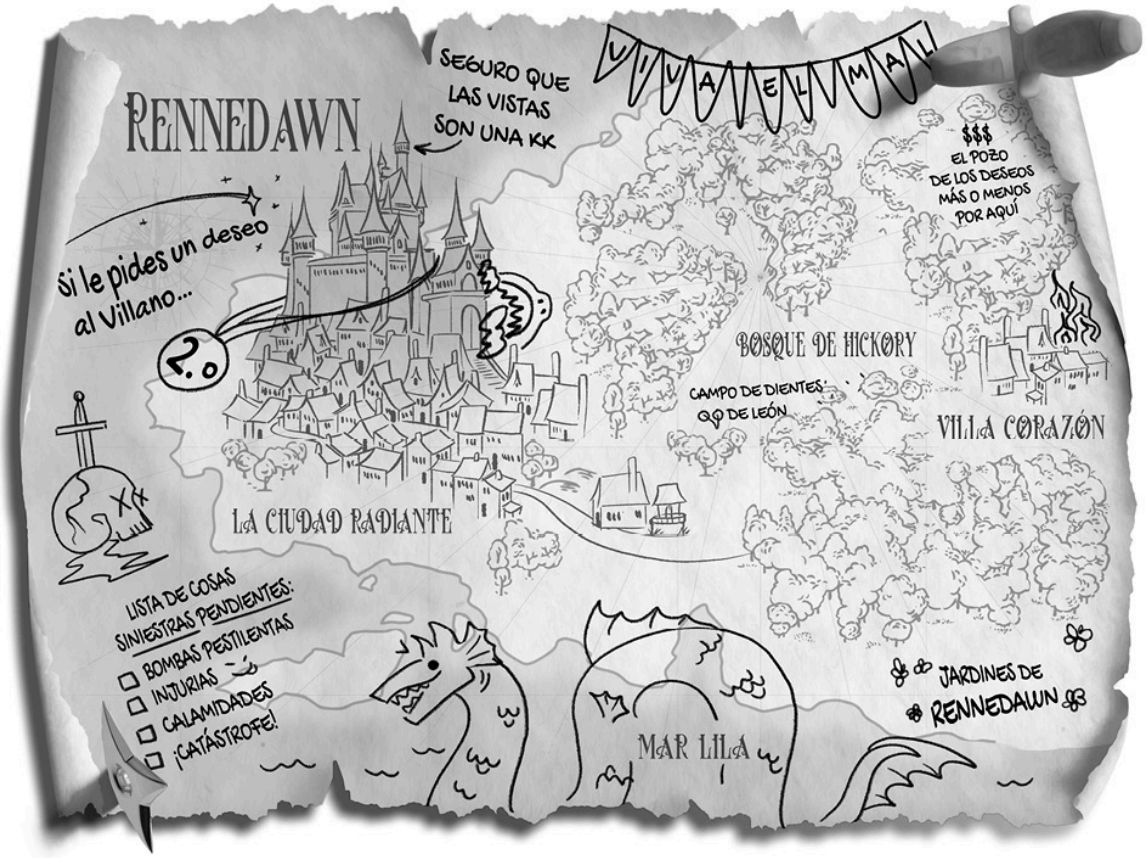
ADVERSARIA DEL VILLANO

Traducido del inglés por Nerea Gilabert Giménez

FAERIS

A mi marido, Michael,
por demostrarme que el amor en el mundo real
también puede ser mágico.

Y para todos vosotros: así es como creo que
sería ser la adversaria moralmente cuestionable
de un villano fantástico


RENNEDAWN
SEGURO QUE LAS VISTAS SON UNA KK
VIVA EL MAL
$$$ EL POZO DE LOS DESEOS MÁS O MENOS POR AQUÍ
Si le pides un deseo al Villano...
¿?.o
BOSQUE DE HICKORY
CAMPO DE DIENTES DE LEÓN
VILLA CORAZÓN
LA CIUDAD RADIANTE
LISTA DE COSAS SINIESTRAS PENDIENTES:
BOMBAS PESTILENTAS
INJURIAS
CALAMIDADES
¡CATÁSTROFE!
MAR LILA
JARDINES DE RENNEDAWN

Adversaria del villano es una novela de romance y fantasía para partirse de risa en la que aparecen lenguas cortadas y cuidadosamente catalogadas en informes posteriores a la tortura y reuniones tremendamente inútiles que podrían haber sido una misiva por cuervo mensajero. Además, la historia contiene elementos que pueden no ser adecuados para todos los lectores, como sangre, muertes, batallas, lesiones graves, referencias a torturas, escenas sexuales, traición y abandono parental, lenguaje explícito, deterioro medioambiental, conversaciones sobre cocinar y comer humanos, acoso, consumo de alcohol, peligro de ahogamiento y la muerte de un animal. Aquellos lectores que seáis sensibles a estos temas, por favor, tenedlo en cuenta.

PRÓLOGO

Érase una vez…

No era habitual que uno *detestara* que acabase la semana laboral, el último día de tortura antes del ansiado respiro del fin de semana. Sin embargo, tampoco lo era que una oficina estuviese dirigida por el villano más notorio del reino.

El caso es que ese villano *aborrecía* el fin de semana.

Trystan Maverine no estaba seguro de por qué motivo había empezado a sentir esa ira tan profunda y fulminante. Quizá fuera el silencio opresivo con el que se despertaba a la salida del sol los sábados por la mañana. O el hecho de que hubiera comenzado a evitar la cocina y los aposentos de Tatianna por miedo a que su antigua vida se colara en la nueva, la única que conocería hasta el día de su inevitable muerte. Puede que fuera porque, durante los días libres de sus trabajadores, no podía ejercer el propósito de su vida actual: hacer el mal. No obstante, últimamente, lo que más empezaba a odiar era la ausencia…, su ausencia. La de ella.

Evie Sage llevaba menos de cuatro semanas a su servicio. ¿De verdad solo había pasado un mes? Tenía la sensación de que eran años. Años confusos, agotadores y también angustiosos. Y aun así, en ese tiempo, su asistente había demostrado ser sorprendentemente capaz de satisfacer todos sus caprichos malignos, adaptándose a su forma de hacer las cosas con una sonrisa tan amplia y reluciente que le sorprendía que aún no se le hubiera desencajado la cara.

Al parecer, a quien había desencajado era a él.

El sonido de una risa melodiosa se coló por la rendija abierta de la puerta de su despacho. Sabía quién era la culpable, ¿cómo no iba

a saberlo? Si el sonido en sí no la delataba, el mero hecho de estar riendo ya era indicio suficiente. Nadie se había atrevido a reír en la oficina de El Villano antes que ella, al menos no lo bastante alto como para que él lo oyera.

Aquello bastó, en ese último y lúgubre día de la semana laboral, para colmar el vaso de su paciencia de tirano.

—¡Sage! — rugió, abriendo la puerta de un manotazo.

La risa cesó, gracias a los dioses, pero, cuando su asistente se volvió hacia él, vio que la sonrisa seguía en su sitio y eso le hizo sentir un poco como si la hubiera usado como un arma arrojadiza contra su cabeza. A lo mejor por eso de repente se sentía mareado. Carraspeó con la esperanza de que ella no se hubiese percatado de que casi se tropieza al verla, y en ese instante se dio cuenta de que Sage no estaba hablando con nadie. ¿Qué la había hecho reír tanto? Fue entonces cuando vio los papeles que tenía en las manos.

—Está catalogando mi sesión de tortura de esta mañana, ¿correcto?

Ella asintió enérgicamente y unos cuantos rizos que se habían soltado de las horquillas rebotaron siguiendo el movimiento.

—Sí, por supuesto, señor. ¡Lo tendré listo enseguida!

—¿Es en la que le he cortado la lengua a un hombre y lo he obligado a tragársela?

Ella parpadeó.

—Sí, señor. ¿Desea que catalogue algún otro incidente de la misma…? — Se quedó callada un segundo y arrugó la nariz mientras reflexionaba—. ¿Índole?

Si alguna vez en su vida Trystan se hubiera permitido soltar una carcajada, habría sido justo en ese instante.

—No, Sage. — Hizo una pausa y luego continuó—: Aunque admito que siento curiosidad por saber qué es lo que le parece tan divertido.

Ella se sonrojó tanto que casi podía sentir el calor que le emanaba de la piel a pesar de estar a una distancia prudencial.

—Ay, es una tontería.

Él se la quedó mirando fijamente.

Sage empezó a juguetear con la trenza, enrollándose el extremo alrededor del dedo.

—¡No me refiero al acto de tortura en sí, por supuesto! Eso no es ninguna tontería. Es que estaba escribiendo los detalles sin prestar mucha atención y, al bajar la vista, me he fijado en que había escrito que el hombre se había… *trabado* la lengua en vez de «tragado»… — Se le escapó otra risita y se tapó la boca con la mano.

Él siguió observándola y soltó un bufido de incredulidad.

—¿Que se había… trabado la lengua?

—¡Sí! Ya sabe, esa expresión que hace referencia a cuando nos equivocamos al hablar y balbuceamos algo sin sentido. Y me ha entrado la risa porque el pobre hombre no podía haberse trabado la lengua. Más que nada porque usted…, bueno, eh…, se la había cortado — concluyó con una mueca avergonzada, aunque sin darle tregua a esa amplia sonrisa.

Él notó que las comisuras de su boca se curvaban hacia arriba sin poder controlarlas y tuvo que apartar la mirada.

—Lo lamento, señor. No era mi intención ofenderlo con mis divagaciones.

—No me ha ofendido — respondió con brusquedad. Detestaba que esta mujer tuviese semejante efecto sobre él. Por suerte, había pocos testigos. Solo quedaban un par de trabajadores y, aparentemente, todos estaban recogiendo sus cosas. Entre ellos, Rebecka Erring, que los observaba con unos ojos que percibían más de lo que resultaba conveniente.

—¿A usted alguna vez se le traba la lengua, señor?

Su inesperada pregunta lo devolvió a la realidad y lo dejó desconcertado, puesto que no recordaba la última vez que alguien le había preguntado algo de carácter personal. Más aún cuando se dio cuenta de que no había ningún atisbo de miedo en ella; en esos ojos azules que lo miraban solo había curiosidad.

—¿A usted qué le parece, Sage? — inquirió arrastrando las palabras, enterrando el ansia de escuchar su respuesta a tanta

profundidad que habría que partir la Tierra por la mitad para alcanzarla.

Ella lo miró de arriba abajo y él resistió el impulso de enderezar los hombros, preguntándose qué estaba observando.

—No estoy segura — contestó finalmente—. Lo que sí sé es que a mí nunca me pasa, pero porque mi boca no espera a que a mi cerebro se le ocurra qué decir, ella va por libre.

Algo había notado, sí. Y no solo lo había notado, sino que también le resultaba entrañable, aunque de la forma más repugnante posible — si es que algo podía resultarle entrañable a un hombre nacido para sembrar el mal—. No obstante, esa falta de filtro le parecía refrescante… y a menudo lo llevaba a preguntarse cómo esa mujer había llegado tan lejos en la vida sana y salva.

Aunque también es verdad que había terminado trabajando para él.

—Desde luego, es usted una persona involuntariamente honesta, Sage — dijo con total seriedad.

Ella sonrió radiante, como si acabara de decirle que tenía el pelo hecho de oro y los ojos salpicados de diamantes.

—Qué amable por su parte, señor.

En algún lugar del mundo, un duendecillo acaba de perder las alas, pensó con sarcasmo.

Se pellizcó la nariz y soltó un suspiro.

—No era mi intención ser amable.

Sin embargo, su gratitud bien podría haber sido una roca, dado que la sintió como un golpe en el pecho. Por lo general, detestaba cualquier forma de alegría, pero este era un sentimiento completamente nuevo: la presencia de esa mujer le provocaba un malestar constante en el estómago. Se preguntó qué pensaría ella si la comparara en voz alta con una intoxicación alimentaria.

—Termine con esto y váyase a casa — le ordenó para evitar hacer alguna tontería, como equiparar el efecto que ella le causaba al de un pescado en mal estado. Lo cual habría sido igual de deshonesto que de ridículo, dado que aquella condenada mujer siempre olía a

los caramelos de vainilla que comía a diario (sospechaba que iba a caramelo por hora).

Dio media vuelta para no verla más, con la esperanza de que esos dos días de ausencia le dieran tiempo suficiente para borrar de su memoria aquella horrible interacción.

Pero entonces ella se levantó de la silla, arrastrándola por el suelo de piedra, mientras lo llamaba.

—Señor, antes de irme… ¿puedo preguntarle cuál es la política de la empresa sobre las relaciones sentimentales entre compañeros de trabajo?

A la porra.

Esa interacción se iba a quedar grabada a fuego en su cerebro.

Se giró hacia ella despacio.

—A mi despacho — respondió con frialdad—. Ahora.

Ella se apresuró a seguirlo, entró tras él y se fue hacia la esquina para coger la silla en la que solía sentarse, la misma que se había convertido en el centro de una tácita guerra diaria. El primer ataque había sido perpetrado por él al empujar el asiento lo más lejos posible del escritorio, seguido de ella ignorando por completo esa acción y acercándolo de nuevo.

Desde entonces, se había convertido en una especie de ritual y, a pesar de su evidente irritación, no le había dicho en ningún momento que parara. Se limitaba a observarla con el rostro impasible. No la ayudaba cuando la silla, inevitablemente, se atascaba en las baldosas irregulares del suelo; de hecho, encontraba un morboso entretenimiento en verla tropezar mientras la arrastraba y se deleitaba con su adorable ceño fruncido al sentirse traicionada por aquel objeto.

Debía arreglar las baldosas del suelo.

No lo iba a hacer.

Pero probablemente debía.

Cuando por fin soltó la silla y se sentó, él caminó con parsimonia hasta su asiento al otro lado de la mesa. El nerviosismo de Sage era palpable. Intentó disfrutarlo.

—¿Sería tan amable — preguntó con voz grave, cruzando las manos sobre el elegante escritorio negro y echando los hombros hacia atrás— de decirme por qué le interesan las normas de confraternización en la empresa?

No parecía intimidada, aunque, a decir verdad, nunca conseguía provocarle ese efecto por mucho que lo intentara. Era un misterio por qué seguía probando suerte cuando cada vez estaba más claro que a ella le encantaba. También era un misterio qué carajos le importaba a él si ella quería fraternizar con sus compañeros de trabajo.

Románticamente.

Sage no percibía su creciente ira. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, frunció los labios y empezó a juguetear con las manos.

—Uno de los chicos de contabilidad ha insinuado que este fin de semana estaría…, eh…, dispuesto a profundizar en nuestra relación fuera del ámbito laboral. Le he dicho que tenía que comprobar si eso rompía alguna regla.

Lo único que se iba a romper eran los huesos del condenado cerebrito de las matemáticas que se había atrevido a hacerle semejante propuesta.

Aquello era un lugar de trabajo, no una agencia matrimonial.

Reymundo se subió al escritorio de un salto, sosteniendo dos cartelitos que indicaban que sabía lo que estaba pensando Trystan.

VAYA TELA.

Trystan agarró los cartelitos sin miramientos y los lanzó por la ventana.

Sage se lo quedó mirando con cara de incomprensión y luego le sonrió a Reymundo, quien se acurrucó en su palma.

—¿Qué quiere decir con «profundizar en nuestra relación»? — preguntó él, en apariencia impasible, pero con el corazón acelerado como si estuviese huyendo. En este caso, lo que lo perseguía era una emoción humana básica.

—Tener una cita — aclaró ella, mirándolo con la cara de preocupación que normalmente se pone al hablar con un anciano que siempre pierde las llaves de casa. Después soltó un suspiro y se señaló el pecho—. Admito que al principio a mí también me desconcertó, porque creía que todos los de la oficina me encontraban rara.

—Es que *es* rara — respondió él como acto reflejo, y tuvo que reprimir el impulso de darse un cabezazo contra la mesa de madera.

—Gracias por la confirmación — replicó Sage con sarcasmo, haciendo un gesto con la mano.

Era rara, sin duda, pero cualquier persona normal debía ser capaz de ver que también era un ser extraordinario y excepcional; alguien que no se inmutaba ante los informes de lenguas cortadas e incluso encontraba motivos para reírse mientras los redactaba; alguien que nunca parecía quedarse sin comentarios estrambóticos que soltar cuando la situación se ponía tensa, que era justo lo que debía de pensar que estaba pasando ahora.

Sage comenzó a divagar y sus palabras resonaron en los oídos de Trystan de la forma más terrible posible.

—La última vez que alguien me cortejó, la cosa acabó fatal — explicó desviando la mirada—. Éramos totalmente incompatibles. Bueno, físicamente no, claro, aunque tampoco es que en ese aspecto fuera nada del otro mundo. — Se tapó la boca con la mano—. Supongo que podría haberle ahorrado esa parte. — Las palabras sonaron amortiguadas, pero denotaban vergüenza.

Sí, podría habérsela ahorrado, dado que la mera mención de esa escena lo obligaba a pensar en su asistente en términos físicos. Lo cual no consiguió alterar la serenidad de su expresión facial, aunque, si a ella se le ocurría bajar la mirada, descubriría que tenía los nudillos blancos de tanto apretar el borde del escritorio.

Debería haberle dicho que aceptara. Pensó que, con un poco de suerte, se enamoraría de uno de sus empleados y lo dejaría en paz de una vez por todas.

No era relevante que el mero hecho de plantearlo le causara náuseas.

Quizá había comido pescado en mal estado y ahora la podredumbre le estaba contaminando la sangre, volviéndolo loco.

—Las relaciones sentimentales entre compañeros no están permitidas. De hecho, están estrictamente prohibidas — soltó sin pensar, y de repente comprendió lo duro que era vivir como Sage: con una boca que se adelantaba al cerebro—. Sin embargo — añadió tratando de contenerse—, si usted tiene muchas ganas de conocer mejor a ese individuo a pesar de la política de la empresa… — se tragó las palabras como quien se traga un cuchillo de carnicero —… podríamos hablar con la señorita Erring para barajar una posible excepción.

Ella agitó las manos mientras negaba con la cabeza. Trystan nunca había sido ni sería jamás un experto en emociones humanas, si bien habría jurado que los hombros de su asistente se relajaron por el alivio más que por la decepción.

—¡No, no! ¡No hace falta! Gracias por el ofrecimiento, pero debo admitir que esperaba que me dijera que no — contestó; después exhaló y se llevó una mano al pecho.

Él arqueó una ceja, esperando pacientemente a que continuara y preguntándose en qué punto se había perdido, dado que no entendía nada.

—Me lo ha propuesto delante de todo el mundo a la hora del almuerzo — explicó Sage en voz baja—. No me apetecía aceptar, pero tampoco quería avergonzarlo, así que le he dicho que primero tenía que consultarlo con usted.

¿El hombre se lo había pedido delante de más gente? Ni siquiera Trystan era tan torpe como para incomodar tanto a una mujer, y menos a una que parecía siempre tan dispuesta a complacer a los demás. Aquello era abusivo.

La ira volvió a expandirse por su interior, esta vez con una potencia insólita.

¿Desde cuándo me sorprende mi propia ira?

—Hágame el favor de decirle que, si insiste, habrá consecuencias — respondió Trystan con una frialdad que hizo temblar incluso a Reymundo.

Un atisbo de vulnerabilidad se reflejó en el rostro de Sage.

—Gracias, señor. Es un alivio. — Se le suavizó la mirada—. Aunque supongo que será un alivio mayor cuando se lo diga. Espero que no se sienta demasiado ofendido.

La idea de que alguien, especialmente un hombre que trabajaba para él, pudiese vejarla de cualquier forma ante aquella negativa le resultaba tan insoportable que se levantó de la silla.

—Puedo darle yo mismo la noticia, si eso la ayuda.

Quien dice darle la noticia dice empujarlo por el tejado.

—Ay, no hace falta. — Ella se rio y exhaló un suspiro que llevaba tiempo conteniendo—. Me siento un poco cobarde, la verdad. Debería haberlo rechazado en cuanto me lo pidió.

Era absurdo. No había nada ni remotamente parecido a la cobardía en esa mujer, a pesar de los denodados esfuerzos de Trystan por evocarla.

—¿Por qué no lo hizo? — preguntó él.

—Bueno… — Realizó una pausa, como si estuviera meditando sus siguientes palabras—. Creo que es bastante difícil decirle que no a alguien cuando no sabes cómo va a reaccionar.

Todos los músculos del cuerpo de El Villano se tensaron.

—¿Temía que le hiciera daño?

Esa pregunta era peligrosa, pero, justo después de formularla, el sol poniente se coló por la ventana e iluminó el lugar exacto donde ella estaba sentada, como si también suplicara un cambio de tema. La luz que se reflejaba sobre su cabello oscuro hizo que el azul de sus ojos pasara de suave a penetrante.

Todos los pensamientos de Trystan se desvanecieron en un instante.

Ella no respondió a su pregunta, solo sonrió, entrecerrando ligeramente los ojos.

—Parece que la luz del sol ha querido unirse a la conversación para aportar un toque de alegría.

¿Alegría? No. Tal vez para alejar la oscuridad y aportar seguridad, para lograr que aquella interacción fuera más soportable, si bien era cierto que, al verla disfrutar, lo que sentía en el pecho era lo más parecido a la felicidad que había experimentado en mucho tiempo.

Haciéndose sombra con una mano sobre los ojos, Sage ladeó la cabeza.

—¿Por qué su ventana es una de las pocas que carecen de esas preciosas vidrieras?

—Porque representaba una escena demasiado feliz para mi gusto — murmuró él, recordando el día en que la había desmontado pieza a pieza antes de ordenar a sus guardias que se la entregaran a la persona que más lo había traicionado.

Sage se enderezó.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo de feliz?

Con una ceja enarcada, observó la ventana de reojo.

—Representaba a dos amantes en un campo de flores. Intentaban alcanzarse, pero no llegaban a tocarse.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Y eso le pareció que era *feliz?*

—Me pareció molesto y poco agradable a la vista. — Resopló. El sol seguía iluminando con saña el lugar donde ella estaba sentada, provocando que todo su cuerpo resplandeciera. Por un momento, deseó que ella también fuera… molesta y poco agradable a la vista.

Por desgracia, era encantadora.

¿Encantadora?

Maldita sea.

Carraspeó y volvió a centrar la conversación en el tema que los ocupaba.

—No se preocupe, Sage, me aseguraré de mandar un recordatorio a todo el personal acerca de nuestra estricta política antifraternización. Voy a pedirle a Keeley que la acompañe a casa. Disfrute del fin de semana.

Claramente desconcertada ante aquella abrupta despedida, se puso de pie y asintió. Tenía los ojos llenos de interrogantes mientras se alejaba de la luz del sol, que ahora que ella ya no estaba parecía más tenue. Trystan pensó que sin duda se le estaba yendo la pinza.

—Gracias, señor. Espero que disfrute de unos días de descanso.

Permítame que lo dude.

—Váyase antes de que revoque mi generosidad y le haga limpiar el suelo de la cámara de tortura.

Esbozó una mueca que, de no haber sido por su incapacidad para apreciar el humor, le habría parecido cómica. Lo cual era una prueba más de lo ridícula que era.

—¡Uf, no! — Puso cara de asco—. Señor, le ruego que la próxima vez utilice la lona que le compré.

—Váyase — le ordenó.

Y se fue, dejando atrás su aroma a vainilla para torturarlo. Cerró los ojos, inspiró y odió que aquel olor lo calmara.

Hizo ademán de volver a colocar la silla en la esquina para recuperar el control de la situación, pero entonces recordó cómo la luz le había iluminado el rostro ahí sentada. Se quedó mirando el objeto un momento, pensativo.

Después decidió dejarla donde estaba.

La batalla silenciosa entre ellos había llegado a su fin.

Y estaba claro quién había ondeado la bandera blanca.

Al salir con paso firme hacia la sala principal, vio a Rebecka Erring recogiendo sus cosas. Al acercarse, ella se enderezó.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarle antes de irme, señor?

—¿Cuál es nuestra política sobre fraternización entre empleados?

Los enormes ojos de la mujer se agrandaron hasta sobrepasar el borde de sus gafas.

—No tenemos ninguna. En contra de mi recomendación, debo añadir. Sin embargo, los trabajadores no suelen socializar en la oficina, excepto si usted les da permiso.

—Yo nunca doy permiso — repuso él.

Ella arqueó una ceja.

—Exacto.

—Encárguese de redactar una, y de que quienes la incumplan se atengan a las consecuencias.

—¿Con consecuencias se refiere a un despido?

—Entre otras cosas — contestó con sequedad.

La señorita Erring no se lo pensó dos veces antes de responder:

—Me aseguraré de que los demás trabajadores estén al tanto, señor. Y también de que Thomas no vuelva a pedirle a la señorita Sage que se involucre sentimentalmente con él.

¿Thomas? ¿Ha sido Thomas? Ese enano escuálido…

—¿Usted lo sabía? — la acusó.

—Le ha hecho unos comentarios tan inapropiados que todo el mundo se ha enterado — dijo la señorita Erring cruzándose de brazos—. Si me hubiera hablado así a mí, le habría clavado mi abrecartas favorito en el corazón.

Tres pensamientos se manifestaron a la vez: el primero era que Sage había minimizado el encuentro; el segundo, que la señorita Erring era mucho más despiadada de lo que creía; y el último… Bueno.

Por primera vez, estaba deseando que llegara el fin de semana.

Salió de la sala con paso firme, oyendo cómo la señorita Erring le preguntaba a sus espaldas:

—¿Adónde va?

Dejó que su poder lo envolviera en oscuras oleadas. Al responder, su voz no era más que un susurro en el silencio de la oficina, ahora vacía.

—A colocar la lona.

Bajo ninguna circunstancia era recomendable adoptar el papel de adversario de El Villano.

CAPÍTULO 1

EVIE

Evie Sage apuntó con su daga a la garganta de Trystan Maverine.

—No me dejes en vilo, Evangelina.

Era sorprendente que aquella situación la hubiese pillado desprevenida. Sobre todo teniendo en cuenta que la noche anterior le habían arrebatado su identidad y la habían sustituido por una nueva. Si algo debía haberla dejado impactada eran las acciones de sus padres, los cerebros que la habían llevado a convertirse en villana.

O, más bien, la habían devuelto a su estado natural.

Su destino estaba escrito. La profecía de *La historia de Rennedawn* le había asignado ese papel y sus padres habían utilizado la magia y la manipulación para pasárselo a otra persona.

La misma persona que estaba empujando su piel contra el filo de la daga.

Respirando con dificultad en aquel estudio a oscuras, en lo más profundo de la Mansión Masacre, Evie abrió los ojos a pesar del aturdimiento inducido por el sueño y vio a Trystan. Su voz grave retumbaba en la penumbra de una habitación en la que nunca había estado; una en la que había entrado por error hacía unos instantes.

—Será más rápido si le das a la arteria. —Le agarró la muñeca y la atrajo hacia sí, sujetándole la mano con más firmeza contra la piel

de su cuello.

Con el corazón acelerado, Evie tragó saliva. Observó los ojos oscuros de Trystan a la tenue luz de las velas, con el resplandor del amanecer de fondo, y fijó la mirada en sus labios. La enorme mano incrementó la presión en la muñeca sin intención de soltarla, mientras que la otra se aferró a su cadera, tirando de ella hasta que pudo distinguir la sonrisa dibujada en los labios de Trystan.

—No ha tenido ninguna gracia —susurró indignada, esperando que no percibiera el deseo en su voz, la innegable necesidad de dejarse caer en sus brazos como la princesa de uno de sus libros.

Sin embargo, Evie Sage no tenía nada de princesa.

De hecho, si había un miembro de la casa real en esa sala, técnicamente era el hombre que tenía delante. Se aguantó la risa ante la imagen de Trystan con una tiara.

—Suéltame —le ordenó, moviendo la muñeca e intentando retroceder, pero él la sujetaba con firmeza.

—Jamás —respondió con voz tranquila, y luego la soltó tan rápido que casi pierde el equilibrio, pero por suerte logró sujetarse a una de las estanterías polvorientas.

—Me has asustado —susurró a modo de explicación mientras guardaba la daga. La llevaba en un cinturón que se había puesto antes de escabullirse de su dormitorio.

No se atrevía a volver al despacho, y menos ahora, con el recuerdo de Benedict mancillando su único refugio, destruyendo su sentido de la identidad con total indiferencia.

«Sí, Trystan siempre estuvo destinado a ser el príncipe verdadero de la profecía. Y usted, querida, siempre ha estado destinada a ser La Villana».

La magia negra que antes estaba a las órdenes de él ahora se agitaba bajo la piel de Evie, acercándose a la superficie, pidiendo que la invocara, que la persona destinada a manejarla desde un principio la usara. Se arremolinó a sus pies, jugando con los lazos de la parte superior de sus zapatillas, rozando el bajo de su camisón.

—Te pido disculpas —murmuró él, arrodillándose junto al fuego de la chimenea. Empujó los troncos con el atizador y las llamas le bailaron en el rostro—. No te he oído entrar.

—No podía dormir y he visto que había una luz encendida —contestó caminando hacia él y sentándose en el gran sillón acolchado. Dobló las piernas y se abrazó las rodillas contra el pecho—. ¿Para qué sirve esta habitación? ¿Es una biblioteca? ¿Un estudio?

Él no se volvió para mirarla, pero ella captó cómo se le tensaban los músculos de la mandíbula y fruncía el ceño mientras se concentraba en empujar otro tronco.

—Ambas cosas, supongo. Cuando encontré la mansión, esta era una de las pocas habitaciones que el paso del tiempo había dejado intacta. Solo había algo de polvo y escombros que se limpiaron fácilmente. Venía aquí en busca de consuelo cuando mis pensamientos y mi ira se volvían demasiado turbulentos.

—¿Cómo es que nunca la había visto? —El corazón de Evie latió con fuerza al formular la pregunta. Detestó la vulnerabilidad que emanaba de sus palabras.

Trystan dejó el atizador sobre la mesa, flexionó el brazo a un lado del cuerpo mientras se ponía de pie y, por fin, se giró hacia ella. Evie deseó que no lo hubiera hecho. Era devastador contemplar los rasgos marcados de su hermoso rostro. Los ávidos ojos de Evie captaron cada sutil cambio de emoción cuando él señaló con un gesto la parte de la habitación que estaba separada por una cortina.

—Ha estado en reparación durante las últimas semanas. Los constructores mágicos acaban de terminarla.

Un recuerdo afloró en su mente y la alejó de esa estancia para llevarla a un día que no iba a olvidar fácilmente. El tictac. Ella corriendo. La bomba. Había explotado en esta torre. Por eso había visto libros tras las paredes derruidas.

Había lanzado el explosivo a la altura de su santuario.

«Nada de lo que había ahí era valioso, no tanto como… No había nada importante».

Trystan había utilizado esas palabras para tranquilizarla cuando ella lloraba por el daño que había causado.

—Me mentiste —lo acusó, levantándose sin más preámbulos y apuntándolo al pecho con un dedo a pesar de su mirada de advertencia.

—No —gruñó él, aparentemente enfadado por la acusación, y luego se pasó una mano por el pelo y se dirigió con paso firme hacia las cortinas para apartarlas y revelar los muebles recién reparados. También había libros chamuscados por las llamas en proceso de conservación.

—Dijiste que lo que había aquí dentro no era importante. —Las lágrimas de ira que se le acumulaban en los ojos eran igual de indeseadas que de exasperantes. La magia se replegó expectante, animada ante aquel destello de emoción, pero usarla era como agarrar una cinta de seda: se le escurría entre los dedos en cuanto la tocaba—. Nunca me contaste que había destruido tu refugio sin querer.

—Es que no era importante —replicó él, analizándole el rostro con ojos sinceros—. Sobre todo si la alternativa era perderte.

—Quizá ese fue tu error. —Algo oscuro y desagradable se estaba soltando en su interior, sacando a la superficie miedos y ansiedades irracionales—. A lo mejor el destino intentaba corregir lo que habían hecho nuestros padres y solo pospusimos lo inevitable. —No era el exceso de emoción en su voz lo que la asustaba, sino la ausencia de la misma—. Quizá La Villana está destinada a morir y el príncipe a vivir su final feliz.

Se acercó tan rápido que Evie no tuvo tiempo ni de jadear antes de que él la agarrara por ambos brazos y la sacudiera ligeramente.

—¡Basta! ¡No vuelvas a decir eso jamás! —Su mirada rebosaba rabia. La fría fachada que tanto le gustaba mostrar había desaparecido y lo que quedaba era…

Embriagador.

Él notó el cambio en la energía de Evie de inmediato y deslizó la mano por el costado de su cuerpo mientras se inclinaba hacia ella

con los ojos cerrados. ¿Le resultaba dolorosa esa proximidad? Tampoco era tan descabellado pensar que sí. Estaban predestinados a ser enemigos, eran arquetipos opuestos en la misma historia.

Ella había nacido para causarle dolor.

El valeroso príncipe, atormentado por la malvada villana.

Con la de veces que lo había incordiado e incomodado aproximándose a él… ¿Esos acercamientos eran inocentes o estaba alimentando un impulso grabado a fuego en su alma, el de hacerle daño?

Por los dioses, ¿y si se lo hacía? El pensamiento la invadió, dejando heridas abiertas a su paso.

No puedes ser feliz, espetó una voz insidiosa que se parecía demasiado a la suya. Lo dijo como si fuera un hecho. *Por eso todo el mundo te deja siempre atrás. Por eso, por mucho que intentes mantenerte alegre y positiva, siempre acabas mal. Las cosas siempre te saldrán mal.*

El bucle de pensamientos se volvió insoportable.

Entreabrió los labios y notó que el pecho se movía tan rápido como su respiración. Sintió un calor palpitante cuando los ojos de Trystan se posaron en su boca y se quedaron allí mientras volvía a hablar.

—Sé que estás sufriendo. Sé que estás confundida. Pero, por los dioses, no menosprecies el sacrificio de Arthur insinuando que deberías haber muerto ese día. Ni ningún otro.

Recordar la muerte de Arthur, cuyo cuerpo en ese momento iba de camino al pueblo natal de Trystan, la destrozó.

Él observó con horror cómo su rostro se desencajaba y caía de rodillas. La magia la rodeó y unos sollozos intensos la sacudieron al tiempo que balbuceaba:

—Lo siento. No quería… provocar esto, no sé cómo…

Antes de que pudiera soltar otra palabra, Evie estaba en sus brazos. Apoyó una mano en su nuca mientras ella lloraba contra su hombro, aferrándose a su camisa.

—Yo sí que lo siento. —El murmullo de su voz retumbándole en el pecho la hizo suspirar. Se acurrucó aún más contra él—. Cariño, mírame.

El término afectivo le resultó tan impactante que se apartó de repente, contemplándolo con desconcierto.

—¿Qué has…? ¿Me acabas de llamar «cariño»?

—Creo que, de todas las revelaciones que hemos tenido últimamente, esta debería ser la menos sorprendente —respondió él con tono seco.

Ella lo miró atónita y él cerró los ojos con fuerza, suspirando exasperado. Cuando por fin los abrió, estaban llenos de una diversión a regañadientes.

—Quiero mostrarte algo.

Sin previo aviso, la agarró por la cintura y la hizo girar. Su tacto fue superficial, pero, aun así, a Evie se le erizó la piel de los brazos. La sujetó por los codos y ella se dejó guiar más allá de las mesas tapadas con sábanas hasta una pila de libros desgastados y cubiertos de telarañas.

—¿Querías enseñarme que necesitas un plumero? —murmuró enarcando las cejas.

Él le lanzó una mirada burlona antes de coger un libro de la parte superior de la pila y colocarlo encima de una de las mesas cubiertas. Un tenue candil descansaba sobre la superficie, complementando la escasa luz del sol naciente.

—Dejé de venir a esta estancia poco después de que empezaras a trabajar aquí.

La mente de Evie iba a toda velocidad, tratando de seguir el hilo de la conversación.

—¿Porque la destruí con una bomba? —le recordó ella, preguntándose si, además de perder la magia, también estaba perdiendo la memoria.

—No, Sage —se rio con amargura. Cogió el candil y se dirigió hacia la puerta—. Lo que digo es que, mucho antes de que se produjeran los daños, ya había dejado de visitar este lugar cuando

necesitaba encontrar paz. —Empujó para abrirla, con la mano apoyada en el pomo.

Ella negó con la cabeza.

—No lo entiendo. Entonces, ¿adónde ibas cuando querías estar en un lugar seguro?

—Te buscaba a ti.

CAPÍTULO 2

LYSSA

Lyssa Sage era una traidora.

O, al menos, estaba a punto de serlo.

La menor de los hermanos Sage caminó de puntillas hacia los aposentos de Tatianna y empujó la puerta con cuidado. Cuando estuvo entreabierta y comprobó que no había peligro, se escabulló dentro, pasando junto a la curandera, que estaba dormida. La mujer exhalaba con la cara apoyada en la palma de la mano y el codo descansando sobre la cama de al lado, en la que yacía la madre de Lyssa, Nura. Sin embargo, Lyssa no se encontraba allí por su madre.

—Señorita Erring — susurró Lyssa empujando el hombro de la mujer de Recursos para Humanos y Criaturas Mágicas. Se despertó de un sobresalto tan brusco que las gafas apoyadas sobre su cabeza salieron volando y cayeron en las manos de Lyssa—. Buenos días — la saludó en voz baja con una amplia sonrisa—. ¿Puedo hablar con usted afuera?

La señorita Erring refunfuñó, pero se levantó de la cama y siguió a Lyssa hasta que se encontraron al otro lado de la puerta, ahora cerrada.

—Lyssa, no deberías andar por ahí sin un adulto hasta que hayamos confirmado que la mansión es segura.

Lyssa se preguntó para sus adentros si a las personas se les confiscaba el sentido común al alcanzar la mayoría de edad.

—Lo sé, señorita Erring, pero ¿cómo voy a pedirle a un adulto que me acompañe fuera de la habitación si no hay ninguno conmigo? — le preguntó Lyssa con delicadeza, recordando que la mujer acababa de despertarse y que Evie solía necesitar al menos treinta minutos por la mañana antes de decir algo coherente.

La señorita Erring se rascó la cabeza. Su suave cabello castaño, que en ese momento llevaba suelto, le llegaba justo por debajo de los hombros.

—Podrías practicar la paciencia y esperar a que uno de nosotros venga a por ti, como bien te dijimos que hicieras.

Lyssa frunció los labios.

—Odio esperar.

La señorita Erring suspiró.

—De ahí lo de practicar.

Lyssa se dio unos golpecitos en la barbilla antes de cruzar las manos a la espalda.

—Muy bien. La próxima vez que vea a un hombre desconocido deambulando por la mansión me limitaré a aguardar pacientemente a que alguien venga a buscarme.

La señorita Erring pasó de estar somnolienta y desaliñada a furiosa y presa del pánico con semejante velocidad que Lyssa deseó no haber parpadeado.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo que un hombre?! ¡¿Por qué has tardado tanto en decírmelo?!

—Estaba practicando la paciencia.

—¡Lyssa! — gimió la señorita Erring con cara de irritación—. Cuéntamelo todo.

—¡A eso iba!

La mañana de Lyssa había comenzado con el suave giro de un pomo y el crujido de unas bisagras oxidadas. Evie se había pasado la noche dando vueltas en la cama y al final se había levantado antes del amanecer. Lyssa, lógicamente, se había hecho la dormida y había

esperado a que los pasos se alejaran para saltar de la cama y correr hacia la puerta.

Había muchas preguntas que sabía que no debía plantear; por desgracia, era demasiado curiosa como para no darse cuenta de la niebla negra que se cernía sobre su hermana durante la noche. Puede que en el pasado le hubiera dado miedo, pero Lyssa Sage era consciente de que, a menudo, bastaba con un «hola» para descubrir que las cosas más aterradoras eran en realidad amigables.

De hecho, la niebla le había devuelto el saludo antes de subirle las sábanas hasta la barbilla. Le habría encantado darle un golpecito a Evie para que lo viera y pudieran reírse juntas de la situación, pero su hermana se había tapado la cabeza con la manta y se había quedado ahí escondida hasta su huida matutina.

Hay que reconocerle el mérito a Lyssa por no haberla seguido…, al menos durante los primeros quince minutos. ¡Pero es que ella era una narradora! ¡Y su protagonista se estaba yendo por la puerta!

—En resumen, que has ignorado todo lo que te dijimos anoche sobre seguridad, ¿correcto? — la reprendió la señorita Erring.

Lyssa asintió frunciendo el ceño.

—Sí, es lo que acabo de decir, ¿no me estaba escuchando?

—¡Aquí la que no escucha lo que le dicen eres tú! — gruñó la señorita Erring—. El desconocido, Lyssa, ¿en qué momento entra en escena?

—¡Ah, sí! — exclamó ella—. Vi a Clare caminando hacia su habitación con un hombre envuelto en una capa negra, y no sé muy bien por qué, pero me parecieron muy sospechosos.

La señorita Erring arqueó una ceja.

—¿Podría ser que ese hombre sospechoso fuera su hermano… El Villano? ¿El mismo que suele vestir de negro?

—No. — Lyssa arrugó el entrecejo con indignación y luego ladeó la cabeza—. Señorita Erring, sabe que a las demás personas también se les permite vestir de negro, ¿no?

Rebecka gimió y apoyó la frente contra la pared más cercana.

—No sé qué es mejor para el dolor de cabeza, si una taza de brebaje o una copa de vino.

—¿Tiene dolor de cabeza nada más levantarse? — inquirió Lyssa con curiosidad.

—Me pregunto por culpa de quién será — respondió la señorita Erring con total seriedad.

Lyssa se rio. Era muy divertido cuando la señorita Erring bromeaba, sobre todo porque nunca había visto a otro adulto hacerlo de forma tan torpe.

—Estoy segura de que solo era un guardia o un becario herido por el ataque de anoche, pero, si tanto te preocupa, podemos ir a ver a Clare.

Lyssa dejó de reír al recordar el susto cuando la cabeza del hombre, a la sombra de la capucha de la capa, se había girado hacia ella.

—¿De verdad podemos, señorita Erring? Es que no sé por qué, pero me ha dado la sensación de que había algo raro en él.

—¿Algo raro en quién? — intervino Tatianna, frotándose los ojos para quitarse el sueño mientras se asomaba por la puerta de sus aposentos, ahora abierta.

Lyssa miró con los ojos abiertos de par en par a la señorita Erring, tratando de indicarle que mintiera.

Rebecka le hizo un gesto con la mano.

—Al parecer ha visto a Clare con un hombre sospechoso.

Al final la traidora iba a ser la señorita Erring.

Tatianna palideció.

—¿Qué? ¿Está bien?

La señorita Erring levantó las manos en señal de rendición.

—Vamos a aclararlo, ¿os parece?

Cuando llegaron al dormitorio de Clare, esta se hallaba de pie junto a la puerta abierta, con expresión angustiada.

—¿Clare? — dijo Tatianna con ternura. Corrió hacia ella y tomó la mano de su antigua prometida—. ¿Te ocurre algo, cariño?

Clare salió de una especie de trance al oír ese término. Con los ojos muy abiertos, retiró la mano que Tatianna le había cogido.

Lyssa tuvo que contenerse para no abuchearla.

—Estoy bien — respondió con voz temblorosa—. Solo un poco desorientada. Tengo que organizar el funeral de mi padre y avisar a Malcolm. La situación me está resultando un tanto abrumadora.

—¿Nos puedes confirmar que no hay ningún desconocido encapuchado reteniéndote como rehén en tu dormitorio? — preguntó sin rodeos la señorita Erring, y Lyssa se tapó la boca con la mano.

A Clare se le salieron los ojos de las órbitas, pero solo por un instante. Después su rostro adoptó una expresión carente de toda emoción.

—No… ¿Qué os hace pensar lo contrario? — inquirió con tono seco.

Tatianna y la señorita Erring le lanzaron una mirada asesina tan intensa a Lyssa que le sorprendió que no le atravesara la piel.

—Vista la cantidad de gente que ha entrado y salido de un lugar al que se supone que es imposible acceder, ¿se me va a castigar por ser cautelosa? — Puso carita de inocente mientras contemplaba a las dos mujeres.

Ambas soltaron un profundo suspiro, lo que significaba que Lyssa había ganado gracias a su estrategia de agotamiento. Era uno de sus grandes talentos. Lo había perfeccionado tras años de práctica con su hermana mayor.

—Lyssa tiene razón — dijo Clare con la vista perdida en la lejanía.

—Lo sé — coincidió Lyssa de forma lacónica, juntando las manos delante de ella.

—La cautela es una virtud — añadió Clare con una sonrisa, pero se esfumó unos segundos después, al mirar hacia atrás—. Tengo, eh…, mucho que hacer. Los entierros de los curanderos de la esencia son un poco más complejos que los de la gente corriente. Así que… ¡adiós! — exclamó, avanzando por el pasillo y doblando la esquina a paso ligero.

Tatianna intentó detenerla en vano. Clare ya se había ido y a Lyssa le quedó una extraña sensación de incomodidad, como si alguien las hubiera estado observando.

—Venga, Lyssa. Vamos a comprobar cómo está tu madre — sugirió la señorita Erring, que ya se dirigía hacia las escaleras seguida por Tatianna.

Sí, era lo mejor. A Lyssa le encantaban las buenas historias, pero esta estaba tomando un aire demasiado terrorífico y, a pesar de su interés por la maldad, no era su género predilecto. Al menos de momento. No obstante, antes de que pudiera seguirlas, vio un destello por el rabillo del ojo que la detuvo.

Al girar la cabeza en esa dirección, descubrió un jirón de tela blanca en el suelo. Miró a ambos lados y corrió a recogerlo.

Un pañuelo. Con tres palabras garabateadas en él.

Soy yo, tonta.

Lyssa reconoció la letra.

Dio un respingo al oír unos pasos al final del pasillo. Intentó tranquilizarse recurriendo a la lógica. Probablemente solo fuera Clare volviendo a sus aposentos y esa sensación de frío que le subía por los brazos hacia el cuello se debiera al aire matutino que entraba por la ventana. Su imaginación a menudo la llevaba a lugares extravagantes y este no sería más que otro para el recuerdo.

Se guardó el pañuelo en el bolsillo de la falda. Aún sentía que alguien la observaba, lo que la obligó a preguntarse si algunas historias no podían evitar hacerse realidad.

Incluso las que daban miedo.

CAPÍTULO 3

TRYSTAN

Era la hora del té de mediodía y Trystan Maverine estaba gritando… contra una almohada.

O más bien bramaba. Era difícil saberlo con el sonido amortiguado. Arrojó la almohada de vuelta a la cama.

—¿Se siente mejor? — preguntó Lyssa Sage ladeando la cabeza con una expresión de curiosidad—. ¿Eso le ayuda?

—Uy, sí. Estoy como nuevo — respondió con sarcasmo. No ayudaba que la almohada que había cogido fuera de Sage y que el aroma a rosas de su cabello estuviera bombardeándole los sentidos. Por suerte, no se podía inhalar y gritar al mismo tiempo, aunque la almohada parecía burlarse de él desde la cama.

No voy a olerla.

La pequeña villana lo sacó de su debate interior al soltar un bufido contra la taza de té. Tenía una mirada pícara en los ojos. Lyssa era una distracción bienvenida después de que él hubiera escapado del estudio como si la muerte le pisara los talones.

«Te buscaba a ti».

Había revelado demasiado. Se había precipitado. Tenía que ser paciente si quería demostrarle a Evie que ella era su verdadero amor. Que se merecían un final feliz juntos.

Mientras, su objetivo era ser una presencia constante. Un confidente. Un amigo.

Sí. Puedo ser su amigo.

Igual que puedo cortarme el pie si quiero.

—Pensé que hoy era un buen día para hacer una fiesta del té. Lo he visto tan triste sentado en su despacho… — Los grandes ojos marrones de Lyssa se posaron en la taza de té y arrugó el entrecejo con aprensión—. Lamento si lo he empeorado.

La punzada de determinación que sentía Trystan reclamaba su atención, pero nada podía compararse con la culpa de haber hecho fruncir el ceño a Lyssa Sage. Agachándose junto a la diminuta mesita de té en medio del dormitorio de las hermanas Sage, suavizó la voz y esbozó una sonrisa.

—Su presencia en mi mundo solo lo mejora, pequeña villana.

Lyssa sonrió radiante y luego se giró, dándose unos golpecitos en la barbilla, pensativa. Apretando los labios en una fina línea, cogió una galleta de la bandeja y se la entregó. Él le dio un mordisco y percibió el dulzor y un toque a agua de rosas.

—En ese caso, ¿puedo hacerle una pregunta, lord Trystan?

Trystan se sentó en la otra silla diminuta, frente a ella, y notó que crujía bajo su peso al recostarse.

—Puede preguntarme lo que quiera.

—¿Se va a casar con mi hermana?

La sillita se rompió.

De repente, Trystan estaba tumbado de espaldas, jadeando en busca de oxígeno. En ese preciso instante se abrió la puerta y Blade entró con aire despreocupado. La manzana que llevaba en la mano se detuvo justo antes de llegar a la boca al ver a Trystan en el suelo. Se le curvaron los labios.

—¿Qué hace ahí abajo, amigo? — Ladeó la cabeza con una sonrisa tan amistosa que a Trystan le entraron ganas de coger la manzana y matarlo a golpes.

Trystan esperaba que Lyssa se quedara callada, pero en el fondo *sabía* que eso no iba a suceder. Y así fue.

—Es que le he preguntado a lord Trystan si iba a casarse con Evie.

A Blade se le veía más que complacido ante aquella revelación. Se colocó las manos en la cintura con una expresión divertida.

—Y su respuesta ha sido… ¿empezar a romper muebles?

Desde el suelo, Trystan señaló la puerta.

—Fuera. Esta fiesta es solo para invitados.

La sonrisa de Blade se tornó en una mueca seria y dolorida.

—Me temo que vengo con malas noticias.

La habitación se quedó en silencio ante aquella declaración. Trystan exhaló mientras se ponía en pie, con la mirada clavada en Lyssa, que parecía igual de temerosa frente a la perspectiva de otra oleada de problemas. La muerte de Arthur seguía causándole un amargo aguijonazo de ira en las entrañas y el corazón se le encogía al pensar en las últimas palabras que su padre le había dirigido.

«Una vida sin amor es una vida vacía, Trystan. Puedes vivir sin mí, pero no sin ella».

No iba a permitir que el sacrificio llevado a cabo por el hombre que, sin engendrarlo, lo crio de todos modos, fuera en vano.

Armándose de valor y sintiéndose en paz con su propósito, Trystan prosiguió:

—¿Son noticias aptas para oídos jóvenes?

Lyssa hizo un gesto con la mano, a medio camino de la puerta.

—Tranquilo, ya me voy. Orejas que no escuchan, corazón que no siente. — Agitó los dedos con un ligero saltito y, justo antes de cerrar la puerta, añadió—: Volveré a hacerle la pregunta más tarde, lord Trystan. — Y entonces se marchó.

Blade negó con la cabeza, sonriendo.

—Hay que ver lo lista que es.

—¿Cuáles son las malas noticias? — insistió Trystan. Empezaba a estar agotado—. No lo ha podido encontrar, ¿verdad?

No hacía falta especificar de quién hablaba. Ambos lo sabían.

Blade cerró los ojos un momento y exhaló un suspiro, luego se sentó en la única silla que quedaba en pie. La proporción de su

cuerpo con respecto a esta resultaba cómica, pero era difícil reírse justo después de perder no solo a su padre, sino también a su mejor amigo.

—He registrado todos los estanques en un radio de cinco kilómetros. No hay ni rastro de él. — Blade se frotó las sienes—. ¿Cree que es posible que siga en la mansión?

—He mirado en todos los sitios que solía frecuentar — suspiró Trystan, frotándose la barba incipiente de la barbilla—. Tampoco he tenido suerte. Dioses, ¿y si está…?

—No. — Blade negó enérgicamente con la cabeza—. No, he revisado el perímetro hasta donde una rana de su tamaño podría llegar. Apostaría todos mis chalecos a que sigue aquí, en algún lugar de la mansión.

—¿Está intentando convencerme de que no lo busque? — murmuró Trystan con sequedad, cruzando los brazos sobre el pecho y repasando de arriba abajo el llamativo atuendo amarillo del adiestrador de dragones.

Este sonrió, abriendo los brazos de par en par.

—Al menos con estos chalecos siempre se me ve a la legua.

—A diferencia de a una rana verde. En un bosque verde. — Trystan se frotó el puente de la nariz, sintiéndose bastante más viejo que los veintinueve años que tenía.

—El bosque está perdiendo poco a poco el color debido a que la magia se desvanece, si eso le consuela. — Blade ofreció aquella información justo antes de darle un mordisco a una galleta con forma de lirio.

Trystan se limitó a mirarlo con rabia. Luego tomó una decisión en silencio mientras Blade le daba otro bocado a la galleta.

—Evie y yo nos hemos acostado.

El entrenador de dragones se inclinó hacia delante del impacto, con la mandíbula tan desencajada que el trozo de galleta se le cayó de la boca. Tenía los ojos tan abiertos que Trystan se preguntó si se le saldrían de las cuencas.

—Usted… usted… Usted y Evie se han… O sea, ustedes dos han…

—Fornicado — terminó Trystan por él, avergonzado al darse cuenta de que se sentía un poco inseguro ante su confesión. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—¡NO DIGA «FORNICADO»! — Blade se llevó las manos a las orejas; parecía dispuesto a luchar contra esa palabra llegado el caso—. Tengo demasiados pensamientos a la vez. Me va a explotar la cabeza.

—Pruebe a verbalizar uno, a ver qué ocurre — espetó Trystan, ahora con más que un atisbo de vulnerabilidad, un sentimiento que quería aplastar como a un insecto.

Blade se pasó los dedos por el pelo y luego apoyó las manos en las rodillas. Se le notaba falto de aire.

—¿Dónde? ¿Cuándo? — balbuceó.

—En un granero — respondió Trystan de inmediato, sin entusiasmo, pero tampoco andándose con rodeos. Comprobó el reloj de bolsillo—. Hace treinta y cinco horas.

La sonrisa de Blade le indicó a Trystan que había revelado demasiado y que estaba a punto de ser castigado por ello.

—¿Lleva la cuenta de las horas?

—Es más fácil medir el tiempo por horas — protestó Trystan indignado.

Blade soltó una carcajada, aplaudiendo con alegría.

—¿En un granero? — repitió—. Jamás me los habría imaginado haciéndolo en un granero.

—Es que no debería imaginarnos haciéndolo en *ningún* sitio — espetó Trystan, sintiendo que la cabeza le iba a estallar.

Con los ojos muy abiertos, Blade se frotó las mejillas como si acabara de despertar de una pesadilla.

—¿Tiene mil almohadas en su cama y decide llevar a esa pobre mujer a un granero? — El domador de dragones soltó la frase agitando los brazos de una forma que hasta a Fluffy le habría parecido impresionante.

—Era lo que había disponible en ese momento — protestó Trystan, y es que en aquella situación le habría valido cualquier cosa.

Una silla, una pared, una mazmorra…

Vaya. Interesante.

Aunque era muy posible que esos lugares le parecieran aptos solo por la idea de estar ahí con ella. Antes nunca se había parado a pensar en esas cosas. El sexo era un medio para obtener liberación física, para que pudiera continuar con sus labores de malvado sin que sus instintos más básicos lo entorpecieran. Pero con Evie era diferente.

Con ella, había perdido el control. Y ahora sus instintos básicos lo inundaban todo.

Ya no era una cuestión de liberación, sino de desatar fuerzas. Una parte salvaje y latente en su interior cobraba vida con solo mencionar su nombre. Era como un vino cuyo sabor no podía borrar, una tormenta a la que jamás podría hacer frente. Ella eclipsaba todo lo que él creía entender y lo moldeaba con sus encantadores dedos para formar algo nuevo, para convertirlo *a él* en alguien nuevo.

En alguien mejor.

O peor.

Lo cierto es que le daba igual siempre y cuando fuera suya.

Hubo un momento de pausa. Un silencio cómodo y agradable.

Pero Blade lo arruinó abriendo la boca.

—Entonces, ustedes dos… ¿Estuvo…? Eh… — Se rascó la nuca—. ¿Qué se me permite preguntar sin riesgo a ser degollado?

—El tiempo.

Blade levantó los brazos y se dejó caer desde la diminuta silla al suelo.

—En ese caso, ¿para qué me lo cuenta?

Trystan no sabía por qué lo había hecho. Lo único que tenía claro era que su vida se había vuelto a poner patas arriba, que la mujer que ocupaba todos sus pensamientos estaba destinada a ser su enemiga y que la magia con la que había convivido durante años y años ya no lo acompañaba.

Y lo más sorprendente era que no la echaba de menos, quizá porque nunca había sido suya de verdad.

—Porque ha coincidido que pasaba por aquí, supongo — razonó Trystan alisándose la camisa, asegurándose de que su atuendo estuviera impecable. Cuando uno no podía controlar hacia dónde iba su vida, al menos podía asegurarse de no llevar nunca la ropa arrugada.

Para él ambas cosas estaban al mismo nivel.

—Me halaga, aunque creo que en realidad es porque soy su único amigo — soltó Blade con un resoplido, pero un segundo después se puso serio al darse cuenta de que había otro amigo. El que en ese momento brillaba por su ausencia. A Trystan se le formó un nudo en la garganta—. Entonces, ¿por fin están juntos? — preguntó con aspecto de estar preparado para esquivar un puñetazo en caso de ser necesario.

Quizá por eso Trystan decidió responder con sinceridad.

—No.

Blade se llevó las manos a la cabeza.

—Por supuesto que no. Eso tendría demasiado sentido. Lo juro por los dioses, parece que disfrutan de hacerse la vida imposible mutuamente.

—Eso no es cierto — objetó Trystan, indignado, mientras se ponía de pie—. Sage se está adaptando a un cambio de paradigma radical. No pienso presionarla para que ceda ante mis deseos egoístas. — Remarcó aquella declaración empujando el hombro de Blade antes de dirigirse con aire despreocupado hacia la puerta. Salió al pasillo iluminado por el sol con Blade pisándole los talones.

—¿Son conscientes de que cada mala decisión que toman ustedes dos la sufrimos todos? — murmuró el adiestrador entre dientes, pero Trystan lo ignoró hasta que llegaron a las puertas de su despacho… que estaban entreabiertas.

Un escalofrío le recorrió la nuca. Sus temores se confirmaron cuando empujó la batiente hasta abrirla del todo y se encontró con la habitación patas arriba.

Blade silbó a su lado.

—¿Alguna vez se ha planteado usar una pelota antiestrés en lugar de destruir sus pertenencias? Me parece injusto para el Departamento de Limpieza.

—No he sido yo — contestó Trystan impasible—. Alguien estaba buscando algo.

El fuego crepitaba en la chimenea a pesar de que estaba apagado cuando se había ido. ¿Por qué iba alguien a saquearle el despacho para después dejarle la chimenea encendida? Sin embargo, al acercarse, Trystan se dio cuenta de que todos los cajones de su escritorio estaban abiertos y que los papeles y objetos yacían tirados en el suelo o habían desaparecido. Lo único que quedaba eran folios y pergaminos cubiertos de ceniza, doblándose entre las llamas. No había ni rastro de las páginas que habían conseguido robar del libro de *La historia de Rennedawn*.

Trystan apretó los puños. La ira le corría por las venas. Solo había dos planteamientos posibles: o bien Marv había encontrado una forma de escapar de las mazmorras…

O no era el único traidor que había entre ellos.

Se abalanzó hacia la salida, pero se detuvo cuando algo le llamó la atención. Algo que le provocó otro escalofrío.

Se dio la vuelta lentamente y descubrió que faltaba una cosa más.

El objeto que había dejado sobre la cama de la rana para que estuviera a buen recaudo.

La corona de Reymundo.

Con los ojos entrecerrados, salió por la puerta con la voz de Blade de fondo:

—¿Adónde va?

—A las mazmorras — gruñó.

Allá donde los traidores acechaban en la oscuridad.

CAPÍTULO 4

REYMUNDO

Por fin.

CAPÍTULO 5

EVIE

Evie estaba soñando despierta con la idea de estar sola para siempre.

Llevaba todo el día dándole vueltas a esa maravillosa posibilidad. Huir de todos los problemas de Rennedawn, del dolor. La tentación de mudarse a las montañas, de esconderse entre los árboles, donde no pudiera hacerle daño a nadie. Y nadie pudiera hacerle daño a ella.

Tras respirar hondo, dio un paso hacia el despacho de Trystan y levantó la mano para llamar a la puerta.

—Adelante — retumbó una voz grave desde dentro.

Se sobresaltó. El puño seguía alzado, pero no había llegado a tocar la madera. ¿Cómo sabía que estaba ahí? ¿Tanta sintonía tenían? ¿O era por la tinta dorada que llevaba en el meñique, la que lo avisaba cuando estaba en peligro? En cualquier caso, la idea de huir era una tontería. No llegaría muy lejos.

Y, además, él nunca la perdonaría.

Ninguno de sus amigos lo haría.

Dioses… ¿me estoy volviendo una pesimista?

Se estremeció, pero acto seguido empujó la puerta y contempló la escena que tenía ante sí con un agradable desconcierto. Trystan

se encontraba de pie frente a su escritorio y la silla en la que ella siempre se sentaba estaba ahora ocupada.

Por Marv.

—Vaya, ¿nos hemos reunido para tomar el té? — preguntó ella con un tono alegre, tratando de evitar que le temblara la voz mientras cerraba la puerta. La magia oscura la siguió, arremolinándose a su alrededor para jugar con su cabello—. Hola, querido Marv. ¿Cómo has dormido? — No era su intención inquietarlo, pero la magia actuaba por su cuenta. Marv se quedó mirándola a ella y a la magia que la rodeaba con cara de pánico, como si fuese un fantasma que lo estuviera paralizando de miedo.

—Bi-bien, señorita Sage. Gracias — respondió con un hilo de voz mientras Evie pasaba por su lado hasta colocarse frente a él, de pie junto a Trystan.

—Justo estábamos hablando de eso, Sage — dijo él con frialdad, observando a Marv con una mirada cargada de emociones. Evie nunca lo había visto observar así a un prisionero. Notaba que esta traición le había dolido más que ninguna otra. Era la misma mirada que ella le había dedicado a su padre. Y a Gideon. Y a su madre.

Su madre.

Apartó los pensamientos sobre Nura, que en ese momento se veía incapaz de afrontar, y centró toda la atención en Trystan.

—¿De verdad ibas a interrogarlo sin mí?

—Te he dejado una nota en tu mesa para que vinieras a verme de inmediato — objetó Trystan frunciendo el ceño—. ¿Para qué creías que era?

Evie se permitió esbozar una media sonrisa ante aquella respuesta.

—No estaba segura. La explicación era vaga y además iba acompañada de un dibujito inapropiado al final.

Él abrió mucho los ojos y Marv entreabrió los labios, alternando la mirada entre uno y otro.

—Eso no es cierto. Solo era un dibujo de nosotros dos — hizo un gesto con la mano para señalarlos a ambos— torturando a Marv.

Marv se atragantó al oír aquello y Evie sacó el trozo de pergamino del bolsillo de su falda azul y miró a Trystan a los ojos.

—¿No se supone que esto eres tú encima de mí?

Marv se volvió a atragantar, pero con un sonido completamente diferente, mientras Trystan balbuceaba observando el dibujo.

—¡Somos tú y yo interrogando a un testigo! De ahí las cadenas y el…

Ella soltó una carcajada y Marv miró al techo, cruzando las manos esposadas sobre el regazo.

—Intentaba ser… — Trystan tragó saliva— gracioso. Para ti.

¡No te dejes engatusar, Evie!

Bueno, lo cierto es que no te pueden engatusar si ya te tienen en el bote.

—La verdad es que sí que parece un poco sugerente, señor — murmuró Marv.

—¿Acaso le he preguntado? — espetó Trystan—. ¡Está aquí para ser sometido a un interrogatorio tortuoso, no para dar su opinión!

—Claro, señor. — Marv levantó las manos atadas en señal de arrepentimiento—. Mis disculpas.

—Empecemos con una pregunta fácil: ¿por qué ha registrado mi despacho? — Trystan apoyó la mano en la empuñadura de su espada, listo para usarla.

Marv murmuró:

—Señor, llevo encerrado desde ayer. Ya se lo han confirmado otros tres guardias.

Trystan suspiró.

—Soy consciente, Marvin, pero ¿quién más querría sabotearme de esa manera?

—El rey Benedict, la Guardia Valerosa, numerosos ciudadanos, cualquier miembro de la nobleza, los becarios… — Evie enumeró las opciones levantando los dedos, tratando de mantener la compostura.

Marv volvió a objetar:

—Por favor, créame. No es mi intención causarle más daño y, por el que ya le he provocado, le pido perdón. — La voz del guardia de la puerta principal se quebró.

Evie contuvo el aliento. Le latía la cicatriz del hombro y su daga vibraba en el cinturón.

No estaba segura de por qué, pero sabía que esa horrible sensación que había tenido al darse cuenta de que su padre era un traidor no estaba en absoluto presente cuando miraba a Marvin. Con Griffin, había sido una señal instintiva de que se enfrentaba a alguien que la había odiado desde siempre. Era una sensación desoladora, de las que te alteran el alma. Sin embargo, en ese momento no la sentía.

—Marv. ¿De verdad has participado en esto? — preguntó Evie en voz baja.

—¡Sage! — protestó Trystan—. El interrogatorio se supone que debe ser tortuoso.

Ella le dedicó una sonrisa burlona a su jefe.

—Creo que escucharte entrar en pánico por un dibujo lascivo ya ha sido tortura suficiente. ¿No crees?

Marv bajó la mirada. Tenía el pelo revuelto y manchado por la suciedad que cubría las mazmorras.

—Se lo diré, señorita Sage. Sí, fui yo quien le dio las notas a la señorita Lyssa para que fuera a ver a su padre. Pero es que… no sabía que aquello era para hacerle daño. Cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? — preguntó Evie con cautela—. Gideon mencionó que te habías inventado un cuento que nadie se creyó, ¿me equivoco? — Marv se estremeció y empezó a mover los pies con nerviosismo.

—Tengo una deuda — confesó con un grado de vergüenza palpable—. No estaba en mis cabales aquella noche; había bebido demasiado en una taberna de los suburbios del este. Era tarde. Apenas me fijé en el hombre. O en los hombres, supongo. Se sentaron conmigo en la mesa de juego. Me pareció una buena idea

apostar dinero. El primer hombre era malísimo, lo que me llevó a creer que tenía la victoria asegurada.

—Le timaron — afirmó Trystan sin compasión, pero tampoco con ira.

Marv asintió con la cabeza y suspiró con voz temblorosa.

—Al perder… me entró el pánico, y fue entonces cuando aparecieron los demás.

—¿Los demás? — Evie acercó la silla libre hacia Marv y se sentó a su lado—. ¿Quiénes más había?

—Un grupo de hombres. Miembros de la Guardia Valerosa sin uniforme. Me dijeron que me perdonarían la deuda si les hacía un favor, y al principio no le vi ningún inconveniente, pero el juramento tenía que estar escrito con tinta indeleble. Yo iba muy borracho y me di cuenta tarde de la tontería que había cometido.

La verdad era evidente en sus palabras, aunque Evie no estaba segura de si podía seguir confiando en su instinto, dado que su fe en la bondad de las personas se había visto traicionada demasiadas veces.

—¿Con tinta? ¿Como si fuera un acuerdo laboral?

—Más bien un acuerdo para hacerle llegar a Lyssa las notas de su padre. Me las pasaban por debajo de la puerta del barracón. Intenté hacer caso omiso, pero entonces la marca… — Se señaló el brazo derecho con la cabeza y Evie lo tomó como una señal para ayudarlo a arremangarse. Debajo había un horripilante entramado de venas negras que le trepaban hacia el cuello—. Cada vez que me resistía, se expandía en dirección a mi corazón. Creo que es veneno.

Hubo un momento de silencio mientras ella y Trystan asimilaban aquellas palabras, tratando de entenderlas desde todos los ángulos. Sopesaron la decisión que había tomado y cada una de las alternativas que tenía a su alcance.

—¿Por qué no acudiste a nosotros, Marv? — preguntó Evie con tristeza.

Los ojos marrones del hombre se llenaron de lágrimas. Una terminó cayéndole por la mejilla mientras fruncía los labios,

abrumado ante la avalancha de emociones.

—¡Ay, señorita Sage! Fui un cobarde y me convencí de que su padre no le haría daño a la señorita Lyssa porque, al fin y al cabo, ¡era su propia hija! Le juro que habría preferido morir antes que herirla.

—Pues lo hizo de todas formas — murmuró Trystan con una frialdad letal, mirando a Marv como a una cucaracha, con el asco distorsionando sus rasgos marcados—. Y aquí sigue, respirando. Así que dígame, Marvin. Si fuera yo…, ¿dejaría vivir a un hombre así?

—No, señor. — Marv enderezó la espalda y levantó la barbilla, dispuesto a afrontar su posible muerte con un atisbo de dignidad—. No lo haría.

Trystan asintió y desenvainó la espada.

—¡No! — exclamó Evie colocándose entre ambos y extendiendo una mano. La niebla oscura brotó de la punta de sus dedos y, antes de que pudiera comprender lo que sucedía, se arremolinó hacia arriba y agarró la espada, envolviendo el acero y doblando el metal hasta deformarlo.

El poder de la oscuridad era tan profundamente gratificante que la invadió una curiosa oleada de alivio. Del que solo se encuentra cuando te permites ser tú mismo, quizá por primera vez en la vida.

Trystan no reaccionó con tanto estupor como ella. De hecho, el que hasta hace poco se consideraba El Villano contempló el arma destrozada con una leve sonrisa y satisfacción en los ojos.

—Bien hecho, Sage. — Había orgullo y una sospechosa falta de sorpresa en sus palabras.

—¿Has… has puesto a prueba la magia a propósito? — Se le disparó el pulso y un calor se le extendió por la piel a medida que la niebla oscura se expandía.

A pesar de tener las manos aún atadas, Marv consiguió hacer retroceder la silla unos centímetros.

Trystan sonrió aún más, rozando con un dedo la niebla.

—Extraordinario.

Ella sintió la caricia como si alguien le rascara el cuero cabelludo con ternura.

—La luz del sol… — murmuró Trystan, aparentemente hipnotizado, y Evie tardó unos segundos en entender por qué.

Cuando la niebla entró en contacto con la luz solar, la magia con aspecto de humo no desapareció, sino que empezó a brillar.

—¿Es…? ¿Es normal que haga eso? — susurró Evie conforme la magia volvía a meterse dentro de ella. La luz provocaba que la niebla pareciera un diamante negro, esparciendo mil colores por la habitación.

—Conmigo no pasaba. — Trystan le tomó la mano mientras la niebla seguía retrocediendo. No tenía ni idea de cómo había conseguido que hiciera ese efecto, era cosa de su mente. Él le examinó los dedos con una mirada de indiferencia fingida—. Aunque mentiría si dijera que me sorprende que la magia, estando en tus manos, parezca un cañón de purpurina — afirmó secamente.

Evie retiró la mano de un tirón y se le escapó una risita histérica, hasta que su pie chocó contra la silla de Marv. La vista del guardia de la puerta principal permaneció fija en el techo, si bien tenía una expresión forzada que la llevó a pensar que estaba sonriendo un segundo antes.

Trystan, por su parte, seguía anonadado, observando la magia oscura alejarse de la luz del sol para regresar a ella.

—Es fascinante. Refleja la luz como si fuera una piedra preciosa.

Evie se lo quedó mirando. La oleada de alegría que le había producido usar la magia se estaba desvaneciendo, y con ella, la calma.

—¿Y por qué crees que pasa? ¿O acaso no lo has tenido en cuenta cuando has decidido provocarme para que la empleara? — No hacía falta verbalizar el resentimiento; era evidente en sus ojos, en su voz.

—A ti te mueve tu instinto protector. — El rostro de Trystan se ensombreció antes de adoptar una expresión más severa—. Sé que te gustaría fingir que esta magia no existe, que te resultaría más

fácil, y los infiernos saben que te mereces un poco de tranquilidad después de todo lo que ha pasado, pero ignorarla no hará que desaparezca. Y cada segundo que dediques a renegar de ella es un segundo perdido que podrías haber aprovechado para aprender a dominarla.

Su discurso había empezado con dureza, pero se fue suavizando a medida que avanzaba. Una preocupación sincera sustituyó la actitud defensiva de Trystan, que observaba el rostro de Evie como si quisiera memorizarlo.

—No quiero que te avergüences de esta parte de tu ser — concluyó en voz baja.

—Es la parte que está destinada a matarte — repuso ella, y se le quebró la voz. Se encogió sobre sí misma.

Él esbozó una sonrisa, mirándola con ternura.

—Moriría con gusto, te lo aseguro.

Ahora había decidido mostrar su lado más encantador.

Porque seguramente cometí un crimen atroz en una vida pasada y este es el castigo que me corresponde.

Marv carraspeó incómodo y el hechizo se rompió. El hilo que unía los ojos de Evie a los de Trystan se cortó.

Él se estremeció mientras daba un paso atrás, y ella entró en pánico al ver cómo se tiraba del cuello de la camisa. ¿Lo incomodaba su presencia? ¿Que poseyera ahora su magia? ¿Que esta pareciera un proyecto de arte vomitado por Lyssa?

En ese mismo instante, Trystan abrió la boca y soltó las palabras con furia y rapidez.

—Es lógico que la magia brille bajo los rayos del sol.

En ese momento le costaba procesar lo que él decía, por lo que solo logró balbucear:

—¿Cómo?

Trystan miró al suelo como si esperara que se abriera una trampilla que lo llevara al sótano. Cuando volvió a levantar la vista, tenía los hombros tensos.

—La magia es un reflejo de quien la usa.

¿Eso ha sido… un cumplido? ¿Me está dedicando un cumplido durante una sesión de tortura?

Evie se quedó boquiabierta, al igual que Marv. La sorpresa le paralizó los músculos y solo pudo arquear las cejas.

—Señor, ¿está…? ¿Está intentando coquetear conmigo?

—Creo que el hecho de que tengas que preguntarlo es una clara indicación de lo bien que lo hago — respondió él con tono seco, pellizcándose el puente de la nariz—. Y te ruego que no me llames «señor» nunca más. Me hace sentir como si fuera tu jefe.

—¿Y no lo es? — intervino Marv en voz baja, con cara de no entender nada.

Como respuesta, Trystan agarró el respaldo de la silla del prisionero con una rapidez letal y le apuntó al cuello con la espada desfigurada.

—Es mi aliada, Marvin — dijo con calma, como si estuvieran charlando mientras tomaban el té—. ¿Sabe lo que eso significa?

—¿Que es su co-compañera, señor? — tartamudeó Marvin.

—Es mi igual — lo corrigió Trystan con firmeza y una determinación que provocó que a Evie le fallaran un poco las rodillas. Después se enderezó, lanzó la espada hacia la esquina de la habitación, como si fuera un trozo de papel arrugado, y cruzó los brazos—. No me sirve de nada muerto, Marv. Le pediremos a Tatianna que averigüe si el veneno tiene cura y luego le haremos todas las preguntas que creamos pertinentes sin temor a que estire la pata demasiado pronto. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! — El guardia de la puerta principal y presunto traidor asintió y su pelo rebelde se balanceó con el movimiento—. ¡Se lo agradezco con todo mi corazón!

Trystan asintió y se dirigió hacia la puerta.

—Sage, ven conmigo.

Evie se quedó paralizada. No le había gustado su tono.

—¿Adónde?

—Vamos a dar un paseo. — Se giró y siguió andando hacia atrás en dirección a la puerta. De pronto vio que le lanzaba una moneda

de oro. Cuando ella la atrapó, una amplia sonrisa le transformó la expresión para volverla pícara—. Quédatela.

—¿Para qué? — preguntó, y empezó a seguirlo porque no tenía otro remedio.

Él soltó una risa sombría y una sensación de inquietud invadió el estómago de Evie al escuchar su impredecible respuesta.

—Para el pozo de los deseos, ¿qué otra cosa iba a ser?

CAPÍTULO 6

TATIANNA

En el reino de Rennedawn, había múltiples formas de difundir información. Algunos usaban cuervos, otros el servicio postal oficial del rey y otros simplemente te decían lo que querían que supieras. Tatianna creía que decía mucho de una persona cuál de las tres opciones escogía.

Por eso una curandera como ella, con toda su gracia, decoro y sabiduría, corría tras Clare como si su vaporoso vestido rosa estuviera en llamas.

Por lo que parecía ser la vigésima vez ese día.

—¡No puedes evitarme para siempre!

—Tatianna, ahora mismo no puedo — espetó Clare, y al girarse vio que llevaba los oscuros mechones sujetos detrás de las orejas y que los ojos le brillaban—. Tengo asuntos más urgentes que ayudarte a salvar a ese hombre.

—Ese hombre es un amigo al que apreciamos — insistió Tatianna—. Marvin fue un imprudente, pero estarás de acuerdo en que todos hemos tomado decisiones insensatas a lo largo de nuestra vida. ¿De verdad vamos a castigarlo así por juntarse con malas compañías? ¡De no ser por eso, ninguno de nosotros habría empezado a trabajar aquí!

Clare se detuvo en seco, volviéndose justo a tiempo para que Tatianna se estrellara contra ella. Ambas tropezaron hasta que la espalda de Clare chocó con el alféizar abierto de una de las ventanas.

—Yo no trabajo aquí — la contradijo entre dientes, frotándose el hombro—. Trystan es mi hermano. Forma parte de mi familia, por pequeña y desestructurada que sea. — Tenía las mejillas rojas y el pecho agitado por la ira.

Tatianna se ablandó, con el corazón encogido por la pérdida de Clare y también por la suya.

—Sé que estás de luto por lo de tu padre. Créeme, no te lo pediría si no fuera importante. ¿Por qué no le echas un vistazo a Marv? Conoces las plantas mágicas mejor que nadie; quizá sepas cómo curarlo.

Tatianna sabía que un temblor en el ojo de Clare era indicativo de que le empezaba a fallar la determinación. *¡Ahí! Ahí está.*

—Supongo que podría…

Un grito las sobresaltó. Apareció uno de los duendecillos revoloteando por el pasillo, chillando con indignación.

—¡Luella! — exclamó Tatianna alarmada—. ¿Qué sucede?

Luella se detuvo ante ellas, con sus deslumbrantes alas, no más grandes que el dedo índice de Tati, moviéndose a un ritmo frenético.

—¡Hay un loco corriendo desnudo por la lavandería!

Clare se quedó sin aliento y Tatianna estaba tan desconcertada ante aquella afirmación que se tapó la boca con la mano antes de preguntar:

—¿Qué? ¿Quién?

Pero Clare ya se había precipitado hacia la escalera de madera que bajaba a la lavandería.

¿Qué demonios está pasando?

—¡Clare! — gritó siguiendo a su antigua prometida, completamente ajena al motivo por el que la existencia de un hombre desnudo la había puesto tan nerviosa. Cuando llegó

acalorada al último escalón, se encontró con un caos absoluto de duendecillos y becarios corriendo de un lado a otro, frenéticos.

Nunca le había resultado difícil invocar su magia curativa; el calor que emanaba de ella era un consuelo que le traía una profunda sensación de nostalgia, como cuando una saluda a un amigo de toda la vida. Así era esa parte de ella. Su magia. Su amiga.

Emitió un brillo desde la punta de los dedos que le iluminó el camino.

Al escudriñar más allá del bullicio de gente dispersándose, distinguió el cabello azabache de Clare al otro lado de la sala. Movía las manos desesperada y le hablaba a una figura alta, envuelta en múltiples capas.

—¿Qué demonios está pasando? — se preguntó Tatianna, esta vez en voz alta. Se acercó a paso ligero y seguro hacia ellos. Ya casi no quedaba nadie más en la sala—. ¡¿Quién es este?!

Clare se interpuso, tratando de ocultar a la figura encorvada. La cabeza de esa persona estaba inclinada hacia el suelo y la capa le cubría el rostro por completo.

—Te ayudaré con lo de Marv.

Desde pequeñas, Clare había tenido cierta tendencia al dramatismo, y Tatianna siempre había tenido cierta tendencia a seguirle el juego, pero esto era más de lo que podía soportar.

—¿Que me vas a ayudar con Marv? ¿De verdad esperas que diciéndome eso ignore el bulto gigante que está detrás de ti?

Clare no respondió a esa pregunta, pero con cara de súplica dijo:

—Por cómo me has descrito el veneno, es probable que esté ligado a algún encantamiento. La única cura es… — Hizo una pausa para mirar hacia atrás y asegurarse de que la figura seguía allí—. Una, eh…, una flor que emite calor. Se encuentran al sur en esta época del año, en el interior. Podemos hablarlo mejor mañana. ¿Te parece?

—¡No! ¡No me parece! — chilló Tatianna, preguntándose si se había atado demasiado fuerte el lazo de la cabeza—. ¿Qué estás ocultando?

—¡Shhh! — Clare agarró la mano de Tatianna y luego los arrastró a ella y a la figura encapuchada hasta el armario de almacenamiento que había en una esquina. Hizo pasar al ser desconocido primero y después entraron las dos hasta quedarse los tres encerrados, alumbrados por la luz que se colaba por una ventanita minúscula—. Si te lo digo… Si te lo enseño, debes prometerme que no se lo contarás a Trystan.

A Tatianna se le heló la sangre y una sensación desagradable le subió por las venas hasta llegar al corazón. Clare ya había puesto esa condición antes. Años atrás.

«No pienso pasar por alto que sigas relacionándote con un criminal que está en búsqueda y captura. Lo estás eligiendo a él por encima de mí. Estás destruyendo lo nuestro».

Ese fue el día en que Tatianna decidió alejarse de Clare y cancelar su compromiso, lo cual acabó con el corazón de ambas destrozado. Sin embargo, no había alternativa, dado que abandonar a Trystan implicaba desprenderse de una parte de sí misma.

Su corazón era incapaz de darle la espalda a su familia.

El día que comenzó a trabajar para Trystan fue el mismo en que le devolvió el anillo a Clare. Ninguna de las dos se atrevió a llorar delante de la otra, pero, cuando las lágrimas por fin pudieron empezar a caer mientras se alejaba de la única mujer a la que había amado, algo dentro de ella supo que Clare también se había dado la vuelta y estaba llorando.

—Espero que el destino no sea tan cruel como para obligarme a tomar esta decisión una segunda vez — susurró Tatianna para sí misma, sintiendo la mirada de Clare puesta en ella—. Espero que *tú* no seas tan cruel.

Clare le agarró las manos con cara de ternura. Después levantó un brazo tembloroso para apartarle una trenza y colocársela detrás de la oreja con delicadeza.

—Mi amor, yo jamás te… No te pido que guardes el secreto para siempre. Solo quiero… aclarar algunas cosas con él antes de decírselo a los demás.

La confusión sustituyó al pánico que se había apoderado de ella y su corazón volvió poco a poco a un ritmo normal.

—¿Decirles qué?

La figura se giró y se bajó la capucha.

Tatianna ahogó un grito. La sorpresa al ver ese rostro la hizo tambalearse contra la puerta. Lo señaló como si fuera un espectro, balbuceando con incredulidad y asombro.

Clare le dedicó una sonrisita.

—Esto.

CAPÍTULO 7

BECKY

Rebecka Erring no le quitaba el ojo de encima a Lyssa Sage. Esa niña tramaba algo.

Su trenza oscura se estaba deshaciendo por el extremo y tenía una expresión de concentración en el rostro. Movía la pluma con ímpetu y sin descanso. A Becky le dolía la muñeca solo de mirar.

—¿Cuánto tiempo lleva con esto? — le preguntó Becky a Edwin en voz baja. El ogro contemplaba a Lyssa con un cariño que aportaba mucha más calidez a la estancia que el horno.

Edwin se encogió de hombros, sin poder evitar sonreír.

—Unas cuantas horas, como mínimo. He conseguido que almorzara algo, pero no ha parado desde entonces. La señorita Evie ha venido a comprobar cómo estaba antes de irse con Trystan. Me ha dicho que cuando la señorita Lyssa se pone así, lo mejor es dejarla en paz. — Se rio entre dientes, removiendo el caldero del brebaje, un líquido espeso y fragante.

Becky resopló antes de dirigirse con paso firme hacia la mesa donde estaba sentada la niña y asomarse descaradamente por encima de su hombro, aunque casi se le sale el corazón del pecho al oírla decir:

—Si quiere leerlo, señorita Erring, solo tiene que pedirlo.

Se sonrojó por haber recibido una burlona reprimenda de parte de una niña, pero de todas formas decidió sentarse en la silla de enfrente.

—Solo quería asegurarme de que no estuvieras tramando algo perverso.

—Siempre estoy tramando algo perverso. — Lyssa por fin levantó la vista con un brillo en los ojos y le dedicó una sonrisa—. Pero esto lo estoy escribiendo para divertirme.

—¿De qué trata la historia? — preguntó Becky, sin pararse a disimular ya su interés por las andanzas de la pequeña. Edwin se acercó para darle un vaso de agua a Lyssa y una taza llena de brebaje a Becky. Ella la aceptó de buen grado y dejó que le caldeara las manos mientras esperaba pacientemente la respuesta de Lyssa.

Los ojos de la niña se posaron en el papel y la confusión se reflejó en su rostro.

—Creo que trata sobre el destino.

—¿Sobre el porvenir? — preguntó Becky, dando un sorbo de brebaje y disfrutando de cómo el líquido la calentaba por dentro.

Lyssa palideció, titubeando al dar su respuesta.

—No. No son lo mismo en absoluto, señorita Erring. El porvenir es lo que se espera que suceda, mientras que el destino es lo que acaba sucediendo de forma natural.

A Becky aquello le hizo gracia.

—Eres consciente de que, si buscamos ambos términos en el diccionario, aparecen como sinónimos, ¿verdad?

Lyssa levantó la nariz con altivez.

—No estoy escribiendo un diccionario, estoy escribiendo una novela. Y, en mi novela, el Destino y el Porvenir son rivales acérrimos.

Es una maravilla lo que son capaces de imaginar las mentes de los niños.

—Entonces, ¿tu historia presenta al Destino y al Porvenir como personas?

Lyssa le tendió el papel a Becky con una solemnidad que no reconocía en ella.

—El nombre del Destino es Moira.

—¿Y cómo se llama el Porvenir? — se interesó Edwin, acercándose a ellas con un plato de bollos recién salidos del horno.

—Porvenir — respondió Lyssa, mirándolos a ambos como si le hubieran preguntado la primera letra del alfabeto—. ¿Cómo si no?

—Has empleado toda tu creatividad en dar con Moira, ¿eh? — comentó Becky mientras extendía la mano con determinación para coger un bollo y dejarlo frente a Lyssa.

La niña tuvo la reacción que se puede esperar de cualquier crío ante un dulce: soltó la pluma y se abalanzó sobre el bollo como un animal hambriento. Becky bajó la vista hacia la página y se detuvo a analizar las ilustraciones. Había algo en el dibujo del Porvenir que no le cuadraba.

No obstante, antes de que pudiera cuestionarlo, Blade entró a trompicones y respirando con dificultad por la puerta, como si hubiera venido corriendo a toda velocidad desde el patio.

—Roland está viniendo hacia aquí y trae una carta de tu madre, Rebecka. Dime que la queme y lo haré.

Había ido para advertirla y que tuviera tiempo de mentalizarse antes de que llegara su hermano y hubiese que tomar una decisión. ¿Cómo podía un hombre al que solo conocía desde hacía unos meses saber tanto sobre lo que necesitaba para sentirse segura?

Sin mediar palabra, Becky se levantó y dio dos pasos hacia él. Después se cruzó de brazos y enarcó una ceja.

—¿Y si quiero abrirla?

Blade se sacó del bolsillo su abrecartas favorito.

—También vengo preparado para esa posibilidad.

Ella sonrió; no pudo evitarlo. La dulzura de este hombre sacaba su lado más tierno.

Becky dio otro paso y le acarició la mejilla, se puso de puntillas y le dio un besito en los labios antes de volver a apoyar la planta de los pies en el suelo.

—¡Qué bonito! ¿Puedo usarlo para el próximo capítulo? — exclamó Lyssa, provocando una oleada de risas entre los presentes.

Duró solo un momento, dado que, segundos después, Roland entró por la puerta con las gafas justo por debajo de la cicatriz que le cruzaba la nariz. Se le veía perfectamente sereno y le entregó la carta con el sello de la familia Fortis con la mano firme, sin molestarse en explicar qué era.

Le hizo un movimiento de cabeza a Blade como muestra de agradecimiento. Ambos sabían que el adiestrador de dragones solamente le debía lealtad y fidelidad a ella, a diferencia de otros.

Becky se quedó mirando la carta como si fuera a darle un mordisco, y entonces un pensamiento indeseado la paralizó.

—No será… ¿Le ha pasado algo a la abuela?

Ramona Fortis padecía el mal místico, como muchos en Rennedawn. Un castigo del Destino infligido a la Tierra en respuesta a que el rey Benedict hubiera encarcelado a algunas de sus criaturas: los gubres. Desde que los habían liberado, la enfermedad había dejado de encontrar nuevas víctimas, pero las antiguas seguían sufriendo.

La hija de Ramona y madre de Rebecka, Renna, había hecho todo lo posible por descubrir una cura, incluso había tratado de robarle la magia a Becky con la misma flor de la memoria que se había llevado la luz estelar de Nura Sage. En aquel momento, Becky había considerado aquel acto imperdonable, pero, con el paso de los días, algunas preguntas empezaban a acecharla.

¿Estaría ella dispuesta a hacer algo así por una persona a la que amaba? ¿Manipularía y mentiría a costa de una hija?

Unos deditos le agarraron la mano.

—No pasa nada, señorita Erring. Haga lo que sienta que debe hacer.

No, se respondió a sí misma, contemplando el rostro confiado de Lyssa. No, buscaría cualquier otra forma antes que hacerle daño a su

propia hija. Ni siquiera soportaba la idea de herir a esta niña. Le dio un apretón de manos reconfortante y esbozó una sonrisa.

—¿Estás segura de que te ha criado Evie? Has salido muy bien.

Esas palabras suavizaron aún más la mirada de Lyssa.

—Creo que precisamente por eso he salido así, ¿no le parece, señorita Erring?

Qué forma más dulce y considerada de elogiar a Evie Sage.

—Desde luego que sí, Lyssa.

—Me parece que el estado de salud de la abuela se mantiene estable — confirmó Roland, y Becky relajó los hombros aliviada—. De no ser así, también me habría escrito a mí. La verdad es que desconozco qué información puede contener esta carta. Cuando, meses atrás, te marchaste con El Villano, se negó a hablar de ti. Cuando Rafael exigió que dejáramos de evitar el tema de conversación en la mesa, dejó de comer con nosotros.

Becky tragó saliva para hacer desaparecer el nudo que se le había formado en la garganta.

Su madre era una cobarde, alguien incapaz de hablar de una de sus hijas, pero capaz de rehuir a todos los demás para no ceder. Nada de lo que esa mujer pudiera escribir le haría daño.

Respirando hondo, rasgó el sobre y sacó el pergamino. Lo leyó con el corazón latiendo con fuerza ante cada palabra. El sudor comenzó a brotar y la sangre le retumbaba en los oídos.

De repente, su cara reflejó una expresión de horror y Blade la rodeó con los brazos.

—¿Rebecka? ¿Qué pasa, cariño? — Le tomó una mano y se la llevó a la barbilla hasta que los ojos angustiados de Becky se encontraron con los suyos, llenos de preocupación.

—Tenemos que ir a buscar a Evie y a Trystan. Ahora mismo.

—¿Por qué? — preguntó Lyssa, arrugando su manuscrito por los nervios.

Becky enderezó los hombros al recordar quién era.

Rebecka Eriania Fortis. Heredera de la fortaleza de la familia Fortis y de toda su magia. Necesitó la fuerza de sus antepasados

para pronunciar las palabras que vinieron a continuación.

—Porque la mansión está a punto de venirse abajo desde dentro.

CAPÍTULO 8

TRYSTAN

Era arriesgado.

Y Trystan sabía que él era el único digno de atreverse a hacerlo.

—Ya casi hemos llegado — informó.

Él y Sage habían pedido ayuda a Roland para abrirse paso por la muralla de espinas que daba al bosque de Hickory. El joven Fortis había probado un nuevo hechizo para alimentar las espinas, elaborado con una gota de la sangre de Trystan. Era su último recurso, pero también la única forma de garantizar la seguridad total de sus empleados. Ahora nadie entraría sin que él lo supiera. Y, tal y como estaban las cosas, tampoco podría salir.

Esa era la única razón por la que Trystan consideraba que llevar a cabo su plan actual era mínimamente aconsejable.

—¿Cómo te hace sentir la magia ahora mismo?

—Como si estuviera teniendo una mala digestión — refunfuñó Sage a su lado, frotándose el pecho. Llevaba la daga atada a la cintura y la niebla oculta en lo más profundo de su cuerpo.

Qué envidia.

Pero debía mantener su deseo hacia ella a raya. No quería asustarla con tanta intensidad ni empujarla a caer rendida en sus brazos antes de que estuviese preparada para hacerlo con total

certeza. Esto era un territorio nuevo para Trystan, en todos los sentidos.

Ya no podía recurrir a su magia para protegerla. Su supuesto papel en la profecía de *La historia de Rennedawn* se había reducido a ser un mero… *príncipe.* Su mente rechazaba la palabra como si se tratase de una maldición abominable.

Y, por si no fuera suficiente, tenían la presión añadida de saber que, si no cumplían pronto la profecía, Rennedawn probablemente perecería.

Que así sea, insistía su parte menos civilizada. *Deja que se reduzca a cenizas. Cualquier cosa con tal de no perderla a ella.*

—Eso es justo lo que pensaba de ti antes — soltó Trystan. Necesitaba calmarse antes de que sus ajustados pantalones delataran hacia dónde se había desviado su mente.

—¿Perdón? — Sage lo miró parpadeando, desconcertada, deteniéndose ante un gran roble.

—Cuando sonreías, me, eh… — Dioses, esto se le daba fatal—. Me dolía el pecho. Se me ocurrió que podía deberse a que tenía acidez. Incluso dejé de comer naranjas, y entonces me di cuenta de que, en realidad, era porque estaba enamorado de ti.

Evie se mordió su carnoso labio inferior para contener una sonrisa mientras seguía caminando, con las manos entrelazadas a la espalda.

—¿Estabas? — preguntó ella, tratando de sonar despreocupada y desinteresada para que la barrera entre ellos se mantuviera erguida.

Igual de erguida que ciertas partes de la anatomía de Trystan.

—Conque ya has cambiado de opinión, ¿eh? — añadió mirando al frente, en un intento por ignorarlo.

Pero él no pensaba permitírselo.

Sin pensárselo dos veces, la agarró de la mano y sintió una oleada de emoción en el punto donde su piel había entrado en contacto con la de ella. Cuando la miró a la cara, vio todo lo que esa mujer trataba de ocultar. Amor, respeto, deseo, aprecio, alegría y dolor. Eso era lo que él le provocaba.

Alentador.

Negó con la cabeza y, con un tono cargado de rabia, dijo:

—Nunca.

Ella abrió mucho los ojos y retrocedió un paso, llevándose la mano al pecho como si su contacto la hubiera lastimado.

—No estoy acostumbrada a que seas tan… tan…

—¿Sincero? — propuso él, y siguió avanzando por el bosque a grandes zancadas—. Puedo continuar, si lo deseas.

Por muy herida que estuviera Sage, la curiosidad superaba con creces al dolor, y sus ojos claros brillaron ante aquella posibilidad.

—¿Qué más tienes por ahí?

Trystan levantó una rama y le sujetó el codo con delicadeza para ayudarla a sortear una raíz, regocijándose al haber encontrado otra excusa para tocarla. Acto seguido, se reprendió por su evidente desesperación. Sus sentimientos se estaban desbordando por momentos.

Igual que uno de sus mayores secretos.

—La verdadera razón por la que tengo tantas almohadas en mi cama.

Sage se giró tan rápido que tropezó con la raíz. Él la sujetó y tiró de ella hacia su pecho, pero perdió el equilibrio y ambos cayeron, Trystan debajo y las suaves curvas de Evie presionadas contra su abdomen.

El calor de su cuerpo y el aroma a rosas lo asaltaron, poniéndolo en alerta. En todos los sentidos.

Cuando ella apoyó las manos a los lados de su cabeza, su melena rizada formó una cortina que los aislaba del mundo. Él la miró con expresión neutra, decidido a no delatar sus emociones. Sabía que ella se apartaría en cualquier momento.

Y entonces él podría morir en paz.

—Sage, estaba dispuesto a darte la información de buena gana; no hacía falta derribarme. — Su tono seco despertó ese rubor de enfado en las mejillas de Evie y una niebla oscura se arremolinó

entre sus dedos, proporcionando una ráfaga de aire frío contra la piel de Trystan.

—Ya, claro. Ese bulto que noto debe de ser por lo poco que te está gustando — repuso con su maliciosa sonrisa burlona, y él pensó que un coxis magullado era un precio justo a cambio de verla tan de cerca.

Ella se percató enseguida de que había bajado la guardia y se apartó a toda prisa, y Trystan contuvo un gemido de frustración.

Sin soltarle la cintura, se incorporó y la ayudó a levantarse. Su cuerpo protestó al notar la ausencia cuando ella se alejó, pero lo reconfortó comprobar que sentía algo parecido. Tenía las mejillas sonrojadas y las pupilas dilatadas mientras lo analizaba.

—¿Qué decías de tus, eh…, almohadas?

—¿Mis qué? — preguntó aturdido. Luego sacudió la cabeza para volver a la realidad—: Ah, sí. No es nada del otro mundo, pero pensé que te gustaría saber que la cantidad de almohadas aumenta cada vez que sueño contigo.

Divisó el pozo a lo lejos. Se sentía sorprendentemente aliviado por haber compartido una verdad tan íntima con la única persona en la que confiaba.

El sonido de los pasos de Sage cesó y, cuando Trystan giró la cabeza, se la encontró moviendo los labios sin llegar a pronunciar nada, sujetándose las mejillas con ambas manos.

—¿Quieres decir que…?

—De pequeño me gustaba tener muchas, pero hacía tiempo que había superado esa necesidad. De adulto, solo tenía dos, hasta que dos se convirtieron en tres, y tres en cuatro, y así sucesivamente.

Sage parecía un poco consternada, como si esta conversación la estuviera sumiendo en un ataque de incredulidad.

Le resultaba de lo más entretenido.

—¿Qué…? — Respiró hondo, haciendo un gesto con la mano como si así pudiera deshacerse de esa información—. ¿Qué demonios pensabas que conseguirías comprando tantas almohadas?

Trystan se encogió de hombros.

—Acabar con los sueños. Y, si eso no funcionaba, morir asfixiado durmiendo me parecía una buena alternativa.

—¡Por todos los dioses! — exclamó pasando junto a él en dirección contraria mientras su magia oscura, aún descontrolada, salía a su encuentro—. Insinuar que prefieres asfixiarte antes que soñar conmigo no es un halago, eres consciente, ¿no? — concluyó con una risa ahogada que dejaba adivinar lo nerviosa que estaba.

Él levantó la mirada pensativo, asintiendo con la cabeza y apretando los labios.

—Visto así, supongo que no, pero me has pedido sinceridad. — Trystan sonrió para sus adentros, con la niebla arremolinándose a su alrededor. Ya entendía por qué a Sage le resultaba tan divertido provocarlo.

Se moría de ganas de descifrarla.

Ella tenía la respiración acelerada por la frustración y esa embriagadora oscuridad detrás de sus pupilas se desvaneció cuando se dio cuenta de que había dirigido su magia hacia él. Se le escapó un jadeo.

—Sinceridad, sí, no que me digas cosas que me lleven al borde de la histeria.

Trystan esbozó una media sonrisa mientras la miraba con ternura y diversión.

—Me pareces extraordinaria. ¿Qué opinas de eso?

Ella se quedó mirándolo, parpadeando y con la boca abierta, aunque no le salían las palabras. La había dejado muda.

Solo había hecho falta un merecido cumplido.

Qué gracia.

—El pozo — soltó ella, nerviosa, y dio media vuelta—. ¿Vamos?

Balanceándose sobre los talones, Trystan decidió cambiar su confusión por más entretenimiento. Qué divertido era llevarla al límite.

—Dime, Sage. ¿Has utilizado alguna vez un pozo de los deseos?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos y adoptó una expresión de desconcierto que le hizo querer meterla bajo su capa y protegerla

del mundo.

—Por supuesto que sí, pero imagino que esa no será la razón por la que me has traído aquí, ¿no?

—Te he traído porque necesitas un lugar donde practicar con tu magia. — Apartó las largas ramas del sauce llorón con el que se había topado años atrás, echándolas a un lado para que ella pasara primero—. Un lugar en el que no tengas miedo de hacerle daño a nadie ni a nada.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿Pedirle al pozo que lo haga realidad? — preguntó, mirando con desagrado la moneda que le había dado.

—Ah, no. De hecho, mi idea era que usaras esa moneda para desear que tu magia desapareciera — sugirió con humor seco, en un intento (fallido) de aligerar la tensión del ambiente.

Su precioso rostro se torció ante aquella sugerencia, aunque Trystan tenía la esperanza de que no se lo tomara muy a…

La moneda le dio de lleno en la frente.

—¿Me has hecho caminar dos horas para intentar usar la psicología inversa conmigo? — lo reprendió cruzando los brazos—. ¿No podrías haberlo intentado en la mansión?

Él se agachó para recoger la moneda con un movimiento fluido y sus dedos rozaron la palma de Evie cuando la dejó caer sobre su piel.

—No. No podía intentarlo en la mansión — contestó en voz baja—. Este pozo es especial. Tírala dentro. Te prometo que no te arrepentirás.

Sage era curiosa por naturaleza, así que no le sorprendió que se asomara al borde y arqueara una ceja.

—No pienso pedir ningún deseo.

Él esbozó una sonrisa burlona.

—Solo es un pozo. No concede deseos.

Por la forma en que frunció la nariz al lanzar la moneda, Trystan supo que en realidad sí que había pedido uno. Al cabo de un

segundo, se escuchó el sonido de un chapoteo… y el sauce comenzó a cantar.

Un encantador tintineo de campanillas resonaba a su alrededor y se expandía entre las hojas y ramas que ahora brotaban con todo tipo de flores, emitiendo un placentero aroma que impregnaba el aire. Todo a su alrededor eran colores y sensaciones agradables.

En sus primeros días como poseedor de la magina negra, le fascinaba ir a ese lugar. Se lo había recomendado Edwin al ver que le costaba controlar la niebla y no se terminaba de sentir cómodo. Sage tenía los ojos muy abiertos y no pudo evitar soltar un gritito de emoción mientras se giraba en todas direcciones para contemplar el mural de belleza que los rodeaba.

—¿Cómo es posible?

—El pozo emite magia pura a su alrededor si recibe una ofrenda. Cuando sentía que no conseguía tomar el control de mi magia en las primeras semanas, venía aquí a menudo. Escucha.

Ella continuaba distraída por las rosas que brotaban del musgo que cubría el pozo.

—¿Que escuche qué?

Él se acercó por detrás con cuidado, le puso una mano en la cadera y se inclinó para susurrarle al oído.

—A tu magia. Aquí es más silenciosa, pero sigue presente.

Ella se estremeció y él tragó saliva, decidido a seguir adelante.

—Aquí puedes usarla sin peligro. Te lo prometo. Inténtalo.

Se giró lentamente con los ojos cerrados y él retrocedió para darle espacio. La magia, sin embargo, tenía otros planes.

La niebla brotó de sus dedos, envolviéndolo y levantándolo para después arrastrarlo hasta dejarlo a unos pocos centímetros de Evie, que tenía la boca abierta y una expresión alarmada.

Trystan notó una punzada de culpa. No debería haberla presionado.

—Evie, lo siento, no quería…

La magia los rodeó y lo empujó por detrás. Él tropezó hacia delante, pero no llegó a caer gracias a Sage.

Porque se había abalanzado a sus brazos.
Y lo estaba besando.

CAPÍTULO 9

EVIE

Una chica solo es capaz de aguantar hasta cierto punto.

Con la de veces que se había burlado de él, que había intentado hacerle perder la compostura que tanto apreciaba…

La realidad era que Evie tenía de todo menos compostura.

La suya se asemejaba más a la de un borracho que anda por las calles con los ojos vendados.

Solo unas pocas horas de esfuerzo por parte de Trystan Maverine habían bastado para que saltara a sus brazos y le rodeara la cintura con las piernas. Se le había subido la falda y el sol que se colaba entre los árboles le acariciaba los muslos al descubierto. Ella gemía contra su boca como si fuera a perecer en el momento en que se separasen, agarrándole la nuca y tirándole del pelo. Un sonido áspero y gutural brotó del pecho de Trystan mientras se agachaba con cuidado hasta tumbarla de espaldas sobre la hierba.

Apoyó las grandes manos en las mejillas de Evie y le inclinó la cabeza, besándola con más intensidad. Luego se apartó, susurrando entre jadeos entrecortados:

—Puedo parar si me lo pides. — Le acarició el pómulo con reverencia—. Si no estás segura, podemos detenernos — murmuró, y procedió a cubrirle la cara de besitos: en los ojos, la nariz y la comisura de los labios.

Sin duda debían parar. Era imposible pensar con claridad si él la besaba así, no había forma de recordar el dolor, el sufrimiento o el miedo al futuro. Nada de eso importaba cuando sus bocas estaban en contacto.

Notó que le caía una gota de agua en la mejilla y, al abrir los ojos, vio unas nubes grises en el cielo y una ligera llovizna que le mojaba el pelo a Trystan. Su mirada oscura la buscaba y acabó fijándose en su boca. Evie decidió decirle que parara.

—Quiero más. Por favor. — Las palabras salieron a trompicones. Tragó saliva—. O sea, si tú quieres, claro; si no…

No tuvo oportunidad de terminar antes de que él la besara de nuevo con profundo alivio.

La urgencia se apoderó de cada uno de sus movimientos mientras él le deshacía los cordones del corsé. En un momento dado, Evie notó cómo se rompían, dejándole al descubierto la espalda y uno de los hombros. Sintió puro placer cuando los labios de Trystan se posaron en su cuello, asomando la lengua para saborearla.

Soltó un gemido cuando él le bajó y le quitó el resto del corsé, rasgando la tela del vestido que llevaba debajo. Al fin, percibió la caricia del aire fresco contra sus pechos.

Se encontraban en medio de la nada, solos en aquel bosque, a kilómetros de donde cualquier habitante del pueblo desprevenido se atrevería a vagar con un villano suelto; aun así, sentía que hacer aquello ahí era atrevido. Peligroso, incluso.

Y eso la hacía sentir poderosa, desesperada, viva.

Empujándole los hombros, hizo que Trystan se tumbara de espaldas y le quitó la camisa por la cabeza. Luego le acarició los bíceps y los músculos tensos que se marcaban en la parte superior de su espalda. Lentamente, su mano siguió bajando hasta llegar a un punto que arrancó un siseo de los labios de Trystan. El riesgo que conllevaba aquello la envalentonaba.

Se inclinó hacia delante y empezó a dejar un rastro de besos por su pecho, alzando la vista para evaluar su reacción. Se había quedado paralizado, mirándola como si no creyera que fuera real.

Ella continuó, hasta que de repente él la levantó y le dio un beso brusco en la boca antes de colocarse otra vez encima de ella, quitándole el resto de la falda y sacándose él también los pantalones.

Por un instante, ella se detuvo y fue consciente de lo que estaba sucediendo. El ansia se fue transformando en ternura al reconocer que aquella tenía que ser la última vez. Que no iba a volver a saborearlo así.

Esa amarga mentira le dio el valor para deslizar una mano por sus brazos musculados y recorrerle el pecho, tocando las partes que ya había explorado en sus fantasías más lascivas. Cuando rozó el tatuaje dorado que le rodeaba el bíceps, él se estremeció, observándola con atención.

—Te deseo — susurró ella.

Aquella afirmación lo encendió como el disparo de un cañón. La atrajo hacia sí con un beso feroz y se quedó quieto para contemplar el rubor que se extendía por el cuerpo de Evie. Sus ojos eran meros pozos negros cuando se encontraron con los de ella.

—Nunca… — comenzó a decir, mirándola como siempre la miraba, como si dudase de que aquello fuera un sueño. Ladeó la cabeza y ella le acarició la mejilla con cuidado. Sentía tantas cosas que creía que iba a estallar.

—¿Qué?

—Nunca he deseado nada — dijo Trystan con voz ronca, besándola en una lenta muestra de aprecio— como te deseo a ti.

La honestidad que rezumaba de aquella simple afirmación la conmovió. Nada de florituras, solo sus sentimientos claramente expuestos para que ella los viera. Y ya no pudo contenerse más.

Lo atrajo hacia sí con las piernas hasta que sus caderas y pechos quedaron pegados y la fricción de sus respiraciones aceleradas creaba oleadas de sensibilidad.

—No sé si voy a poder soportarlo — susurró Evie, jadeando contra sus labios.

—Estoy seguro de que sí — dijo él con voz grave, y deslizó los dedos entre sus piernas, capturando su gemido con la boca.

Al bajar la guardia, sintió que la magia respondía a su súplica de acercarlo más y tiraba de él, arremolinándose a su alrededor como una voluta de humo.

Se estremeció al ver que Trystan se percataba de lo que estaba pasando.

—No puedo controlarla, la magia…

—No hace falta que la controles. Soy capaz de lidiar con lo que sea que venga de ti — dijo antes de darle un beso apasionado.

Una lágrima resbaló por su mejilla hasta que los labios de Trystan la atraparon. Y entonces no tuvo más remedio que entregarse a él.

Empezaron a moverse con sintonía hasta que el placer los sobrevino. Tal fue el grado de disfrute al alcanzar el culmen que Evie no pudo evitar arrancar la hierba del suelo. Él gimió contra su hombro al llegar al clímax poco después, y se quedaron tumbados, recuperando el aliento mientras la llovizna los empapaba.

—¿Cómo es posible que haya sido mejor la segunda vez? — Trystan levantó la cabeza y la miró con asombro.

Era cierto. Maldita sea. ¿Iba a mejorar cada vez?

No, Evie. No. «Cada vez» implicaba que habría más veces.

Por los dioses, se había dejado llevar de tal manera que ni siquiera había pensado en evitar el embarazo. Había empezado a tomar las hierbas a los dieciséis años porque Lyssa en esa época tenía tres y sabía que no iba a ser capaz de ocuparse de otro bebé, pero dejó de tomarlas después de Rick.

—Deberíamos haber usado protección…

—Me tomo las hojas — soltó él, y las preocupaciones de Evie se desvanecieron de golpe, dejándola boquiabierta.

—¿Te refieres a… las hojas de esa planta que hace que la gente coma mucho y se ría sin motivo?

Ya estaba sonrojado, pero se ruborizó aún más cuando murmuró:

—Me refiero a las hojas que se usan para prevenir eso que te preocupa, así que puedes estar tranquila, no te vas a quedar

embarazada.

Evie notó una opresión en el pecho.

—¿Cuándo empezaste a tomarlas?

Él apartó la mirada con el rostro impasible.

—No estoy seguro.

—¿Cuándo?

Al final cedió.

—Después de que nos besáramos por segunda vez… en tu casa.

—¿Así que dabas por hecho que esto iba a pasar? — lo acusó, señalándolo con el dedo mientras él los cubría a ambos con su capa.

El temido villano que había atormentado Rennedawn durante la última década se puso rojo como un tomate.

—No, no lo daba por hecho, pero aquello me dio un atisbo de esperanza. Y tratar de deshacerme de ella fue una auténtica pesadilla, así que al final simplemente me rendí ante la idea de que podía suceder y… La cuestión es que nunca te habría obligado a tomar esa decisión si no hubiese salido de ti.

Decir que no iba a obligarla a hacer algo que no quisiera no es que fuese el culmen del romanticismo. Al fin y al cabo, era lo mínimo que cabría esperar. Sin embargo, su preocupación hacia la posibilidad de que ella pudiera pensar lo contrario era sincera. El respeto que le mostraba formaba parte de su manera de ser, no era algo que tuviese que fingir o practicar.

Trystan se acercó y le dio un beso en la coronilla, y todos los músculos cansados del cuerpo de Evie se relajaron. Podría haberse quedado dormida así. De hecho, no le habría importado dormir así todos los días durante el resto de su vida.

Pero eso no era posible.

Porque llegaría un día en que ya no podrían ignorar la tragedia que se avecinaba.

—Oigo cómo tu cerebro le está dando demasiadas vueltas al tema.

—No le estoy dando demasiadas vueltas — protestó ella con el ceño fruncido, y levantó la cabeza para mirarlo—. En todo caso, lo

que acabamos de hacer es una muestra de que le hemos dado demasiadas *pocas* vueltas.

Él esbozó una sonrisa, y el absurdo corazón de Evie dio un vuelco.

—Siempre he sido partidario de darle pocas vueltas a las cosas. Las consecuencias son de lo más agradables.

Ella le dio un golpecito en el hombro.

—Ayúdeme a vestirme, amable caballero. — Intentó recomponer su vestido rasgado entre risas. Tuvo que darle una palmada en la mano a Trystan por su insistencia en destapar las partes de su cuerpo en cuanto desaparecían bajo la tela. Cuando por fin consiguieron juntar la tela de manera que formara algo remotamente parecido a lo que llevaba antes, se le escapó un pequeño estornudo.

El instinto de Trystan, por supuesto, lo llevó a entrar en pánico.

—Tenemos que resguardarte de la lluvia antes de que te mueras de frío.

—¿De verdad crees que estoy cerca de morir por un estornudo? — respondió con sarcasmo.

Él le echó la capa por encima de la cabeza antes de que pudiera decir nada más, protegiéndole la cara y los rizos empapados.

—Hemos venido aquí porque quería que tuvieras un respiro en un lugar donde tu magia estuviera a salvo y te sintieras segura. Como hacía yo cuando necesitaba aprender a controlar mis poderes. Volveremos siempre que quieras.

Ella se bajó la capucha para poder verle la cara y se sintió abrumada por la emoción. Este hombre lo estaba intentando de verdad. Le estaba mostrando las partes de él que hasta ahora habían permanecido ocultas. Era lo que siempre había deseado y estaba sucediendo. Hasta que giró la cabeza y el instante idílico se esfumó.

—Trystan…, las flores.

Él siguió la dirección de su mirada hacia las ramas del sauce, que momentos antes rebosaban flores, color y magia, manteniéndolos a

salvo.

Sin embargo, Evie no necesitaba que la mantuvieran a salvo. Porque ella era el peligro.

Las hojas y las flores del árbol estaban ahora sin vida. Despojadas de todo color. Destruidas.

Ay, dioses.

—¿Esto lo he…, lo he hecho yo? — le preguntó a Trystan, temiendo saber ya la respuesta.

Se había permitido ceder a sus deseos, anteponerse a sí misma y vivir con absoluta libertad. Era maravilloso, perfecto. Nunca volvería a sentir una sensación tan plena.

Y, sin embargo, al hacerlo, se había llevado por delante algo precioso.

—Sage, la magia es nueva para ti. Yo destruí muchas cosas cuando empecé a tener poderes — dijo Trystan, pero su voz sonaba muy lejana.

—¿También destruiste este lugar? ¿El mismo que se supone que es seguro para probar la magia? — quiso saber. Su tono era acusatorio, pese a ser consciente de que su ira no iba dirigida a él, sino al mundo, por obligarla a pasar por aquello.

Él no se inmutó. Se mantuvo erguido mientras desafiaba sus miedos con calma.

—No, pero yo no era tan poderoso como tú. Herí a muchas personas con mi magia, tanto a propósito como por accidente. Y nunca me hiciste sentir vergüenza por ello. ¿Qué tal si te concedes esa misma cortesía?

Esas palabras apenas hicieron mella en su dolor.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—¡Porque no consigo convencerme de que me la merezco! — Las lágrimas le ardían en los ojos y notaba un vacío en lo más profundo del vientre.

Era la primera vez que veía a Trystan tan sorprendido. O más bien atónito.

Él negó con la cabeza.

—Evie…

El batir de unas alas por encima de sus cabezas los interrumpió y una ráfaga de viento los obligó a protegerse la cara con las manos. Fluffy aterrizó ante ellos, con Blade y Becky sobre la silla de montar a su espalda.

—¡Tenéis que venir ahora mismo! ¡Rápido! — gritó Becky frenéticamente, despertando el pánico en Evie.

No dudó. Apartó su desesperación a un lado, corrió hacia Fluffy y, sin pensarlo dos veces, se aferró a la mano de Blade para subir a lomos del dragón. Trystan subió después y a los pocos segundos ya estaban en el aire, moviéndose a una velocidad vertiginosa.

—¿Qué ha pasado? ¿Lyssa está bien? — preguntó Evie, incapaz de contener el ansia.

—¡Sí, está bien! — aseguró Becky, dándole una palmada torpe en el hombro para tranquilizarla—. Al menos por ahora, pero ninguno de nosotros estará bien a no ser que encontremos una solución a lo que está a punto de convertirse en un problema muy grave.

—Hable claro, señorita Erring. Cuéntenoslo todo — ordenó Trystan, usando un tono propio de…

Bueno, de la realeza.

Evie no tuvo tiempo de desarrollar aquella reflexión porque Becky empezó a hablar.

—He recibido una carta de mi madre. La pérdida de la magia ha llegado a la fortaleza de la familia Fortis. Al parecer, todos los hechizos de la casa se han desvanecido.

—Entiendo la importancia del hogar de tu familia, Becky, pero ya sabemos que tenemos que cumplir la profecía — dijo Evie con delicadeza, sin querer menospreciar los temores de su amiga—. Así podremos detener y revertir el daño.

—*Todos* los hechizos, Evangelina — insistió Becky, instándola a que comprendiera lo que estaba diciendo—. Incluidos los de los cerrojos mágicos, aquellos que los Fortis utilizamos para mantener

encerradas a las bestias ancestrales que existen desde la creación del continente mágico.

Evie no tuvo que preguntar a qué tipo de criaturas se refería, recordaba muy bien a la del porvenir y cómo había puesto a prueba a Trystan. A los dos, en realidad. Tras quién sabe cuántos siglos encerrada en la fortaleza de la familia Fortis, se había convertido en una enemiga acérrima. Saber que estaba cautiva, lejos de ellos, había sido un alivio.

—¿La criatura del porvenir? — preguntó Trystan, haciéndose eco de sus pensamientos.

—Se ha escapado. Y se rumorea que está confabulada con el rey Benedict — los informó Becky mientras otra ráfaga de viento húmedo los azotaba. Evie sintió que el frío le calaba hasta los huesos—. Supongo que mi madre intenta hacer las paces a su manera al advertirnos.

—¿Con qué propósito iría esa criatura en busca de Benedict? — inquirió Trystan, frunciendo el ceño a la vez que se frotaba la barbilla.

—No estoy segura — respondió Becky—, pero eso no es lo peor.

—Por supuesto, eso sería demasiado conveniente — murmuró Evie restregándose los ojos, mentalizándose para lo que fuera que viniera a continuación.

—Las cerraduras mágicas de la fortaleza están hechizadas con el mismo encantamiento que las de las mazmorras de la Mansión Masacre — aclaró Blade con la voz alterada.

Trystan soltó unos cuantos improperios.

—¿Está diciendo que nuestras cerraduras están a punto de fallar?

Blade hizo una mueca.

—No es seguro, pero todo apunta a que sí.

—Si fallan, todos los prisioneros que tengo encerrados andarán libres por la mansión.

Evie lo agarró del brazo y apretó con fuerza, presa del pánico.

—Trystan, tú eres el único que puede abrir el bosque de espinas. Si las cerraduras fallan antes de que lleguemos… — Contuvo el

aliento, horrorizada.

Trystan tensó la mandíbula.

—Mis mayores enemigos estarán sueltos y atrapados en la Mansión Masacre…

—Junto con todas las personas que viven y trabajan ahí.

CAPÍTULO 10

REYMUNdo

Joder.

CAPÍTULO 11

EVIE

La Mansión Masacre estaba aparentemente tranquila cuando por fin la divisaron; la magia parecía estable por el momento.

Aun así, Evie se sentía tan nerviosa que su estómago parecía un pretzel.

¿Cuánto tiempo seguiría estando en calma su hogar?

Y, sin embargo, incluso mientras Fluffy descendía hacia la pacífica mansión, lo único en lo que Evie podía pensar era en las manos de Trystan aferrándose a ella, en la intensidad de su conexión…, en el bosque arrasado.

Por lo visto, era increíblemente egocéntrica, y su cuerpo era la prueba, porque, a pesar de estar en medio de una crisis, no podía evitar anhelar a Trystan. Cuando aterrizaron, se bajó de la espalda de Fluffy, permitiendo que Trystan la sujetara por las caderas durante todo el descenso. No rompieron el contacto visual hasta que sus pies tocaron el suelo.

Los tacones que llevaba resonaron sobre la piedra al entrar, y el eco de sus pasos era como un guardián, un protector que la resguardaba de todas las amenazas que no veía.

El espejo del pasillo solía mostrarle un reflejo de la mayor amenaza de todas.

Ese día pudo comprobar qué aspecto tenía tras haber sido empotrada contra el suelo del bosque. Su vestido estaba abierto por la espalda, los cordones del corsé sueltos y atados de cualquier manera; sus labios carecían del color habitual y su corazón pesaba dos toneladas más que al marcharse. El día estaba a punto de terminar, el sol comenzaba su descenso con lentos destellos de luz dorada a través de las ventanas.

El ambiente era cálido, y el calor se extendía también a su rostro. Por la vergüenza.

—¿Qué le ha pasado a tu vestido, Evie? — preguntó Blade con preocupación, fijándose en que estaba hecho jirones.

Ella se puso colorada y lo miró con los ojos abiertos como platos.

—Ah, nada. Ya sabes, cosas del bosque — dijo con la voz más aguda de lo habitual.

¡Huye de este pasillo antes de que tengas que huir del reino, Evie!

Trystan estaba tenso, evitando mirarla. Sabía tan bien como ella que, si sus miradas se cruzaban, se delatarían. Sin embargo, mientras todos subían las escaleras, con ella y Trystan al frente, quedó claro que tampoco había convencido a Blade ni a Becky.

—¿Cosas del bosque? — preguntó Becky como quien no quiere la cosa, tirando del candelabro. Cuando la puerta oculta que daba a las oficinas se abrió, el roce de la piedra contra el suelo fue el único ruido que rompió el silencio.

Evie tragó saliva, fijándose en lo vacío que estaba aquel espacio que normalmente bullía de actividad.

—Me… me he enganchado con algo.

Becky resopló.

—¿Con qué? ¿Los dientes del jefe?

—¡Rebecka! — La voz de Evie alcanzó un tono agudo que en general no es audible para el oído humano.

Blade chasqueó la lengua con aire preocupado antes de agarrar a Trystan por el brazo.

—¿Un granero? ¿El suelo? ¿Dónde piensa cortejarla la próxima vez? ¿En un cobertizo de herramientas?

Evie se quedó sin aliento al asimilar aquellas palabras.

—¿Se lo has contado a *Blade?*

—Gushiken — espetó Trystan, empujándolo con una mano contra la pared como si fuera un mosquito—. Le aconsejo que se guarde sus opiniones, no sea que pierda la capacidad de tenerlas.

Blade entrecerró los ojos.

—¿Cómo se pierde la capacidad de tener opiniones?

—Rebanándole los sesos a la persona en cuestión — gruñó Trystan, y luego se dirigió a Evie con la expresión de un hombre a punto de tumbarse en el potro de tortura—. No debería haberle dicho nada…

Ella lo calló poniéndole un dedo en los labios y la tensión abandonó los hombros de Trystan al ver su sonrisa.

—No, tranquilo. No… no pasa nada. Me alegro de que tengas a alguien con quien… hablar de, eh…, ese tema. Es bueno compartir con otras personas los grandes acontecimientos de la vida. En fin, tampoco es que fuera un gran acontecimiento, pero…

Trystan la miró fijamente a los ojos.

—Pasé un mes encarcelado sin ver la luz del sol. Y te prometo que ese suceso no me afectó tanto como este.

—Le he visto marcar el día con un corazón en su calendario — comentó Blade con alegría, y a continuación tuvo que apartarse de un salto para que Trystan no pudiera cogerlo, aunque fue gracias a Evie, que lo detuvo.

—Venga, chicos, portaos bien — les pidió Evie con una confianza fingida en la voz; luego sintió un alivio repentino y profundo al ver aparecer a Lyssa. La niña corrió hacia ella para abrazarla—. Hola, cariño. — Le acarició los rizos sueltos, tratando de transmitir calma—. Siento no haber hablado casi nada contigo hoy. ¿Estás bien?

Lyssa estrechó su abrazo y le susurró al oído:

—No quiero hablar con ella.

Evie frunció el ceño, preocupada.

—¿Con quién?

—Supongo que se refiere a mí. — La voz de Nura Sage llegó desde el otro extremo de la habitación. Entró con el rostro demacrado y ensombrecido—. ¿Cómo estás, hasibsi?

Tenía sentido que lo preguntara. Evie no había visto a su madre desde que se reveló la verdad sobre las fechorías de sus padres. No había tenido tiempo ni ganas. Sin embargo, había conversaciones incómodas que no se podían evitar. Y esta, sin duda, era una de ellas.

—Le has contado a Lyssa… lo que tu padre y yo hicimos. — Nura parecía sentirse traicionada y Evie casi se echó a reír.

Las dos personas que más la querían habían conspirado para cambiar su identidad porque no podían aceptarla. Y muchos habían sufrido por culpa de su egoísmo.

—Le conté las decisiones que tomasteis y cómo nos afectaron. No voy a disculparme por haber sido sincera con ella. — Cuando dio un paso adelante para situarse frente a Lyssa, vio que su madre retrocedía y sintió una punzada de dolor—. Ya no te voy a proteger más, mamá. Me temo que hay errores que no tienen arreglo.

—Sé que estás enfadada — dijo Nura con voz temblorosa—. Sé que te sientes traicionada. Y lo entiendo. Solo quiero que me des la oportunidad de explicarte…

—No estoy enfadada — la corrigió. Su umbral del dolor a manos de sus seres queridos se había superado hacía mucho. No le quedaba nada más que ofrecerle a su madre. Ni siquiera su enfado—. Estoy decepcionada, quizá, aunque no sorprendida. Creo que por fin he aprendido la lección que has intentado inculcarme desde que nací.

Nura dio un paso adelante con esperanza, buscando las manos de Evie, y esta se lo permitió, mirándola a los ojos con un dolor sordo en el pecho. Era un dolor con el que podía vivir.

Entonces apartó bruscamente las manos de la mujer a la que había estado esperando desde que tenía trece años, quizá incluso

menos, porque se dio cuenta de que la versión de ella que esperaba jamás llegaría.

—Ya no voy a contar contigo. No esperaré que te conviertas en lo que siempre he necesitado que fueras. Renuncio a la idea que tengo de ti, madre. Perdóname por aferrarme a ella durante tanto tiempo. — Su voz nunca había sonado más serena, pero sentía el cuerpo entumecido.

—Lo hice para salvarte, hasibsi. No fue lo correcto, ahora soy consciente de ello, pero era joven y estaba asustada. Confié en que tu padre sabía lo que era mejor para ti, y te pido perdón por ello.

Los pocos trabajadores que había en la oficina observaban la escena cuchicheando entre ellos. Evie notó un cosquilleo ardiente y desagradable detrás de la nuca.

—Que todo el mundo se vaya a comer — rugió Trystan.

—Son las cinco, señor — objetó uno de los hombres que estaban junto a las mesas de contabilidad.

—¡Fuera! — bramó de nuevo.

Las miradas de Evie y Trystan se encontraron. A él no parecía importarle lo más mínimo cómo los trabajadores se dispersaban tras recibir su orden ni lo rápido que se había vaciado la sala. Becky empujó a Lyssa hacia las cocinas y Blade las siguió.

De pronto, Evie sintió que, ahora que ya no tenía todas las miradas puestas en ella, podía volver a respirar.

—¿Cómo lo has sabido? — le susurró.

—He pasado una cantidad obscena de tiempo mirándote desde que empezaste a trabajar aquí. Lo sé todo.

Pronunció esas palabras con tranquilidad, pero eso no impidió que el corazón de Evie diera un vuelco. Era un miedo común, a mucha gente le preocupaba lo que los demás pudieran decir a sus espaldas. Sin embargo, los miedos comunes con los que había nacido no podían compararse con los nuevos.

Con todo lo que tenía que perder ahora.

Podría perderlo a él.

Por mi propia culpa. Se estremeció.

—¿De verdad no quieres escuchar mis motivos para entender lo que hice? — suplicó Nura—. ¿No te conmueve en absoluto lo arrepentida que estoy? — Su voz sonaba tensa y tenía una mirada desesperada mientras escudriñaba el rostro de Evie en busca de una señal de perdón. Quería otra oportunidad para volver a entrar en su corazón.

No la iba a encontrar.

—Deberías ir a descansar — la instó Evie pasando junto a su madre—. Tu magia de luz estelar se ha desvanecido y aquí arriba no te necesitamos para nada.

Lo única respuesta que recibió fue el sonido de los pasos de Nura mientras se alejaba corriendo hacia las escaleras. Cuando por fin se atrevió a mirar, ya se había ido, pero alguien había ocupado su lugar.

Gideon tenía los labios apretados y una expresión seria.

—¿Tienes algo que decir? — preguntó Evie con frialdad, sintiendo cómo se le erizaba el vello.

—Tienes derecho a estar enfadada, hermanita — respondió Gideon levantando las manos—. Llevo todo el día buscándote para decírtelo, aunque quizá… Puedes mandarme al infierno si quieres, pero me preocupa el estado mental de nuestra madre después de haber perdido los poderes. ¿Podrías intentar ser un poco más amable?

Esta vez sí que se le escapó la risa. Era tan increíblemente irónico que no pudo contener ese sonido cínico ni la acumulación de lágrimas en los ojos, pese a que se negaba a dejarlas caer.

—Gideon. — Su risa se desvaneció hasta dejar una sonrisa afligida. Sentía tanta tensión en el pecho que le provocaba un dolor físico—. Es posible que me cueste un poco hacer eso. Quizá porque nadie se preocupa de ser amable conmigo.

Gideon se estremeció y abrió la boca, pero Trystan lo interrumpió interponiéndose entre ellos con el aspecto de un soldado dispuesto a morir luchando por su causa.

—Gideon, ¿por qué no vas a comprobar si han llegado todos? Nosotros iremos en un momento. — Su tono no admitía réplica. Era

o marcharse o que le partieran la cabeza.

El hermano de Evie tomó la decisión acertada.

Mientras ella procesaba las palabras de Trystan, se agarró a su brazo, con los rizos aún húmedos rozándole la tela.

—¿Si han llegado *todos?* — preguntó, dejando que la pesadez de la discusión con su madre diera paso a la consternación.

Él esbozó una sonrisa y, aun a pesar de todo, Evie necesitó una voluntad de acero para resistirse a besar el hoyuelo que le asomó en la mejilla.

—¿Qué es lo que menos te apetece hacer ahora mismo?

Con un quejido dramático, Evie apoyó la frente en el brazo de Trystan.

Iban a tener una reunión.

CAPÍTULO 12

gideon

De niño, Gideon solía pensar a menudo en las repercusiones de decir algo inapropiado. Evie siempre había sido más generosa con las palabras, sin importarle las consecuencias, lo que significaba que era una suerte que la mayoría de los comentarios que salían de la boca de su hermana fueran entrañables y, por lo tanto, se consideraran tonterías propias de una niña.

En cambio, Gideon gozaba de la admiración de sus padres por su prometedor futuro como caballero. Nura y Griffin se habían pasado gran parte de su infancia animándolo a entrenar para conseguirlo, pero habían descuidado guiar a Evie de la misma manera. A él lo habían impulsado, mientras que a ella la habían relegado a quedarse donde estaba.

«Quizá porque nadie se preocupa de ser amable conmigo».

En ese momento, Gideon cayó en que ni siquiera lo intentaban.

El sonido de la madera arrastrándose contra el suelo atrajo la atención hacia su hermana, que trataba de mantener las distancias con Maverine mientras se sentaba en la silla junto a él.

Maverine, por su parte, ya había tomado asiento en la mesa de reuniones y estaba absorto en un trozo de papel que tenía delante. Sin apartar la vista ni un instante, se inclinó a un lado y arrastró la silla de Evie con poco esfuerzo hasta que esta chocó contra el lateral

de la suya. Ella abrió mucho los ojos y se agarró a los extremos con un chillido agudo, mirándolo atónita.

—Los jefes presiden la mesa, Sage.

Aquella explicación no pareció tranquilizarla, pero sus ojos se cerraron con astucia.

—En ese caso, me sentaré en el otro extremo.

Maverine levantó la cabeza de golpe con la mirada fija en Evie.

—Te animo a que lo intentes — repuso con voz grave.

Evie se sonrojó y Blade carraspeó con una sonrisa, acercándole una silla a la señorita Erring.

—¿Tenemos una reunión? ¿O acaso deberíamos irnos todos para que podáis proceder con vuestro próximo encuentro conyugal?

Gideon se echó hacia atrás. Aquella conversación le estaba provocando náuseas. La señorita Erring se llevó las manos a la cabeza y Keeley, que acababa de entrar, esbozó una sonrisa obscenamente complacida. Pudo disfrutarla unos instantes antes de que ella lo viera y la sonrisa se esfumara.

Halagador.

—Gushiken, yo de usted evitaría salir por ahí un rato — le aconsejó Maverine con frialdad, sin apartar la vista de los papeles.

Blade frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Podría caerle algo del cielo y matarlo.

—¿Como qué?

—Como un ladrillo — respondió con total seriedad.

Keeley intentó intervenir.

—Señor, me…

—¿Puede esperar un momento, capitana? — la interrumpió Maverine, poniéndose de pie para dirigirse a todos—. Lo primero es lo primero. ¿Están las mazmorras aseguradas?

Keeley asintió.

—Se han instalado cerraduras estándar en todas las puertas que dan a las mazmorras y hay varios Guardias Malévolos apostados allí.

—¿No hemos puesto cerraduras en las propias celdas? — preguntó Evie frunciendo el ceño.

—Me temo que no teníamos suficientes a mano. — Keeley se dejó caer en el asiento frente a Gideon, que, aun en medio de aquella crisis, sintió que su corazón se aceleraba al tenerla tan cerca—. Haré un pedido para que nos traigan más, pero imagino que la demanda se disparará ahora que todas las cerraduras encantadas están empezando a fallar.

—Sí, asegúrese de pedir más — la aconsejó Trystan y, a continuación, volviéndose hacia el resto de la mesa, señaló—: Tatianna y Clare no están. ¿Alguien sabe por qué?

—No las he visto en todo el día. — La señorita Erring frunció el ceño, jugueteando con sus gafas mientras ojeaba la sala—. Bueno, desde el incidente de esta mañana.

—¿Qué incidente? — preguntó Evie con recelo.

—No ha sido nada. Un simple malentendido. — La señorita Erring se volvió a colocar las gafas sobre la nariz, claramente imperturbable ante lo que fuera que hubiera ocurrido—. Clare estaba actuando un poco raro, pero yo también lo estaría si acabara de perder a mi padre. — El recuerdo de Arthur Maverine barrió la sala como una ola y la pena hizo que todos bajasen los hombros y la mirada—. Creo que será mejor empezar sin ellas — añadió—. Puede que Tatianna esté trabajando en la cura para Marv.

—¿Qué? — espetó Keeley—. ¿Vais a curar al traidor?

Aquella pregunta encerraba más de lo que parecía. Gideon tomó nota de ello mientras esperaba la respuesta.

Maverine suspiró, señalando a Gideon y luego a Keeley.

—Fueron ustedes quienes lo descubrieron; ya han oído su triste historia. También saben que Marv no es ningún cerebrito; lo han utilizado como una marioneta. Además, no permitiré que ningún veneno acabe con él antes de saber quién es el responsable.

—Pero…

—Keeley. — La voz de Maverine era firme—. Pese a que respeto sus consejos, me temo que, en este asunto, ya he tomado una

decisión.

La capitana quería añadir algo más, se notaba por cómo apretaba los labios, pero cedió y asintió.

—Entendido, señor. Ahora bien, ¿cómo desea que procedamos con los planes para robar el libro de *La historia de Rennedawn?*

Gideon se levantó tan rápido que su silla se volcó.

—¿Están planeando robar ese libro y no se les ha ocurrido consultarme? Pregúntenme a mí, que para algo soy el único que lo ha visto, ¿no?

—Lo crea o no, Gideon, me esfuerzo por no pensar en usted. Nunca — respondió Maverine con frialdad—. Algún depravado ha quemado las escasas páginas del libro que teníamos, aunque ya de por sí apenas eran suficientes.

Se frotó la sien y continuó:

—Presiento que no me equivoco al asumir que el libro de *La historia de Rennedawn* contiene mucho más de lo que la profecía por sí sola puede revelarnos. — La cara de aburrimiento de Maverine no reflejaba la gravedad de las circunstancias—. La magia de la mansión, o lo que queda de ella, podría desvanecerse en cualquier momento. Debemos completar la profecía antes de que eso ocurra. — Deslizó el papel que había estado examinando hacia el centro de la mesa. Era el pergamino en el que estaba escrita la profecía del libro.

Gideon lo cogió primero.

Al principio de los tiempos, los dioses mágicos sabían
que todas las cosas un día el color perderían.
Para salvar lo que los humanos iban a destruir,
recurrieron a las herramientas del Destino y del Porvenir.
La belleza de las estrellas en el cielo abrumador,
las crías del Destino, nacidas en esplendor,
y la magia que aporta un equilibrio duradero
son la clave para rescatar al mundo con amor verdadero.
La persona que las tierras mágicas salve

del Destino tendrá la clave.
Y cuando se unan el Destino y la magia de luz estelar,
la tierra entera podrá controlar.

Mas debe tener cuidado
con El Villano desenmascarado,
pues nada es más peligroso
que un buen corazón tornado tenebroso.
Y cuando todo cambie sobre el tablero
el mundo volverá a su estado pasado
y el corazón del príncipe verdadero
salvará a su amor predestinado.
Donde la luz del sol brille sin impedimento,
la magia de Rennedawn iniciará su renacimiento.
El mal caerá, los reinos se alzarán.
Sigue esta profecía y todos tendrán
su final feliz en Rennedawn.

—Tenemos que descifrar el significado exacto, para asegurarnos de que no cometemos ninguna equivocación — dijo Maverine mientras Gideon le pasaba el papel a la señorita Erring, quien ojeó la página al doble de velocidad y luego se la tendió a Blade—. No hay margen de error.

—«Donde la luz del sol brille sin impedimento» — murmuró Blade, recorriendo las palabras a toda velocidad con sus ojos ámbar—. Esta frase la he oído antes.

—¿Cuando leímos la profecía por primera vez? — añadió Maverine con sequedad.

Blade se frotó la barbilla, frunciendo el ceño.

—No, no, me suena de otra cosa.

—«Y cuando todo cambie sobre el tablero, el mundo volverá a su estado pasado». — Evie repitió esos versos con expresión pensativa—. ¿Alguien tiene idea de cuándo será eso?

Keeley carraspeó.

—Puede que yo sí.

A Gideon no le gustó aquella inquietante afirmación y formó una mueca con los labios cuando ella se sacó un gran trozo de pergamino doblado del bolsillo, lo alisó con las manos y luego le dio la vuelta para que todos lo vieran.

Evie se llevó la mano a la boca mientras se levantaba de la silla con un grito ahogado y una niebla oscura se derramaba de sus dedos y le rodeaba las piernas.

—No.

El rostro de Keeley se suavizó para adoptar una expresión de compasión.

—Se están repartiendo por todo el reino. Algunos dicen que incluso más allá de las fronteras de Rennedawn.

—El rey va a morir esta noche — gruñó Maverine, dirigiéndose hacia la puerta.

—No.

Maverine se detuvo ante la orden de Evie.

La orden había sido firme, pero sus ojos… Dioses, Gideon nunca había visto tanta tristeza como la que había en ese instante en los ojos de Evie mientras observaba su propio retrato. Ese cartel de SE BUSCA no era como los demás. No contenía una ilustración exagerada en la que se la representaba con una media sonrisa siniestra y que iba acompañada de la inscripción «LA MUJER MALVADA». No. Este cartel de SE BUSCA era una declaración de intenciones.

SE BUSCA

A LA VERDADERA VILLANA

POR MATAR AL CURANDERO DE LA ESENCIA

EVANGELINA SAGE

Esta vez, el retrato no era una caricatura. No era aterrador ni desproporcionado. En él solo se apreciaba la dulce sonrisa de Evie y sus ojos brillantes y redondos. Tenía un aspecto amable y feliz. Y

Gideon supo, por la forma en que su hermana lo miraba, que verse representada con tanta exactitud la había calado mucho más hondo.

—Lo que dice el cartel es cierto — susurró Evie—. ¿Por qué no iban a utilizarlo?

Gideon sabía que hablar de corazones rotos solo era una metáfora para referirse al dolor, pero una pequeña parte de él creyó de verdad que algo dentro de su pecho acababa de romperse.

Evie continuó:

—Ya es hora de que la gente deje de tomarla con la persona equivocada.

—¿Crees que me importa un comino lo que piensen de mí los ciudadanos de Rennedawn? — Maverine escupió las palabras con indignación—. Benedict no lo ha puesto porque sea la verdad, ha difundido este cartel para que nos resulte aún más difícil abandonar la mansión y cumplir la profecía.

—Nos contó que se había cometido un error hace veinticuatro años — repuso Evie. Trystan se dio cuenta de que se tambaleaba y se abalanzó en su dirección para sujetarla, pero ella se agarró antes al respaldo de la silla—. Simplemente lo está corrigiendo.

—Según tengo entendido, Benedict es quien lo orquestó todo, Evie. — Becky se acercó a su amiga para ponerle una mano en el hombro con intención de tranquilizarla, y Evie se lo permitió—. Espero que no quieras concederle el mérito por arreglar lo que él mismo estropeó. Seguro que está intentando centrar la atención en esto para distraer a la gente de la atrocidad que haya decidido cometer esta semana.

—O tal vez… yo sea la atrocidad. — Evie asintió distraídamente, con los rizos de su melena formando patrones salvajes y oscuros que le enmarcaban el rostro—. Estoy un poco cansada. Creo que voy a tumbarme un rato. — Esbozó una leve sonrisa que, según sospechaba Gideon, le estaba costando mantener—. No os preocupéis por mí. Estoy bien.

Nadie la detuvo cuando pasó junto a ellos y salió por la puerta. Todos se quedaron paralizados tras ver cómo la persona más

brillante de la sala… se apagaba.

Sí. Evie siempre había sido generosa con las palabras.

Y Gideon temía que las consecuencias hubieran llegado por fin.

CAPÍTULO 13

blade

Blade Gushiken era una persona feliz por naturaleza.

Rebecka Erring Fortis era una persona feliz por obligación.

—Y luego lanzas la pelota a la cesta de pícnic — le indicó Blade con una sonrisa alentadora a la reticente responsable del Departamento de Recursos para Humanos y Criaturas Mágicas.

—Sé cómo se juega al Cesto Balón — refunfuñó Rebecka lanzando la pelota con precisión a la cesta fijada a una de las paredes del patio, varios metros por encima de su cabeza. La pelota de goma blanca entró en el objetivo y se mantuvo ahí un instante, hasta que el fondo de la cesta de pícnic cedió y la pelota cayó y rebotó con fuerza.

Se habían tomado un descanso en medio de su jornada de planificación improvisada. Tras muchos muchos *muchos* desacuerdos sobre cuál era la manera idónea de atrapar a los gubres, Blade había decidido que lo mejor era utilizar una cesta de mimbre gigante, muy parecida a la que estaban empleando para jugar al Cesto Balón.

Cuando él sugirió jugar una partida, ella se mostró indiferente. Como era de esperar, se le daba tan bien esto como todo lo demás.

¿Qué demonios hacía con él?

La sonrisa de victoria que le dedicó hizo que el corazón de Blade se disparara. Con un tono fingido de inocencia, mientras las gafas se

le deslizaban por la nariz, Rebecka preguntó:

—¿Qué decías que sucede si la pelota entra? — La risa que siguió fue como el repique de unas campanas de lo más encantadoras y sus ojos brillaron con picardía cuando le pasó la pelota sin previo aviso.

Él la atrapó con un gruñido y una sonrisa.

—Sucede que tienes que besar a quienquiera que le pases la pelota a continuación. — Chasqueó la lengua—. Hay que respetar las reglas.

Ella le lanzó una mirada dubitativa y luego dio tres pasos hacia él, decidida. Le agarró las mejillas, se puso lentamente de puntillas y presionó los labios contra los suyos. Un beso, después dos. Blade tuvo que cerrar los ojos para suportar la dulzura de sus labios, la suavidad de sus suspiros, la sensación de sus dedos agarrándole el pelo.

Aquel momento acabó demasiado pronto, pero ella permaneció de puntillas, sujeta a su cuello, mirándolo con una expresión que era una mezcla entre alegría e incredulidad.

Probablemente igual que la suya. La agarró de las caderas y el calor empezó a expandirse bajo su piel.

—No pensé que funcionaría, la verdad — dijo Blade en voz baja.

Rebecka le dedicó una sonrisa de resignación, meneando la cabeza, y luego apoyó la frente contra la suya.

—Supongo que es porque tú y yo funcionamos de verdad.

Abrumado por lo mucho que la amaba, Blade la levantó sin previo aviso y la hizo girar en el aire, deleitándose con sus risitas mientras ella se aferraba a su cuello. Cuando la bajó, ambos estaban sin aliento y con las mejillas enrojecidas.

—Eres lo más bonito que he tenido en mis brazos.

Los ojos de Rebecka brillaron.

—Tranquilo, no se lo diré a Fluffy.

El dragón, que yacía a unos pasos de distancia, exhaló una bocanada de humo sospechosamente similar a una risita.

Blade fingió una mueca de dolor.

—Me temo que ya lo sabe.

El animal estaba a gusto, disfrutando de los últimos rayos de sol tras una copiosa cena. Se dio la vuelta sobre el lomo, soltó un suspiro y dejó la larga lengua colgando por un lado de la boca.

—Es un dragón muy peculiar, ¿no? — observó Rebecka con una sonrisa. Pero entonces Blade contempló con creciente angustia cómo la sonrisa se iba desvaneciendo y la preocupación se instalaba entre sus cejas—. ¿Crees que debería responder a la carta de mi madre?

Ah, no, ni se te ocurra, pillina.

—Rebecka, no pienso decidir eso por ti.

Ella se cruzó de brazos con un gruñido de frustración.

—¿Por qué?

—Porque ya sabes perfectamente lo que vas a hacer.

Rebecka entrecerró los ojos.

—Odio que me conozcas tanto.

Blade se rio entre dientes y volvió a centrarse en construir la trampa de mimbre.

—No es verdad.

Con un gemido que a Blade le encantó escuchar, Rebecka se agachó a su lado para ayudarlo y ambos se pusieron manos a la obra sin decir nada más.

Tras unos minutos trabajando codo con codo, ella preguntó:

—¿Estás seguro de que esto es lo bastante grande como para atrapar a los gubres?

—No he tenido ocasión de sacar la regla, pero diría que esta vez podemos hacerlo a ojo. — Blade se encogió de hombros y se apartó para esquivar la piedrecita que ella le lanzaba—. Tiene que ser lo suficientemente pequeña como para que no la vean sobre el nido. Solo tendremos unos segundos antes de que ella se dé cuenta y salga volando.

—Pero ¿qué vamos a hacer para que vuelvan donde están los huevos?

Esta era la parte complicada del plan.

—Tengo una idea, aunque no te va a gustar. Y a Evie tampoco, desde luego.

Rebecka ladeó la cabeza y lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué?

¡Peligro! ¡Peligro! ¡Peligro!

—Porque para ello tendremos que hacer que los huevos vuelvan a ser viables. — Estaban apagados y sin vida. Probablemente la hembra los puso hacía diez años, antes de que la encarcelaran. Hasta donde ellos sabían, no había puesto más, pero, en cualquier caso, necesitaban a una cría para la profecía.

«Y cuando se unan el Destino y la magia de luz estelar».

Se sabía que el veneno de la cría de gubre lo curaba todo, y seguro que Benedict también la estaba buscando. Blade nunca había sido una persona vengativa, así que le sorprendió sentir una intensa necesidad de darle una paliza a ese reverendo capullo.

El problema era que, para conseguirlo, tendría que enfurecer a todas las mujeres de su vida.

Pensó que igual era buena idea hacerse con un escudo.

Rebecka se rio ante su sugerencia.

—Eso es imposible. No hay magia que pueda revertir la viabilidad de la vida.

Blade suspiró.

Lanzarse al fuego habría sido más seguro.

—Nadie lo ha intentado nunca con magia de luz estelar.

Rebecka frunció los labios.

—¿Por qué iba alguien a…? — De repente abrió mucho los ojos y soltó un grito ahogado—. ¡No! ¿Te has vuelto loco? — Lo empujó de malas maneras y se dirigió hacia las puertas de la mansión.

Él salió corriendo para alcanzarla. Sabía que si se lo contaba ella primero a Evie, y más en ese estado, las posibilidades de convencerlas se reducirían a cero.

—¡La profecía dice que el Destino y la luz estelar se unen! Podría pasar si Lyssa usa su magia con los huevos. Y si funciona… — Trató

de agarrarla del brazo, pero apartó la mano ante su mirada fulminante.

—¡Es una niña! — espetó Rebecka—. Ni siquiera sabe aún cómo usar sus poderes y tú quieres ponerla en peligro mientras intentamos atrapar a dos de los animales más mortíferos que existen. — Soltó un resoplido y se le marcó una vena de la frente por el esfuerzo.

Lo cierto es que estaba deslumbrante, pero Blade consideró que no era el momento de decírselo.

—Estaríamos nosotros ahí para protegerla — respondió él—. ¿De verdad crees que propondría algo así si pensara que hay la más mínima posibilidad de que salga herida?

—¡Te pasas la vida volando por el cielo montado en un dragón que escupe fuego! Tu criterio acerca de lo que es o no es seguro me parece poco fiable.

—Rebecka, no te cierres en banda — insistió Blade, arrepintiéndose de haberlo dicho nada más soltarlo, pero siguió adelante—. Lyssa deambula por la Mansión Masacre como si fuera el patio del recreo, y eso que este lugar ha estado bajo amenaza constante desde que llegó.

La determinación de Rebecka empezaba a resquebrajarse; lo sabía por cómo vacilaba al escucharlo.

—Aunque estuviera de acuerdo contigo — levantó un dedo para señalarlo—, y *no* digo que lo esté, Evie no lo permitiría.

—Quizá si tú y Tatianna hablaseis con ella… A vosotras dos os hace caso. — Blade le abrió la puerta y Rebecka entró en silencio en la mansión. El pasillo estaba alumbrado por la luz de las velas y los últimos rayos de sol del día, lo que hacía que la estancia resultara acogedora.

Curioso, porque a él le dio la sensación de que acababa de entrar en una tumba.

Inspeccionó la zona. Dos miembros de la Guardia Malévola se encontraban junto a la puerta principal y otros tantos apostados cerca de la entrada a las mazmorras. No parecía haber nada fuera

de lugar. Sin embargo, él seguía notando un cosquilleo en la nuca y tenía la abrumadora sensación de que algo lo observaba.

Algo… siniestro.

De repente, algo lo golpeó y una ráfaga de lazos rosas se precipitó a su lado en forma de una curandera muy agitada. Tatianna se puso en pie a toda prisa con cara de pánico.

—Se… se ha escapado. ¡No lo encontramos por ninguna parte!

Uno no estaba acostumbrado a ver a Tatianna con expresión de no saber qué hacer ni adónde ir, igual que no lo estaba a ver cómo le temblaban los dedos.

—Tatianna, ¿dónde estabas?

—¡En la lavandería! — Se echó la melena hacia atrás—. Él se… Y luego he… Pero entonces se ha… Y ahora…

—¡Tatianna! — Blade gritó su nombre como si intentara sacarla de una pesadilla—. Respira hondo. ¿A quién estás buscando?

Sus ojos marrones brillaban bajo un velo de lágrimas.

—A Reymundo.

CAPÍTULO 14

reymundo

Alexander Reymundo Kingsley hacía mucho tiempo que había dejado de ser humano.

Tanto tiempo que ahora sus piernas le parecían demasiado grandes y su cabeza demasiado pesada. Los órganos se estaban expandiendo para volver a su tamaño natural con un doloroso retorcimiento. Dioses, iba a vomitar en cualquier momento.

Y así fue. Llegó por los pelos a la ventana y vació el contenido de su estómago en el alféizar. Había sobre todo moscas.

Vomitó de nuevo.

La última transformación de vuelta a rana había sucedido hacía apenas unos minutos y había sido repentina e inesperada. Solo había durado un instante, que había dedicado a deambular desesperado por la mansión hasta volver a convertirse, de forma bastante abrupta, en un hombre.

Decían que las ranas eran repugnantes, pero los humanos eran peores. En todos los aspectos, al parecer.

Se enderezó, ajustándose el cinturón de los pantalones que había cogido de la lavandería. Se pasó la mano por el estómago y notó los músculos abdominales donde antes había habido un vientre liso y regordete.

Dejó escapar un sonido ronco. Otro intento de pronunciar una palabra que fracasaba estrepitosamente.

Apartándose de la cara los mechones oscuros recién cortados, tiró las tijeras que había encontrado en el armario de la esquina del pasillo y luego se miró en el espejo para comprobar cómo le había quedado. Siendo generoso, podía decir que el resultado era algo desigual, pero debía reconocer que le había sorprendido ser capaz de usar los dedos y tener la destreza necesaria para recortar aquella espesa maraña. Al menos ahora ya se veía las arrugas de preocupación grabadas en la frente, la barbilla sombreada por un ligero indicio de barba y los ojos dorados enmarcados en un rostro humano bastante atractivo — si se le permitía decirlo—.

Humano. Volvía a ser humano. Nada de extremidades desgarbadas, nada de comer moscas, nada de desplazarse a hombros de otros. Tenía manos y pies y… Bajó la mirada.

Bueno, no había palabras para expresar lo feliz que se sentía de volver a ver *eso.*

—¡Reymundo! — masculló una voz desde el fondo del pasillo, y Alexander soltó un gemido. Lo cual, con su voz tan poco acostumbrada, sonó como una vaca moribunda—. ¡Sé que estás ahí!

La voz de Clare había sido fuente de diversión y alegría cuando eran pequeños. Oírla significaba que estaba a punto de vivir una aventura junto con todos los demás. Tatianna, Malcolm, Clare, Trystan y Alexander. Hubo un tiempo en su juventud en que pensaba que sus amigos eran el centro del universo. Y, cuando se convirtió en rana, pasó a ser un extra, un adorno, el observador del grupo.

Ser el sujeto observado era algo muy distinto.

Intentó pronunciar el nombre de Clare con un sonido áspero que sonó confuso incluso para él, pero fue suficiente para que ella doblara la esquina y lo encontrara con un chillido.

—¡Deja de escaparte! Te dije que te quedaras donde estabas.

Alexander deseaba que hubiera una forma de hacerle comprender a Clare que no podía quedarse quieto cuando por fin tenía unos

dedos que no estaban palmeados, su línea de visión estaba unos dos metros por encima de lo que solía estar y era libre.

—Lo… lo siento — se disculpó con la garganta irritada y dolorida por la falta de uso.

Clare suspiró, frotándose las sienes.

—Quería entender lo que ha pasado antes de ir a ver a Trystan. Antes de que todos se enteren y pierdan el norte. Vuelves a ser humano, sí, pero ¿cómo? ¿Por qué? ¿Y quién lo ha hecho? — Ella contuvo el aliento y Alexander se preparó para lo que sabía que se avecinaba. Clare se acercó con paso firme y luego le susurró algo asegurándose de que solo la oía él—: Alexander. ¿Cómo te atreves a hacerme esto?

Ahí estaba. Por fin iba a decirlo.

Iba a soltar lo que llevaba pensando desde que se habían encontrado en el patio.

Había llegado el momento.

—¿Por qué demonios te has cortado tu preciosa melena? — añadió Clare.

Él la miró atónito y se echó a reír. O más bien dejó escapar un sonido de puro alivio y sorpresa, con los ojos llenos de lágrimas y el pecho hinchado por la emoción. La expresión del rostro de Clare, aquella pregunta tan ridícula, el caos absoluto de la situación… Era verdaderamente increíble.

Clare se lo quedó mirando boquiabierta justo cuando Tatianna doblaba la esquina, con Becky y Blade siguiéndola de cerca.

—¡Tatianna! ¡Te dije que no fueras a buscar a nadie todavía!

Blade levantó una mano con cautela.

—Para ser justos, no nos ha venido a buscar; nos hemos encontrado por casualidad y una cosa ha llevado a la otra. ¿Quién es este?

Era un crimen contra la naturaleza que Alexander no tuviera voz para recordarle cuántas veces se había sentado en su hombro. Por todos los infiernos, hasta conocía las vistas desde lo alto de su cabeza.

En su lugar, se limitó a saludarlos con la mano, lo cual no era ni de lejos igual de divertido.

—Hola — consiguió decir—. Soy… soy…

—El príncipe Alexander Reymundo Kingsley — concluyó Rebecka Erring con los ojos muy abiertos y la mano aferrada al brazo de Blade, en busca de apoyo—. Por todos los dioses…

—¿Cómo? — rugió Blade—. ¿Este es…? ¿Cómo lo sabes?

—En la biblioteca de la familia Fortis hay retratos de todas las casas reales del continente mágico. — La señorita Erring aún no había recuperado del todo el aliento. Otra pausa—. Este hombre es su viva imagen.

Tatianna asintió, contemplándolo como había hecho hacía un rato en el lavadero, antes de que saliera corriendo.

—Eres tú de verdad, ¿a que sí? — Sus ojos marrones estaban llenos de esperanza. Extendió la mano y le acarició el rostro con cuidado, pero entonces decidió dejar de guardar las distancias y lo abrazó con un sollozo de felicidad—. ¡Qué alegría verte! ¡Mírate! — Tatianna retrocedió, agarrándole las manos y sonriendo radiante en dirección a Clare—. ¿No es maravilloso? ¡Espera a que te vea Trystan!

—¡Aún no! — objetó Clare, rompiendo la ilusión del reencuentro—. Trystan ya tiene bastante con lo que lidiar ahora mismo con todo lo de Evie. Las transformaciones de Alexander son impredecibles. No tengo ni idea de por qué ha vuelto a convertirse en humano ni cómo lograr que se mantenga así. Quiero averiguarlo primero. Arreglar del todo lo que rompí.

—¿Con lo que rompiste te refieres a… Alexander? — preguntó Tatianna enarcando una ceja y con una leve sonrisa en los labios.

Alexander solo dijo dos palabras:

—Está feo.

Desde luego, decirlo era muchísimo más rápido que escribirlo.

Blade seguía mirándolo atónito y la señorita Erring estaba más o menos igual.

—¿Cómo ha pasado? ¿Acaso el intento de Winnie de devolverlo a su forma original ha funcionado?

Alexander levantó la cabeza de golpe y la palabra salió de su boca antes de que pudiera pensárselo mejor.

—Win-ni-fred.

—Llamarla «Winnie» también es una opción, amigo — dijo Blade con una mueca, y le dio una palmada en la espalda—. Quizá así te sea más fácil.

—Tenemos que llevárselo a Trystan cuanto antes — insistió Tatianna, haciendo girar a Alexander—. Estará… Ni me imagino lo feliz que se pondrá al verte.

Las palabras se le clavaron en el pecho, descendiendo hasta llegar al corazón, ahora desmesuradamente grande.

Su mejor amigo.

¿Qué he hecho?

Ese fue el último pensamiento de Alexander antes de doblarse de dolor, caer al suelo y sentir una oleada de náuseas mientras todo se oprimía.

Y se encogía.

Parpadeó una y otra vez mientras el mundo se agrandaba, hasta que Alexander Reymundo Kingsley… volvió a ser una rana.

Vaya.

Hay que joderse.

CAPÍTULO 15

evie

La ira era un sentimiento desagradable. Irradiaba desde debajo de la piel, abrasando tanto el cuerpo como la mente. Sin embargo, durante las últimas horas, Evie se había deleitado en esa sensación, sentada sola en su dormitorio con nada más que una niebla oscura y una daga como compañía.

La magia se agitaba sobre ella, tomando la forma de una nube de tormenta.

—Muy graciosa — murmuró girándose sobre un costado. La habitación estaba vacía, y la única luz provenía del fuego que uno de los becarios había venido a encenderle. Aun así, la niebla se retorció hasta situarse frente a su rostro—. ¡Déjame en paz! — gruñó rodando hacia el otro lado. Cedió a la frustración cuando vio que volvía a aparecer frente a ella.

La cicatriz del hombro le palpitaba, arrancándola en contra de su voluntad del entumecimiento que anidaba en su interior, brillando con una luz iridiscente lo suficientemente potente como para que pudiera verla.

—¿Qué diantres…? — Se incorporó, pero entonces la niebla rodeó la herida y la sobresaltó. Los colores de una y otra se fundieron y la inundó una sensación de alivio que no comprendía. Era cálida. La hacía sentir segura.

La daga en la mesita de noche también comenzó a brillar, temblando como si intentara encontrar dónde residía el otro fragmento de magia. Después de que Otto Warsen la hubiese despedido y atacado con una daga imbuida de magia, a Evie nunca se le había ocurrido preguntar qué tipo de magia era.

Quizá debería haberlo hecho.

Porque en el momento en que la niebla oscura tocó el resplandeciente abanico de colores de su hombro, esta cobró… consciencia.

No. No. Eso son imaginaciones tuyas. Como aquella vez que pensaste que las uvas arrugadas del racimo se ofenderían si no te las comías junto con las demás.

Pero la idea se volvió mucho más difícil de negar cuando la magia se arremolinó alrededor de su cabello, levantándolo y estirándolo en diferentes direcciones.

—¡Basta ya!

La niebla se agitó como si se estuviera… ¿riendo? Era eso o que sus alucinaciones empeoraban por momentos. Ambas cosas eran perfectamente posibles. Intentó que regresara a ella, suplicándole que se metiera en su piel, pero esta se resistía. De pronto sintió una dolorosa sacudida en el corazón.

—¡Para, por favor!

Ante aquella súplica, la niebla volvió a ella de golpe, desapareciendo bajo su piel en una colisión abrupta que la hizo tambalearse contra el cabecero y darse un fuerte cabezazo.

—¡Por todos los infiernos! — gritó cayendo de la cama y poniéndose de rodillas—. ¿Qué acaba de…?

La interrumpió una luz que brillaba con intensidad, tan pura que todo se detuvo. El tiempo se ralentizó y su corazón se relajó hasta alcanzar un ritmo onírico. Sentía como si su piel estuviese viva y todo el sufrimiento desapareció. Ya no le dolía respirar ni recordar lo que había perdido.

La luz susurró su nombre con calma. Le agitó el pelo y tiró de sus muñecas, ayudándola a ponerse de pie para llevarla a un mundo

donde nadie le haría daño, donde solo había amor.

Y, esta vez, una parte de ese amor iba a ser para ella.

Sus pies entraron en contacto con un suelo de piedra fría, gotas de agua le resbalaban por el rostro y el viento le revolvía el cabello. Los problemas se estaban desvaneciendo.

Pasó unas escaleras, pasó un cuadro, pasó una puerta, hasta que las paredes a su alrededor desaparecieron.

La casa de su familia. La que tenía antes de vivir en la Mansión Masacre. Su familia se hallaba sentada a la mesa, comiendo, riendo. Su padre, Griffin, estaba de pie a la cabecera de la mesa, besando a su madre en la mejilla antes de coger otro pan y lanzárselo a Gideon, quien lo partió por la mitad y le dio una a Lyssa. Eran felices.

Las lágrimas le anegaron los ojos. Eran *felices.*

Y había una silla vacía que era para ella.

—Ven, hasibsi. — Su madre le hizo señas con un cálido brillo en sus ojos delineados con kohl—. Se te va a enfriar la comida.

Evie se acercó con cautela, sintiendo cómo la esperanza le inundaba el pecho. ¿Había sido todo una pesadilla? Su vida anterior… A duras penas se acordaba de cómo era.

—Evie, querida — dijo su padre—. ¿Podrías hacerme un favor y subir a buscar la rueca? Quería arreglársela a tu madre después de comer. Ese maldito trasto se ha vuelto a romper.

¿Solo eso? ¿Ese era el único precio que tenía que pagar por vivir en esta realidad? Al acercarse a las escaleras que había subido cada noche de su vida para ir a dormir, y bajado al día siguiente para comenzar su día, se detuvo, hipnotizada por las velas que adornaban la barandilla. Se había subido al primer escalón, preparada para dar otro paso. Levantó el pie, estaba a punto.

Qué maravilloso sería poder…

No lo hagas, Evie, le ordenó esa voz silenciosa que siempre había llevado dentro. La única constante en la que podía confiar.

Griffin Sage se puso de pie, con el rostro aún amable, tan cercano como siempre, y fue hasta las escaleras.

—Adelante, cariño.

Evie sintió que algo tiraba de su mente, pero no lograba identificarlo. Todo a su alrededor flotaba y era confuso.

No vuelvas a caer en la trampa, Evie.

Se tambaleó. Sentía un extraño nudo en el estómago. Se inclinó hacia delante, parpadeando, hasta que una avalancha de pensamientos se amontonaron unos sobre otros.

No dudes de ti misma, Evie.

No les dejes ganar, Evie.

—¿Evie? La rueca, cariño. — Griffin Sage le sonrió jovialmente, colocándose a su lado para ayudarla a subir el siguiente escalón.

Ella le devolvió la sonrisa y asintió con la cabeza mientras le cogía la mano. Se quedaron así unos pocos segundos… antes de girarse y concentrar toda su ira y su tristeza en un golpe que asestó contra el estómago de Griffin Sage. Su padre se tambaleó; el sentimiento de traición se reflejaba en sus ojos.

El hombre que tenía delante no era su padre, pero como el verdadero Griffin no estaba a mano, se conformó con darle otro puñetazo a este.

En esta ocasión, la máscara se desprendió del rostro de Griffin, revelando una luz cegadora que Evie ya había visto antes. Al parecer, no había lanzado aquel pisapapeles con suficiente fuerza. De lo contrario, la criatura del porvenir no estaría ahora ante ella.

—¡Cómo te atreves a agredirme, muchacha malvada! — La luz atravesó las paredes de la casa y el fondo se desvaneció hasta que su hogar familiar fue sustituido por el parapeto de la mansión. Y ella tenía un pie colgando sobre el vacío.

Tras el episodio con la bomba, la larga pasarela entre las torres se había reparado, salvo por el extremo final. El último tramo aún no estaba terminado, y ella se encontraba justo al borde.

Evie corrigió con educación:

—*Mujer* Malvada, si no le importa. — Volvió a apoyar el pie en la piedra con cuidado y continuó—: Pero le perdono el desliz. — Le

dedicó una sonrisa jovial, recordando que, sin la contención de la familia Fortis, Evie no tenía ni idea de a qué se enfrentaba.

Un horrible chillido rasgó el aire y ella agitó los brazos, tratando de no perder el equilibrio. Cuando pensaba que iba a caer de espaldas al vacío, dos grandes manos la agarraron por la cintura y tiraron de ella hasta arroparla entre unos brazos.

—¿Me permites que te recomiende una ruta nocturna diferente, Sage? — le susurró Trystan al oído, y ella inhaló, absorbiendo su aroma.

No pasaba nada por dejarse llevar un instante por esa sensación. Había estado a punto de despeñarse desde una altura bastante considerable. Dadas las circunstancias, qué menos que hacer una excepción.

—Pero es que esta tiene unas vistas tan bonitas… — respondió con un hilo de voz, aferrándose a su camisa y a la felicidad de tenerlo cerca durante un segundo más antes de soltarlo y enfrentarse juntos a su enemigo—. ¿Qué ha sido eso? ¿Otra prueba de bondad?

La criatura del porvenir siseó y el rayo de luz se transformó, adoptando la forma de una mujer alta y bella, casi humana, con el cabello lustroso y unos penetrantes ojos plateados.

—Eso solo ha sido el comienzo de lo que tengo planeado para ti, señorita Sage.

Evie resopló y Trystan colocó un brazo protector frente a su pecho y se interpuso entre la criatura y ella.

¡Deja de comerte con los ojos los bíceps de tu jefe cuando te estás enfrentando a un enemigo mortífero, Evie!

Lo cual, a juzgar por esos últimos meses, vendría siendo siempre.

Procede, Evie.

—Se te ha concedido la libertad — razonó Trystan—. No deberías desperdiciarla confabulando con alguien como Benedict.

La figura femenina soltó una risa sombría.

—No tengo ningún deseo de cumplir la profecía de *La historia de Rennedawn.*

—¿Esperas que nos lo creamos? — La voz de Trystan era un murmullo grave.

Porvenir se encogió de hombros y una risa inquietante siguió al movimiento.

—No espero nada. Nada excepto la historia que yo quería que Rennedawn viviera. La historia que planeé.

—¿Qué significa eso? — preguntó Evie, levantando una ceja y cruzando los brazos.

—Significa que más vale que disfrutes de tu vida tal y como es ahora, Evie Sage, porque se está gestando una maldición no muy lejos de donde te encuentras. Una maldición que devolverá a Rennedawn a su curso original.

A Evie se le encogió el corazón.

Porvenir sonrió.

—Un mundo en el que Trystan Maverine nunca llegó a convertirse en El Villano.

—¡Eso es imposible! — espetó Trystan, desenvainando la espada y apuntando con ella a la bestia que escupía amenazas que parecían demasiado disparatadas para ser reales, pero también demasiado aterradoras como para ser inventadas—. Tales maldiciones no pueden llevarse a cabo.

La criatura del porvenir sonrió de nuevo.

—Cierto. Estas cosas llevan tiempo, por supuesto. Las tres puestas de sol antes del Día de los Muertos serán tú última oportunidad de ser libre. Hasta entonces, te recomiendo que te despidas. Pero volverás a verme, no te preocupes.

—Uy, menos mal que me lo dices, si no, estaría preocupadísima — espetó Evie con sarcasmo, y exhaló aliviada cuando la criatura del porvenir desapareció.

Dentro de dos meses todo cambiará, pensó Evie. *Y será nuestra mayor victoria… o nuestra mayor derrota.*

Trystan permaneció en silencio unos instantes antes de que sus ojos oscuros la miraran con una expresión de asombro, casi cómica.

—Un giro de los acontecimientos bastante inoportuno.

—¿Cuál? ¿La maldición acechante? — preguntó Evie—. ¿O el hecho de que su pelo pareciera sacado de un anuncio de champú?

Trystan hizo lo único que se podía hacer en tales circunstancias.

Se rio.

Fue tan encantador que ella sonrió, contemplándolo con atención.

—Daremos con la forma de detenerla, Sage — le aseguró Trystan, y la dulzura de su voz provocó que quisiera fundirse con él—. Siempre lo logramos.

Aunque Evie mantuvo la sonrisa, por dentro frunció el ceño mientras un pensamiento intrusivo se colaba en su mente.

Un pensamiento que le susurraba… que esta vez no lo lograrían.

CAPÍTULO 16

trystan

—No hace falta que me lo cuentes si te resulta demasiado doloroso, Edwin. Sage va a enviar un cuervo a por Lionel — le dijo Trystan al ogro a la mañana siguiente, aceptando con gratitud una taza de brebaje.

Mientras se sentaba a la mesa, dejó que el aroma y el calor calmaran el terror paralizante que había sentido la noche anterior al ver a Sage a punto de precipitarse por el borde del parapeto.

No le había hecho gracia la idea de alejarse de ella, pero necesitaban recabar información sobre esa supuesta maldición y Lionel era el principal Maestro de las Maldiciones del reino.

Aunque todo lo que tenía de bueno lo tenía de pesado.

Sin embargo, había cedido a contactarlo ante la insistencia de Evie.

Aún se le revolvía el estómago al recordar su rostro inexpresivo. Un paso más y… la luz plateada de la criatura del porvenir la habría envuelto. Dioses.

Estar enamorado le sentaba fatal.

Edwin cambió el peso de pierna, incómodo, y eso lo devolvió al presente.

—No es eso, señor Trystan. No me molesta en absoluto pensar en Joseph. Éramos muy buenos amigos antes de que él abandonara el

reino para continuar con sus investigaciones.

Ya, claro. Seguro que el ogro con el que Edwin había convivido durante cinco años no era más que su amigo. Trystan nunca le había preguntado por lo ocurrido entre ellos para que Joseph se marchara con tantas prisas y no regresara jamás a su pequeño pueblo de pescadores. Ese ogro era un erudito brillante en todas las magias, un curandero de la esencia por derecho propio, aunque no ejercía y era imposible localizarlo. Siempre estaba en movimiento, nunca se había llegado a asentar en ningún lado.

En cierto modo, igual que Edwin.

Sí. «Amigos». Trystan empezaba a detestar la falsedad de esa palabra, pero no pensaba discutir sobre el tema con Edwin. Y mucho menos iba a juzgarlo. Él tenía al amor de su vida al alcance de la mano y no se le ocurría ninguna forma viable de estar juntos, ninguna manera de convencerla de que no la iba a abandonar, con o sin maldición.

—Veamos… — Edwin se rascó la barbilla mientras tomaba asiento frente a él, trayendo consigo un pastel de nueces que olía de maravilla—. Supongo que fue hace unos quince años. Es difícil estar seguro con lo rápido que pasan. — Le dedicó una sonrisa amable a Trystan, cortó una porción grande y la colocó en el plato pequeño que tenía delante. Una lluvia ligera repiqueteaba contra la ventana cuando prosiguió—: Joseph fue el primer ogro que conocí después de dejar la escuela de cocina, y era un genio. Un erudito en todo lo relacionado con Rennedawn y el continente mágico. Atractivo como el mismísimo rey de los infiernos…

Edwin se quedó a media frase y sus mejillas azules se tiñeron de un color índigo.

—Le pido disculpas, señor Trystan. Eso no viene al caso.

—En absoluto. Es muy pertinente para mi visualización de los hechos. Continúe — respondió Trystan con severidad, luchando con todas sus fuerzas por no permitir que sus labios esbozaran una sonrisa.

Edwin habló mientras iba comiendo tarta.

—Era de lo más perspicaz con sus teorías sobre la historia de Rennedawn. Había muchos escépticos por aquel entonces. Recordará que nadie se tomaba en serio la hipótesis sobre el inminente ajuste de cuentas antes de que el mal místico comenzara a arrasar la tierra y la magia del reino empezara a desvanecerse… — Edwin negó con la cabeza, cruzándose de manos—. Por supuesto que se acuerda. ¿Por dónde iba?

—Las teorías — sugirió Trystan, dando un sorbo vigorizante al líquido sin la dulzura habitual, cortesía de Sage.

—No recuerdo que hablara nunca de maldiciones sobre la tierra, pero sí que solía decir que, cuando la profecía de *La historia de Rennedawn* se acercara a su fin, una ola de magia llegaría por el Mar Lila.

«Y cuando las tornas se giren, todo volverá a ser como antes», decía la profecía.

Maravilloso. Esto era lo que hacía falta. Casi se había relajado.

—¿Hay que ir a por una concha del Mar Lila, entonces? — La voz de Gideon Sage anunció su llegada—. ¿Me ha llamado?

—Siéntese, Gideon — murmuró Trystan con una rabia irracional—. Tengo un trabajo para usted.

—Una perspectiva aterradora, Maverine. — Gideon se estremeció cuando Trystan se puso de pie, lo agarró del hombro y lo empujó hacia abajo para que se sentara en la silla—. ¿De qué se trata?

—Su hermana.

Gideon se rio entre dientes, tapándose la boca con la mano.

—Muy previsible, cada vez se le da mejor eso de ser un príncipe.

Edwin se frotó los ojos con una mano. Trystan respondió dándole una patada a la silla de Gideon, haciendo que el hombre se golpeara contra la mesa.

—Mañana por la mañana, Becky y Blade habrán terminado de construir la trampa para capturar a los gubres. Cuando consigan su cometido, tendremos que acelerar el cumplimiento de la profecía para evitar que…

Hizo una pausa. La maldición era una amenaza, pero no algo definitivo. Quizá era más sensato compartir esa información con el menor número de personas posible con el fin de no causar una oleada de pánico.

No obstante, debían darse prisa.

—Para evitar que Benedict haga alguna imprudencia antes — concluyó.

Gideon había recuperado la compostura y ahora se acercaba al caldero con el ceño fruncido. Levantó el cucharón y vertió líquido en una de las tazas vacías. Exhaló un suspiro, miró fijamente la mezcla y luego se la tragó entera con un par de sorbos y una mueca de amargura.

—Me parece muy bien. Solo hay un problema. No sabemos cómo cumplir la profecía.

Lyssa eligió ese momento para entrar en la cocina.

—¿Y si ponen todos los ingredientes de la profecía en un cuenco y los mezclan como si fueran la masa de un pastel?

Trystan estaba convencido de que aquella niña era un genio, a pesar de que esa sugerencia pudiera despistar.

—Me temo que eso no funcionaría, pequeña villana.

—¿Y si prueban a batirlos? — Lyssa asintió y se dirigió a un cajón—. Yo suelo hacerlo con un tenedor.

El pulso de Trystan se aceleró, olvidándose de las profecías.

—Eso sería un sacrilegio para la repostería.

Lyssa lo ignoró, abrió el cajón de los utensilios y Trystan se puso de pie, balbuceando:

—¡Con un tenedor no se puede conseguir la ligereza que precisa un pastel, Lyssa! Qué despropósito…

—¿No estábamos hablando del fin de Rennedawn? — preguntó Gideon con una media sonrisa, y luego se puso serio cuando Lyssa se acercó a él—. ¿No te parece que eso sí es un despropósito?

Trystan era capaz de discernir las injusticias y las amenazas a la decencia de los despropósitos, y no por ello era menos malvado.

—Me está sacando de quicio — refunfuñó mientras sustituía en silencio el tenedor que Lyssa sostenía en la mano por un batidor, ignorando la cara de desagrado de la niña—. Necesito que averigüe cómo activar la profecía… o cómo acabar con ella, supongo. No tengo claro cómo va.

—Se nota que es su primera vez rompiendo una profecía, ¿eh? — bromeó Gideon.

—No será la primera que rompo un cráneo — gruñó Trystan, y entonces se acordó de que Lyssa estaba ahí. Lo miraba con los ojos muy abiertos y la boca formando un pequeño círculo.

—¿Puede hacerlo con los puños? — susurró la niña con un tono que se parecía demasiado a la admiración para su gusto—. ¿O tiene que usar un objeto contundente?

—Hay que ver qué cosas le enseña, Maverine. — Gideon le dio una palmada en la espalda y él contuvo el impulso de romperle la mano. Una pena, con las ganas que le tenía—. A ver, es una profecía típica de cuento. Seguramente se deba cumplir en un día que tenga algún tipo de significado para el reino.

—¿La víspera del Día de los Muertos? Faltan dos meses — susurró Trystan. Eso era lo que había decretado la criatura del porvenir. Le sorprendía que Benedict y ella hubiesen querido darles esa esperanza, aunque supuso que se debía a lo seguros que estaban de que los vencerían.

Mejor así. Trystan estaba igual de convencido de que sus enemigos fracasarían.

Puede que Trystan estuviera destinado a ser la ruina de Evangelina, pero su amor sobreviviría a cualquier contratiempo. Pasaría por encima del cadáver en descomposición de Benedict. Aquel pensamiento lo tranquilizó.

—¿Una festividad? ¿No cree que eso es demasiado obvio? — preguntó Gideon arqueando las cejas.

—Es una fecha cargada de significado y coincide con la línea temporal que sugirió la criatura del porvenir — repuso Trystan con

desdén, puesto que estaba convencido de que apuntaba hacia el camino correcto.

—Mi Joseph siempre decía que en Rennedawn los momentos del día en que la magia es más poderosa vienen de tres en tres. Al amanecer, temprano; cuando el sol alcanza su punto más álgido, al mediodía; y cuando tiñe Rennedawn de oro, al atardecer. — Edwin acarició la cabeza de Lyssa y la subió a un taburete bajo para que pudiera batir la reluciente masa morada de galletas que acababa de preparar.

—Se están olvidando de la pregunta más importante — dijo la niña como quien no quiere la cosa, sin dejar de prestar atención al bol que tenía delante—. «Donde la luz del sol brille sin impedimentos». ¿Alguno de ustedes sabe dónde es eso?

—¿Acaso usted sí? — preguntó Trystan en voz baja, con solo una pizca de esperanza.

Lyssa puso los ojos en blanco.

—Quién sabe, al parecer ni siquiera sé cómo batir.

Aumentó la velocidad del movimiento y Trystan dio un paso atrás por su propia seguridad.

Ese comentario le iba a traer consecuencias.

—Todas las respuestas se encuentran en el libro de *La historia de Rennedawn* — señaló Edwin tras un momento de silencio colectivo. Todos sabían lo que había que hacer. Y no había tiempo que perder—. Estará entre sus páginas.

Gideon hizo una mueca, probablemente porque sabía lo que le esperaba.

—Ya no podemos seguir adelante sin el libro.

No. No podían.

—Me temo que necesitaremos su magia protectora. Puede bloquear cualquier protección que el rey haya puesto para custodiarlo, y conoce el palacio al dedillo. No puedo enviar a más gente de la Guardia Malévola. Es demasiado arriesgado. — Trystan cerró los ojos con fuerza, decidido a no sentir preocupación ni

remordimiento por poner al hermano de Evie en una situación tan peligrosa.

—Partiré al amanecer. — Gideon tenía los hombros tensos y la barbilla en alto, como un hombre a punto de emprender una misión con tantas posibilidades de fracasar como de tener éxito.

—No hace falta que emprendas el viaje solo — le ofreció Trystan sin mucho convencimiento. Ambos sabían que era mejor que Gideon no fuera acompañado—. Veré si puedo conseguir a un guardia que te acompañe hasta el castillo, al menos.

—Soy el único que sabe dónde está el despacho de Benedict — le recordó Gideon—. Y se lo debo… a ella.

No hacía falta aclarar a quién se refería.

La lluvia golpeaba ahora con más fuerza contra las ventanas. El vitral reconstruido de *La historia de Rennedawn* se burlaba de ellos desde la distancia. Un trueno retumbó contra el cristal y Lyssa se pegó a Trystan.

—Lord Trystan, tengo… miedo.

—Solo es una tormenta, Lyssa — la tranquilizó.

Sin embargo, él también notaba esa sensación de inquietud en la espalda, una especie de advertencia indeseada de que algo se estaba gestando.

Otro relámpago, seguido de un trueno que hizo temblar la mansión.

—¡Infiernos!

Las velas se apagaron, sumiendo la habitación en una oscuridad total y absoluta.

A Trystan le temblaban las manos, la sangre le rugía en los oídos y sentía como si mil agujas diminutas le subieran por la cabeza ante el terror paralizante que creía haber vencido. Sin embargo, al oír el grito de Lyssa, se olvidó por completo del miedo y de todo lo demás.

—¡Lyssa! ¡Edwin! — bramó—. ¡Lyssa!

Un chirrido, luego el resplandor de una cerilla que prendía una antorcha en las manos de Edwin. La habitación se iluminó y reveló a

un Gideon con cara de agotamiento y a un ogro azul con el rostro frenético.

Sin embargo, para sorpresa de Trystan, no había nadie más en la cocina. Solo un batidor abandonado, que seguía balanceándose en el suelo.

—Joder… — susurró Trystan, y salió corriendo hacia el pasillo.

Pero estaba vacío.

Y no había ni rastro de Lyssa.

CAPÍTULO 17

evie

—¡¿Dónde está mi hermana?! — gritó Evie, con el pánico subiéndole por la garganta mientras empujaba a Gideon, quien la había encontrado en una de las altas torres desde las que se lanzaban los cuervos.

Ahora corría por el pasillo, con la tenue luz de las velas parpadeando al son de otro trueno.

—¡Lyssa! — gritó ella, temblando y con los ojos llorosos. Sentía que tenía que moverse, hacer algo—. ¿Dónde está?

Gideon salió disparado de la esquina, con el pelo revuelto, los ojos muy abiertos y el pecho agitado.

—¿Estás segura de que ha desaparecido? Quizá se ha asustado cuando se ha ido la luz y ha salido corriendo.

Un dolor agudo la atravesó y la niebla oscura se desprendió de sus dedos en volutas de humo, rodeándole las piernas. Una parte se acercó para darle una palmadita en la espalda en señal de consuelo, pero ella se limitó a observarla boquiabierta antes de negar con la cabeza y lanzar a Gideon una mirada de pura desdicha.

—Lyssa no le tiene miedo a la oscuridad.

Gideon exhaló un suspiro y atravesó la niebla negra para darle un abrazo a Evie.

—La encontraremos, Eve. Todo irá bien; ya no estás sola en esto, te lo prometo.

Le escocían los ojos, pero le devolvió el abrazo y se dejó reconfortar por el calor que solo un hermano es capaz de transmitir.

—Gracias, Gideon. Siento haberte hablado mal. Bueno, en realidad no lo siento, pero me alegro de que estés aquí.

Gideon la apartó con una risita y un carraspeo.

—Ay, hermanita. Si me hablas mal es porque me lo merezco, te lo aseguro. Vale, a lo que íbamos. ¿Has mirado ya en la oficina?

—Y en nuestros aposentos. — Evie sorbió por la nariz, frotándose los ojos, tratando de aclarar los pensamientos para poder sacar su parte racional. No le serviría de nada a Lyssa si no podía mantener la cabeza fría.

O como mínimo un poco menos confusa.

—Alguien se la ha llevado, lo presiento. Está en algún lugar asustada ¡y yo ni siquiera estaba presente! Estaba…

—Estabas enviando una carta después de haber estado a punto de caer por un precipicio, literalmente. No has hecho nada malo — los interrumpió Trystan con una expresión severa—. He ido a ver a Marv. Sigue encadenado a una silla en los aposentos de Tatianna. Roland ha confirmado que no se ha movido.

Gideon enarcó las cejas sorprendido.

—¿Qué hace Roland ahí dentro con Marv?

—Creo que lo llaman cortejar — respondió Trystan con tal seriedad que Evie sintió cómo se le aliviaba la presión en el pecho—. A ver, un momento. — Se sacó un libro del bolsillo de la capa y pasó las páginas tan rápido que Evie casi no llegó a ver de qué obra se trataba.

Pero cuando lo vio…

—Sí. En la página diez, la autora… — comenzó Trystan.

Evie gritó como si alguien le hubiera dado un golpe con un atizador al rojo vivo.

—¿Estás…? — Lo miró boquiabierta mientras él la observaba, perplejo—. ¿Estás leyendo *La sociedad del corsé travieso?*

Si no estuviera tan preocupada por Lyssa, se habría desmayado de la impresión. Trystan parecía perturbado por su asombro y se acercó un poco más el libro, como si ella fuera a intentar arrebatárselo.

Aquella era una imagen tan absurda que rozaba lo cómico.

—Lo considero un estudio muy interesante sobre el comportamiento humano. Y las descripciones son de lo más enriquecedoras.

Evie conocía *La sociedad del corsé travieso* lo suficientemente bien como para saber con qué tipo de «descripciones» se iba a encontrar cuando llegara al capítulo seis. Soltó un alarido espantoso y se retorció las manos.

—Cuando encontremos a Lyssa tendré tiempo de que me explote el cerebro pensando en esto. De momento pon aquí un pañuelo para marcar la página.

Trystan la miró horrorizado.

—Siempre uso marcapáginas de verdad. Soy un villano, no un delincuente. ¿Acaso tú no haces lo mismo?

Evie suspiró y volvió a gritar el nombre de Lyssa, registrando un armario tras otro en el pasillo, todos vacíos.

—Estaba hablando en sentido figurado, pero no, yo no uso marcapáginas; doblo las esquinas.

Trystan entrecerró los ojos.

—Ahora sí que veo que eres la perdición del reino. Me retracto.

—¡Trystan! — Evie le dio una palmada en el brazo, tratando de recordar ese momento para cuando encontraran a su hermana y pudiera disfrutarlo de verdad. La magia parecía ahora tener voluntad propia. Empujó ligeramente a Trystan y este se tropezó y se estampó contra la pared—. ¡No! Ups. Lo siento. — Se tapó la boca al ver que le salía sangre de la nariz—. ¡Ay, dioses!

—No te preocupes. — Él sonrió con aire burlón y se sacó un pañuelo del mismo color que la falda que ella llevaba ese día—. Ha sido un buen golpe.

Gideon los había estado siguiendo en silencio, fingiendo no escuchar mientras también iba buscando. En un momento dado, dijo:

—Voy a echar un vistazo a la planta de arriba. Venid a buscarme si la encontráis.

Cuando Evie por fin consiguió tener el miedo bajo control, se encontraron con varios miembros de la Guardia Malévola a las puertas de la mazmorra, murmurando.

—¿Qué sucede? — Se acercó a ellos y todos se pusieron firmes ante aquella pregunta, contemplándola como si fuera ella quien les firmaba la nómina.

Estaba bastante segura de que aquello era una ofensa a la jerarquía de la empresa, pero, cuando miró de reojo a Trystan, lo único que distinguió fue orgullo en sus ojos. Le hizo un gesto caballeroso con la cabeza, como animándola a continuar.

—Señorita Sage — Min, una guardia a la que conocía bien, dio un paso al frente—, estamos en un punto muerto.

—¿De qué tipo? — quiso saber ella, preguntándose por qué todos seguían lanzando miradas preocupadas hacia aquella puerta.

Min tragó saliva.

—Habíamos asegurado todos los puntos de salida de las mazmorras por si acaso fallaban los cerrojos mágicos y los prisioneros quedaban en libertad, pero ha caído un rayo muy fuerte que ha debido de activar algo porque… ya no es un supuesto. Definitivamente, los cerrojos han fallado.

Trystan se aferró a la espada que llevaba en la cintura y su mirada oscura se volvió letal.

—¿Dónde están los otros guardias, los que estaban apostados dentro?

Otro Guardia Malévolo dio un paso al frente, con el yelmo en las manos y una expresión desolada.

—Justo estábamos hablando de eso, señor.

—¿Qué hay que discutir? ¡Abran la maldita puerta! — Trystan se puso rojo y una vena del cuello se le hinchó por el estrés.

—No es tan sencillo. — Keeley apareció un poco desaliñada, pero tan tranquila como de costumbre—. Si abrimos esas puertas, no tenemos ni idea de lo que habrá al otro lado. Necesitamos una estrategia para asegurarnos de que no escape ninguno de los…

—¡Evie! — La voz al otro lado se escuchaba amortiguada por el grosor de la puerta de madera, pero esta la reconoció al instante.

—¡Lyssa! — gritó, golpeando la puerta hasta que le dolieron las manos.

—¡Evie, ayúdame! ¡Tengo miedo!

Ay, dioses. Ay, dioses.

A Evie se le revolvió el estómago. El corazón le latía con tanta fuerza que soltó un chillido para que dejara de destrozarle el pecho. No pensaba perder a su hermana. De ninguna manera.

—¡Abre, por favor!

Keeley empezó a hablar, pero las palabras se amortiguaron cuando la niebla la rodeó, bloqueando a los demás. Todos se apartaron, aunque oyó a Keeley gritar:

—¡Espere! Tenemos que asegurarnos de que nadie…

Demasiado tarde. Su magia brilló, embistiendo la puerta con tanta potencia que la sintió en su cuerpo como un ariete. La madera se resquebrajó ante la fuerza, partiéndose por la mitad antes de derrumbarse, revelando quién estaba al otro lado.

No era Lyssa.

La magia le oprimió el pecho y el miedo se apoderó de ella cuando vio lo que tenían delante.

Un conejito.

Un conejito… obscenamente adorable.

—Ay, dioses… — murmuró Evie, dando un paso cauteloso al frente mientras oía murmullos alarmados a sus espaldas, procedentes de los Guardias Malévolos. Las lágrimas se le acumularon en los ojos mientras contemplaba al animal, con el horror apoderándose de su parte más racional—. ¿Lyssa? — preguntó con la voz quebrada.

—¿Sí? — susurró Lyssa desde detrás de ella.

Detrás. No desde el interior de las mazmorras. Y ni por asomo cerca del conejito. Así que, como era de esperar, Evie soltó un grito, tropezó con su falda y cayó de culo.

—¡Lyssa! Por los dioses, ¿dónde te habías metido? ¿Por qué te has escapado?

—¡He visto a Reymundo! — dijo su hermana mirando de un lado a otro, con los ojos muy abiertos al darse cuenta del alboroto que había causado—. O al menos eso me ha parecido. Lo he perseguido hasta abajo, pero no he podido alcanzarlo.

Evie no tuvo tiempo de regañarla porque Trystan se arrodilló en el suelo y le dio un abrazo a su hermana pequeña, acariciándole la nuca mientras susurraba:

—Gracias a los dioses que está bien.

La cara de Lyssa se asomaba por encima de su hombro. Tenía los ojos muy abiertos y miró a Evie moviendo los labios, sin llegar a decir en voz alta: «¿Qué está pasando?».

Evie agitó los brazos como diciendo: «¡No lo sé!».

—Príncipe Trystan, ¿temía que me hubiera convertido en ese conejito? — preguntó Lyssa, con las palabras ligeramente amortiguadas por la intensidad del abrazo.

Él se estremeció ante el título que Lyssa acababa de otorgarle, pero su rostro se mantuvo sereno y aliviado.

—Me gustaría instaurar una nueva regla para el manual del buen villano: los villanos no se convierten en animales. Bajo ningún concepto — proclamó con tono severo y apuntándola con el índice. Evie se sintió tan feliz que tuvo que agarrarse a la pared para no caer.

Lyssa se rio y asintió; luego se volvió para mirar la puerta abierta y frunció el ceño.

—Sigue ahí.

Evie se giró y vio que, efectivamente, el conejito seguía allí sentado, con la nariz moviéndose de una forma que no parecía del todo natural.

—Juraría que… que sonaba como tu voz.

—¡Señor, es la seda! — Keeley puso cara de alarma mientras gritaba, desenvainaba su espada y corría hacia el conejo.

De repente, este se transformó en un gran monstruo. Aparecieron tentáculos en todas direcciones que arremetieron contra los Guardias Malévolos y los estrellaron contra las paredes.

Evie agarró a Lyssa y Trystan agarró a Evie, sujetándola por la cintura y llevándolas con rapidez hacia la pared, donde se precipitaron al suelo de rodillas.

—¿Qué… — empezó a gritar Evie mientras un tentáculo se alzaba sobre ella. Rodó hacia un lado, aferrándose a Lyssa como si le fuera la vida en ello—… cojones es una seda?

—¡Es un mito! — bramó Trystan, esquivando el golpe de otro tentáculo negro.

—¡Ah, por supuesto! — chilló Evie, pegándose a la pared para evitar que la alcanzara y empujando a Lyssa fuera de peligro—. Dile eso al conejito con tentáculos, ¿quieres?

Algo tiró de la parte trasera de su vestido. Cayó rodando hasta acabar en los brazos de Trystan. Habría sido romántico si no fuera porque, un instante después, otro tentáculo les dio de lleno. Evie sintió el golpe como si le hubieran lanzado un ladrillo a la espalda. Se quedó sin aire y cayó al suelo, al lado de Trystan.

Un chillido inhumano rasgó el aire.

—¡Se nos escapa! — gritó Keeley—. ¡Tras ella!

El resto de los Guardias Malévolos siguieron a su capitana a toda prisa, dejándolos a los tres solos en el pasillo abandonado.

—Las sedas tienen la capacidad de transformarse en cualquier cosa o persona con la que hayan entrado en contacto. — Trystan la ayudó a ponerse de pie antes de acercarse a Lyssa y levantarla con cuidado—. Solo son peligrosas si no tienes buen ojo para detectar un fraude.

—O si se convierten en un pulpo asesino — añadió Lyssa con total seriedad.

—Correcto. — Trystan la elogió sin darse cuenta, como si aquello fuera ya algo cotidiano.

Si Evie no se hubiera enamorado ya de aquel hombre diez veces, quizá lo habría hecho de nuevo en ese momento.

Un ruido sordo la detuvo. No era un trueno ni la criatura que acababa de escapar por el pasillo. No, provenía del interior de las mazmorras.

Eran pasos. Muchos. Muchísimos pasos.

—Los prisioneros. — Evie se dirigió hacia el hueco que había dejado al derrumbar la puerta, buscando una forma de cerrarlo—. No, van a…

—Es hora de irse, Sage. — Trystan la cogió en brazos y echó a correr, con Lyssa al lado siguiéndoles el ritmo.

—¿Qué pasa? — jadeó Lyssa—. ¿Adónde vamos?

—A sus aposentos — dijo Trystan—. Y va a quedarse ahí encerrada hasta mañana, ¿me ha oído? Nada de volver a escaparse.

Lyssa asintió con solemnidad.

Mientras corrían, Trystan no soltó a Evie en ningún momento. Era como si temiera que, si la dejaba en el suelo, ella echaría a correr en dirección contraria. A Evie le pareció bien, puesto que eso le proporcionaba una vista perfecta de su apuesto rostro, desprovisto de emoción.

—Las cerraduras han fallado — confirmó Trystan—. Estamos a punto de encontrarnos con muchas personas sueltas por la mansión. — Se encogió de hombros y luego añadió algo que haría que la mayoría de los mortales temblaran de miedo—: Y todas me quieren muerto.

CAPÍTULO 18

gideon

Gideon Sage soñaba despierto a menudo. Aunque en los últimos tiempos la mayoría de sus ensoñaciones eran escenarios totalmente irreales protagonizados por una capitana de cabello dorado, nariz chata y labios rosados como pétalos.

Las pesadillas solían ser mucho más realistas, sobre todo la que estaba viviendo en ese momento, en la que se habían llevado a su hermana pequeña delante de sus narices y él no había sido capaz de impedirlo.

—¡Lyssa! — gritó Gideon—. Lyssa, ¿dónde estás? — Dobló otra esquina de la torre más alta de la mansión. Se oía el rugir de la tormenta, el retumbar de los truenos y los aullidos del viento.

Y entonces empezó otra pesadilla.

Dio un paso atrás, a punto de dejar caer la antorcha que sostenía en la mano.

Era una pesadilla; tenía que serlo. Porque no concebía ninguna otra razón por la que uno de sus superiores de la Guardia Valerosa pudiera estar allí, frente a él. El hombre mostraba un aspecto más pálido y demacrado, pero igual de perverso.

—Gideon — dijo el capitán Lucius con un tono burlesco. Empuñaba un cuchillo que se parecía demasiado al que solía utilizar

para amedrentar a los reclutas recién llegados cuando se quejaban por las heridas o la fatiga.

Hay cosas que nunca cambian.

Su antiguo capitán se abalanzó sobre él y le rajó el brazo con un movimiento brusco. Gideon emitió un aullido de dolor, pero logró recomponerse lo suficiente como para esquivar la siguiente embestida y estrellar a Lucius contra la pared. Sin embargo, eso solo le dio un instante de ventaja antes de que otro individuo lo atacara agarrándolo del cuello y tirando de él hasta lanzarlo al suelo. Vio aparecer otra cara conocida.

El capitán Damon. Más conocido entre sus reclutas como el capitán Demonio.

Mira qué bien. Ahora tenía claro que iba a morir.

Dioses, ¿de verdad iba a abandonar este mundo sin haber vuelto a besar a Keeley? ¿Sin haberle confesado lo que realmente sentía?

O peor aún: ¿sin haber llegado a averiguar de dónde venía ese dichoso aroma a limón?

Pues no.

Porque, al parecer, sus pensamientos la habían invocado. Keeley apareció como un faro de luz dorada, lanzándose hacia el capitán Demonio y arrojándolo contra la pared.

—¡Gideon! ¡Levántate! — chilló Keeley mientras aquel bruto la empujaba. Acto seguido, le dio un fuerte golpe en la cara y ella cayó.

Algo salvaje despertó en el interior de Gideon Sage.

Sin dejar de mirar el cuerpo de Keeley, que yacía desplomado en el suelo, agarró al capitán por el cuello y le empezó a asestar un puñetazo tras otro hasta que le brotó sangre de la nariz, y luego le dio tal patada en el pecho que le hizo perder el equilibrio y estrellarse contra la vidriera, precipitándose hacia el vacío. La lluvia entró a raudales, empapando a Gideon y también a Keeley, que se puso en pie frotándose la mejilla. Un segundo después volvía a estar metida de lleno en la refriega.

—¡Apártate! — gritó, y Gideon saltó a un lado, desde donde contempló cómo arrastraba por el pelo a Lucius, el hombre que había hecho temblar a la mayoría de los reclutas de la Guardia Valerosa, hasta que quedó acorralado y a punta de cuchillo. Ella le dedicó un sonrisa tan siniestra que Gideon sintió cosquillas en la entrepierna.

No es momento de tener esta reacción, idiota.

Para cuando recobró la compostura, ella ya había acabado con la vida del capitán Lucius, dejando en ridículo las habilidades de Gideon. Al verla triunfante sobre el cadáver, volvió a sentir cositas.

¿Quién iba a pensar que la maldad podía ser tan irresistible?

Gideon trató de recuperar la calma.

—Bien hecho, capitana. Quizá te convendría tomarte un descanso. Yo estaría encantado de ayudar a quitarte la sangre del pelo.

No obstante, su comentario quedó sin respuesta. Keeley se apoyó contra la pared con la cabeza gacha.

—No hemos terminado.

—Desde luego que no — respondió Gideon, extendiendo la mano con cautela para acariciarle el brazo en un intento de devolver algo de calor a la frialdad de su voz—. Me temo que tú y yo no habremos terminado hasta que uno de los dos muera.

Mientras Keeley se frotaba el pecho con una mano, su mirada se perdió en la lejanía. Sus ojos dorados reflejaban pena.

—Lyssa está a salvo. Está con tu hermana.

Gideon echó la cabeza hacia atrás y se golpeó contra la pared, pero apenas lo notó debido al alivio que le recorría las venas.

—Supongo que ahora vienen las malas noticias, ¿no?

—¿Consideras «malas noticias» que todos los prisioneros de las mazmorras estén sueltos por la mansión?

—Espera, ¿Maverine tenía a esos dos en las mazmorras? — Se quedó boquiabierto—. Será posible…

—¿Te molesta que los encarcelase?

—Me molesta que ahora me tenga que caer muy bien por haberlos capturado — soltó Gideon con solemnidad antes de esbozar una amplia sonrisa, con la esperanza de que ella lo recompensara arqueando una ceja.

Sin embargo, esta vez Keeley decidió sorprenderlo.

Dio dos largas zancadas… y lo besó.

Él se quedó paralizado, con los ojos muy abiertos, pero los cerró cuando el beso se volvió más apasionado. Los labios de ella se movían contra los suyos con una seguridad que estaba convencido de que nunca volvería a experimentar.

Cuando Keeley se apartó, Gideon le examinó el rostro, el brillo de sus ojos, la pícara curvatura de los labios.

Esto era mucho mejor que arquear una ceja.

Al oír el sonido metálico del acero chocando contra acero al final del pasillo, Keeley se giró en dirección a la pelea y limpió su arma con la ropa del capitán muerto. Cuando Gideon gritó su nombre, ella lo ignoró.

Pero, un instante después, la voz de la capitana resonó por el pasillo y se clavó en el alma de Gideon al decir:

—Para que conste, eso ha sido a propósito.

Un rayo volvió a caer con estrépito y se desató el caos. Aun así, Gideon solo podía sonreír. Se llevó una mano a la boca antes de salir corriendo en dirección al peligro. A la muerte. A ella.

CAPÍTULO 19

becky

—Era un hombre y se ha convertido en una rana. — Becky repitió las palabras en voz alta, dado que aún no terminaba de creérselas.

—Lo sé, mi querida Rebecka — respondió Blade pasándole el brazo por los hombros y sujetándola en actitud protectora mientras subían con calma las escaleras hacia la oficina. Aprovechó la oportunidad para acariciarla.

—Estás impaciente, ¿verdad? — observó ella, avergonzada de que su voz sonara entrecortada.

—¿Por tenerte entre mis brazos? Por supuesto. — Él la miró con expresión de desconcierto, como si aquella respuesta fuera igual de obvia que afirmar que el sol calienta.

Se puso roja y reprimió una sonrisa hasta que no pudo más y se le escapó. Blade, por su parte, la contempló como si le hubiera dado un regalo que él no estaba preparado para aceptar.

—Vaya, eso no tiene precio. — Los ojos ámbar del adiestrador de dragones se oscurecieron ligeramente cuando posó la mirada en los labios de Becky. No salió de su ensimismamiento hasta que ella carraspeó, aunque se arrepintió de que el momento terminara.

Pero es que tenía que terminar.

—¿Crees que Tatianna y Clare ya lo habrán encontrado?

—Ha adoptado forma de rana — respondió Blade, cogiendo un candelabro para iluminar el espacio inquietantemente vacío—. Puede que nos lleve toda la noche localizarlo. Quizá deberíamos esperar antes de decírselo al jefe. Al parecer, Clare opina que es lo mejor. Además, ¿qué vamos a decir? «Adivine qué, señor. ¡Hemos encontrado a Reymundo! ¡Pero en versión humano! Aunque ya no lo es… ¿Qué dice, señor?». — Blade hizo una pausa exagerada—. «¿Sigue siendo humano, Gushiken?». — Imitó tan bien la voz del jefe que Becky tuvo que morderse la lengua para reprimir la risa—. «No, señor. Qué suposición tan descabellada. Ahora es una rana y se ha perdido». — Remarcó la última palabra con un movimiento de mano—. Otra vez. Sí, se ha perdido otra vez. En fin… No tenemos un buen historial en lo que al rastreo de ranitas se refiere, Rebecka. ¿Por qué no dejamos que Clare se encargue?

—Debo recordarte que a quien le debemos lealtad no es a Clare — murmuró Rebecka, mirando a su alrededor en busca de cualquier indicio de vida—. Y, cuando el jefe se entere, porque tarde o temprano se va a enterar, seremos los primeros a los que castigue por habérselo ocultado.

Blade empezó a discutir, pero, al abrir la puerta del despacho del jefe, una gran masa lo embistió con tanta fuerza que salió volando por los aires y cayó al suelo hecho un ovillo.

Rebecka ahogó un grito y se apresuró a ayudarlo, aunque solo tuvo un instante para reaccionar antes de que unas manos ásperas la empujaran contra la pared.

—Vaya, vaya, vaya, si es la pequeña Rebecka Fortis. — Un brazo enorme le estrujó la garganta y se encontró cara a cara con un rostro que había visto por primera vez hacía años, cuando la magia de su familia la eligió a ella como heredera.

—Hola, Walter — logró decir con desdén hacia ese hombre de su antigua vida—. ¿No te apetece masticar un par de hojas de menta? Te apesta el aliento.

Respiró aliviada al dejar de notar presión contra la garganta. Se frotó el cuello mientras se giraba y se encontró con que Blade había

levantado a lord Walter Loring por las solapas y lo estaba sacudiendo.

—Walter — Blade esbozó una sonrisa aterradora—, ¿cree en la vida después de la muerte?

El hombre se retorcía y gruñía, tratando de zafarse, pero claramente Blade lo superaba en fuerza y juventud.

—¡No, sucio bastardo! — espetó.

—¡Pues yo sí! — repuso Blade con tono afable—. Así que ¿qué le parece si lo mato y me confirma quién de los dos tiene razón? A menos que Rebecka tenga alguna objeción. — La miró con cara de esperar que no fuera el caso—. No es pariente tuyo, ¿verdad?

—Por los dioses, ¿ese es lord Walter? — Roland, el hermano mayor de Becky, eligió justo ese momento para aparecer recolocándose las gafas.

—En efecto — confirmó ella con indiferencia—, pero ya lo tenemos controlado. — Entrecerró los ojos al mirar a su hermano—. ¿Dónde has estado?

Si bien Roland no estaba hecho para el engaño, tampoco acababa de fiarse de alguien que aún vivía con la manipuladora de su madre.

—Intentaba ayudar con el antídoto para Marvin. Tengo quemaduras de la planta térmica que lo demuestran. — Levantó las manos para mostrar las líneas rojas e inflamadas que le cruzaban las palmas—. Por si acaso no te fías.

—Solo estoy siendo precavida. — Rebecka le lanzó la mirada que solía dirigir a todos sus hermanos. Esa que decía: no provoques una batalla si no estás dispuesto a afrontar una guerra.

—Por supuesto. — Roland juntó las manos con nerviosismo—. Escucha, Bex, sé que aún no confías en mí y que esto es pedir demasiado, pero sería mucho más fácil tratar a Marvin en la Fortaleza Fortis. Allí hay muchas más hierbas y plantas mágicas.

Rebecka sintió que se le erizaba el vello, sin embargo, Roland nunca había sido un buen mentiroso, con lo cual, sí decía aquello, era porque realmente lo creía, y llegó a la conclusión de que lo mejor era dejarlo hacer.

Y esperar no arrepentirse.

—Se lo comentaré al jefe, pero estoy de acuerdo contigo, por desgracia. Aun así, tendrás que llevarte a dos miembros de la Guardia Malévola para que informen de tus progresos.

Roland parecía complacido por la confianza que acababa de depositar en él, tanto que probablemente habría aceptado ir con cien guardias de habérselo exigido.

—No te defraudaré.

—Más te vale. — Le sonrió a su hermano, pero los ojos de este se desviaron hacia el hombre que en ese momento forcejeaba bajo el peso de Blade.

—Bueno, ¿y qué hace aquí el viejo Walter? — Roland contempló al hombre con más curiosidad que espanto. Un efecto secundario de la Mansión Masacre.

—Lleva casi un año encarcelado en nuestras mazmorras — le explicó Becky—, después de que intentara asesinarme de camino al trabajo el otoño pasado.

Blade bajó la cabeza bruscamente hacia el hombre que tenía debajo y la actitud amistosa tan característica en él se esfumó por completo.

—Vaya, ¿es eso verdad?

—Blade, deja de restregarle la nariz por el suelo; acaban de barnizarlo. — Rebecka se frotó las sienes—. Y sí, es cierto. Sospecho que fue por rencor, dado que rechacé su propuesta.

—¿De matrimonio? ¿Este hombre te pidió matrimonio? — preguntó Blade con el rostro torcido por el asco—. ¿Se cree usted un mago, lord Walter?

—¡Mocoso! ¡Soy de sangre noble, miembro del consejo privado del rey! ¡Tendría suerte de casarse con un hombre de mi calibre!

Rebecka entrecerró los ojos y sacó un cuchillo de entre sus faldas para apuntarle al cuello.

—¿Desde cuándo eres miembro del consejo del rey? — Cuando aquel miserable empezó a temblar, la ira se acumuló en su interior junto con todas las demás emociones que ya no le apetecía reprimir.

—Desde poco antes de venir a matarte — gimió Walter. Soltó un grito cuando ella presionó el cuchillo lo suficiente como para hacerle sangrar—. Be-Benedict me ofreció un puesto entre sus consejeros si lograba que me capturaran. Se suponía que me iba a liberar después de que encontrara… — Se quedó a media frase y apretó los labios con fuerza.

—¿De que encontraras qué? — exigió saber Rebecka, a punto de clavarle el cuchillo.

Walter se estremeció, gruñó, pero no se derrumbó; en su mirada se reflejaba un miedo a algo más que a la muerte.

—Nada, se suponía que me iba a liberar después y punto — susurró.

Rebecka alzó el cuchillo, observando con satisfacción cómo Walter se cubría el rostro, suplicando por su miserable vida.

Sin embargo, a ella le encantaba jactarse de su superioridad moral y quería aferrarse a ella mientras pudiera. Lanzó el cuchillo al suelo y, cuando Walter abrió los ojos, Rebecka puso los suyos en blanco.

—Roland, mételo en el armario de cartografía hasta que hayamos comprobado que las mazmorras son seguras. Creo que a El Villano le interesará hacer otra ronda de interrogatorios.

Blade se inclinó desconcertado y susurró:

—¿A El Villano o a La Villana?

Ella le dio un codazo en el pecho.

Roland levantó a Walter y lo arrastró por el pasillo hasta donde le había indicado. Puso la mano en el pomo y abrió la puerta.

Alguien ahogó un grito y se escuchó un sonido acompañado de un polvo centelleante que se esparció sobre los dos hombres que estaban allí de pie.

Cuando la brillante niebla se disipó, solo quedaba Roland, que miraba desconcertado lo que había al otro lado de la puerta del armario de cartografía.

—Rebecka, creo que tenéis a una hechicera en el armario.

Con el corazón a mil, Rebecka corrió hacia él seguida de cerca por Blade, y se detuvo en seco al descubrir a la joven presa del pánico.

Winnifred Erodina, la hija de la hechicera que había lanzado la maldición de Reymundo, estaba sentada en el suelo, con el vestido que le habían prestado extendido a su alrededor y los mechones castaños de su melena flotando como si soplara un viento invisible. Parecía bastante tranquila, considerando las circunstancias. Más que nada porque acababa de convertir a lord Walter… en un caracol.

CAPÍTULO 20

evie

—¡No sé en qué estaba pensando Lyssa! — espetó Evie mientras le clavaba la daga a otro Guardia Valeroso que había doblado la esquina del pasillo emitiendo un grito de guerra.

Intentaba ignorar el sonido de la carne húmeda al ser cortada. Ya sabía que la muerte no era algo glamuroso, pero deseaba que fuera también un poco menos asquerosa. De ser así, quizá no le habría importado tanto matar.

—¿Te refieres al lanzarse a una situación peligrosa sin pensar antes en su bienestar? — Trystan agarró al hombre que trataba de alcanzarla y le rompió el cuello—. Vaya, debe de ser frustrante, ¿verdad? — El sarcasmo era evidente en su tono y en su expresión.

—Yo sí que pienso en mi bienestar — objetó ella.

Trystan la fulminó con la mirada y después le rompió el cuello a otro guardia.

—¿Cuándo?

Ella reflexionó, ladeando la cabeza.

—Cuando consumo lácteos.

—¡Sage!

—¡Vale! Soy irresponsable con mi bienestar y es algo que viene de familia. ¿Qué quieres, una medalla? — Puso los ojos en blanco

mientras clavaba la daga en el hombro de un caballero.

—Quiero que… — Trystan agarró a otro por el gaznate, dejándolo inconsciente de un golpe con el codo. Luego alzó la mirada y exclamó—: ¡A tus espaldas!

Ella jadeó al sentir que la levantaban por detrás y la lanzaban contra la pared con brusquedad. Un dolor le recorrió el hombro sobre el que había caído y, por un instante, perdió la visión. Lo único que oyó en ese momento fue un grito de rabia inhumano. Cuando abrió los ojos, solo veía unos puños golpeando un cuerpo con ensañamiento, y luego quietud.

—Evangelina — murmuró la voz de Trystan. Aproximó los labios a su cabello mientras ella respiraba con dificultad—. ¿Te has dado en la cabeza?

—En el hombro, pero estoy bien, solo un poco magullada. ¿Crees que falta mucho para que acabemos con esta gente? — Hizo una pausa al ver lo que él tenía en la mano—. ¿Lo que llevas ahí es un globo ocular?

—No quería que lo pisaras — respondió con voz ronca.

Gideon dobló la esquina en ese momento, aparentemente ileso. Los miró con el ceño fruncido y luego se fijó en el globo ocular.

—Maverine, en general, las mujeres prefieren flores.

—Yo no. — Keeley le dedicó una media sonrisa al aparecer a su lado.

—Dame ese globo ocular — exigió Gideon, y acabó apartándose de un salto cuando Trystan se lo lanzó.

—Informa, Keeley — dijo Trystan mientras agarraba a Evie por la cintura para ayudarla a ponerse de pie.

—El perímetro este se encuentra despejado. Hay varios guardias apostados en la entrada de las mazmorras y por todo el edificio. La oficina ha sido evacuada sin heridos graves. Sin embargo, la seda ha escapado volando tras convertirse en un cuervo.

Gideon tocó el brazo de Evie.

—¿Y Lyssa?

—A salvo en nuestros aposentos. Y castigada sin salir durante los próximos veinte años — refunfuñó Evie.

—Iré a ver cómo está — se ofreció Gideon—. Capitana, ¿te importaría acompañarme?

Keeley puso los ojos en blanco, pero Evie notó una leve sonrisa en su boca mientras los dos se dirigían a ver a Lyssa. De repente, otro cuerpo se estrelló contra Evie.

—¡Tatianna! — Su amiga parecía un poco aturdida y confundida—. ¿Estás bien?

—Está bien — respondió Clare—. Solo un poco conmocionada. Nos hemos topado con unos cuantos prisioneros fugados de camino hacia aquí.

Tatianna asintió, pero sin mirarla a los ojos.

—Ha sido un día horrible. Debería ir a ver cómo está Marv y cómo le va a Roland. Así que… — Miró a Trystan como si quisiera decir algo y luego le dirigió la misma mirada a Evie—. Creo que es hora de irme a la cama. ¿Clare?

Clare apartó la vista del suelo.

—¿Sí?

—¿Vienes conmigo? — preguntó Tatianna tendiéndole la mano. Era evidente que ahí se estaba produciendo una conversación silenciosa—. La Guardia Malévola tiene la situación bajo control. Continuaremos con nuestra labor mañana.

Clare tragó saliva con los ojos vidriosos, pero tomó la mano de Tatianna y las dos emprendieron el camino juntas hacia los aposentos de la curandera.

—¿Has visto eso? — susurró Evie juntando las manos y cruzándolas bajo la barbilla—. Diría que la relación entre ellas por fin está avanzando.

—Eso parece… — murmuró Trystan, acercándose con naturalidad para limpiarle un poco de sangre de la mejilla con el pulgar—. Aunque ocultan algo.

—Ay, tú siempre tan pesimista. ¿Y si solo quieren un poco de paz y tranquilidad?

Trystan miró a su alrededor arqueando una ceja.

—Entonces han elegido el lugar incorrecto para vivir.

—¡Pero si la mansión es de lo más apacible! — exclamó Evie con fingida inocencia.

—Lo fue en su día — reflexionó Trystan, con la mirada perdida en un recuerdo—. Antes de que llegaras tú. Antes de que llegara el resto de la gente. Detestaba tanta tranquilidad.

Esas palabras reconfortaron tanto a Evie que temió que su corazón no pudiera soportarlo y se dio la vuelta para que su rostro no delatara lo que sentía. Fue entonces cuando se percató de lo que había en el suelo, entre los prisioneros inconscientes.

—¿Alguien… se ha quitado los pantalones en medio del pasillo? — preguntó recogiendo la prenda e inclinando la cabeza—. ¿Hay algún hombre corriendo desnudo por ahí?

Una duendecilla que pasaba volando por allí se detuvo.

—Lleva sucediendo todo el día, señorita Sage. — Y luego se alejó de la misma forma antes de que pudiera preguntarle nada.

Trystan se recolocó unos mechones de pelo.

—¿Ves? Tranquilísima. — Frunció el ceño cuando ella le entregó los pantalones—. Hay algo duro en el bolsillo.

—Yo también me alarmé la primera vez que me pasó, pero te prometo que es normal — bromeó Evie con una sonrisa. Dio un paso atrás cuando él se volvió para mirarla con el rostro tenso mientras sacaba el objeto del bolsillo—. ¿Qué es?

Trystan se lo mostró con aire preocupado y a ella le dio un vuelco el corazón al descubrir de qué se trataba.

Era la corona de Reymundo.

CAPÍTULO 21

trystan

La noche transcurrió sin que corriera más sangre.

Para disgusto de Trystan.

—Por fin se ha quedado dormida — dijo Sage al salir de la habitación donde se encontraba Lyssa, frotándose los ojos. Trystan notó que tenía las ojeras marcadas—. Aunque para conseguirlo he tenido que pedirle a Blade que me cediera su nueva mascota.

—¿Te refieres al lord que Winnifred ha transformado en caracol por accidente?

—Ahora se llama Florencio y es el nuevo mejor amigo de Lyssa — explicó Evie con una sonrisita—. Lo ha arropado con el pétalo de una flor.

Él soltó una mezcla entre risa y suspiro.

—Me parece totalmente razonable. Al igual que la idea de que tú también duermas un poco. Empezando ahora — ordenó, sonando mucho más enfadado de lo que pretendía.

—¿Y qué hay de ti? — repuso ella entrecerrando los ojos. La niebla gris se cernió sobre sus hombros, lista para abalanzarse sobre él. Era extraño contemplar esa magia desde fuera, aunque no desagradable. Estaba donde debía estar.

El amanecer se alzaba sobre el horizonte y la lluvia seguía cayendo sin cesar, si bien los truenos habían amainado.

Trystan había escoltado a un Roland agradecido y a un Marvin aún enfermo a través del bosque de espinas para que abandonaran la finca flanqueados por varios miembros de la Guardia Malévola. Se habían marchado con la promesa de regresar en cuanto Roland encontrara una cura con las plantas mágicas de la propiedad de la familia Fortis. Aquello podía acabar o muy bien o muy mal. Estaba ansioso por averiguarlo. Igual que estaba ansioso por ver si la aprendiz de hechicera que en ese momento se hallaba sentada con las piernas cruzadas en el caminito del patio tenía éxito en su labor de reparar las cerraduras mágicas de las mazmorras. Si bien es verdad que iba más lenta que el lord recién convertido en caracol. Que Florencio, vaya.

Winnifred llevaba casi toda la noche trabajando en ello, tras haberse ausentado unas horas para esconderse del ruido y el caos. Los demás habían logrado atrapar a los prisioneros más peligrosos. Bueno, a aquellos que habían sobrevivido a la Guardia Malévola. El número era reducido, y Trystan estaba agradecido de que así fuera.

No podía permitirse perder a más trabajadores.

Ni podía ni quería.

La balanza ya se había inclinado demasiado a favor de Benedict, y con los nuevos carteles de SE BUSCA de Sage, era probable que el resto del reino se pusiera aún más en su contra. Sus únicos aliados — aparte de aquellos a los que había contratado o coaccionado— eran unos réprobos en toda regla, y la idea de que uno de ellos se acercara a menos de metro y medio de Evangelina o Lyssa, o de cualquiera de las personas que le importaban…

—No estamos hablando de mis hábitos de sueño — replicó él con brusquedad—. Hablamos de los tuyos, y, según mis cálculos, no has dormido una noche entera desde hace al menos una semana, si no un mes. Vete a la cama.

Sabía que estaba demasiado alterado para mantener aquella conversación, pero era incapaz de callarse.

Ella le presionó un dedo contra el pecho, provocándole un pinchazo, y le dedicó una mirada desafiante. Vio que tenía la respiración agitada por la ira y la parte superior de los pechos le subía y bajaba. Fijarse en eso lo dejó sin aliento e incapaz de formular un pensamiento racional. Si no fuera porque acababa de recuperar la pizca de humanidad que le quedaba, la habría inmovilizado contra el pilar que tenían al lado, le habría rasgado el vestido hasta exponer sus pechos al aire nocturno y habría procedido a calentárselos pasándole la…

—Disculpa, ¿acaso nuestra conversación te está impidiendo devorarme los pechos con los ojos?

—Un poco — admitió él, y emitió un gruñido al notar una patada en la espinilla—. ¿Por qué me haces preguntas si no quieres saber la respuesta? Te das cuenta de que no tiene sentido, ¿no?

—No le diga eso — soltó Winnifred, y Trystan dio un respingo. Se había olvidado de que la chica estaba allí, aún concentrada en los cerrojos—. Ahora mismo está pensando en cuál sería la forma más fácil de matarlo.

Se puso rojo al ver que Sage lo contemplaba con los ojos entrecerrados. Al cruzar las miradas, ella se encogió de hombros sin remordimiento alguno.

—Creo que optaría por el veneno — dijo al fin—, pero aquí el experto eres tú. ¿Cortándote una arteria? ¿Quizá asfixiándote?

—La asfixia y el veneno son más limpios si *temes* ensuciarte las manos. — Enfatizó la palabra para provocarla, y ella mordió el anzuelo.

—Es mucho decir viniendo de un hombre que hasta hace dos segundos no era capaz de admitir que tenía sentimientos; mucho menos románticos. — Esa exageración solo sirvió para acabar de sacarlo de sus casillas, pero su capacidad de autocontrol era mejor que la de ella.

—Pues sí, tienes razón. Reprimí mis emociones cuando no me convenían. — Aguardó a que ella bajara la guardia y su mirada se

suavizara para atacar—: Aunque al menos yo nunca he fingido ser feliz cuando no lo era; creo que eso es peor.

A Evie se le dilataron las fosas nasales y se le oscurecieron los ojos por la ira que se manifestaba también en la niebla que se cernía a su alrededor, a la espera de recibir órdenes. Él estaba dispuesto a enfrentarse a esa magia con tal de llegar a ella, pero entonces dio un paso al frente para acercarse más y el enfado de Evie se transformó, pasando de una mirada cautelosa a una más confiada.

Esa mujer nunca dejaba de intentarlo. Incluso cuando afirmaba rendirse, su fuerza vital iba por libre, y la niebla oscura que le envolvía las muñecas potenciaba aún más esa cualidad.

Cuando Trystan poseía la magia, había aprendido a vivir con el miedo y la incertidumbre de no saber si se enfrentaría a una situación que escapara a su control. Era algo intrínseco en él, igual que la oscuridad de su melena o la rectitud de su nariz. Algo que para él era natural resultaba desagradable para el mundo y, por tanto, lo rechazaban y lo condenaban al ostracismo. Aquello le había dolido más de lo que era capaz de admitir. Por eso ahora prefería que esa misma magia lo arrollara antes que dejar que ella percibiera un mínimo atisbo de vacilación.

No le daba ningún miedo.

Se había consumido.

Estaba dispuesto a permitir que esa magia le robara y magullara el alma antes que darle la espalda a la mujer que amaba. Se postraría de rodillas o escalaría las torres más altas de una fortaleza encantada, si era necesario.

—No te tengo miedo, Sage.

—¡Yo sí! — exclamó Winnifred, pasando al siguiente grupo de candados.

—¡Gracias, Winnifred! — respondió Trystan con una sonrisa que sabía que era más de depredador que de otra cosa.

—Qué poco ha durado lo de no fingir que eres feliz — dijo Sage con una sonrisita y dándole un empujón, pero entonces él le agarró las manos y se las llevó al pecho. Sintió un tierno cosquilleo en el

punto donde se rozaban. Resultaba tan abrumador que exhaló un suspiro. Aun así, al tocarla se imaginó cómo sería que en ese momento ella le desabrochara el cinturón y se arrodillara para…

—Trystan Maverine está excitado — afirmó Winnifred desde detrás de Evie. Después cerró los labios al darse cuenta de lo que había dicho y añadió con los ojos muy abiertos—: Lo siento. — Aunque la disculpa vino seguida de una corrección que no mostraba el más mínimo arrepentimiento—: De hecho, los dos lo estáis. ¿Puedo irme? — Su tono sugería que sus observaciones eran genuinamente inocentes.

Además de bochornosas.

Las mejillas de Sage se tiñeron de un rojo escarlata. De pronto, el sonido de una conversación que se acercaba indicó la presencia de más público indeseado.

—Señorita Erring, ¿usted no debería estar en la cama? — preguntó Trystan—. ¿Qué es esto?

Becky había salido de detrás de una columna, junto con Tatianna y Clare. Era evidente que habían vivido días mejores. Se las veía cansadas, hastiadas del mundo y con una necesidad imperiosa de dormir ocho horas seguidas. Cosa que probablemente no pasaría.

—Hemos pensado en organizar un desayuno en el exterior — explicó ella, balanceando una cesta entre los dedos.

—En el exterior… — Trystan dejó la frase en el aire, frunciendo el ceño en dirección a Sage, que sonreía avergonzada mientras retrocedía con cuidado—. ¡Se lo has contado! Será posible…

Sage levantó las manos.

—Tu aversión hacia la palabra «pícnic» no es ninguna novedad.

—No es aversión — refunfuñó él—, es una cuestión de mera preferencia por… No, guarda el mantel. En cuanto Winnifred termine con los cerrojos, nos iremos todos a dormir y descansar. Hoy tenemos que atrapar a los gubres y empezar a planear cómo vamos a robar el libro de… — Los dedos de Sage le rozaron los labios al meterle una galleta en la boca. Él la miró fijamente a los ojos hasta sonrojarla y obligarla a bajar la mano.

Estaba decidido a no agarrársela.

Observarla con nostalgia desde luego era una opción menos patética.

—Cállate y cómete la galleta, señor del mal — dijo entonces. A continuación, le dio un mordisco a una fresa y se relamió los labios. Él apretó los puños y respiró hondo, no fuera a ser que Winnifred adivinara adónde se habían ido sus pensamientos otra vez—. El desayuno en el exterior ha comenzado.

—¿Dónde está la rana? — murmuró Winnifred. La curiosidad parecía ser lo único que contrastaba con su comportamiento tímido y apocado. Se preguntó si su cautela era innata o si se la habían inculcado, como a Trystan.

Aquella había sido una labor de su despreciable madre.

Tatianna se rio tapándose la boca con la mano y con una mirada tensa.

—Ya que ha salido el tema…, tenemos algunas… novedades, Trystan.

—Pero pueden esperar hasta que hayamos comido — se apresuró a añadir Clare.

—Este cerrojo era el último — dijo Winnifred, levantándose para sacudirse el polvo de la falda. Las sombras moradas bajo los ojos le contrastaban con la piel—. No estoy segura de si va a funcionar lo que he hecho, tendremos que probarlos. Y no hay garantía de que aguanten si otra ola de decadencia afecta a la mansión.

Trystan se puso de pie y le tendió la mano para estrechársela.

—Gracias.

Winnifred se quedó desconcertada por el gesto — se notaba por cómo había abierto los ojos—, pero se la estrechó de todos modos y preguntó en voz baja:

—Señor, ¿va a considerar el favor que le pedí?

—Me encargaré de poner en marcha los preparativos. — Trystan trató de mostrarse amable mientras le ofrecía una galleta—. Le recomiendo que primero descanse unas horas y luego veremos si sigue queriendo regresar a casa de mi madre.

Aquello sacó a Clare de su aturdimiento.

—Espera, ¿qué? ¿Por qué demonios querrías volver a ese sitio?

—Porque es mi lugar de trabajo — respondió Winnifred avergonzada, mirando de un lado a otro. A esa mujer le habían enseñado a sentirse cómoda en situaciones que no lo eran, y estaba claro que el mejor lugar para experimentar la incomodidad era allá donde viviera su madre—. La señora Maverine acaba de perder a su marido, con quien llevaba treinta años casada. Le debo mucho, se ha hecho cargo de mí durante todo este tiempo y necesitará ayuda con el funeral.

—Esa mujer hizo que encarcelaran a tu madre por un delito que no cometió. Un amor de persona, desde luego — rezongó Tatianna con sarcasmo, apartándose la espesa melena de la cara atándola con su lazo rosita favorito.

Winnifred se puso tensa, apretó los labios y frunció el ceño, con una mezcla de frustración y confusión.

—Arthur Maverine fue la única persona que me trató con amabilidad desde que empecé a trabajar para ellos. Me gustaría presentarle mis respetos y ayudar con el funeral. Amara solo me lo permitirá si sigo trabajando para ella, de eso estoy segura.

Tatianna se calmó, dado que era experta en saber cuándo parar.

—Lo siento. Está claro que tu experiencia con ella va más allá de mi entendimiento. Mi intención no era juzgarte a ti, sino a ella. Te pido perdón.

Al parecer, Winnifred respondía a las disculpas igual que Trystan: con incomodidad. Asintió, se giró para recoger su reluciente varita y se la guardó en el costado.

—Probad la primera cerradura que he hecho. Es la que lleva más tiempo con el encantamiento. — Luego se dio la vuelta para marcharse.

Trystan vio un movimiento por el rabillo del ojo, cerca de por donde Winnifred acababa de pasar para meterse bajo la sombra del voladizo. La muchacha se asustó y soltó un grito. Al sobresaltarse,

un rayo de magia salió disparado de la varita e impactó contra el tejado.

Este empezó a desmoronarse.

Justo encima de Winnifred.

Un chillido rompió el amanecer y todos corrieron hacia ella para salvarla, pero lo que había sido la causa de ese movimiento difuso se les adelantó: una criatura verde se lanzó en picado hacia Winnifred, esquivando las piedras que caían.

Lo que vino después fue una ilusión óptica. Tenía que serlo. Porque, cuando la losa de piedra estaba a punto de alcanzarla, apareció una luz intensa y el techo se detuvo antes de impactar. No había sido cosa de la hechicera.

Tampoco de Reymundo la rana.

Sino de un humano que estaba allí, sosteniendo la losa con ambas manos mientras la luz verde centelleante se desvanecía, revelando quién la había detenido.

No. No era Reymundo la rana.

Era Alexander Reymundo Kingsley.

El humano.

CAPÍTULO 22

reymundo

Como humano, sentía el sol diferente.

Los rayos le rozaban la piel desnuda y su cuerpo transformado cobró vida; de repente, era mucho más grande que segundos atrás. Más grande y más fuerte. Miró a la mujer asustada que tenía delante y esta le devolvió la mirada, pero después bajó la vista y la volvió a subir entreabriendo los labios y poniendo cara de espanto. Notó que sus mejillas también adquirían el color de las amapolas… o de la sangre.

Alexander se dio cuenta de que muchas cosas habían cambiado en él desde la última vez que había sido completamente humano. La caballerosidad y el orgullo de haber salvado a una muchacha guapa ya no estaban presentes. En su lugar, había un sentimiento de vacío y tal vez un poco de alivio de que la joven hechicera no hubiera acabado aplastada.

Aunque la encontraba bastante grosera. E insufriblemente observadora.

Nota mental: no salvar a damiselas que hayan intentado eliminarte con una escoba.

Con un quejido que pretendía ser un grito, llevó al límite todos los músculos que había olvidado que poseía y empujó el trozo de lo que supuso que era una sección podrida del techo hasta que se estrelló

contra el suelo y se deshizo en mil pedazos. Muy apropiado, ya que el mundo tal y como lo conocían parecía estar haciendo lo mismo.

—¿Alexander? — dijo Trystan Maverine, su mejor amigo, su compañero de fechorías, el que lo había mantenido a salvo y cuerdo a lo largo de los años, un príncipe por derecho propio. Había pronunciado su nombre como quien llama a un espíritu que vaga por el mundo porque le quedaron asuntos pendientes, como quien habla ante una tumba.

Alexander Reymundo Kingsley aún no estaba muerto, aunque, sin duda, sí tenía asuntos pendientes.

—Que me lleven los infiernos… — se lamentó Clare con desesperación, tapándose la cara con las manos, tal y como solía hacer de niña cuando alguna tarea le resultaba demasiado complicada.

Alexander quería responder. Se moría de ganas. Quería decir todas esas frases largas que no había podido pronunciar en los últimos años, todas esas ocurrencias que no había podido transmitir, todas esas réplicas ingeniosas que rayaban lo criminal y que no había podido expresar. Sin embargo, sus cuerdas vocales estaban tan atrofiadas como los músculos de sus brazos y, dado que la adrenalina ya se había desvanecido, no podía hablar… ni mantenerse en pie.

Winnifred, por otro lado, sí podía hablar. Y, a juzgar por los improperios y los gestos que hacía con las manos, era evidente que no estaba muy contenta con la situación.

Quizá fuera porque había estado a punto de morir aplastada por el techo.

O porque Alexander estaba de pie sobre ella… desnudo.

Fuera como fuese, a él no le gustaba la idea de estar en cueros encima de una mujer que no se lo hubiera pedido con entusiasmo, así que se dejó caer de costado, extendido como una estrella de mar magullada.

Porque eso era lo que debía hacer un dichoso caballero.

—¡Por todos los dioses! — La melodiosa voz de Tatianna resonó como un himno mientras una mancha rosa se abalanzaba sobre él—. Mírame. — Le puso las manos en las mejillas y empezaron a resplandecer en busca de algo que indicara que su cuerpo humano había sufrido algún daño.

¿Acaso no la estaba mirando ya?

No, principito de pacotilla, sigues mirando a la hechicera que odia a las ranas.

Ups. ¿Se había quedado mirándola embobado?

Ahora tienes cejas. Úsalas, zoquete.

La intensidad de las emociones que sentía parecía haber alcanzado unas proporciones inconmensurables. Todo era demasiado grande, demasiado brillante, demasiado ruidoso. Se tapó los oídos con las manos y el sol le obligó a cerrar los ojos. Entonces sintió algo suave cubriéndolo y murmullos de voces que reconocía.

Evie Sage susurró:

—¿Se ha desmayado?

Clare tosió y preguntó con cautela:

—¿Está muerto?

—¡Por los dioses, Clare! ¿Cómo que si está muerto? — espetó Trystan.

—¡Es una pregunta lógica! ¡Se ha quedado inmóvil!

La respuesta desafiante de Clare le dio a Alexander el impulso que necesitaba para hacer un esfuerzo considerable y abrir los ojos. Para su sorpresa, ya no estaba tumbado en el suelo del patio de la Mansión Masacre, sino que tenía la cabeza apoyada en un cojín. Tanta comodidad no le resultaba familiar, pero el rostro que se cernía sobre él era lo bastante reconocible como para devolverle el ceño fruncido.

Winnifred dio un respingo cuando sus miradas se cruzaron, como si quisiera salir corriendo.

Alexander se incorporó agarrándose las costillas y vio a Trystan de pie en la esquina, observándolo con atención. También estaba Evie con una expresión que reflejaba una batalla interior, alternando

la mirada entre Trystan y él mismo con la expectación propia de una niña en el circo.

De repente, Trystan empezó a andar hacia él y a Alexander le pareció mal no estar de pie. Para una vez que podía encontrarse con su mejor amigo a la misma altura y en igualdad de condiciones… Al levantarse, notó las piernas más firmes. Mientras estaba inconsciente, alguien le había enfundado unos pantalones y una camisa blanca holgada que le cubrían su alta figura.

Alta.

Tenía una figura alta.

Quién lo iba a decir.

Cuando se encontraron cara a cara, Trystan sacudió la cabeza con asombro.

—¿Cómo?

No estaba claro qué era lo que había pasado, qué había cambiado dentro de Alexander para ser capaz de apuntar a Winnifred Erodina y pronunciar su primera palabra en una década.

Le salió ronca y áspera, con tanta dificultad que casi no logró pronunciarla. Pero sí.

—Ella.

Winnifred parpadeó y lo miró como si la hubiera acusado de robar comida a los huérfanos.

—¿Yo? — Se señaló a sí misma, sorprendida. Desgraciadamente, su confusión resultaba entrañable. Luego agitó las manos como si eso fuera a cambiar aquella revelación—. No es verdad, lo que hice no funcionó.

—Lo encontré así hace dos días — soltó Clare en una confesión apresurada.

—¿Disculpa? — contestó Trystan, con un tono sereno pero amenazante.

—¡Seguro que todo tiene una explicación razonable! — intervino Evie para calmarlo.

Clare esbozó una mueca.

—No creí que fueras a soportar la noticia.

Evie suspiró e hizo un saludo militar.

—Estás sola en esto, soldado.

Alexander negó con la cabeza, agarrando a Trystan por el hombro y mirándolo con pesar. No obstante, su amigo nunca había sido especialmente hábil con las emociones.

Por eso le sorprendió tanto que fuese Trystan quien lo abrazara primero.

Alexander se quedó paralizado. La sensación de que lo abrazaran le resultaba tan desconocida que casi se le había olvidado qué hacer con los brazos. Aun así, fue capaz de devolverle el gesto.

—¡Ay! — Evie dio unos saltitos—. Qué momento más tierno… Creo que voy a llorar.

—No — repuso Trystan con tono seco, separándose de Alexander y señalándola con expresión conminatoria—. No quiero lidiar con más angustia emocional hoy.

—¿Así es como me llamas ahora? — preguntó Evie con cara neutra—. Podría considerarse mi mayor logro. Que alguien de la realeza me haya nombrado… — Se detuvo y se volvió hacia él arqueando una ceja—. Perdón. ¿La palabra «realeza» te molesta?

—Pues sí, me molesta — respondió Trystan con tono seco, y luego se dirigió a Clare—. No me puedo creer que me lo ocultaras.

Esta dio un paso adelante con la cabeza gacha por la vergüenza.

—Puedo explicarlo.

Y entonces relató que Alexander se le había acercado, que se había pasado el día deambulando por la mansión, desapareciendo y reapareciendo, a menudo sin pantalones, y que a ratos se transformaba de nuevo en rana sin previo aviso.

—¿Cuál es el denominador común? ¿Qué es lo que hace que se vuelva a transformar? — preguntó Tatianna.

—Es él mismo. Es culpa suya — susurró Winnifred, y Alexander se giró tan rápido para mirarla que ella se tambaleó hacia atrás. Pensó que debía dejar de darle esos sustos a la pobre chica, pero algo le decía que en realidad no se sentía intimidada por él en absoluto.

—Qué bien — dijo Alexander con voz ronca. Sentía como si se le clavaran una docena de cuchillos en la garganta con cada sílaba—. ¿Por qué?

Winnifred se retorció las manos.

—No lo sé, solo sé que es así. Es como si alguien me susurrara respuestas al oído, pero suelen ser vagas y un poco… — Se calló al darse cuenta de que todos la miraban y se encogió como una flor marchita—. Simplemente tengo la sensación de que el motivo por el cual te transformas yace en ti — murmuró.

Alexander también tenía una sensación. Era una mezcla entre perplejidad y aprecio.

—No le diremos a nadie que se ha transformado — ordenó Trystan con una autoridad bien merecida, y aquellas palabras enderezaron a casi todos los presentes. Todos menos Evie, que actuaba como si la orden la hubiera dado una mosca zumbando por la sala—. ¿Algo que añadir?

—Razón de más para traer a Lionel lo antes posible — dijo Evie.

—¿Y después qué? ¿Pedimos también que nos envíen una plaga a la mansión? — refunfuñó Trystan.

—Lionel es el Maestro de las Maldiciones con mayor renombre de Rennedawn — señaló Evie—. Sus respuestas serán más concluyentes que nuestras conjeturas lanzadas al aire.

—Me temo que, si Lionel se acerca a menos de tres metros de este sitio, será a él a quien lanzaré por los aires — repuso Trystan.

Evie se encogió de hombros.

—Hazlo si quieres, pero espera a que hayamos acabado de hablar con él.

Trystan abrió la boca con asombro.

—Eso es un poco despiadado.

Evie hizo un mohín.

—¿Solo un poco?

Para Reymundo resultaba surrealista ver a esos dos enfrentarse desde su misma altura, después de haber pasado lo que parecía una

eternidad observándolos a ras del suelo. Tatianna finalmente intervino:

—Mantendremos lo de Alexander en secreto hasta que hayamos desentrañado el resto de la profecía. — Le entregó una pócima—. Para el dolor muscular.

Alexander la aceptó de buen grado y se la bebió de un trago con una mueca de asco. Mejor que las moscas, pero por poco.

En ese momento, Blade irrumpió en la escena tan bruscamente que todos dieron un respingo, incluido Alexander, que no había dado uno — sin contar los saltos con los que se movía siendo una rana— en mucho tiempo. El domador de dragones jadeaba, doblado y con las manos en las rodillas, mientras lanzaba una súplica alarmada.

—Estaba colocándole la silla de montar a Fluffy fuera del bosque de espinas y un hombre… se ha subido al lomo y… — Blade se agarró el corazón como si alguien se lo hubiera arrancado—. Ese malnacido se ha llevado al pobre animal. ¡Ayudadme!

—¿Quién haría algo así? — preguntó Winnifred en voz baja, frunciendo los labios. Alexander se fijó en eso último, aunque no entendía por qué era digno de mención.

Clare esbozó una amplia sonrisa cuando dicho hombre pasó volando junto al mantel de pícnic.

—No es otro que el mejor de los hermanos Maverine.

Trystan exhaló antes de lanzarse en dirección al dragón, gritando a pleno pulmón:

—¡Malcolm! ¡Bájate ahora mismo de ese dragón!

CAPÍTULO 23

tatianna

Tatianna no era excesivamente optimista, pero tampoco se consideraba pesimista. Creía en la importancia de sopesar todas las opciones y comprender que, con independencia de cuál escogiera, se produciría un resultado. Y lo mejor era estar preparada para cualquier posible contingencia.

Incluida la de impedir que el mayor de los Maverine matara a su hermano menor.

Después de que Malcolm aterrizara con el dragón en el patio, Blade se apresuró a calmar al animal. Becky se unió a él y lo ayudó a atar la cesta con la que querían atrapar a los gubres. Sin embargo, Trystan se había quedado allí plantado, frío como el hielo, con una expresión en el rostro que transmitía ganas de darle un puñetazo a Malcolm para quitarle la sonrisa de la boca. Por eso Tatianna sabía que tenía que actuar con cautela. En cuanto las hermanas Sage llegaran para su reunión extraoficial en la cocina, tendría que jugar sus cartas a la perfección.

Alexander Reymundo Kingsley también estaba sentado a la mesa; una imagen extraña según el criterio de cualquiera. Tomó asiento a su lado con vacilación y tamborileó con las uñas sobre la madera mientras miraba de reojo a su amigo rana.

Edwin rompió el hielo con la facilidad habitual, acercándose para revolverle el pelo a Alexander con cariño.

—Me alegro mucho de tenerlo de vuelta, alteza. ¿Verdad que sí, señor Trystan?

El miedo a decepcionar al ogro hizo que todos asintieran con la cabeza.

—¡Tienes buen aspecto, Edwin! — Malcolm sonrió, estrechándole la mano al ogro después de que este le entregara una taza de cerámica con su brebaje—. ¿Has leído algo bueno últimamente?

Edwin le devolvió a Malcolm una afable sonrisa y lo miró con cariño.

—Estoy releyendo uno de mis favoritos de siempre: *La sociedad del corsé travieso.* Accedí a hacer una lectura conjunta con su hermano.

Trystan se detuvo con la taza a medio camino de la boca, los ojos oscuros fijos en el líquido mientras todos volvían la mirada hacia él.

Evie se había quedado paralizada y boquiabierta en la puerta. Llevaba un vestido que le había regalado Tatianna, de color verde claro y ceñido a la cintura. Se alisó con las manos la falda bordada con motivos florales. Parecía estar a punto de estallar de tanto contener la risa.

Aunque no había necesidad. Las varillas del corsé se encargaban de ello con suficiente eficacia.

Tatianna creía en muchas cosas: en su capacidad para vestir adecuadamente a sus amigas según los colores que les favorecían, en sus habilidades curativas…; pero, sobre todo, confiaba en sí misma y en sus instintos. Y había que aceptar el desenlace, fuera cual fuera. No había forma de saber si sería tan maravilloso como este.

—¿Estás leyendo… una novela subida de tono? — quiso saber Tatianna, tan alegre como se puede estar.

Trystan apretó la mandíbula y señaló a Tatianna con un dedo acusador desde el otro lado de la mesa.

—Estoy leyendo un libro sobre sentimientos complejos y emociones confusas. Es apasionante. — Lo dijo con total serenidad y eso lo hizo aún más divertido.

—¿Ya has llegado al capítulo seis? — inquirió Tatianna juntando las manos, como si estuviera rezando.

Trystan frunció el ceño.

—No.

Evie tosió, atrayendo la atención del resto de la sala hacia ella y la llegada de Lyssa.

—¿Qué pasa en el capítulo seis? — preguntó la niña mientras daba vueltas detrás de su hermana mayor.

—¡Nada! — respondieron al unísono Evie, Tatianna y Edwin.

—Es evidente que algo pasa — murmuró Lyssa entre dientes.

—¡Señorita Sage! La veo muy bien. — Malcolm se levantó de un salto de la mesa y se acercó a Evie con una profunda reverencia. Después la miró de arriba abajo—. ¡Y mi querida… pequeña señorita! Hola a usted también.

Tatianna vio venir el peligro y se acomodó en su asiento. Aquello iba a ser entretenido, como mínimo.

—Malcolm — dijo Trystan sin alzar la voz.

—¿Sí, hermano?

—Vuelve a la mesa antes de que te estrelle la cabeza contra el suelo. — Habló con total naturalidad, clavando la mirada en el rostro enrojecido de Evie.

A Lyssa aquella situación no pareció importarle, excepto por cómo la había llamado.

—No soy ninguna señorita; soy una villana.

Malcolm se rio y le dio una palmada en el hombro a Evie.

—Debe de ser cosa de familia. He visto el maravilloso cartel de SE BUSCA cuando venía de camino.

Evie palideció.

Y Tatianna suspiró.

Trystan le dio un puñetazo a Malcolm en plena cara y lo tiró al suelo.

—¡Trystan! — protestó Evie, agarrándolo por el brazo y apartándolo de un tirón.

—¿Me podría enseñar a hacer eso? — le susurró Lyssa al oído.

Trystan dejó a un lado su ira para contemplarla con afecto y asentir, antes de volver a fulminar a su hermano con la mirada. Lyssa ignoró al hombre tendido en el suelo y empezó a dar saltitos de alegría.

Al ver la escena, el corazón de Tatianna se llenó de ternura. El parecido entre las hermanas y el lazo que las unía eran evidentes.

Aquella conversación iba a ser horrible.

Gracias a los dioses, Malcolm se lo tomó con buen humor, como siempre que discutía con Trystan. Más le valía, teniendo en cuenta que solía ser él quien provocaba todas las trifulcas.

—Mis disculpas — dijo levantando la mejilla del suelo—. Pensé que su ascenso era algo bueno. Ya te tocaba tener un rival; te estabas volviendo demasiado creído.

Hay que ser tarugo… Tatianna se frotó los ojos. Que Malcolm siguiera con vida en presencia de Trystan después de tanto tiempo era o bien un milagro, o bien un golpe de suerte que estaba llegando a su fin.

—No es mi rival — espetó Trystan—. Sage, no le hagas caso.

—Pero podría serlo — objetó Evie entrecerrando los ojos. Se estaba tomando la respuesta de Trystan como un insulto a sus capacidades.

A Tatianna le encantaba que esta mujer fuera así.

Trystan miró a Evie con mala cara y entonces se oyó un gruñido ronco proveniente de Alexander. Había estado presenciando la interacción con una sonrisa bastante amplia. Seguro que aquella escena le resultaba familiar, pese a haber transcurrido tantos años. Lo cierto era que él también parecía más mayor que la última vez que lo había visto.

Para él han pasado diez años de tiempo humano. Diez años que no ha podido disfrutar, pensó con una punzada de pena.

—Cómo he echado de menos tus cálidos saludos, hermano — dijo Malcolm mientras Edwin lo ayudaba a ponerse en pie—. ¡Y Alexander! Creía que venía para llorar la muerte de mi padre, pero veo que también hay cosas maravillosas que celebrar.

Alexander respondió a aquellas sinceras palabras… ignorándolas. Se había distraído con un mechón de pelo que le caía sobre la frente. La sensación le resultaba tan desconcertante que agitó los brazos, dispuesto a luchar contra su atacante invisible.

Cuando se dio cuenta de que nadie lo estaba atacando, sonrió tímidamente de cara al resto.

—Ah.

Esa única palabra provocó una oleada de risas, incluso los labios de Trystan se curvaron hacia arriba. Lyssa ladeó la cabeza y dio un paso adelante.

—¿Cómo es que hasta ahora era verde, señor?

—Porque un hechizo le salió rana — añadió Evie con un destello pícaro en los ojos.

Tatianna se dobló de la risa, ocultándose el rostro con las manos.

—Que alguien se lo explique a la niña, por favor. — De lo contrario, nunca iba a dejar de reírse.

Cuando Trystan se agachó a la altura de Lyssa, le comunicó la noticia de la transformación de Reymundo con una dulzura que solo mostraba al hablar con las Sage.

Esa misma dulzura le oprimió el corazón cuando la mano de Clare encontró la suya bajo la mesa. El corazón le dio un vuelco. No existía nadie más capaz de emocionarla tanto ni de robarle el corazón. Solo Clare Maverine y su aversión a la purpurina.

Evie aprovechó ese momento para dar inicio a la reunión.

—Tatianna, ¿has solicitado mi presencia?

El corazón de Tatianna comenzó a latir con fuerza y Clare le apretó la mano.

Tras respirar hondo, se apoyó en la mesa para levantarse, se giró para tomar las manos de Evie y la atrajo hacia el interior de la habitación.

—Mi querida amiga… — Tatianna tragó saliva. No estaba segura de cuándo los nervios se habían convertido en parte de su umbral emocional—. Esperaba que consideraras… Bueno… Blade cree que si conseguimos que los huevos del nido de los gubres vuelvan a ser viables, aunque solo sea por unos segundos, quizá podamos atraer a los adultos y recapturarlos.

Evie parpadeó con cara de perplejidad.

—Pero… ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—La magia de luz estelar es la más curativa — explicó Clare, y Tatianna le lanzó una mirada que era una mezcla entre un «gracias» y un «por favor, sálvame de esta tortura».

—Pero mi madre ya no tiene magia y… — Evie abrió la boca con la vista clavada en su hermana, que en ese momento estaba sacando terrones de azúcar a escondidas—. Espera, ¿Lyssa? ¿Queréis usar a *Lyssa?* — La traición en su voz era evidente.

Trystan parecía estupefacto.

—¿Os habéis vuelto locos?

—¿Ahora vas a fingir que no lo sabías? — Evie se volvió hacia él con los ojos vidriosos—. ¿Qué? ¿Os habéis reunido todos sin mí para pensar cuál era la mejor forma de tenderme una emboscada?

Trystan cerró los ojos por un momento antes de recomponerse.

—No, Sage. Yo… Yo nunca te haría eso. — Parecía dolido, y entonces fue Evie quien tuvo que cerrar un instante los ojos.

—Yo quiero hacerlo — murmuró Lyssa, atrayendo la atención de todos hacia ella. Había abandonado la búsqueda de azúcar y ahora, con las manitas cruzadas bajo la barbilla, parecía calmada y seria—. De hecho, ya le he dicho que sí a Blade.

—¡¿Blade te lo ha pedido a ti directamente?! — exclamó Evie. Se notaba que estaba tan herida que a Tatianna se le partió el corazón como si fuera una ramita.

—Me ha dicho que necesito tu permiso. — Lyssa tomó la mano de Evie, tratando de hacerle entender lo que el resto sabía—. Pero me lo ha pedido primero a mí porque es mi magia y yo debería tener

voz y voto sobre cómo la uso. Iré con ellos, Evie. Todo va a salir bien, te lo prometo.

Las lágrimas ya no se acumulaban en los ojos de Evie; le resbalaban por la cara.

—Mi misión es velar por tu seguridad. No es mi intención coartarte, pero, por favor, déjame protegerte.

Lyssa parecía tener mucho más de diez años cuando respondió con un aire sabio:

—No puedes protegerme para siempre, Evie.

Aquello era lo más desgarrador de criar a un niño.

Edwin posó una mano suave sobre el brazo de Evie, y a ella le tembló el labio.

—Ya lo sé. Lo sé y… Está bien. Si insistes, iré contigo para…

—No puedes. — Clare se puso de pie, pronunciando las palabras que Tatianna no se atrevía a decir—. No pretendo ser cruel, Evie, pero los carteles de SE BUSCA están por todas partes. El reino entero conoce tu rostro. Atraerás demasiada atención.

—No pasa nada. No necesito que vengas conmigo — le aseguró Lyssa, y Tatianna pensó que eso quizá fuera lo más doloroso que Evie había escuchado en su vida.

No obstante, se limitó a dedicarle una sonrisa llorosa a su hermana.

—Por supuesto que no, cariño. — Su voz se quebró al pronunciar la última palabra, aunque su sonrisa se mantuvo firme.

Lyssa frunció el ceño.

—¿Por qué tienes cara de tristeza?

Evie adoptó una actitud más alegre para no preocuparla.

—Lo vas a hacer de maravilla. Lo que pasa es que estoy cansada. Blade te mantendrá a salvo.

—Yo también iré — se ofreció Tatianna, esperando que Evie le lanzara una mirada asesina. Sin embargo, lo único que veía en los ojos de Evie era dolor. Aun así, respondió con un asentimiento triste pero decidido.

—Muy amable de tu parte, Tatianna. Por favor, ven a avisarme en cuanto regreséis, ¿vale? — Evie se inclinó para darle un beso en la mejilla a Lyssa—. Buena suerte — susurró, y se le escapó un sollozo. Un segundo después, Evie ya no estaba.

La reunión en la cocina había sido un éxito rotundo.

Y, aun así, Tatianna se sentía fatal.

CAPÍTULO 24

gideon

—¿Qué estás haciendo, soldadito valeroso? — La voz de Keeley le resultaba plácida, y más en su estado actual: sudoroso, con el torso al aire, un poco sucio.

Justo como le gustaría estar si ella le dedicara sus atenciones, en lugar de por culpa del trabajo físico.

Gideon le lanzó una mirada de reojo, intentando parecer indiferente, como si estuviera tan absorto en su labor que apenas notara su presencia. Era todo una farsa, por supuesto. Su presencia era lo que *más* notaba. No la tarea que tenía ante sí ni la ansiedad en torno al inminente vuelo de su hermana pequeña con Fluffy.

Debía mantenerse concentrado para terminar antes de que regresaran. Tatianna, Clare y Blade no iban a permitir que le pasara nada malo a Lyssa. Y Rebecka Erring también iba con ellas, lo que, en su opinión, significaba que los únicos en peligro serían los que se interpusieran en su camino.

—¡Mierda! — gruñó Gideon, dejando caer un trozo de madera junto al carro. Se agarró el hombro y le lanzó una mirada fulminante a la Capitana Catástrofe—. Pues partiéndome el brazo en dos, por lo visto.

Keeley se quedó mirando su herida, obligándolo a flexionar el bíceps — o instándole a hacerlo—, pero con eso solo consiguió que

le sangrara más. Al parecer, su vanidad tenía un precio.

La capitana dio un paso adelante y rozó los bordes de la herida con los dedos.

—Lo siento — dijo en voz baja—. ¿Estás bien?

Gideon se quedó boquiabierto.

—Creo que me he dado un golpe en la cabeza.

Keeley se asustó.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—No lo sé, es que me ha parecido oír que me pedías disculpas. Debo de estar delirando.

Ella soltó un suspiro de frustración que a Gideon le encantó.

—Estoy intentando ayudarte, pero, como siempre, me lo estás poniendo difícil. Ven aquí y siéntate. — Sin más preámbulos, Keeley arrastró a Gideon por el brazo ileso y lo obligó a sentarse sobre las piedras del patio trasero. Después sacó herramientas para coserle la herida. El sol comenzaba a ponerse en el horizonte: el momento ideal para atraer la atención de los gubres, al amparo de la noche.

Gideon se estaba matando a trabajar como castigo autoinfligido por los errores que había cometido con…, bueno, con todo. Tenía la sensación de que, desde su regreso, había estado haciendo lo posible por compensar su ausencia y las decisiones egoístas y erróneas que había tomado.

Por desgracia, el arrepentimiento no aliviaba la culpa. De hecho, avivaba la llama y la hacía insoportable.

Al igual que Keeley echándole un líquido transparente que escocía de lo lindo.

—¡Por todos los demonios, capitana! — Intentó apartar el brazo, pero ella ya estaba secando la herida con un pañuelo limpio, preparando aguja e hilo para cerrar aquel corte tan feo—. Estás disfrutando — la acusó. Ella curvó los labios rosados para formar una sonrisa.

—Sí — admitió sin remordimientos, tirando del hilo con cuidado, tan concentrada en su tarea que Gideon tuvo la oportunidad de contemplar su rostro despejado. Su nariz respingona apuntaba

siempre hacia arriba, acompañada de unos labios carnosos y unos hoyuelos que eran el lugar perfecto para depositar un beso.

Entrecerró los ojos con recelo.

—Estás siendo más amable conmigo de lo habitual.

Ella soltó una carcajada.

—Acabo de decir que disfruto haciéndote daño, ¿cómo puedes considerar eso amable?

—Porque has sonreído — respondió Gideon con naturalidad. No quería asustarla con un cumplido demasiado intenso.

Aun así, se asustó. Levantó la cabeza de golpe mientras el sol poniente convertía su cabello color miel en un destello de mechones dorados.

—Gideon… — Su nombre pronunciado por Keeley sonaba indecente. Le estaba costando contenerse, pero era consciente de que iba sucio, olía a sudor y no se hallaba en condiciones de seducir a nadie—. ¿Crees que…? — comenzó ella con cautela.

¿Que si creía qué?

¿Que debería besarlo de nuevo?

¿Casarse con él?

¿Tirarle una piedra a la cabeza?

¿Echarle alcohol en las heridas hasta el fin de sus días?

La respuesta era sí a todo, siempre y cuando ella siguiera diciendo su nombre así.

Por desgracia — o por suerte—, se iba a quedar con la duda, porque en ese momento una figura se adentró en el bosque de espinas, con una falda vaporosa arrastrándose tras ella mientras inclinaba el cuerpo desgarbado para intentar escapar.

El pasatiempo favorito de su madre.

—Si me disculpa, capitana — murmuró Gideon.

Con largas zancadas, alcanzó a su madre en un abrir y cerrar de ojos. La mujer se había quedado en el linde, incapaz de adentrarse en aquel muro de espinas.

—Madre. — La palabra estaba tan cargada de intensidad que no le habría extrañado que saltara una chispa. Sin embargo, solo

consiguió detener a Nura en seco.

Gideon vio que sus hombros se tensaban. Estaba de espaldas a él, con una bolsa colgada de la cintura, vistiendo unas botas robustas y una capa larga. Era el atuendo de alguien que se disponía a darse a la fuga.

A huir.

—Vuelve a la mansión, Gideon — dijo su madre con una voz y un tono mucho más duros de los que solía usar—. Por favor, no hagas que sea más complicado.

El corazón le latía tan fuerte que no le habría extrañado que ella lo oyese. Entonces se giró despacio hasta que él vio la frialdad en sus ojos marrones, normalmente amables; la determinación en un rostro que conocía de toda la vida. Era imposible que fuera capaz de hacerles eso. Tenía que estar equivocado.

—No te vas a ir. — Gideon deseó con todas sus fuerzas que aquella afirmación fuese cierta, negándose a formularla como una pregunta, negándose a facilitarle las cosas—. No… Por los dioses, madre, no puedes irte.

Aquella firme determinación no se desvaneció, pero sí que fue como si la cubriera un brillo. Un brillo que Nura se sacudió parpadeando.

—Tú no lo entiendes…

—¿Qué es lo que no entiendo? — Gideon se rio con incredulidad, sintiendo cómo aumentaba su ira—. Le dijiste que te quedarías, que estarías a su lado. ¡Yo te defendí! No puedes volver a hacer esto. ¡No es justo!

No podía pronunciar el nombre de Evie, aunque no era necesario. Su madre sabía perfectamente quién sufriría más en su ausencia, quién sentiría el dolor con mayor intensidad.

Eso hizo que Gideon la odiara, solo por un momento, lo suficiente para seguir luchando.

—No te lo permitiré.

Nura negó con la cabeza, sonriendo con tristeza.

—¿Qué vas a hacer, arrastrarme a la fuerza? ¿Atarme? ¿Encadenarme? Porque eso es lo que tendrías que hacer para impedirlo. Eso es lo que haría falta para que me quedara.

Aquello ya era crueldad; una crueldad más profunda y despiadada que cualquiera de las viles maldades que Benedict, un hombre perverso pero sin artificios, había llevado a cabo hasta la fecha. Su madre estaba tomando una decisión que Gideon no podía soportar.

—Al menos no seas cobarde. Ten respeto por tu hija y despídete. Enfréntate a ella.

Nura se agarró la cabeza en un intento por alejar aquellas palabras o quizá por retener sus pensamientos, quién sabe.

—Quería hacerlo, tenía intención, pero hay algunos errores que no se pueden deshacer. Solo dile… dile que lo siento. Dile que la quiero mucho y que desearía… Ay, cómo desearía haberlo hecho todo de otra manera.

—Qué gracioso — espetó Gideon con dureza—. Creo que lo único que Evie ha deseado en esta vida ha sido tener una madre presente.

Nura se estremeció, agarrándose el estómago, y desvió la mirada con los ojos muy abiertos hacia algo detrás de él.

—Evangelina — susurró con voz quebrada.

En efecto, su hermana había aparecido de repente a su lado, con el rostro surcado por lágrimas y los ojos enrojecidos por la pena… o por la ira.

—Vete. — Evie esbozó una media sonrisa y señaló con la mano hacia el bosque—. Trystan, ¿te importaría acompañar a mi madre a la salida? — Como si lo hubiera invocado, Maverine apareció a su espalda—. ¿Necesitas un caballo o ya has organizado otro método de transporte? — preguntó Evie con educación, incluso con dulzura. Resultaba…

Francamente aterrador.

La firme determinación de Nura se ablandó al dar un paso adelante, con las manos extendidas, suplicante.

—Te quiero, mi dulce niña. Te quiero más de lo que imaginas. Pero hay cosas que no vas a lograr entender hasta que no seas

madre.

Evie la miró con lástima, levantó la barbilla y, con el porte de una reina, dijo:

—Me convertí en madre el día que te fuiste. — Dio un paso hacia Nura, luego otro, y otro más, hasta que apenas quedaba un palmo entre ellas—. Puedo decirte con la mayor certeza que, por muy difícil que se haya vuelto mi vida, por muchos obstáculos mentales que tenga que sortear, por muy incierto que sea el futuro — sonrió con la mirada perdida—, yo *jamás* la abandonaría.

—Hay otro libro — susurró Nura agarrándose los brazos y frotándolos para calmarse.

—¿Qué? — murmuró Evie.

Gideon dio un paso adelante para oír mejor a su madre, dado que estaba seguro de que no la había escuchado bien la primera vez.

—El libro original de *La historia de Rennedawn* se escribió con tinta mágica. Tinta azul, concretamente.

Evie ahogó un grito y retrocedió tambaleándose. Se sobresaltó al toparse con Maverine, que se había acercado a ella en silencio.

—¿El mismo tipo de tinta que papá le compró a Clare?

Nura asintió.

—Así es.

Keeley, que había estado observando desde la distancia, intervino.

—¿Qué importancia tiene con qué tinta se escribió?

—Si utilizas tinta azul imbuida de magia, una sola gota del mismo frasco es capaz de copiar cualquier cosa escrita con esa tinta. Tanto en el pasado como en el presente y el futuro — explicó Evie con voz hueca.

—Así que tiene que haber otro libro. Una copia — concluyó Maverine, con el rostro impasible, las cejas fruncidas y la mandíbula tensa. El hombre parecía listo para la batalla, aunque no dejaba de lanzar miradas a Evie—. Señora Sage, supongo que usted no sabrá dónde está, ¿verdad? — No lo preguntó de malas maneras, aunque tampoco con un tono amable. Fue más bien profesional. Diplomático. Como un príncipe.

Por todos los infiernos, en teoría algún día Maverine podría ser… rey.

—Os lo diría si pudiera. — Nura se encogió, exhalando lentamente—. Pero no puedo.

—No quieres — murmuró Evie, negando con la cabeza—. No vas a decírnoslo.

—No, hasibsi, eso no es cierto — protestó Nura—. Yo quiero contároslo. Es solo que… no puedo decir más. Lo siento mucho.

—No te preocupes, madre. No hace falta que te disculpes. — La voz de Evie era suave y su rostro impasible. En sus ojos no se percibía ni un ápice de emoción—. De todas formas, ya no me creo tus disculpas.

Nura asintió, mordiéndose el labio.

—Trystan…, ¿podrías ayudarme a salir? — Señaló hacia el bosque de espinas.

Maverine dio un paso al frente y le ofreció el brazo con un gesto galante pero frío.

—Señor del mal — lo llamó Evie, y Maverine se detuvo, como si su voz fuera una orden que debía obedecer—, cuando vuelvas, me gustaría hablar contigo sobre mi magia.

Él abrió mucho los ojos.

—¿Con qué propósito?

—Creo que es hora de que empiece mi entrenamiento.

—¿Para qué? — preguntó Gideon con recelo.

—Para convertirme en La Villana que siempre he estado destinada a ser. — Evie le dedicó a su madre una última sonrisa de despedida—. No soy capaz de arreglar un mundo roto, mamá. En realidad, ese era tu trabajo.

Y entonces Nura Sage hizo lo que siempre hacía.

Se marchó.

CAPÍTULO 25

evie

Evie había pasado por varias crisis de identidad a lo largo de su vida.

Sin embargo, a pesar de todas ellas, seguía siendo impulsiva e imprudente y siempre acababa metiéndose en líos.

Se encontraba jugando con los dedos en una habitación de los pisos más altos de la mansión. Desde la primera vez que la vio, supuso que en su día habría sido un salón de baile, con extravagantes lámparas de araña y telas cubriendo las paredes.

Ahora estaba desmantelada, iluminada únicamente por la luz del sol poniente que atravesaba las ventanas. Una suave brisa se colaba por la que Evie había logrado entreabrir.

Va a venir. No te dejará sola ante la magia. Aunque esté enfadado contigo por haberle respondido mal y haber dado por hecho que había actuado a tus espaldas con los demás para utilizar a Lyssa, vendrá.

No eres mala persona. No eres mala persona. Se lo repitió hasta que dejó de costarle respirar y su ritmo cardíaco se ralentizó, pero volvió a acelerarse cuando escuchó una voz junto a su oído.

—Es demasiado fácil acercarse a ti sin que te des cuenta.

—Y tú eres demasiado alto para ser sigiloso. Es como querer esconder un gigante debajo de una seta. — Evie puso los ojos en

blanco y se giró, pero se le cortó la respiración cuando la rodeó con los brazos.

Los ojos oscuros de Trystan estaban cargados de compasión.

—Tu madre está a salvo, le he proporcionado uno de mis mejores caballos y he enviado a dos Guardias Malévolos para que la escolten hasta su destino. — Se lo dijo en voz baja, observando atentamente su rostro en busca de una reacción que ella no estaba dispuesta a mostrar.

No eres el único capaz de enterrar y esconder sus emociones como si fuera una muñeca siniestra.

—Yo también puedo ser siniestra — soltó, olvidando que no había pronunciado la frase anterior en voz alta. Normalmente, cuando hacía eso, la gente la miraba de forma extraña.

Sin embargo, a Trystan no pareció importarle. Se limitó a asentir, recorriéndole el rostro con los ojos como una caricia.

—Nunca he dudado de que así fuera, Sage. Te he visto reír hablando de lenguas cortadas.

—Perdón por intentar hacer el papeleo más llevadero. — Puso los ojos en blanco, conteniendo una sonrisa—. ¿Estás enfadado conmigo por lo de antes? — añadió con cautela.

—Lo he estado durante unos diez minutos. He batido mi propio récord.

Se había acercado sin que ella se diera cuenta, bajando la mirada para observarle los labios.

Eso hacía que le resultara mucho más complicado articular frases coherentes.

—Siento haber respondido de esa manera. No te lo merecías, es que me sentía…

—Herida.

Herida.

Justo en el clavo.

—Podrías hacer una gira por el reino con ese truco de leer la mente. Ganarías una fortuna. — Intentó reírse, pero le salió un

sonido ahogado cuando él se inclinó más hacia ella y el aroma a canela le inundó la nariz.

—¿Estás lista, Evangelina?

Estaba lista desde la última vez en el bosque. Revivió la sensación de tenerlo encima, como si fuera una trepidante obra de teatro que le hacía sudar las palmas de las manos y le aceleraba el corazón.

¡Responde con normalidad, Evie!

—¿Para qué? — preguntó ella humedeciéndose los labios mientras los ojos de él seguían el movimiento como si fuera lo más interesante que hubiera visto jamás.

—Para convertirte en una villana. — Se dirigió hacia la vieja mesa que había en la esquina y la arrastró hasta colocarla delante de ella con una sonrisa que delataba que sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

—¿A qué ha venido esa invasión de mi espacio personal? ¿Ha sido un intento de llevarme a la cama?

—En realidad, no necesito ninguna cama para lo que quiero hacerte — murmuró en voz baja y grave.

Evie tardó unos buenos treinta segundos en recuperar la compostura.

—¿Sage? Me has pedido que te diera clases. ¿Te va bien empezar hoy o mejor esperamos al año que viene? — Señaló la mesa—. Venga, usa tu magia para rodearla y luego intenta encontrar los puntos por donde dañarla.

—¿Mi necesidad de disculparme cuando choco con objetos inanimados te ha dado la impresión de que los considero una amenaza?

—Es solo para practicar la técnica. — Suspiró, exasperado—. Se me habría dado fatal ser profesor. Hay que tener una paciencia…

—¿Qué asignatura habrías enseñado? — preguntó ella en tono burlón, de pie ante la mesa—. ¿Iniciación a la técnica de decapitación?

—Sage — contestó él de una manera que la hizo sonrojar. Ella carraspeó, levantó las manos y le pidió muy educadamente a la

magia que envolviera la mesa.

No hubo movimiento.

—Ordénaselo. Tú la controlas.

—Pero forma parte de mí. — Frunció el ceño—. Y yo odio que me den órdenes.

Notó un cosquilleo en los dedos y una sensación de frescor que fue como un bálsamo para su corazón y su alma. La oscuridad empezó a esparcirse lentamente, recorriendo el suelo hasta rodear la mesa.

—¡Ja! — exclamó Evie, dando un salto y girándose hacia Trystan tan deprisa que la trenza le golpeó el hombro—. ¿Lo has visto?

Él la observó con una expresión extraña mientras se remangaba la camisa hasta los codos, dejando a la vista unos antebrazos musculosos cubiertos de un ligero vello.

—Muy bien, ahora házmelo a mí.

Ella frunció la nariz, mirándole los antebrazos con lascivia, como si fuera un personaje de *La sociedad del corsé travieso.*

—¿En qué sentido?

—Sage.

—Está bien, está bien… — refunfuñó. Cerró los ojos y respiró hondo.

—El objetivo es inmovilizarme y después la niebla encontrará mis puntos débiles. Con el tiempo he aprendido que el rojo significa dolor leve; el amarillo, una fractura pasada que puedes aprovechar; el azul incapacita, pero cuidado con confundirlo con el negro.

—¿Por qué? ¿Qué hace el negro? — preguntó ella, sintiéndose menos segura ahora que la niebla se arrastraba hacia él.

—Se suele ubicar en la yugular y en las arterias principales. Un solo golpe acaba con la vida de esa persona.

—¿Estás seguro de que practicar contigo es buena idea? — inquirió ella, deteniendo la magia justo antes de que lo tocara.

—Confío en ti. — Lo dijo con seguridad, como si fuera un hecho objetivo y no una auténtica sacudida para el sentido de la identidad de Evie.

Porque ahí radicaba el problema.

Ella *no* confiaba en sí misma.

La niebla retrocedió y ella apretó los ojos con fuerza, inundada por la vergüenza.

—Me aterra hacerte daño. Por favor, no me obligues.

—No se me ocurriría obligarte a hacer nada — dijo él entre risas—. Tendría que llevar varios días muerto para intentar semejante estupidez.

Alexander Reymundo Kingsley llamó a la puerta en ese momento, mirándose los nudillos como si fueran instrumentos milagrosos.

—Hola. — Hablaba con un tono ligeramente más claro que el del día anterior. Acompañó el saludo con un movimiento de mano y una dulce sonrisa—. Lionel. — Señaló hacia la puerta, frotándose la garganta.

—¿Ha llegado Lionel? — preguntó ella.

Alexander cerró los ojos y asintió con alivio.

—Así es.

Evie no estaba segura de cómo esperaba que fuera su voz, pero le había sorprendido el tono grave y agradable que tenía, como la miel que se echa en el té.

—Maravilloso — dijo Trystan—. Lionel y Malcolm en un mismo día. ¿Qué he hecho para merecer tal compañía?

Evie parpadeó.

—Matar a… muchísima gente.

—Ah, cierto.

Le costaba creer que, a pesar de la partida de su madre, no sintiera que el universo se le iba a caer encima. Ahora su mundo se sostenía por sí solo, con o sin Nura. Con o sin su padre.

En medio de toda la situación, Evie cayó en la cuenta de que se había criado a sí misma desde que era pequeña, dándose órdenes aquí y allá y deseando que hubiera alguien que le explicara ciertas cosas. Aun así, había logrado aprenderlas y se las había transmitido a Lyssa, que era más valiente que todos ellos juntos.

Evie había aprendido a arreglárselas sola.

La magia se agitó en su interior de camino a la oficina.

CAPÍTULO 26

becky

—No entiendo por qué me hacéis el vacío cuando todos estabais de acuerdo con ese planteamiento. Incluida tú, enana. — Blade le dio un codazo suave a Lyssa sin soltar las riendas.

Mientras, Fluffy se elevaba por encima de las nubes, fuera del alcance de la vista de la Guardia Valerosa o de cualquier partidario del rey Benedict.

—Porque te dije que no lo hicieras — espetó Becky, incapaz de mirarlo sin que se le disparara la tensión arterial—. ¡Sabía que Evie no lo aprobaría y lo planeaste a sus espaldas! Usaste lo que te conté en su contra. ¿Cómo te atreves? — Estaba furiosa. Blade la observaba fijamente—. ¿Qué, mejor esto que el silencio?

—¿Vas a pensar que estoy loco si te digo que sí? — respondió Blade con seriedad.

Ella gruñó inclinando la cabeza hacia el sol, suplicando ayuda a los dioses para no empujar al vacío a ese hombre del que, por alguna razón, estaba enamorada.

—Para ser justos, Rebecka, fui yo quien impulsó la idea — intervino Tatianna.

—Ah, no te preocupes, también estoy enfadada contigo — resopló ella cruzando los brazos.

—¡Estupendo! — respondió Tatianna alegremente, apoyando la cabeza en el hombro de Clare.

—¿Conmigo también lo estás? — preguntó Lyssa con curiosidad—. ¿Y con Florencio? — Levantó el frasco transparente con lord Walter dentro, y Rebecka gimió.

—Pues sí. Me importaban mucho menos las cosas antes de tu llegada. Ahora mírame. — Ahí estaba, desesperada y preocupada por una niña de diez años—. Y, Lyssa, no puedes seguir llamando «Florencio» a un lord del reino.

¿Qué clase de locura se estaba apoderando de su mundo?

—Pero ya no es un lord; es un caracol. — Lyssa le acarició el brazo mientras se lo explicaba, aunque se apartó rápidamente cuando un gruñido sordo salió de la garganta de Becky—. Ay, ay, ay…

El aterrizaje fue lo más silencioso posible teniendo en cuenta las particularidades de Fluffy, y el hermoso animal metió su enorme cabeza bajo el cuello de Becky cuando ella desmontó.

—No estoy enfadada contigo, no te preocupes. — Le acarició el hocico escamoso con cariño, algo que siempre había sentido por los dragones.

Y, al parecer, también por sus adiestradores.

El dragón resopló, como diciendo: «Obviamente. Yo nunca he roto un plato».

—Voy a bajar la jaula y la fijaré a esos ganchos que he colocado allí esta mañana. — Blade los señaló para que Becky mirara. Al verlos, quedó impresionada por el ingenio.

Tras el descubrimiento de los huevos durante el vuelo improvisado con el gubre, Becky y Blade se lo habían confiado a la Guardia Malévola. Habían debatido sobre las ventajas de trasladar los huevos a un lugar más conveniente, como la mansión. Sin embargo, al final decidieron que ya habían jugado bastante con la naturaleza.

Además, Rebecka estaba segura de que la madre recordaría dónde había dejado a sus crías.

—¿Cómo sabré qué debo hacer para que los huevos sean viables? — preguntó Lyssa, mirando fijamente el nido que tenían delante.

—No tengo ni idea — contestó Blade, y la ira de Becky se reavivó.

—La has traído hasta aquí. Más te vale tener *alguna* idea, o te espera un paseo de vuelta a la mansión largo y tedioso. — Becky entrecerró los ojos, pero su enfado solo parecía divertir a Blade. Era como si lo estuviera disfrutando—. Me estás provocando a propósito.

—Es que me lo pones en bandeja — respondió Blade, riéndose cuando ella lo empujó refunfuñando.

Después, Becky se colocó detrás de las ramas del gran roble. Su misión consistía en estar preparada para agarrar a Lyssa antes de que se cerrara la jaula, no fuera a ser que quedara atrapada con aquellas furiosas criaturas cuyo aliento podía derretir el metal.

Evie nunca habría aceptado el plan si lo hubiese sabido. Eso la enfureció aún más, sobre todo al pensar en cómo se sentiría si alguien le hiciera eso a su hermano pequeño. Furiosa. Resentida. Asustada.

Becky había trabajado para un villano durante los últimos años de su vida; no era ajena al concepto de los sacrificios necesarios. Pero eso no evitaba que los odiara con toda su alma.

—Lyssa, la magia estelar es complicada de explicar — intervino Tatianna, llevando a la niña hacia el nido abandonado y arrodillándose a su lado—. Se dice que es un don concedido por las propias estrellas. Es muy muy rara.

—¿Cuántos tipos de magia hay? — preguntó Lyssa, contemplando los huevos con asombro.

—Muchos — respondió Clare, sentándose al otro lado de la niña—. Magia curativa, mortífera, protectora, voladora… La lista es interminable. Pero toda magia es impulsada a mostrarse gracias a una misma fuerza.

—El trauma. — Blade chasqueó la lengua, ajustando la silla de montar de Fluffy y animando al animal a esconderse tras los matorrales para camuflarse entre los árboles, lejos de la vista de los gubres.

—Un acontecimiento traumático, sí. Pero no todo el mundo posee magia. Solo se despierta en aquellos que la llevan dentro, para protegerlos. — Tatianna extendió las manos, que emitieron un resplandor amarillo, y Rebecka se preguntó, una vez más, si ella no debería usar también las suyas.

Lo cierto era que no había necesidad. Las plantas le respondían de la misma manera que a Renna Fortis, su madre, y que a su abuela antes de ella. No era un poder útil en combate ni capaz de curar. Era un tipo de magia que se aprovechaba mejor en la fortaleza de la familia Fortis. O para el disfrute individual.

Sin embargo, Rebecka encontraba el mismo grado de satisfacción ordenando por colores los archivos de la oficina.

Aun así, la magia vibraba en su interior, recordándole que estaba ahí, esperando.

—Cuando quiero usar mi magia, debo pensar en algo agradable, algo que me haga sentir segura. Así es como curo a los demás — dijo Tatianna.

—Y yo pienso en la risa. En esa que no puedes detener aunque lo intentes. Así es como impregno las tintas y otros objetos mágicos — explicó Clare con una sonrisa—. Y lo que va a invocar tu magia estelar, pequeña, es algo que solo tú sabes dónde buscar.

Lyssa frunció el ceño. Paró de juguetear con los dedos para extenderlos sobre los huevos.

—Creo que ya sé en qué pensar.

—Bueno, la mayoría no lo consigue a la primera — la tranquilizó Tatianna—. Puede llevarte días, tenemos tiempo antes de que…

Las manos de Lyssa emitieron una luz blanca plateada. Las mantuvo sobre los huevos con expresión de satisfacción.

—Pues nada. Al parecer, el resto del mundo es un inepto comparado con ella — concluyó Clare sentándose en el suelo—. Si eres capaz de emitir la magia, piensa en la cantidad de cosas que podrás hacer con la luz estelar: curar, crear…

—Brillar — murmuró Lyssa entre dientes.

—Por supuesto, eso es lo más importante — susurró Blade mirando a Becky, quien se rio, olvidándose de que estaba enfadada.

Al recordarlo, recuperó la expresión seria.

—Me he reído porque eres un bufón.

—Me aseguraré de seguir siéndolo si esa es mi recompensa — repuso él guiñándole el ojo.

—Blade, se supone que debes estar vigilando por si se acercan los gubres. — Tatianna señaló un claro con vistas despejadas al cielo—. Ponte a ello, chico dragón.

Blade se rio sin perder el buen humor y dio media vuelta para montar guardia.

En ese momento, Rebecka se dio cuenta de que si algo salía mal… No. Nada iba a salir mal. Todo iba a ir bien.

Aun así, por si acaso… agarró a Blade del hombro para girarlo y le plantó un beso firme en los labios.

—Ve con cuidado y no te mueras — le dijo—. O me enfadaré mucho contigo.

La sonrisa en el rostro del adiestrador de dragones brillaba tanto como las manos de Lyssa. Le hizo un saludo militar como respuesta y volvió a darse la vuelta.

Los dos huevos seguían reluciendo bajo las manos de Lyssa, hasta que empezaron a rodar de un lado a otro dentro del nido, chocando entre sí. Las descoloridas escamas arcoíris que los cubrían se parecían a la piel del gubre macho.

Durante varios minutos, prestaron atención por si se oía el sonido de unas alas.

—¿Cuánto tiempo creéis que va a costar esto? — preguntó Lyssa al cabo de un rato.

—¿Acaso tienes otros planes que atender? — respondió Becky desde el otro lado del roble.

—Sí, es martes. Lord Trystan y yo merendamos juntos los martes. — La niña hablaba muy en serio, y Rebecka se rio de nuevo.

Era evidente que reír ya no le resultaba tan desagradable como antaño.

—Es posible que nos lleve varias horas, Lyssa, pero nos marcharemos en cuanto anochezca. Y, si estás cansada o te sientes insegura, volveremos enseguida y lo intentaremos otra vez mañana — ofreció Tatianna con amabilidad.

Se produjo otro silencio y las manos de Lyssa brillaron aún más.

Y entonces…

Se escuchó un crac.

CAPÍTULO 27

trystan

Habían cambiado muchas cosas en la vida de Trystan en los últimos meses, pero si algo se había mantenido inmutable era su odio hacia Lionel.

Al menos en ese aspecto había sido coherente.

—Sin duda es humano. — Lionel se frotó la barbilla antes de sonreír a Alexander Reymundo Kingsley.

—He solicitado tus servicios en la mansión al menos una docena de veces, nunca has aparecido, y, la primera vez que lo haces, ¿ese es tu diagnóstico? — espetó Trystan. Había pedido a todos los empleados que despejaran la zona común de la oficina, de forma que estaban solos—. Yo también sé hacer observaciones obvias.

—No supiste ver que tu asistente estaba enamorada de ti hasta seis meses después de conocerla — señaló Lionel.

—Eso no era nada obvio — se quejó Sage, tirando de la cinta con la que se había atado la trenza para poder juguetear con sus rizos.

Gideon se había sentado en uno de los escritorios vacíos, con las botas apoyadas sobre la superficie, e iba dando sorbos de una copa de ron. O más bien se la estaba bebiendo de dos tragos.

—Eve, podrías haberlo golpeado con un cartel que dijera «Te quiero» y aun así no se habría dado cuenta.

—Gracias por tu aportación, Gideon — dijo su hermana con una dulzura exagerada.

Gideon levantó la copa.

—A tu servicio.

—¿Dónde está esa hechicera? Me gustaría conocerla — interrumpió Lionel, mirando a Alexander con un aire reflexivo—. Parece que tu maldición solo se ha roto a medias. Este tipo de maldiciones únicamente se revierten por completo si se encarga la persona que las lanzó.

Alexander puso mala cara y se apartó el pelo de los ojos.

—Es una estatua de piedra — objetó Trystan.

Gideon chasqueó la lengua.

—Venga, Maverine, esa no es forma de hablar de una dama.

Trystan se quedó mirándolo un instante antes de dirigirse a Sage.

—¿Te enfadarías si matara a tu hermano?

Evie se lo pensó.

—Probablemente.

—¿Probablemente? — se quejó Gideon.

—¿Hola? — logró decir Alexander, haciendo una mueca de dolor mientras pronunciaba unas cuantas palabras más—: Volvamos a mí, por favor.

—Mis disculpas, alteza — dijo Lionel, haciendo una reverencia cortés—. Si quiere saber mi opinión, creo que seguirá convirtiéndose en rana de forma aleatoria. Necesita a la hechicera original; su hija, en esencia, resulta inútil.

Alexander se levantó de la silla tan rápido que esta se volcó hacia atrás, pero no pareció importarle. Se limitó a mirar a Lionel con una ferocidad sorprendente antes de pronunciar tres palabras muy amenazantes.

—No. Es. Inútil.

Lionel pareció más que complacido ante aquella reacción.

—Humano después de tantos años. Menudo alivio debe de ser para usted.

Alexander ignoró el comentario, se giró para recoger la silla y volver a colocarla con cuidado en el suelo. Luego le hizo un gesto a Gideon para que le sirviera una copa de ron a él también.

—Probablemente sería un alivio mayor si pudieras decirnos un método tangible para revertir la transformación de forma permanente — dijo Malcolm mientras entraba en la oficina con una bandeja de pastelitos—. Edwin me ha dicho que trajera algo para picar, y además estaba aburrido y me apetecía escuchar de qué hablabais.

Gideon soltó un silbido.

—Ya somos dos. — Lo remató levantando el pulgar.

—Esta combinación de personas es un auténtico suplicio — refunfuñó Trystan, sumamente contrariado porque todos aquellos aspectos fastidiosos de su vida estuvieran convergiendo—. Entonces, lo que quieres decir es que no puedes ayudarnos, ¿me equivoco, Lionel?

—Más o menos. Siempre queda que le den un beso de amor verdadero.

Alexander hizo una mueca de asco.

—¿Te estás ofreciendo? — preguntó con voz ronca.

Lionel se rio entre dientes.

—Me alegra ver que su sentido del humor sigue intacto, alteza. ¡Y mírala! — Lionel se acercó a Evie. Y Trystan se acercó al cuchillo que había en la bandeja de los pasteles—. Tan encantadora como siempre, señorita Sage. — Lionel inclinó la mejilla hacia ella—. ¡Un beso! ¡Rápido, antes de que me convierta en rana!

Sage sonrió mientras ponía los ojos en blanco. Se besó la yema de los dedos y los presionó contra la mejilla de Lionel.

—Toma, bobalicón.

—Vaya, eso ha sido muy ingenioso. Deberías intentarlo — le susurró Malcolm a su hermano entre risas.

Trystan respondió a la broma dándole una colleja.

—Lionel…, por casualidad no habrás oído hablar sobre un segundo libro de *La historia de Rennedawn*, ¿verdad? — preguntó

Sage con un tono de curiosidad tan comedido que ni siquiera Trystan habría adivinado que trataba de sonsacarle algo.

Lionel no tuvo ninguna reacción remarcable, se limitó a dedicarle una sonrisa.

—Qué pregunta más curiosa. ¿No es un mito lo de la segunda copia?

—Sí, por supuesto. — Sage soltó una risita—. Es que he pensado que, si hubiera algo de cierto en ese rumor, un hombre de su calibre lo sabría. — Batió las pestañas varias veces y Trystan sintió que la bilis le subía por la garganta.

Lionel mordió el anzuelo, pero parecía plenamente consciente de que le estaban tomando el pelo, a juzgar por el brillo de sus ojos.

—Se dice que un libro era para el destino y otro para el porvenir. Los dioses mágicos les cedieron el mando después de trasladarse a otro mundo. O al menos eso es lo que cuentan las leyendas. El libro del porvenir se entregó al primer rey de Rennedawn, y el del destino se escondió para que estuviera a salvo.

—¿Dónde? — inquirió Gideon con demasiado entusiasmo.

Lionel se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. La ubicación se mantuvo en secreto. En cualquier caso, pronto dejará de tener relevancia.

—¿Por qué? — indagó Trystan con cautela.

—El rey Benedict está colaborando con el porvenir para reescribir la historia y devolverla a su forma original.

—La criatura del porvenir — lo corrigió Sage con una risa nerviosa— no es una emisaria de los dioses mágicos.

Lionel la miró con curiosidad.

—Son lo mismo.

Ah.

Mierda.

Por dentro, Sage estaba entrando en pánico. Sus rizos rebotaban mientras movía la barbilla. Su mirada salvaje era un indicio de la inminente explosión.

—Sí. Por supuesto. — Atravesó la habitación a toda velocidad, le arrebató la copa de ron a Gideon y se la terminó de un trago—. Gracias. Sírveme más.

—Eve, ¿seguro que…?

—Sírveme una copa, Gideon — espetó dando un golpe con el vaso sobre la mesa.

Gideon ya se la estaba sirviendo antes de que el cristal tocara la madera.

—Dime que hay una forma de impedir que reescriban la historia — inquirió Trystan en voz baja—. Pagaré lo que sea.

Lionel silbó.

—Te haré un favor de profesional a profesional y te diré que nunca ofrezcas algo semejante. A nadie. En esta ocasión, no hace falta que me des nada. Algunas maldiciones, como la de Su Alteza, son pequeñas… Y no me refiero al tamaño del animal en que lo convierten, claro — añadió jovialmente.

Alexander puso los ojos en blanco.

—Muérete.

Con una risita ahogada y una gota de ron que le resbalaba por el labio, acaparando toda la atención de Trystan, Sage repuso:

—No estamos hablando de una maldición cualquiera, Lionel. Esto cambiaría la esencia de Rennedawn tal y como lo conocemos.

Lionel se encogió de hombros.

—Una maldición de tal magnitud necesita un ancla.

—¿Como un barco? — preguntó Gideon.

—Algo inmune a la maldición. Algo que pueda utilizarse para deshacerla de ser necesario. Una forma de desbloquearla, por así decirlo.

—¿Cómo se desbloquea una maldición?

Lionel sonrió.

—Con una llave.

—Esa respuesta no me sirve — repuso Trystan con tono seco, cruzando los brazos—. Venga, suéltalo, ¿qué tipo de llave usaría Benedict como ancla?

Lionel puso los ojos en blanco y los mechones azules de su melena reflejaron la luz mientras se paseaba junto a la ventana.

—A nadie le gusta que lo reprendan por tener inclinación al dramatismo, Villano.

Trystan estaba perdiendo los estribos.

—Y a nadie le gusta tenerte como invitado en casa, Lionel. ¿Dónde está la puta llave?

Un pastelito apareció delante de su cara, y la expresión severa de Sage detrás de él lo dejó clavado en el sitio.

—Come — le ordenó.

Todas las miradas de la sala se posaron en ellos, pero a Trystan no le importó lo más mínimo. Levantó la mano para agarrarla de la muñeca, acercándola hacia él, y vio que se le cortaba la respiración y se le sonrojaban las mejillas. Dio un gran bocado y la soltó con la misma rapidez con que la había cogido.

—Por los dioses, sois de lo más empalagosos. — Lionel frunció los labios con asco.

Gideon se había tapado los ojos con las manos.

—No quiero mirar. ¿Han terminado ya?

Alexander se limitó a sonreír, levantando la copa como si brindara por Trystan antes de dar un par de sorbos.

—Cuando se creó Rennedawn, se fabricaron varios anclajes. Varias llaves — explicó Lionel como si estuviera hablando con niños en edad escolar—. Esas cosas brillantes que hacen un ruido metálico al chocar entre sí.

Malcolm se rio entre dientes, pero se calló cuando Trystan le lanzó una mirada fulminante.

Lionel continuó.

—La llave en cuestión se le confió a la familia real para que la custodiaran, hasta que, unas cuantas generaciones atrás, el rey de la época la perdió en una apuesta.

—¿Con quién se había apostado la llave? — insistió Sage.

Lionel sonrió.

—Con un gigante. Los encontraréis en la frontera con el reino oriental. Si conseguís convencerlos para que os la entreguen, detendréis cualquier daño que Benedict pueda causar antes incluso de que empiece.

—Si tú sabes que existe esta opción — intervino Malcolm—, ¿cuáles son las posibilidades de que Benedict no se haya enterado también?

Maldita sea.

—Tenemos que irnos. Ahora — sentenció Trystan.

—¿Tenemos? — Malcolm frunció el ceño.

—Sí. Ando escaso de gente que me saque de quicio para este viaje, así que tú servirás — contestó bruscamente—. Gideon, necesito que empieces a buscar el segundo libro. De lo contrario, tendrás que ir al Palacio Radiante.

Sage silbó, dándole una palmada en la espalda a su hermano.

—Menuda suerte.

A Gideon no le hizo gracia.

—Muy amable, hermanita.

Sage le pellizcó la mejilla.

—A tu servicio.

—¿Y yo qué? — preguntó Alexander en voz baja, claramente incómodo, frotándose la garganta de nuevo.

Trystan suspiró.

—Detesto tener que dejarte aquí solo, Reymundo, pero no tenemos ninguna garantía de que no volverás a convertirte en rana. No sé si es buena idea estar indefenso y a la intemperie cuando eso ocurra.

Reymundo pareció agradecido por su preocupación.

—Iré. — Le dio una palmada en la espalda a su amigo. Aún le costaba asimilar que fuera capaz de hacerlo.

Ya solo faltaba el último obstáculo.

—Sage, a ti también te necesitaremos — le dijo Trystan con sinceridad—. Sé que preferirías esperar a que Lyssa regresara, pero tu magia nos resultará imprescindible.

Ella bajó la mirada y pareció recuperar el aplomo antes de volver a mirarlo, esta vez con una mezcla de asombro y desamparo. La diversión se reflejó en su rostro cuando respondió:

—Ya me habías convencido con lo de «te necesitaremos».

Lionel intervino:

—¿Y yo qué debo hacer?

Trystan condujo al grupo hacia la puerta para dirigirse a los establos.

—Salir de mi casa y, por las tierras muertas, hazme el favor de no volver.

CAPÍTULO 28

gideon

Gideon se encontró de pie frente a un lugar repleto de algunos de los personajes más peligrosos que el mundo había conocido jamás.

Sin embargo, para ser justos, cualquiera que fuera a la biblioteca pública de Rennedawn se habría topado con lo mismo.

Se subió la capucha hasta cubrirse la cabeza y echó un vistazo a la carretera desierta y rodeada de árboles. No había mucha gente que pudiera reconocerlo, pero no quería correr el riesgo. Lo habían tildado de caballero desertor y, por lo tanto, era un objetivo para los hombres del rey. Una vez dentro, se acercó al mostrador y saludó con un gesto cortés a la mujer mayor sentada al otro lado. Tenía un cabello canoso que se le escapaba de las horquillas y unas anchas gafas sobre la nariz; la intensidad de su mirada lo dejó paralizado.

Entonces recordó que hubo un tiempo en el que la mayoría de las mujeres lo encontraban encantador, así que carraspeó y dijo:

—Buenos días, mi señora. — Hizo una reverencia con una sonrisa y se bajó la capucha—. ¿Cómo se encuentra una hermosa doncella como usted en esta espléndida tarde?

La mujer le dedicó una sonrisa afable y su semblante pasó de amenazador a cordial.

—¡Vaya! Sí que debe de ser complicado lo que buscas si has considerado necesario halagar tanto a una pobre anciana.

Gideon sintió una extraña punzada cerca del corazón.

—Puedo afirmar con sinceridad que pienso todo lo que he dicho, señora.

Había algo muy cálido en el comportamiento de la mujer; su rostro estaba marcado por las experiencias de la vida y lo llevaba con orgullo.

—¿Este es tuyo, Keeley?

—Ni aunque me lo suplicara de rodillas. — La voz de la capitana llegó desde detrás de él y, al oírla, sintió una mezcla entre frustración y alegría. No quería que estuviera allí—. Es mi mozo de cuadra.

¡Hay que ver la audacia de aquella mujer!

Gideon tenía pensada una contestación, pero se le fue de la mente en cuanto la vio.

No había ni rastro de cuero rojo a la vista.

Claro. No iba a llevar su uniforme en público. Tenía que pasar desapercibida.

Aunque el uniforme habría llamado mucho menos la atención.

Llevaba la larga melena de ondas doradas suelta, enmarcándole el rostro con mechones que suavizaban su aspecto, y un vestido de seda con los hombros al descubierto. La prenda no tenía adornos, era de un verde claro, ligera y holgada.

¿Quién infiernos era esa desconocida?

—¿Cómo estás, Mo? — Keeley sonrió acercándose al mostrador—. ¿Estás ocupada hoy?

—Bah, tonterías. Apenas ha habido gente por aquí esta semana, desde que publicaron esas ridículas noticias. — La mujer se inclinó sobre la silla para darle golpecitos a un anuncio que había sobre el mostrador—. No hacen más que hablar sobre estupideces de villanos en vez de buscar una cura para el Mal Místico o fomentar una educación mágica más accesible para los pueblos pequeños. Si es que… Lo único que hacen los que están en el poder es buscar la

forma de distraerte para que no te des cuenta de los errores que cometen o esperar a que te olvides si ya te has enterado de alguno. — Mo se tocó la cabeza con uno de sus largos dedos—. Pero yo no olvido nada.

Gideon entreabrió los labios al ver el cartel de SE BUSCA de su hermana. Parecía menos intimidante que los demás; era una representación menos cínica, más propia de Evie.

—A mí esta chica no me parece ninguna amenaza — opinó Gideon a la defensiva, dispuesto a proteger el nombre de su hermana ante aquella desconocida.

Por lo visto, no había necesidad.

Mo soltó un bufido, cogió una pila de libros y se dirigió hacia una escalera, indicándoles con un gesto que la siguieran.

—No, pero es una mujer que se ha salido de la norma. Por tanto, el rey querrá castigarla como corresponde.

—Eso está mal. — Keeley iba recorriendo la biblioteca mientras Gideon la seguía.

Aquel lugar era muy diferente de la biblioteca del palacio. Gideon la había visitado un total de tres veces, y todas ellas se había sentido como si estuviera sentado en una sala de luto. Mientras que la del rey era fría y oscura, esta era amplia, estaba rodeada de cristaleras y la luz llegaba a cada rincón. Había plantas y vegetación de todas las especies y tamaños esparcidas por doquier: cayendo sobre las estanterías, envolviendo los lomos de los libros con capullos de flores… Las ventanas estaban abiertas y dejaban entrar una brisa que sintió que lo purificaba al acariciarle la cara.

—Así es el mundo — dijo Mo, lanzando a Gideon una mirada suspicaz—. Toma, sujeta esto, chico; tienes cara de estar fuerte. — Le arrojó un libro tan pesado que, cuando Gideon se lanzó a cogerlo, se tambaleó bajo su peso—. Mmm… Tu cara engaña, por lo que veo.

—¿Disculpe? — protestó Gideon, pero Keeley le dio un empujón que le hizo perder el equilibrio para ir a ayudar a Mo con los otros libros, colocándolos con delicadeza.

—Si nos disculpas, Mo — murmuró Keeley—, necesito hablar con mi amigo… Herbert un momento. — Agarró a Gideon por el brazo sano y lo arrastró detrás de las estanterías—. ¡¿Qué estás haciendo?! — masculló.

—¿Herbert, en serio? — preguntó Gideon con mala cara.

Keeley se pasó las manos por el pelo, impaciente.

—¿De verdad crees que el segundo libro va a estar en un lugar tan obvio? Estás poniendo a Mo en peligro al meterla en los asuntos del jefe. ¿Y si te han seguido? Ella es mi única amiga fuera de la mansión y no pienso ponerla en peligro solo porque tú tienes falta de creatividad.

—No tengo falta de creatividad. — Gideon puso los ojos en blanco—. Ni tampoco de sentido común. Si estamos buscando un libro que nadie ha visto desde la creación del reino, ¿no crees que un lugar factible sería el que está dedicado a guardar los libros?

Ella arrugó el entrecejo, pero no dijo nada.

—Tranquila, tómate un momento — añadió él—. Me consta que si te quedas en silencio es porque tengo razón.

—Esta mujer me importa, Gideon — susurró Keeley, con su enfado transformándose en una especie de súplica—. Tanto este lugar como Mo me importan.

Vaya, juego sucio.

Y funcionó, por supuesto.

—Lo siento — se disculpó—. No lo sabía.

—No, soy yo la que lo siente — suspiró ella, agitando las manos como una mariposa atrapada—. Este lugar siempre ha sido un refugio para mí. Cuando te he visto ahí de pie, se me ha venido todo encima y…

—Te has sentido obligada a ponerme el nombre de Herbert.

La cara de Keeley se iluminó al reír. La energía que irradiaba era tan contagiosa que él le devolvió la sonrisa.

—Entonces, ¿no me has seguido hasta aquí? — preguntó ella—. ¿De verdad ha sido una mera coincidencia?

—Solo estaba tratando de descartar los sitios más obvios donde podría estar el libro — respondió.

Ella sonrió con aire tímido y Gideon quedó tan embobado que casi se pone a bailar para librarse de esa sensación.

—Lo cierto es que yo también había pensado en buscar aquí primero.

—¡Ja! — exclamó, pero el sonido quedó amortiguado porque ella le tapó la boca con la mano.

—¡Cállate! Dioses, tendremos que ponerte un tapón en la boca.

Gideon arqueó las cejas y abrió ligeramente los labios bajo su palma. Keeley dio un salto tan brusco que chocó contra la estantería que tenía detrás, tirando uno de los libros que estaba más arriba. El tomo se balanceó antes de caer y le dio tiempo a Gideon de estirar el brazo y agarrarlo.

—Herbert al rescate.

—Eres insoportable — dijo ella poniendo los ojos en blanco.

—¿Keeley? — la llamó Mo—. ¿Estás cometiendo algún tipo de fechoría en mi biblioteca con este apuesto joven?

Gideon sonrió.

—Me considera apuesto.

—Por todos los dioses… — Keeley se alejó a paso airado y el la siguió con un ánimo renovado—. Mo, ¿podrías ayudarnos a encontrar una cosa?

—Es un libro — aclaró Gideon.

—No nos queda ninguno — bromeó Mo mientras los ordenaba. Aquel espacio era amplio, pero no había ni un solo usuario.

Tenía un aire melancólico. Tantas alegrías, tantos lugares que visitar y nadie dispuesto a sumergirse en la aventura. Y todo porque Benedict estaba empeñado en sembrar el miedo.

—¿Qué tipo de libro?

—Es antiguo — explicó Keeley y, sin preguntar, empezó a ayudar a Mo a colocar los libros del carrito por orden alfabético.

—Yo también — replicó la bibliotecaria con un tono de exasperación—. Voy a necesitar que me deis más detalles.

—La cubierta es arcoíris y las páginas tienen los bordes plateados. Todo el libro posee un diseño muy ornamentado, único en su género. — Gideon dio todos los detalles que pudo recordar de la única vez que lo había visto en el escritorio de Benedict. El día en que terminó su carrera laboral en la Guardia Valerosa.

Mo se enderezó, se giró hacia él y se bajó las gafas hasta la punta de la nariz. Su rostro no revelaba ninguna emoción.

—¿El libro de *La historia de Rennedawn?*

Keeley ahogó un grito.

—¿Lo has visto?

Mo se quedó callada unos segundos.

—En cierto sentido.

—Esa respuesta resulta inquietante. — Gideon se rio entre dientes.

—Ambos sabéis tan bien como yo que ese libro se encuentra en el Palacio Radiante, en manos del rey Benedict — añadió Mo entrecerrando los ojos hacia Gideon.

—Por supuesto. — Tras terminar de colocar todos los libros del carrito en las estanterías, Keeley se sentó en un sofá cercano y Mo se unió a ella. Fue una acción natural. Natural en el sentido de que se movían como quienes han compartido mucho tiempo—. Yo lo sé, pero Herbert es nuevo en Rennedawn. Viene del reino del sur.

—Ah, sí, la tierra de los lirios. — Mo sonrió.

—De los mejores que existen — respondió Gideon jovialmente—. Es que tengo mucha curiosidad. Circulan varios rumores sobre que la magia se desvanece y que hay una nueva villana suelta; es como un melodrama de los que se ven en el teatro.

—Tu reino también tiene una profecía que genera bastante dilema. ¿Esa no te despierta curiosidad? — Mo frunció los labios.

¿Cómo? Será mejor que me guarde este dato para más adelante.

—Nos preguntábamos, Mo…, ¿podría ser que se hubiera hecho alguna copia? Imagino que los creadores querían que la gente estuviera al tanto de a qué se enfrentaba. — Keeley estaba siendo

cautelosa, pero Gideon notaba que había confianza entre ellas, algo que la capitana parecía desesperada por mantener.

Mo les dedicó una mirada lastimera.

—Ay, cielo, lamento decirte que no tenemos ninguna copia de *La historia de Rennedawn* en esta biblioteca. — Soltó una risa irónica—. Apenas hay fondos para comprar velas. Hemos tenido que empezar a cerrar cuando anochece.

Keeley no pareció sorprendida ante aquella revelación.

—Te he traído una caja de velas de casa. Odio pensar que te quedas aquí dentro a solas y a oscuras.

—Me gusta estar a oscuras. — Mo se puso de pie, sacudiéndose el polvo de la falda con una sonrisa alegre—. Me prepara para la muerte.

Gideon se atragantó y le sobrevino un ataque de tos.

—¿Por qué dices cosas tan morbosas? — preguntó Keeley con una sonrisa exasperada mientras se ponía de pie también.

—Porque es liberador mirar a los ojos a lo que te da miedo y echarte unas buenas risas. — Mo le dio una palmadita en la mano.

—Eres un caso digno de estudio. — Keeley se inclinó y le dio un beso en la mejilla a su amiga—. Deberíamos irnos ya; Herbert está deseando volver a los establos. Le chifla recoger el estiércol de los caballos — susurró en tono burlón.

—No me sorprende — dijo Mo, mirándolo con astucia por encima de las gafas—. Verás… — comenzó, y luego—: No debería decirlo, pero… — La anciana les lanzó a ambos una mirada significativa—. Si bien es cierto que no hay ejemplares de ese libro en esta biblioteca, sí que hay un cuento de cuando yo era joven. Quizá os resulte de alguna utilidad.

—¿Qué quieres decir? — preguntó Keeley.

—Había un palacio antes del que hay ahora. — Mo hablaba con la vista perdida; parecía preocupada—. Uno en medio del bosque de Hickory. Donde el primer rey se sentó en el trono.

—No lo sabía. — Keeley frunció el ceño.

—No podías saberlo — contestó Mo—. El padre de Benedict eliminó del reino cualquier texto relacionado con él. Dijo que el único palacio que los ciudadanos debían conocer era el Radiante. Sin embargo, es posible que al antiguo aún le quede algo de magia. Quizá valga la pena echarle un vistazo.

Keeley se inclinó hacia ella, embelesada por aquella historia.

—¿Sabes dónde está? — Mo soltó una risa sombría.

—¿Alguno de vosotros ha oído hablar de la Mansión Masacre?

CAPÍTULO 29

EVIE

—¿Todo bien por ahí? — preguntó Malcolm mientras acercaba su caballo al de ella.

El sol de mediodía calentaba de forma inusual para esa época del año. Evie notaba cómo le quemaba la piel de los brazos, pero no hacía nada para evitarlo.

Trystan cabalgaba delante, murmurando algo con Reymundo, quien, teniendo en cuenta las circunstancias, se mantenía bastante bien a lomos del caballo. Al comentario de Trystan le siguió una risa y Evie volvió a tener esa sensación de que no le gustaba quedarse al margen de las cosas.

—Por supuesto — respondió Evie con un tono alegre—. ¿Por qué lo preguntas?

—Estás envuelta en una niebla oscura que, literalmente, se cierne sobre tu cabeza, así que he pensado que era conveniente saber cómo estabas. — Malcolm levantó la vista y Evie se dio cuenta de que tenía razón; la niebla se arremolinaba en torno a su cabeza, jugueteando con sus rizos.

Miró a Malcolm a los ojos.

—¿De qué niebla hablas?

—¿Qué? ¿Tú no…? Ah, me estás tomando el pelo. Maravilloso. En el fondo me alegro. — Le dedicó una sonrisa triste—. Te noto

diferente de la última vez que te vi.

Continuaron galopando mientras Evie asimilaba esas palabras, tratando de encontrar una respuesta.

—¿Más apagada? — concluyó, a sabiendas de que últimamente se había rendido demasiado a su tristeza y desesperación.

—No. — Malcolm frunció el ceño—. Para nada. Iba a decir que pareces más… tú misma, si es que eso tiene sentido.

—No lo tiene — intervino Alexander Reymundo Kingsley, y luego se rio con su voz grave de barítono.

—Bella — murmuró Trystan, contemplándola de reojo—. Eso es lo que ves, Malcolm. A una mujer bella.

Malcolm le lanzó a Evie una mirada cómplice.

—¿Es eso cierto?

—Sí — afirmó Trystan, sin dejar lugar a discusión y arrastrando el corazón de ella tras de sí.

A medida que avanzaban, los árboles se hacían cada vez más escasos, dando paso a matorrales y a alguna que otra casita o jardín. Su caballo resolló nervioso y ella le susurró para calmarlo. Se oyó otro resoplido hasta que, de pronto, el caballo de Evie se alzó sobre sus patas traseras, provocando que ella cayera y se estrellara contra el suelo.

Justo al lado del zapato más grande que había visto jamás.

—¿Qué…? ¿Un gigante? — Abrió mucho los ojos y, cuando el zapato se elevó, todos los músculos de su cuerpo reaccionaron de la forma más inútil que se pueda imaginar.

Se quedó paralizada.

Hasta que alguien la agarró de los codos y la levantó.

—Ponte de pie. Ya — dijo Trystan con tono seco, sin emoción alguna, mientras la apartaba del camino y echaba a correr, arrastrándola consigo.

—¿Y Malcolm y Reymundo?

—Sus caballos se han asustado y han salido disparados en dirección contraria.

—Ojalá el mío hubiera hecho lo mismo — se quejó, apoyándose en Trystan mientras seguían corriendo, hasta que finalmente se refugiaron detrás de un gran árbol.

El suelo tembló cuando el gigante, bueno, no, *la* giganta dio otro paso, gritando a pleno pulmón:

—¡FI FA FO FUM! — Llevaba un vestido de gala tan grande que serviría de tienda de campaña para humanos. Era precioso, al igual que el cabello oscuro y sedoso que le colgaba por la espalda. Su rostro era más difícil de distinguir, probablemente porque se encontraba a unos dos kilómetros al norte de donde estaba Evie.

—Es una giganta — murmuró señalando hacia arriba desde donde se habían escondido.

—Y eso es una roca — respondió Trystan con total seriedad—. ¿Te importa si jugamos al veoveo en otro momento?

—¡Tu actitud no ayuda! Puede que ella sea a quien estamos buscando.

—No lo sabremos si nos pisa antes de poder preguntárselo — replicó Trystan.

—¡FI FA FO FUM! — retumbó de nuevo la giganta, arrancando piedras y tierra.

—¿Quién es «Fi Fa Fo Fum»? — preguntó Evie, y soltó un chillido cuando vio que el pie aterrizaba justo al lado de una casita.

Trystan se pellizcó el puente de la nariz y luego murmuró:

—¿Por qué no se lo preguntas?

La giganta cogió una roca enorme y la lanzó con tanta fuerza que derribó varios árboles cercanos a los suyos.

—Ay, Dios mío. Quizá deberíamos esperar cinco minutos.

Trystan la miró con recelo.

—¿Crees que la furia de una giganta se aplacará en cuestión de cinco minutos?

Evie parpadeó.

—Normalmente mis crisis de rabia duran cuatro.

—¡Sage! — gimió Trystan, y luego dio un respingo cuando la puerta de una casa situada al borde del bosque se abrió de golpe.

Una mujer hermosa apareció en la entrada, con una larga y ondulada melena rubia recogida con una sencilla cinta.

—¡Eh, vosotros dos! ¡Venid, rápido!

No hubo tiempo para pensar, solo para correr en busca de refugio.

Cuando su salvadora cerró la puerta tras ellos, los ojos azules de la mujer se suavizaron.

—Ay, pobrecitos. No os preocupéis: mi casa tiene un encantamiento que sirve para calmar los nervios crispados. Parece que a los dos os hace falta. ¿Os preparo un té y quizá algo para picar? — Había unas galletas con trocitos de chocolate enfriándose sobre una rejilla, recién salidas del horno.

Trystan cogió una, encogiéndose de hombros cuando Evie lo miró, y levantando luego una ceja al ver que ella intentaba transmitirle algo en silencio.

Evie notaba una sensación de inquietud en lo más profundo de su vientre. Su instinto le decía que habría sido mejor enfrentarse a la giganta que entrar ahí.

Sin embargo, no había forma de explicar por qué se sentía así.

Sobre todo porque estaban en una casa… hecha de dulces.

CAPÍTULO 30

trystan

Durante mucho tiempo, Trystan Maverine no confiaba en nadie. Observaba los movimientos de quienes lo rodeaban, esperando que alguien lo traicionase. Cualquiera podía ser una amenaza. Cualquiera podía dar un paso en falso. Sin embargo, no aplicaba esos mismos principios a los dulces de repostería.

Aunque, a juzgar por la expresión del rostro de Sage, temía que tal vez tuviera que empezar a hacerlo.

—¿Qué pasa? — murmuró en voz baja.

—Deberíamos irnos.

—¿Por qué?

—Ay, no, no os vayáis todavía — interrumpió su anfitriona con voz esperanzada—. Me llamo Greta. Y nunca tengo invitados. — Le puso una mano en el hombro a Trystan, sonriendo.

—¿Quizá porque tienes a una giganta enfadada como recepcionista? — sugirió Sage con una tosquedad poco habitual en ella. Tirando bruscamente del brazo de Trystan, añadió—: Lo siento, pero de veras que no podemos quedarnos.

En cuanto Sage tocó el pomo de la puerta, algo la hizo gritar de dolor.

Trystan le agarró la mano y vio que tenía una quemadura.

—¿Qué es esto?

Greta cruzó los brazos, frunciendo el ceño.

—¿Por qué rechazáis mi generosidad?

—Porque provoca ampollas — respondió Sage con total seriedad—. Ahora abre la puerta.

—Me temo que no puedo. — Greta se echó el pelo rubio por encima del hombro. Por lo visto se había rendido en su misión de aparentar hospitalidad—. ¿Qué vas a hacer, Villana? — Era la primera vez que Trystan oía esa palabra dirigida a Evangelina.

Y a Evangelina no pareció molestarle lo más mínimo. De hecho, sonrió y lo miró apoyándose la otra mano en el pecho.

—Nadie me había llamado así hasta ahora.

—La primera vez nunca se olvida — asintió Trystan con serenidad.

—¿Crees que puedes ir por ahí haciendo lo que te plazca sin que eso tenga consecuencias? — continuó Greta—. ¿Te parece bonito arrastrar a este pobre hombre contigo en contra de su voluntad?

—¿Te has reunido con la voz que oigo en mi cabeza? — preguntó Sage con una curiosidad genuina que casi hizo que a Trystan se le escapara una carcajada.

—Yo diría que mi voluntad está bastante conforme con que me arrastre — interrumpió. Se le estaba acabando la paciencia y se le empezaba a hinchar la vena del cuello—. Te agradeceríamos que nos abrieras la puerta — dijo educadamente, haciendo una pausa para inclinarse hacia la pared y olfatear—. Y que nos dieras tu receta de las galletas de jengibre.

—Y del glaseado también — susurró Sage por la comisura de los labios.

—No os dejaré marchar hasta asegurarme de que estáis a salvo.

El buen humor de Trystan se agotó en ese preciso instante.

—Mira, no sé qué panfletos sensacionalistas habrás leído, pero el rey Benedict es un mentiroso y un maestro de la manipulación. No deberías dejarte convencer por sus patrañas. — Se cruzó de brazos. Lo tranquilizaba ver que Sage parecía haber recuperado su pasión por que la pintaran de peligrosa.

Gracias a los dioses.

—De lo contrario, quizá tengamos que decorar la entrada de nuestra casa con tu cabeza — añadió Sage con un tono dócil.

Trystan se dio una palmada en la frente.

Greta se puso las manos en las caderas, escéptica.

—¿Y qué hay de ti? Si ella es La Villana, ¿en qué crees que te convierte eso?

Trystan curvó los labios y respondió con una mezcla entre satisfacción y amenaza:

—Su guardaespaldas.

Sintió la mirada de Sage clavada en él.

—Cuando cuente tres, sígueme por el pasillo — le susurró ella.

—¿Cuando cuentes…?

Pero, en vez de contar, se limitó a gritar:

—¡Tres!

Su vida alcanzaba nuevas cotas de surrealismo por momentos.

Sage salió corriendo hacia el pasillo y él la siguió de cerca.

Porque cómo no iba a hacerlo.

Ella abrió la última puerta con la clara esperanza de que fuera una salida trasera, y él la cerró con pestillo después de pasar. Luego se quedó mirando la puerta, sin poder creer que apenas diez minutos antes estuviera montado a caballo.

Ahora estaba encerrado en una casa hecha de dulces.

Pensó que, si así era como iba a morir, al menos moriría rodeado de lo que más amaba.

Sage… y azúcar.

—Trystan…

—A ver, ¿qué ocurre ahora? — gruñó—. ¿No hay ventanas?

Cuando echó un vistazo al resto de la habitación, se dio cuenta de que, efectivamente, no había ventanas, pero eso no era lo que había llamado la atención de Sage.

Era la gran olla en medio de la estancia, colocada sobre un fuego.

Sage se llevó un dedo a la barbilla y llegó a la misma conclusión que él.

—Creo que puedo adivinar uno de los ingredientes de las galletas de jengibre.

Maravilloso. Greta, la señora de las galletas, iba a cocinarlos vivos.

CAPÍTULO 31

lyssa

A lo largo de su vida, Lyssa y su hermana mayor rara vez habían llegado a las manos. Se peleaban, por supuesto, como todas las hermanas. Pero discusiones de verdad, de esas que sacuden los cimientos de la relación, habían tenido menos de cinco.

Supuso que ese día les tocaba la sexta.

Aunque aquella había sido una causa por la que valía la pena rebelarse.

Miró a la izquierda, luego a la derecha.

—Vía libre. ¡Vamos, vamos, vamos! — Agitó el brazo como si fuera un molino de viento y Blade y Tatianna pasaron tambaleándose a su lado, cada uno con un saco en el que se adivinaba el contorno de un huevo, gruñendo por el esfuerzo, hasta que llegaron a los aposentos de la curandera.

Habría sido divertido si no fuese tan peligroso.

No. La verdad es que seguía siendo divertido.

Cuando por fin entraron y cerraron la puerta, Lyssa sintió que era el momento de celebrar.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Nadie nos ha visto!

Tatianna se apartó una trenza de la cara; la purpurina que llevaba se mantenía intacta a pesar del esfuerzo. Lyssa tomó nota para más

tarde preguntarle cómo lo lograba; ahora había cosas más importantes que atender.

Blade dejó caer el saco al suelo y Tatianna hizo lo propio.

—¿Por qué se mueven tanto? — preguntó la curandera, observando con el ceño fruncido los sacos que se agitaban—. ¿Estamos seguros de que siguen dentro de los huevos? ¿No deberían estar desnutridos o, no sé, menos móviles?

Se empezaron a oír crujidos procedentes del interior de las bolsas, luego vino un silbido y, a continuación, como por arte de magia, el primer saco de yute se desvaneció bajo una pequeña nube de niebla púrpura.

El de al lado lo imitó, y de pronto todos estaban mirando a…

No una, sino *dos* crías de gubre.

Ninguno más grande que la cesta de la esquina, que aún estaba llena de cartelitos para Reymundo. El gubre que había traído Tatianna estaba cubierto de escamas iridiscentes y coloridas, tan brillantes y llamativas que atraían la atención de inmediato. Un macho. El otro gubri era más pequeño, de un marrón apagado: una hembra.

Sus diminutos cuerpos tenían forma de serpiente, con las alas apenas desplegadas tras la eclosión. Escudriñaron la estancia con interés y, cuando vieron que se abría la puerta, ambos emitieron unos chirridos agudos dirigidos a la señorita Erring y a Clare, que entraban en ese momento.

—No están en la mansión — dijo la señorita Erring con voz de pánico—. Evie y el jefe no están y hemos traído a estas criaturas y… ¿Por qué una está dando saltitos hacia mí? — La hembra, con sus grandes ojos fijos en el rostro sorprendido de la señorita Erring, se acercaba a ella—. No. Mala serpiente voladora. ¡Atrás! — Becky hizo un gesto con la mano mientras el animalito piaba de nuevo, saltando sobre su zapato. Se lo quedó mirando—. ¿Qué diantres está pasando?

Blade tenía una sonrisa de oreja a oreja mientras contemplaba embobado a la mujer y al animal.

—Creo que la pobre piensa que eres su madre.

A Lyssa le encantó ese giro argumental.

Tatianna sonrió con orgullo.

—¡Qué bonito, Rebecka! ¡Enhorabuena!

—¡No soy su madre! — chilló la señorita Erring, y se sobresaltó cuando el animalito que tenía encima del pie soltó un gemido lastimero, intentando sin fuerzas trepar por su pierna. La mujer se negó a mirar a la cría durante un total de diez segundos antes de ceder—. ¡Ay, está bien! Ven aquí… — refunfuñó, agachándose para coger a la gubre y suspirando cuando la criatura se acurrucó contra su cuello.

Lyssa la miró con asombro.

—Qué suerte…

La señorita Erring respondió poniendo los ojos en blanco.

—Uy, sí. Mi vida es un no parar de experiencias dichosas.

Habían esperado al lado del nido por si aparecían los gubres adultos, pero no se habían presentado y, cuando el primer huevo empezó a agrietarse, seguido poco después por el segundo, Blade insistió en que se marcharan de inmediato, dado que las gubres eran increíblemente protectoras con sus huevos y no sabía cómo reaccionaría la madre si los encontraba con las crías.

Lyssa se sintió un poco culpable, pero ese sentimiento quedó eclipsado por los ojitos del macho, que saltaba hacia Clare.

—¡Qué bonito eres! — le dijo Lyssa con voz melosa mientras Clare lo cogía en brazos. Se inclinó para acariciarle la cabeza. El animal emitió un sonido de satisfacción parecido al ronroneo de un gato.

—¿Por qué los machos tienen escamas de colores y las hembras no? — preguntó Tatianna.

Blade estaba al lado de la mesa donde la curandera preparaba sus medicinas, cortando en trocitos la carne que había encontrado en la despensa de la cocina.

—Los machos deben atraer a una pareja. Las hembras no lo necesitan.

La señorita Erring, Clare y Tatianna gruñeron al unísono. Fue esta última la que protestó en voz alta:

—Que sepas que las hembras humanas no nos ponemos pintalabios ni purpurina para impresionar a un… macho — concluyó con un escalofrío.

Lyssa se rio entre dientes, acercándose más al gubri.

Blade miró a lado y lado, abriendo los brazos y señalando su chaleco de un azul intenso con varias flores amarillas bordadas.

—¿Con quién estás hablando? Porque espero que no sea con el hombre que lleva los pantalones fucsias.

—A mí me gustan tus pantalones — dijo la señorita Erring, y luego pareció avergonzada por su arrebato. La hembra percibió su angustia y se acurrucó aún más en su cuello, escondiéndose en el pelo—. Esta cosa es… — comenzó a decir, pero entonces el animal suspiró con un silbidito—. ¿Se ha dormido? — susurró con los ojos muy abiertos, presa del pánico.

—Déjala dormir — la aconsejó Blade—. Solo tenemos unas horas antes de que los gubres descubran que los huevos han desaparecido, y eso siendo generosos.

—Tenemos la luz estelar y a las crías del Destino. Solo nos faltan Evie y Trystan — dijo Becky en voz baja, con cuidado de no despertar a la criatura a pesar de su manifiesta incomodidad con la situación—. Y el libro de Rennedawn.

—Y un batidor — sonrió Lyssa.

La señorita Erring suspiró.

—Tenemos que llevarlo a cabo donde la luz del sol brille sin impedimento — les recordó Clare, dando de comer trocitos de ternera al animal que sostenía en la mano—. Muy bien, pequeñito.

—No nos los vamos a quedar, ¿eh? — la advirtió Tatianna con una expresión juguetona, y se acercó para acariciar la cabecita del animal—. Pero deberíamos ponerles nombre mientras tanto. No quiero seguir llamándolos «Arcoíris» y «Neutra» en mi cabeza.

Los animales emitieron unos resoplidos y la señorita Erring dejó a la cría en el suelo, junto a la que ahora estaba a los pies de Lyssa.

—Esta se llamará Cassandra. — Todos miraron fijamente a la señorita Erring, que puso los ojos en blanco—. ¿Qué? No pienso ponerle un nombre tipo «Culebrilla» o «Chispa» o…

—¿O Fluffy? — concluyó Blade con sarcasmo—. ¿Y si al macho le ponemos un nombre feroz? Como «Peligro», por ejemplo.

La señorita Erring le lanzó una mirada de resignación.

—Podríamos ponérselo… si quisiéramos arruinarle la vida.

La puerta se abrió y todos dieron un respingo, chocando unos con otros para colocarse frente a los gubres.

Apareció el rostro de Gideon.

—Por fin os encuentro. ¿Qué estáis…? En realidad, prefiero no saberlo. Necesito que todos empecéis a registrar la mansión. ¡Ya!

—¿Qué se supone que debemos buscar? — preguntó Lyssa nerviosa, tirando de su falda para tapar el ala que se asomaba por detrás.

Gideon se regocijó en el hecho de poder compartir su conocimiento con ellos.

—Creemos que la copia del libro está escondida aquí. En la Mansión Masacre.

CAPÍTULO 32

EVIE

Evie no podía dejar de mirar esa cosa.

Y con «cosa» se refería a la enorme olla que había en medio de la habitación.

—Sage…, ¿qué te ronda por la cabeza? — dijo Trystan con voz grave.

—¿Crees que Greta debe de tener fijada una visita mensual con el dentista? — Se sentía aturdida.

Algo comprensible teniendo en cuenta que se enfrentaba a la amenaza de acabar cocida viva.

—Creo que, si fuera posible comerse su casa, nos resultaría mucho más fácil salir de aquí. — Con un gruñido, cogió un taburete y lo lanzó contra la pared—. ¿Cómo es posible que eso no haya hecho ni una abolladura?

Ella arqueó una ceja, sintiéndose increíblemente divertida.

—Las paredes están hechas de galleta de jengibre que ha estado en contacto con el aire mucho tiempo. Tienes suerte de que no se haya abollado el taburete.

La puerta traqueteó y el corazón de Evie dio un vuelco. Casi se le olvida que llevaba una daga en la cintura, que poseía magia mortífera en algún lugar de su interior y que había un hombre corpulento frente a ella.

—¿Qué te pasa? — Trystan la miraba a ella en vez de a la puerta, que vibraba violentamente por culpa de los puños de Greta—. No sueles ser tan… susceptible.

—No soy…

—¡Abrid la puerta!

Evie soltó un chillido y se aferró a la camisa de Trystan con todas sus fuerzas. Luego dio un respingo cuando él le posó una mano en la cintura.

—Vale, es posible que esté un poco susceptible. — Cuando levantó la vista, él seguía observándola fijamente, como si lo que le estuviera pasando a ella en ese momento fuese mucho más importante que la mujer que golpeaba la puerta para poder asarlos como si fueran la cena de Navidad—. La idea de que me coman me aterroriza.

Los ojos oscuros de Trystan se oscurecieron todavía más, como si su mente hubiera interpretado esa frase de otra forma. Aun así, dijo:

—Los dos sabemos que eres muy especial, cariño, pero me temo que tener ese miedo es de lo más habitual.

—No digas esa palabra o me va a dar un patatús — lo advirtió.

Se suponía que debía resultarle incómodo que él la tratara con romanticismo y cercanía. Desde que lo había conocido, ese hombre había sido la represión y la contención personificadas, una persona decidida a no mostrar emociones.

Sin embargo, ahora esa férrea determinación tenía un único objetivo: ella.

Y Evie ni siquiera era capaz de disfrutarlo.

Se acercó a ella y le dio un beso en la cabeza.

Bueno, un poco quizá sí.

—Si tuviera que escoger con quién quiero que me conviertan en caldo, tú serías mi primera opción. — Aquella afirmación era solo una parte diminuta de todo lo que le habría gustado decirle a Trystan, pero él sabía entender sus bromas tal y como le salían. También sabía cuál era su mayor temor: que, si dejaba que las cosas

siguieran su curso y se arriesgaban, podía acabar haciéndole daño al hombre que amaba.

No solo eso. Estaba *destinada* a hacerle daño al hombre que amaba.

—No me gusta el caldo — repuso él.

—Sí, lo recuerdo. Y me parece absurdo. — Se dio unos golpecitos en la sien—. No se puede detestar el caldo. La mayoría de las veces solo es agua con carne y verduras.

Él se quedó pensativo.

—Ablanda la comida. No me gusta que la comida esté pastosa.

—Te has comido un trozo de pastel esta mañana — lo acusó.

—Eso es cremoso, no pastoso — la corrigió él, mirándola como si fuera ella la que estuviese diciendo tonterías. Pero entonces levantó la cabeza de golpe—. Espera. ¡El caldo!

—Y el caldo es líquido, sí — musitó, observando con irritación cómo él se subía al taburete al lado de la gigantesca olla.

Trystan se arremangó y se asomó por el borde.

—Está hirviendo. Quizá funcione.

—¿Qué?

—Si volcamos la olla, la galleta se ablandará por el calor de la ebullición, por muy rancia que esté. — Empezó a balancear la olla justo a la vez que Evie se daba cuenta de algo alarmante.

Los golpes habían cesado.

Porque la puerta estaba abierta.

Greta estaba allí de pie, con el pelo rubio revuelto por el esfuerzo de dar golpes y su precioso rostro marcado por el ceño fruncido. Y lo único que dijo fue:

—¡¿Cómo que no te gusta el caldo?!

Evie dejó a un lado el terror para mostrarse comprensiva.

—Increíble, ¿verdad?

—¡Sage, apártate!

No esperó a que le explicara por qué, simplemente se lanzó hacia la pared. Lo siguiente que vio fue una cuerda romperse, la olla volcándose y el caldo hirviendo que se precipitaba en dirección a

Greta. La mujer gritó y salió corriendo de la habitación, huyendo del líquido. Este llegó a salpicarle un tobillo a Evie antes de que Trystan la levantara y la sostuviera en sus brazos como a una novia al cruzar el umbral. Estaban tan apretados el uno contra el otro que sintió los latidos de su corazón y cómo se le tensaban los músculos. Sus ojos se encontraron y él la abrazó con más fuerza, dedicándole una mirada pícara en vez de una de pavor.

—Resulta interesante que las situaciones peligrosas nos acerquen en vez de separarnos, tal y como declaró la criatura del porvenir — dijo él.

—No es interesante. Es enfermizo y ligeramente cruel.

—Eso, o que la criatura del porvenir es una mentirosa — se empeñó, con un rugido que le brotaba del pecho y una cierta alegría bailando en sus ojos oscuros.

—Quiero creer que es así — susurró ella—. Lo deseo con todas mis fuerzas. Créeme que sí. No… no quiero tener miedo. — En ese momento sintió que se le desbordaban las emociones. Un sentimiento de tristeza le quebró la voz al pronunciar la última palabra.

Él la miró con una seguridad que ella no creía haber tenido jamás acerca de ninguna cuestión.

—No pasa nada si tienes miedo. Yo… estaré aquí.

Tras darle un suave beso en la mejilla y luego en la punta de la nariz, levantó la vista para ver el daño que había causado el caldo. Para su desgracia, las paredes permanecían en su sitio. No se habían ablandado ni desmoronado lo más mínimo.

—Vaya. Qué decepción.

—¡Ay, no! — La voz de Greta los sobresaltó—. ¡Ha sido un momento muy tierno! — exclamó secándose los ojos con lo que parecía ser una galleta cubierta de canela.

Ambos se quedaron mudos por un segundo, pero la boca de Evie no tardó en sobreponerse.

—¡Pues que sepas que nosotros no estaremos nada tiernos aunque nos cocines!

Greta se quedó mirándola a ella y al resto de la habitación con cara de confusión. Hasta que, de repente, cayó en la cuenta de algo.

—¿Pensabais que os iba a cocinar?

Igual se habían precipitado llegando a esa conclusión, ¿no?

—¿No era ese…? — comenzó Evie, frunciendo los labios—. ¿No era ese tu plan?

—¡¿A quién se le ocurre algo tan grotesco?! — Greta parecía genuinamente horrorizada.

—Tener una olla en la que caben personas enteras no ayuda — repuso Evie señalando el objeto con un gesto.

—¡Es de Fi! — espetó Greta.

—¿Quién es Fi? — preguntó Trystan, incrédulo.

Entonces, el suelo tembló y, sin previo aviso, el techo se desprendió de la casa. Trystan la dejó en el suelo y la puso a su espalda.

—La que posee una magia mortífera soy yo, no sé si te acuerdas — refunfuñó.

—Me acuerdo — se limitó a responder él.

—Esa soy yo. — La giganta llamada Fi los miró con curiosidad.

—¿Te llamas Fi? — preguntó Trystan con recelo.

Evie sintió una punzada de satisfacción, de esas que se sienten cuando se demuestra que uno tiene razón.

—¿De ahí lo de «Fi Fa Fo Fum»?

Fi habló desde las alturas con evidente desagrado.

—Estaba intentando presentarme después de que irrumpierais en mi propiedad, incluso os he despejado el camino de piedras. ¿Y qué me ofrecéis vosotros a cambio? ¡Gritos de terror! Tus invitados han sido muy groseros, Greta.

—Esto no habría pasado si me hubieras dejado preguntar quién era Fi Fa Fo Fum — murmuró Evie.

—Justo en eso estaba pensando, gracias — espetó Trystan—. ¡Casi nos pisas! — acusó a la giganta.

—¿Seguro? — preguntó Fi—. ¿No será que tengo los pies grandes y tú has hecho una suposición un tanto descabellada?

Evie se había quedado boquiabierta y no podía apartar la vista de Fi, ni siquiera para darle un golpecito en el hombro a Trystan.

—Creo que es la segunda opción. Deberías disculparte.

—¡Tú pensaste que Greta nos iba a cocer vivos! — la acusó Trystan.

—¡Había una olla gigante! ¿Para qué otra cosa iba a ser si no?

—Para dar de comer a una giganta — intervino Greta, agitando una cuchara bastante grande—. Soy la chef personal de Fi.

Uf. Menudo alivio. Y qué vergüenza.

—Supongo que mi cena se ha echado a perder, ¿verdad, Greta? — refunfuñó Fi, recolocando con cuidado el tejado sobre la casa. Sin mediar palabra, los dos siguieron a Greta al exterior.

Sintiéndose más que un poco tonta, Evie agachó la cabeza como una niña a la que han sorprendido pintando la pared. Respiró hondo, inhalando el aire nocturno. Efectivamente, se había hecho de noche. Los cielos cerca de Kaliora, el reino del este, eran más despejados gracias a la distancia del bullicio de la capital y de los pueblos más concurridos. Las estrellas brillaban sobre sus cabezas.

Su madre podía estar allí arriba. Quizá ese era el lugar al que había huido, de vuelta entre las estrellas para poder observar la vida de Evie sin formar parte de ella. O tal vez no le interesaba lo más mínimo observarla.

Greta estaba proponiendo alternativas para la cena cuando Evie volvió a prestar atención a la conversación.

En el peor momento posible.

—Estaban teniendo una discusión de pareja.

—No somos pareja — objetó Evie.

Al mismo tiempo que Trystan replicaba:

—No era una discusión. — Él la miró unos segundos con los ojos entrecerrados y una expresión de pura maldad que le provocó un escalofrío—. ¿Cómo definirías lo que es ser una pareja, Sage?

—Si te lo tiene que definir, es que probablemente no lo sois — intervino Fi, y Trystan desvió la vista hacia el cielo.

—Voy a ir al grano antes de que mi frágil orgullo reciba otro revés — dijo—. Estamos aquí porque venimos a buscar un artefacto. Una llave, para ser más concretos.

—Por supuesto. Igual que todos los que vienen a la frontera de Kaliora. Todo el mundo viene a pedir lo mismo — Fi sonrió con lástima—, pero nadie ha sido capaz de quitármela.

—Nosotros queremos intentarlo. ¿Qué hay que hacer? — preguntó Evie sin pensárselo dos veces. Su intención era que la giganta les mostrara al menos dónde estaba la llave para después idear una forma de robarla.

Ya pensaba como una villana.

Notó con alivio que el nudo del pecho había desaparecido y solo sentía satisfacción.

—Es sencillo. — Fi sonrió complacida, y la satisfacción de Evie salió corriendo por patas—. Solo tenéis que quitarme la llave de la mano.

—Me da la sensación de que no va a ser tan fácil — le murmuró Evie a Trystan.

—Pero sin que yo me agache.

—Ajá, eso tiene más sentido. — Evie se pellizcó las sienes y suspiró cuando Fi sacó la llave. Era un objeto discreto, pintado de blanco, con detalles que no lograba distinguir desde tan abajo—. ¿Crees que subir al tejado de Greta se consideraría hacer trampa? — le preguntó a Trystan, pero, fuera cual fuese su respuesta, quedó interrumpida por un destello de luz.

O más bien un destello de algo que resplandecía gracias a la luz de la luna, y que había aterrizado justo en la palma de Fi.

¿Una estrella fugaz?

No, no era una estrella.

—¡Cógela, Reymundo! — gritó Malcolm desde entre los árboles, con la mano extendida como si acabara de lanzar una pelota.

O, más bien…, una rana.

Alexander Reymundo Kingsley, en todo su esplendor, cogió la llave con la boca y saltó antes de que los dedos de Fi se cerraran.

Aterrizó sobre el caballo como si nada. Evie se preguntó cómo algo tan pequeño y verde podía mantener un aire tan galante.

—¡Habéis hecho trampa! — rugió Fi, dando una patada que hizo temblar el suelo.

—Es hora de irse. — Trystan agarró la mano de Evie y echó a correr hacia Malcolm, que parecía agotado. Montaron sobre el caballo y se marcharon al galope, con la voz de Fi resonando detrás de ellos.

Siguieron cabalgando hacia su hogar. Hacia su familia.

Todo había salido exactamente como debía.

Lo cual provocó que a Evie se le revolviera el estómago.

Porque eso solía significar que pronto sucedería alguna desgracia.

CAPÍTULO 33

reymundo

Alexander debía admitir, aunque solo fuera para sí mismo, que ser un anfibio tenía sus ventajas.

No tantas como ser humano, claro está, pero haberlas las había. Por ejemplo, si ocurría algo extraño en la mansión, él siempre era el primero en enterarse. Pasaba desapercibido tan a menudo que había empezado a considerarlo un arte.

Cuando uno era humano, todo el mundo se fijaba en lo que hacías y dónde estabas.

Eso no le venía bien a Alexander. Aunque lo cierto era que poseer un buen par de pulgares funcionales no tenía precio.

—¡Ahí estás, Lyssa! — exclamó Evie con alivio, corriendo hacia su hermana en medio de la oficina vacía—. Pensé que te encontraría en la cocina, pero Edwin me ha dicho que no habías bajado. — Le dio un abrazo a la niña—. Me preocupaba que no hubieras vuelto.

Las manitas de Lyssa apretaron con fuerza a Evie.

—¿Yo? ¡Si eres tú la que ha estado fuera todo el día! ¿Adónde has ido?

—Casi me convierten en caldo y he mosqueado a una giganta. — Evie soltó a su hermana para mirarla con seriedad.

—Odio cuando eso pasa — respondió Lyssa con solemnidad.

—No nos dejes en vilo, pequeña villana. — Trystan las condujo a un rincón iluminado por varias antorchas—. ¿El plan ha surtido efecto? ¿Habéis podido capturar a los gubres?

El rostro de Lyssa pasó de estar alegre y despreocupado a mostrarse cauteloso y esquivo.

Una expresión que, según la experiencia de Alexander, era el preludio de una escena entretenida pero caótica. Sobre todo si incluía la presencia de una de las hermanas Sage.

La expresión de Trystan se suavizó ante el nerviosismo de la niña.

—Si no los hemos capturado, no habrá consecuencias para ti, ni ahora ni nunca.

Lyssa parpadeó, con los ojos muy abiertos, como si ni siquiera se le hubiera ocurrido esa posibilidad.

—Soy consciente. Lo que pasa es que no sé muy bien cómo responder a esa pregunta. Si pudiéramos decirles a los demás que vengan y…

—Espera… — comenzó Evie.

—¡Ay, Reymundo! ¡Vuelves a ser una rana! — interrumpió Lyssa, mirando de un lado a otro, inquieta.

Reymundo saltó hacia una de las cestas con sus cartelitos, cogió la tiza y garabateó una sola palabra que lo resumía todo.

De hecho, era una de sus favoritas.

PUTADA.

—¡Esos modales! — exclamó Trystan, fulminando a Reymundo con la mirada—. Lyssa, ya está bien. Dinos qué sucede.

Se escuchó el sonido de unos pasos apresurados por el pasillo.

—¿Tú eres la que se ha dejado la puerta abierta y me llamas a mí irresponsable? — se quejaba Tatianna.

—Yo no la he dejado abierta — replicaba Becky—, se ha enganchado en una de tus bufandas absurdamente largas.

—¡Pero si no había ninguna bufanda mía ahí! — respondió Tatianna.

—¡Eso es porque Cassandra se la ha comido! — chilló Becky, y las dos se detuvieron en seco frente a ellos—. Mierda. — Posó la mirada

en Lyssa—. Miércoles. He dicho «miércoles».

—Y antes de eso has dicho «mierda» — murmuró Lyssa, entregándole una moneda de oro a Evie.

—¿Quién es Cassandra? — preguntó Malcolm con curiosidad—. Si es una amiga vuestra, espero que sea atractiva.

—Cassandra es un poco joven para ti, Malcolm — dijo Clare al unirse a ellos, con el ceño fruncido y de mal humor. Su expresión habitual en esos últimos tiempos—. En fin, os informo de que en esta mansión todo se ha ido al garete mientras estabas fuera. Espero que lo que sea que estuvieras haciendo mereciera la pena.

Alexander sonrió para sus adentros. Le parecía divertido que Clare tuviera la voluntad de proteger el mismo lugar en el que una vez juró que nunca pondría un pie.

—Hemos ido a por una llave. Una que Benedict necesita para lanzar una maldición que sustituiría la versión actual de Rennedawn por otra en la que yo jamás me convierto en El Villano… Juzga tú misma si merecía la pena. — Trystan pasó la mano ante la expresión de asombro de Clare—. ¿Has oído algo de lo que he dicho, Clarissa?

—Lo suficiente como para que me den náuseas — murmuró ella frotándose las sienes.

—La mansión parece estar tranquila, Clare. ¿Qué te preocupa? — Evie echó un vistazo alrededor en busca de señales de alboroto.

—¡Todo el mundo al suelo! — gritó Blade mientras una nube de niebla púrpura se extendía y todos se tiraban al suelo. Excepto Alexander, por razones obvias.

Trystan extendió las manos sobre las cabezas de Lyssa y Evie, impidiéndoles ver cómo el vapor púrpura cubría un escritorio y lo derretía.

No, pensó Alexander.

Solo había un animal con tales capacidades, y se suponía que debían estar muy lejos de la Mansión Masacre. No obstante, un leve chillido lo confirmó, y Alexander se quedó con la boca abierta al ver no una, sino dos crías de gubre piando como pájaros.

Y entonces supo que había fracasado.

—¿Dónde está la madre, si se puede saber? — Trystan intentaba hablar con una calma mesurada que, a juzgar por la forma en que se le había tensado el cuerpo, le estaba costando mantener. Ayudó a Lyssa y a Evie a ponerse en pie mientras la niebla púrpura se disipaba.

Lyssa señaló a Becky, y Alexander, a pesar del pánico que lo embargaba, soltó una risa ahogada ante la expresión horrorizada de la mujer.

—No tiene gracia — refunfuñó ella cruzándose de brazos. Después cogió a la cría marrón—. Cassandra es una invitada temporal hasta que llegue su madre. En otras palabras, de momento soy su niñera.

Cassandra se estaba acurrucando felizmente en el pelo de Becky cuando el macho saltó a los brazos de Evie. Ella dio un grito ahogado, como si le acabaran de regalar diamantes.

—Ay, son una monada, ¿no crees? — La tristeza que parecía rondar a Evie últimamente se transformó en una ternura que llenó la habitación.

—Es una de las criaturas más letales que existen, Sage — señaló Trystan con un tono monótono que no encajaba con la forma en que la miraba mientras arrullaba a la cría—. Deberíamos encerrarlos hasta que decidamos cómo proceder.

—Entonces tendrás que encerrarme con ellos — respondió ella con falsa dulzura, balanceando al gubre como si fuera un bebé—. ¿Le habéis puesto nombre al macho?

—Clarke — dijo Lyssa.

Alexander garabateó rápidamente una palabra:

¿POR?

Aquella era una cuestión que Alexander se preguntaba acerca de todos los aspectos de su vida actual.

Lyssa se encogió de hombros.

—Los dos empiezan por C. El caso es que los teníamos en los aposentos de Tatianna, pero se han escapado mientras buscábamos con Gideon.

Evie frunció el ceño.

—¿Qué buscabais?

De pronto apareció Gideon, seguido de Keeley.

—Mira qué bien, los has encontrado. ¿Ya podemos volver a la búsqueda?

Alexander tenía buen ojo para las emociones humanas; el más mínimo gesto podía revelarle la verdad sobre el carácter de una persona. Había perfeccionado esa habilidad desde antes de convertirse en rana, por eso supo de inmediato lo que Gideon iba a decir.

—Tenemos motivos para creer que el segundo ejemplar de *La historia de Rennedawn* está escondido aquí, en la mansión.

Alexander cerró los ojos, a sabiendas de que con ese descubrimiento… su destino estaba sellado.

CAPÍTULO 34

clare

—¿Nunca lo ha revisado nadie? Trystan tiene más de cien trabajadores ¿y ninguno ha venido nunca a limpiar aquí abajo? — refunfuñó Clare mientras bajaban al sótano, donde al parecer se guardaban todo tipo de trastos. En un momento dado, tropezó con una alfombra enrollada y se agarró a la pared para no caer.

Tatianna no se tropezaba con las cosas, se limitaba a deslizarse entre ellas, casi como si flotara con su larga falda de tul.

—Ya sabes que Trystan no es muy sentimental. Nunca lo ha considerado necesario.

—Pero me sorprende que ni siquiera se molestara en hacer que lo limpiaran para ganar espacio de almacenamiento — insistió Clare, y acto seguido se tropezó con un retrato. Tatianna la atrajo hacia sí para evitar que cayera. Sus rostros quedaron a apenas unos centímetros de distancia y Clare percibió un aroma dulce en el aliento de la curandera. Bajó la vista hacia el cuadro y vio que se trataba de un retrato desgastado… de su familia. Se había pintado hacía unos quince años. Trystan y Malcolm se abrazaban, sonriendo. El semblante de su madre, como de costumbre, estaba tenso y mostraba descontento, y Clare estrechaba felizmente a… Arthur.

—¿Estás bien? — se interesó Tatianna en voz baja, y su rostro ocupó todo el campo de visión de Clare—. Te lo pregunto de verdad.

Clare sentía el peso del dolor cerniéndose sobre ella la mayor parte de los días. La rodeaba hasta que no le quedaba más remedio que sumirse en él por completo. Sin embargo, ese día no se podían permitir el lujo de malgastar tiempo en eso.

—Estoy todo lo bien que se puede estar pocos días después de perder a tu padre. — Al menos había respondido a la pregunta con cierta honestidad.

Tatianna frunció los labios.

—Hay algo que quiero que sepas… — Tragó saliva, dando un paso atrás, y Clare se acercó inconscientemente, como si sus corazones estuvieran unidos—. No he cambiado de opinión sobre lo de volver a intentarlo.

Clare se quedó sin saber qué decir. Ella creía que esa posibilidad había sido descartada en el mismo momento en que se descubrió que llevaba tiempo escribiéndose con Amara Maverine, confiando en su madre a pesar de que no debería haberlo hecho. Y ahora su padre estaba muerto.

Después de todo lo ocurrido…, que Tatianna le dijera eso era demasiado bueno para ser verdad.

—Me parece ver libros por aquí — murmuró Clare, pasando por encima de varias baratijas y subiéndose a unas sillas cubiertas de polvo—. ¿Puedes sostener la antorcha mientras echo un vistazo? — preguntó, y se puso a rebuscar entre los tomos. Algunos libros los reconocía, otros no, pero ninguno era el que buscaban.

La luz que la alumbraba delataba la presencia de Tatianna.

—¿No vas a contestar nada sobre lo que acabo de decir? Ya sé que no es el mejor momento, pero…

Clare soltó una risa seca.

—Nunca es el mejor momento, Tati. La primera vez que te pedí matrimonio, estábamos en medio de una discusión.

Cuando Clare levantó la vista, Tatianna estaba sonriendo con esa expresión que le hacía temblar las rodillas y le aceleraba el corazón.

—Pero nos lo pasamos bien reconciliándonos, ¿no crees?

Clare sintió que se sonrojaba y un cosquilleo le subió por la nuca ante aquel recuerdo. Cómo despejaron la mesa frenéticamente, la falda de Tatianna rasgada, Clare arrodillándose…

—Ya veo que sí te acuerdas — dijo Tatianna con aire de suficiencia mientras se ponía a rebuscar en las estanterías, apartando cajas llenas de objetos que no eran libros.

—No podría olvidar ese día aunque quisiera. Fui tan feliz… — murmuró Clare, dejando otro libro sobre una pila que iba en aumento—. Aquí no está. ¿Ves algún libro por ahí?

—Clare. — Tatianna la agarró del brazo con una mirada suplicante en sus ojos marrones.

Ella entreabrió los labios y notó que se le empezaba a nublar la vista.

—Es que no quiero dar nada por sentado ni hacerte sentir que, solo porque mi padre haya muerto, tienes que…

Tatianna posó un dedo sobre los labios de Clare y respondió con ternura:

—Clare, la única razón por la que quiero estar contigo es porque te amo con todo mi corazón. Siempre has sido lo más importante para mí. Y creo que ambas lo sabemos desde el instante en que nos conocimos, ¿me equivoco?

Las lágrimas brotaron, seguidas de un sollozo. Clare se secó los ojos.

—No, no te equivocas. Es que he estado tan…, bueno, ya sabes. — Se rio y se le escapó un hipo.

Tatianna también se rio; colocó la antorcha en el soporte de la pared para liberarse las manos y acariciar las mejillas de Clare.

—Yo también he estado muy «ya sabes». Las dos lo hemos estado. Pero hemos encontrado el camino de vuelta. Así que, a partir de ahora, cuando las cosas se pongan difíciles, algo que las dos sabemos que ocurrirá, en lugar de marcharnos, quiero que nos quedemos y lo arreglemos. Es lo que mis padres siempre han hecho.

—Eso es porque ellos son normales — alegó Clare entre risas—. Entonces, ¿debo entender que volvemos a estar prometidas?

Tatianna sonrió.

—Ah, no. Eso no va a pasar hasta que reciba la propuesta más romántica de la historia de la humanidad.

—Estupendo, para nada siento una gran presión ahora, ¿eh? — bromeó Clare con un suspiro.

Tatianna sonrió, le levantó la barbilla y la besó. Al principio fue un beso suave, cargado de la dulzura propia de dos personas que se llevan queriendo casi toda la vida. Habían cambiado, habían madurado, se habían separado y ahora volvían a estar juntas.

Pero luego fue a más: los labios de Tatianna bajando por su cuello, la mano de Clare levantándole la falda; cada vez más desesperadas por acercarse. Manos acariciando y corazones latiendo al unísono a medida que cada roce se volvía más íntimo. Clare jadeó al sentir los dedos de Tatianna subiéndole por el muslo, hasta que la tocó en un punto que hizo que se aferrara a sus hombros. Un escalofrío le recorrió la espalda al escuchar la risa sensual de Tatianna.

—Sigues siendo tan sensible… — susurró, seguido de un beso firme que se fue intensificando hasta derivar en gemidos y sensaciones que llevaron a Clare al borde del abismo.

—Tati…

—Déjate llevar, cariño — la instó Tatianna, y eso hizo.

La euforia de estar en brazos de quien mejor la conocía, en quien confiaba y depositaba toda su fe, la abrumó hasta dejarla lánguida y dócil. Después fue ella la que le subió la falda de tul rosa a la curandera y, con sus labios y su lengua expertos, le demostró lo segura que estaba de que lo suyo iba a funcionar.

Se vieron envueltas en una neblina de pasión que las dejó jadeando y felizmente satisfechas, abrazadas contra la pared en la que se habían apoyado.

Clare se sentía a punto de estallar por el alivio. Resultaba abrumador saber que ya no estaba sola, que Tati volvía a ser suya. Se acercó a uno de los cachivaches olvidados para no dejarse llevar por la emoción.

—¿De verdad todo esto son solo recuerdos abandonados por el rey que vivió aquí antes de que se construyera el Palacio Radiante? — preguntó cogiendo una figurita de un cisne con un sombrero de copa—. ¿Por qué alguien en su sano juicio dejaría todo esto atrás?

—Está claro que a Benedict le falta imaginación — dijo Tatianna, acariciando una tela con purpurina que colgaba de la pared—. ¡Mira! Un mantel perfecto para mi mesa de exploración.

—¿Y si alguien a quien estás tratando lo mancha de sangre? — preguntó Clare.

—Pues tendré que matarlo, obviamente. — Tatianna sonrió, tirando del mantel para descolgarlo y sosteniéndolo en alto.

Clare también sonrió… hasta que vio lo que había detrás.

CAPÍTULO 35

EVIE

—Apenas se parece a mí — refunfuñó Trystan, apoyándose contra el elegante escritorio negro de su despacho.

Habían estado buscando por la mansión hasta medianoche. Al no tener éxito, Trystan les había ordenado a todos que se fueran a la cama durante al menos las siguientes doce horas antes de reunirse de nuevo en su despacho. Evie se había dejado caer sobre su hombro, agotada. Tenía un recuerdo difuso del momento en el que la llevó en brazos hasta la cama, susurrándole palabras dulces al oído. Le había parecido un sueño.

Sin embargo, se había despertado aquella mañana arropada en su cama, con Lyssa al lado y su magia flotando sobre ella.

Había saludado a la niebla con la mano.

Esta le había devuelto el saludo.

Y, quizá por primera vez desde que era suya, la había mirado con cariño y había sonreído.

Ahora, con el sol de media mañana iluminando el espacio de la oficina, había un nuevo vigor en el aire. Las dos crías de gubre habían traído alegría y esperanza a todo el mundo. Además, ellos habían conseguido la llave antes que Benedict. Al analizarla de cerca, descubrieron que era blanca y que estaba cubierta de diminutas flores de todos los colores, con un delicado lazo en la

parte superior, formando un intrincado diseño que parecía haber sido creado con sumo cuidado.

Pensó que así debía de ser todo lo que creaban los dioses de la magia.

Se rio para sus adentros, acariciando la falda de satén donde la había escondido: una tela blanca y brillante que caía en románticos pliegues desde la cintura hasta el suelo. La hacía sentir guapa y fuerte, e increíblemente afortunada por haberse despertado lo bastante temprano como para presenciar aquello.

El hallazgo de Clare y Tatianna.

—Discrepo. — Alexander esbozó una sonrisa burlona. La camisa blanca que llevaba estaba limpia y planchada, y su aspecto era un poco más pulido que el del día anterior. El corte de pelo que se había hecho él mismo parecía haberse igualado y se había afeitado, aunque manteniendo parte de la barba—. Es… — las palabras se le atascaron; aún tenía la voz ronca. Se frotó la garganta con una mueca y terminó la frase—: clavado a ti.

Evie se rio.

—Señor del mal, ¿estás seguro de que ese no eres tú?

—¡Por supuesto que no! — espetó Trystan, agitando las manos.

De «por supuesto» nada. El retrato apoyado contra la pared del despacho de Trystan era su viva imagen. Excepto que ese hombre tenía una amplia sonrisa en el rostro, como si reír fuera algo habitual en él, y mostraba un hoyuelo a cada lado de la cara.

Sin embargo, la mayor diferencia de todas era que…

Ese hombre llevaba una corona.

—Por los dioses, Trystan. ¿Este es…? — comenzó Evie.

—El primer rey de Rennedawn — explicó Clare, señalando el pequeño grabado de la parte inferior—. Julius Benedict Martin i.

—¿Martin? — Evie frunció el ceño, confundida—. ¿Es…? No será ese el apellido de Benedict, ¿no? — Miró a su alrededor y vio a Tatianna aguantándose la risa—. No fastidies. ¡¿Lo es?!

—Sage, me parece un apellido de lo más normal — quiso razonar Trystan.

Una decisión para nada acertada, teniendo en cuenta que el nuevo objetivo vital de Evie era ser totalmente irracional.

—Pero ¿tú de qué lado estás? — le preguntó ella, cruzando los brazos y tamborileando con los dedos mientras le lanzaba una mirada de reproche fingido.

Él la contempló sin comprender.

—Del lado de la lógica.

—Pff, qué aburrido — respondió ella con naturalidad antes de acercarse para apoyarse junto a él, sonriendo a Alexander, quien le devolvió una sonrisa pícara—. ¿Decís que lo habéis encontrado en uno de los sótanos donde almacenamos cosas? ¿Cómo es que nadie lo había visto antes?

—Estaba escondido debajo de algo con purpurina. — Tatianna dejó de reírse un momento para dar esta noticia con una serenidad cómica—. Trystan jamás lo habría tocado.

—¿Esto es lo que había bajo ese trapo? — Trystan se puso de pie, recuperando rápidamente la compostura y aclarándose la garganta—. Un pequeño descuido. Yo mismo registré esas habitaciones muchas veces con Reymundo y nunca encontramos nada digno de mención.

Fue un gesto sutil, casi imperceptible, pero Evie habría jurado que vio una breve expresión de incomodidad en el rostro de Reymundo.

—Entonces, ¿este es un antepasado tuyo? — preguntó Evie, mirando fijamente a aquel hombre que tenía el aspecto exacto que debía tener un rey: majestuoso, fuerte y amable.

Justo lo que Trystan habría sido.

Si tú nunca hubieras nacido.

Ah, fantástico. Su mente ya estaba tardando en sumirla en una espiral de pensamientos negativos ese día.

—Eso parece — murmuró Trystan, sacándola de su ensimismamiento—. Tenemos que seguir buscando, así que dejad de reíros y poneos manos a la obra.

Clare continuaba observando, o más bien escrutando el cuadro.

—¿Qué? — espetó Trystan—. ¿Por qué lo miras así?

—Definitivamente, tu cabeza es más grande — dijo dándose golpecitos en la barbilla.

—No está a escala — afirmó Trystan, exasperado, frotándose el puente de la nariz—. ¿Podrías ir a hacer algo que no sea menospreciar el tamaño de mi cabeza, por favor?

—No pretendía menospreciarlo, solo era una observación — contestó Clare con una sonrisa y dándole una palmadita en el brazo a su hermano. Luego salió de la habitación con Tatianna siguiéndola de cerca—. ¡Te avisaremos si encontramos algo digno de mención!

Reymundo se quedó y Evie se alegró de que así fuera.

—¿Cómo estás, Rey…, eh…, Alexander?

Él se rio entre dientes y se encogió de hombros.

—Sigo siendo yo — respondió mirando hacia arriba, pensativo—. Solo que más alto.

Alexander Reymundo Kingsley seguía siendo, sin duda, él mismo.

Todavía era capaz de iluminar una estancia con un par de palabras.

Evie sonrió y dio un paso adelante para abrazarlo.

—Vaya — dijo unos segundos después mientras se apartaba—. Estás muy musculado para ser alguien que acaba de convertirse en humano.

—Es lo que tiene haber estado tanto tiempo dando saltos por ahí. — Él le devolvió la sonrisa.

Trystan parecía complacido ante la escena: dos personas importantes para él haciendo buenas migas. Para Evie fue como una fusión, como si por fin pudiera permitirse formar parte de aquello.

—No creo que sigas queriendo que te acurruque contra mi mejilla como en los viejos tiempos. A menos que…

—No, no quiere — se apresuró a afirmar Trystan.

Alexander se rio y sus ojos se desviaron hacia otro lugar durante un instante. Un lugar que parecía… triste.

—Debería ir a ver qué encuentro por ahí — masculló. Entonces señaló a Trystan y le guiñó un ojo a Evie en tono juguetón—. Y… él

sí que quiere.

Salió de la oficina con paso chulesco y Trystan sonrió de nuevo, negando con la cabeza.

—Sé que aún sigue convirtiéndose en rana de vez en cuando y no es lo ideal, pero me alegro mucho de volver a verlo.

Evie echó un último vistazo al antepasado de Trystan y se quedó paralizada. Porque ese *era* Trystan. Siempre había sido amable, protector y justo, aunque no lo demostrara.

En el fondo, siempre había sido un príncipe.

El del cuadro incluso tenía un cáliz de cerámica en la mano y estaba sentado en…

—Eso es… ¿es la mesa de la cocina? — preguntó Evie, escudriñando el fondo del retrato—. ¡Trystan, es la cocina de la mansión!

—Cierto. Lo es. — Él también observó la pintura arrugando el ceño—. ¿Te parece relevante?

Evie dio un paso al frente, con el cuerpo tembloroso, a punto de explotar de nervios.

—No, pero esto sí. — Señaló la vidriera pintada detrás del rey. La misma que veía todos los días. En la que habían encontrado la profecía escrita al entrar en contacto con la luz del sol. Un sol brillante que iluminaba… la nada.

Solo un trozo de césped.

—Trystan — dijo Evie con asombro—, mira.

Efectivamente, no había ningún libro de *La historia de Rennedawn* en la vidriera.

Porque estaba sobre la encimera de enfrente.

CAPÍTULO 36

trystan

Cuando Trystan se convirtió en El Villano, pocas cosas le proporcionaban placer. La Mansión Masacre pasó a ser su refugio, donde acudía a lamerse las heridas, recomponerse y entrenar para alzarse hasta convertirse en una fuerza que Benedict no pudiera ignorar.

Y lo había conseguido.

A lo largo de los años, Benedict había enviado a la Guardia Valerosa, a asesinos a sueldo y a mercenarios para capturarlo. También para matarlo. Todos habían fracasado.

Eso le producía placer.

Giró la llave en la cerradura, pero no abrió la puerta. En su lugar, bajó la mirada hacia Sage, fijándose en su bonito vestido blanco y sus rizos sujetos con una peineta del mismo color que parecía una paloma; un marcado contraste con el rojo escarlata de sus labios.

Se fijó también en que había enderezado los hombros en cuanto habían empezado a bajar a las mazmorras.

—¿Por qué no te encargas tú esta vez? — dijo sin pensar—. Eres perfectamente capaz.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—No, no es… necesario. Me limitaré a observar.

—No, de eso nada. No te lo permitiré.

—¿Que no me lo *permitirás?*

Sabía que eso la enfurecería, ya contaba con ello. Se esforzó por mantener el rostro impasible.

—Tú no me tienes que permitir ni dejar de permitir nada — continuó—. Soy capaz de tomar mis propias decisiones.

—¿De verdad? — la desafió Trystan, acorralándola contra la pared—. Porque siempre que tengo que torturar a alguien quieres acompañarme. Diría que a veces incluso tienes ganas de que se dé la oportunidad. ¿Y ahora me dices que prefieres limitarte a observar? ¿De verdad tomas tus propias decisiones? ¿O más bien te dejas influir por el miedo?

Los iris de Evie parecían dos llamas azules mientras lo miraba. Él, en cambio, mantenía una sonrisa burlona en la cara, como el canalla que era.

—¿Serías tan amable de decirme de qué tengo miedo? — preguntó ella.

—De que, sea cual sea tu papel en esta historia, nunca serás suficiente.

El poder de la magia lo arrolló con tanta violencia que perdió el equilibrio. A Sage se le formaron lágrimas de rabia, pero las ahuyentó parpadeando, dejando que esa chispa que había en su interior saliera a la superficie.

—Que te jodan.

Ahí estás, torbellino.

Giró la llave de la gran puerta de madera y allá que fue. Nada más entrar, Evie desenvainó la daga.

Era inquietantemente excitante.

—Buenos días, Calvin. — Saludó al hijo de Otto Warsen con amabilidad. Eso le dio un toque más inquietante aún.

Y más excitante.

Hay que joderse…

—¿Qué quieres, furcia? — Calvin estaba bastante más débil que la última vez que lo habían visto.

Probablemente porque Trystan le había roto ambas rótulas.

—Yo no quiero nada — respondió Trystan con calma—, pero puede que mi compañera tenga algunas preguntas.

—No te estaba llamando «furcia» a ti, imbécil — espetó Calvin.

Trystan sintió cómo una fría rabia afloraba a la superficie.

—Qué raro. Porque espero que no la estuvieras llamando «furcia» a *ella.*

Calvin se estremeció y negó con la cabeza.

—¿Qué quieres saber?

—Cuando te descubrí en la cocina y me atacaste, estabas intentando desmontar la ventana. Pensé que era porque no querías que encontráramos la profecía al exponerla a la luz del sol…, pero no era por eso, ¿verdad?

Calvin se rio echando la cabeza hacia atrás.

—Ese pobre idiota estaba tan seguro de que nunca lo descubriríais…

—¿Quién? ¿Benedict? — preguntó Sage mientras la magia oscura empezaba a emerger de sus dedos y se acumulaba en el suelo.

Calvin la miró fijamente, con el rostro impenetrable.

—Claro.

—Gracias por cooperar. Quizá pronto podamos hacer algo con esas cadenas. — Le dedicó una sonrisa, pero a Trystan le pareció que aquello era irrazonable.

—En cuanto me libere de estas cadenas, señorita Sage, la voy a ahorcar con mis propias manos — espetó Calvin con desdén.

La sonrisa de Sage se ensanchó.

—Nadie ha dicho que fueras a seguir vivo para entonces. ¿O sí?

El hombre se quedó de piedra. Y Trystan también.

Joder, se le daba excepcionalmente bien aquello.

—¿Cómo llegó el segundo libro de *La historia de Rennedawn* a formar parte de la ventana y cómo lo deshacemos? — preguntó ella sin rodeos, jugando con la punta de la daga mientras caminaba de un lado a otro.

—No lo sé.

—Claro que lo sabe, señor Warsen. ¿De qué otra forma iba a retirarlo?

—Con el culo. — Le lanzó una mirada maliciosa.

—Esa habría sido una escena muy desagradable. — Sage puso los ojos en blanco y suspiró con una expresión lastimera que parecía sincera—. Calvin, voy a ser muy clara contigo. Primero, porque no tenemos mucho tiempo, y segundo, porque me caes fatal.

Calvin entreabrió los labios y miró a Trystan como diciendo: «¿Esto te parece normal?».

Él se limitó a cruzar los brazos y sonrió con aire burlón.

—¿Qué ibas a usar para sacar el libro? Y te recomiendo encarecidamente que no me respondas con un insulto. A menos que desees que este interrogatorio termine antes de tiempo.

Calvin levantó la vista. Con las manos temblorosas, sacudió la cabeza. Era como si algo se rompiera en ese momento.

—Quiero que un curandero me mire las rodillas.

—Hecho — accedió Evie antes de que Trystan pudiera objetar.

—Veneno de gubre — sonrió Calvin—. Criaturas del Destino para el ejemplar del Destino de *La historia de Rennedawn*. Se selló con el veneno y eso mismo lo liberará. Si es que consigues reunirlo, claro. A mí solo me enviaron para quitarlo antes de que os dierais cuenta del valor que tenía.

Resultaba interesante que Sage hubiera sido la única capaz de ver el valor de esa ventana desde el principio. Se había pasado horas y horas contemplándola. Muy propio de ella eso de encontrar valor en cosas que otros pasarían por alto.

Como lo había encontrado en Trystan, por ejemplo.

Él sonrió.

Y Calvin le devolvió la sonrisa porque supuso que esa información no les serviría de nada.

Sage no cejó en su empeño.

—Estoy convencida de que podemos obtener el veneno de las dos crías que tenemos arriba — comentó como quien no quiere la cosa, y después le dio una palmadita en la mejilla al hombre mientras la

expresión de este pasaba de la suficiencia al desconcierto—. Gracias, Calvin. Nos has sido de gran ayuda. Mandaré a alguien a que te examine las rodillas. Las necesitarás para cuando te toque suplicar por tu vida.

—Eh… ¿Qué?

La pregunta temerosa de Calvin se quedó en el aire, dado que Sage se giró hacia Trystan entrecerrando los ojos y murmuró:

—¿Podríamos hablar fuera un segundo?

Acto seguido, salió por la puerta sin mirar atrás, y Trystan la contempló a ella y luego a Calvin.

—Por curiosidad… ¿cuánto tardaron en romperse las rótulas?

—¡Al instante! — gritó Calvin.

—Excelente. — Trystan cerró la puerta después de salir y echó el candado, a sabiendas de a qué se iba a enfrentar.

—No tienes derecho. — La voz de Sage provenía de una esquina a la penumbra. Solo había una antorcha encima de su cabeza que proyectaba un resplandor sobre su rostro—. No tienes derecho a decirme que tengo miedo. ¡Por supuesto que lo tengo! He tenido miedo toda mi vida, ¡y tengo derecho a que así sea! Porque *nunca* me ha impedido hacer lo que debía.

—Te he preguntado si tu miedo te controlaba — murmuró sin apartar la mirada de sus mejillas, donde se iba intensificando el rubor a medida que se le aceleraba la respiración—. Y no lo hace. Nunca te ha controlado.

Ella parpadeó.

—Tú…

Trystan hizo un gesto con la mano hacia la puerta cerrada.

—Lo has hecho con miedo, pero lo importante es que lo has hecho. Y así lo haces todo desde que te conocí.

—No me gusta que me manipulen. — Lo señaló con el dedo.

Él le agarró la mano, mirándola con reverencia, intentando con todas sus fuerzas soltarla, pero sin conseguirlo. En lugar de eso, cerró los ojos y posó los labios en el centro de su palma. No se la soltó ni al apartar la cara para hablar.

—No me gusta que te rindas.

A ella le faltaba el aliento cuando susurró:

—No me…

—Sí. — De repente lo invadió la ira y contuvo las ganas de agarrarla por los hombros y sacudirla hasta que entrara en razón—. Fuiste tú quien me dijo que somos nosotros los que decidimos quiénes somos. Ni la magia, ni el destino, ni el porvenir, ni nadie. Tú y yo. Nosotros decidimos.

Ella cerró los ojos, con las pestañas húmedas por las lágrimas que intentaba contener.

—Tú no lo entiendes. Cada vez que pienso que puedo confiar en alguien, cada vez que creo que voy a ser feliz, pasa algo que lo echa todo a perder. Siempre. Y todas las veces me levanto y sigo adelante.

Cuando sus ojos se encontraron con los de él, estaban tan serios, tan llenos de angustia, que eso lo destrozó.

—Pero si te ocurriera algo a ti, y más si ese algo fuera culpa mía, no podría seguir adelante. Sería incapaz.

—Porque quieres estar conmigo — afirmó él, sin darle opción a eludir esa verdad.

—¡Por supuesto que quiero! — Ella levantó las manos y puso cara de indignación—. Pero nada de esto tiene que ver con lo mucho que te deseo, te quiero o te necesito a mi lado. No guarda relación con el hecho de que piense en ti desde que me despierto hasta que me voy a dormir. Incluso en los momentos en los que la tristeza me invade y siento que no lo voy a poder soportar, sigo queriendo estar contigo.

Ella inspiró y espiró, y él vio los engranajes de su preciosa mente dando vueltas y vueltas. Vio cómo se levantaba el muro.

—Pero… — quiso seguir ella.

Y entonces la besó.

CAPÍTULO 37

EVIE

Evie debería haber sabido que acabarían besándose.

Y, en el fondo, tenía que admitir que quizá lo sabía.

Por eso se había apartado a un rincón, lejos de miradas indiscretas, lejos de la pesada puerta de la cámara de tortura.

Los labios de Trystan se posaron sobre los suyos a un ritmo casi frenético que la dejó desesperada y sin aliento. Se aferró a sus hombros, pegándose a él hasta que la levantó en brazos y la empujó contra la pared. Tiró levemente de su pelo rizado, aprovechando esa nueva posición para darle besitos fervientes en el cuello.

—No puedes hacer esto cada vez que discutimos — susurró ella. Aunque en realidad deseaba todo lo contrario.

—Está bien. — Trystan alzó la cabeza con una mirada indomable y ni rastro de su compostura habitual; estaba completamente rendido ante ella—. Podemos omitir la parte de discutir y pasar directos a esto.

Ella se rio. Unos segundos atrás quería estrangularlo y ahora estaba a horcajadas sobre él, agarrándose a su cuello como si le fuera la vida en ello.

—No estoy acostumbrada a que seas tú el insistente. ¿Qué te ocurre, señor del mal? ¿Qué hay de la política antifraternización de la oficina?

—La he quemado.

Esbozó esa sonrisa secreta que reservaba solo para ella y el hoyuelo que se le formó en la mejilla atacó el sistema nervioso y el corazón de Evie sin piedad.

—Porque me he enamorado de la mujer más exasperante que he conocido jamás. — Otro beso en los labios, en las mejillas, en cada uno de los párpados.

—Debe de ser una persona horrible. — Evie soltó otra risa entrecortada, sintiendo que un calor se extendía por su cuerpo justo cuando los labios de Trystan se encontraban con la parte superior de sus pechos, empujados hacia arriba por las varillas del corpiño.

Levantó la cabeza para mirarla a los ojos con un brillo de asombro.

—Es mi persona favorita.

Ella frunció el ceño al sentir un peso en el pecho.

—Tú también eres mi persona favorita.

Y, como si no pudieran soportar ni un segundo más sin estar unidos, sus labios se encontraron de nuevo. Trystan deslizó la mano por su pierna, se coló bajo la falda y se acercó hasta rozarla justo ahí. Ella jadeó, sintiendo que le faltaba el aliento.

—No creía que fuera posible — murmuró incrédulo—. No sabía que podía arder tanto de deseo. — La bajó con cuidado hasta que volvió a pisar el suelo, y Evie sintió decepción al ver que el momento llegaba a su fin.

Pero se equivocaba.

Lo supo al verlo arrodillarse.

—¿Qué estás haciendo? — susurró Evie, echando un vistazo al pasillo para asegurarse de que no hubiera nadie. Esa parte de las mazmorras solo la frecuentaban Trystan y los prisioneros, pero no había ninguna puerta, solo la pared que sobresalía para ocultarlos.

Él esbozó una sonrisa burlona, arqueando una ceja.

—Capítulo seis.

Ella se mordió los labios para contener una risita histérica. El ansia la invadía mientras él le levantaba la falda hasta la cintura y la

agarraba por el muslo para colocarse una de sus piernas sobre el hombro.

—No tienes por qué…

Pero entonces su boca entró en contacto con ella, provocándole una sensación tan abrumadora que se le escapó un gemido. Enredó los dedos en su cabello y él la recompensó dándole más, despertando partes de ella que ardían cada vez con más intensidad, hasta que tuvo que taparse la boca con una mano para poder gritar a gusto. Se dejó llevar por aquellas sensaciones y sintió una felicidad tan pura que se le nubló la mente. Hasta que no le quedó más remedio que volver a la realidad.

Trystan le bajó la falda y se colocó de forma que la espalda de ella quedaba contra su pecho. Después le dio varios besos de adoración en la coronilla.

—Creo que nunca había visto nada más bello que lo que acabo de ver.

Ella percibía la intensidad con la que la deseaba por el bulto que notaba en la espalda. Se giró con una mirada interrogativa.

—Perdón, ¿quieres que…?

—Quiero que te quedes en mis brazos. Que me dejes abrazarte. — Se rio entre dientes contra su cabeza—. Te horrorizaría saber la de veces que me he imaginado haciéndote eso.

Ella levantó la cabeza con una expresión desconfiada.

—No es verdad.

—La primera vez que te sentaste encima de mi escritorio, tuve que dar varias vueltas por el despacho hasta que conseguí borrar esa imagen de mi mente.

—Tiene que ser una broma — exclamó, sintiendo una mezcla entre diversión y embriaguez, una euforia que la inundaba y apartaba todo lo demás.

Él respondió con total seriedad:

—Yo no bromeo.

Ella se rio y él ahogó el sonido con otro beso.

—Es gracioso — murmuró ella.

—¿Qué te parece gracioso, torbellino?

—Siempre pensé que tú serías la cucharita pequeña.

—Será broma.

Ella bajó la voz varias octavas para aportar dramatismo y dijo:

—Yo no bromeo. — Y entonces se acordó de una cosa—: Así que has leído el capítulo seis.

Él carraspeó, con una expresión casi avergonzada, a pesar de ser un hombre tan estoico.

—Tenía curiosidad… y por una buena razón.

—¿Qué demonios te llevó a leer *La sociedad del corsé travieso?* — preguntó con curiosidad ante aquella confesión tan extraña.

—Edwin me dijo que era tu libro preferido.

Se giró para mirarlo.

—El día que estabas en tu estudio-biblioteca…

Trystan se pasó una mano por el pelo, mostrándose incómodo ante la proximidad que ella le transmitía con ese gesto.

—Estaba buscando el ejemplar de Edwin, sí. No soy muy propenso al romanticismo, así que pensé que podría ayudarme a… conquistarte, por así decirlo.

Sus ojos ardían, y recompensó su bondad con el más leve roce de sus labios contra los de él, saboreándolo como si fuera la última vez.

Pasaron unos instantes de complicidad entre ellos y el momento se tornó perfecto.

—Sé que hay mucha incertidumbre — dijo Trystan—. Sé que todavía te estás adaptando, pero ¿me darías la oportunidad de demostrarte que podemos ser felices juntos… sin que el mundo se venga abajo?

Evie se sintió vulnerable y sensible cuando asintió con la cabeza, rodeándole el cuello con los brazos.

—Me encantaría.

Tenía razón; aún había mucha incertidumbre, pero en ese instante solo eran Evie y Trystan.

Y así seguiría siendo mientras el destino lo permitiera.

CAPÍTULO 38

blade

—¿Solo quieres que sople? — preguntó Rebecka, sin darse cuenta de que había puesto las manos en actitud protectora sobre la pequeña bestia que se acurrucaba alrededor de su cuello como un hurón. El gesto iba acorde a como Blade siempre había sabido que era ella. Le resultaba incomprensible que alguien pudiera considerar fría a Rebecka Erring.

Esta mujer era pura ternura.

Y le preocupaban esos animalitos, más difíciles de dominar que Fluffy, a los que habían llevado a la cocina sin perder tiempo para comprobar si funcionaba la supuesta forma de obtener el libro.

—Clarke también puede hacerlo. — Blade tiró del arnés, tratando de evitar que el macho derritiera la mesa de la cocina. Y la mano izquierda de Gideon Sage.

—¡Ay! — Gideon retiró la mano de golpe—. Eve, el aliento de estas criaturas derrite las cosas. ¿Es prudente usarlo sobre la ventana? Solo tendremos una oportunidad.

Alexander Reymundo Kingsley carraspeó. Se había transformado en rana al menos tres veces ese día antes de volver a ser humano, y Blade no pudo evitar compadecerse del pobre desgraciado por tener una vida tan frustrante.

—¿Y Winnifred? — preguntó con voz ronca.

—No es una opción. — Trystan negó con la cabeza.

—¿Por qué? — quiso saber Keeley cruzándose de brazos.

—Porque ya se ha ido. Le he pedido a Malcolm que la acompañe a casa de mi madre; quiere regresar a su puesto.

Blade se fijó en la mirada horrorizada de Evie, la decepción en la de Trystan y la…, bueno, no tenía ni idea de lo que sentía Reymundo, pero, a juzgar por la dureza de su expresión…, no era nada agradable.

—No pretendo juzgarla… — comenzó Evie.

Rebecka la interrumpió:

—Yo sí. ¿No se supone que su madre es una desgraciada, señor?

Evie le dio una palmadita en el hombro a Rebecka y le dedicó un gesto de complicidad con la cabeza. Blade tosió para disimular la risa, tuvo que taparse la boca y casi se le escapa el gubre.

El jefe, por su parte, no parecía molesto en absoluto.

—El funeral de mi padre es dentro de dos semanas. Winnifred pensó que sería un detalle ayudar a Amara con los preparativos.

—Quizá para entonces se haya cumplido la profecía y ya seas el dueño de Rennedawn para siempre — reflexionó Gideon—. Si es que esto funciona, claro.

Blade asintió, perdido en sus pensamientos mientras le daba una golosina a Clarke. Rebecka suspiró.

—Le das demasiadas golosinas; si lo consientes tanto se volverá insoportable.

Por desgracia, los animales parecían aprender rápido. Al oír la palabra «golosinas», Clarke saltó de los brazos de Blade y fue corriendo hacia Rebecka con sus patitas torpes.

—No. Ni hablar, baja ahora mismo.

El animal gorjeó al llegar a la altura de su cintura, mirándola con unos ojos grandotes que suplicaban cariño. Esa técnica Blade también se la sabía.

—Aish, está bien. Ven aquí. — Ella cogió al animal, formando una estampa similar a un cuadro que el padre de Blade tenía colgado en casa.

—Rebecka, te adoran — le dijo con afecto.

Ella le lanzó la misma mirada fulminante que usaba con los becarios cuando se desmadraban.

Era su preferida.

—Qué suerte la mía — murmuró con sequedad, pero él se fijó en que sostenía a las criaturas con la mayor delicadeza—. Vosotros dos, ¿cómo sabéis que Calvin Warsen no pretende engañarnos para destruir la ventana?

—No sabía que teníamos a los gubres — señaló el jefe apoyando una mano en la cintura. Había algo raro en él. Parecía extrañamente… desaliñado.

—Benedict quería a las crías de los gubres para algo relacionado con la profecía, pero puede que esa no fuera la única razón — apuntó Evie, y Blade se dio cuenta de que ella también tenía un aspecto desaliñado. Llevaba los rizos sueltos y revueltos, y el vestido ligeramente arrugado.

—Entonces…, ¿cómo decís que ha ido el interrogatorio? — preguntó Blade ladeando la cabeza para observar sus reacciones—. ¿Habéis conseguido llegar *hasta el fondo* de la cuestión?

Evie se sonrojó y Trystan se quedó quieto como una estatua.

—Se ha mostrado bastante cooperativo — respondió Evie con la voz un tono más agudo de lo habitual mientras examinaba la ventana con admirable concentración.

—¿Quién? ¿Calvin o Trystan? — Blade sonrió y Rebecka ahogó un grito.

—Te voy a descuartizar — gruñó Trystan—. Y no te he dado permiso para que me tutees y me llames por mi nombre de pila.

—Somos amigos. Ya no puedo llamarte «jefe», y ¿cómo quieres que me dirija a ti si no es por tu nombre?

—Prueba con «mi asesino» — refunfuñó él.

Edwin rellenó las tazas de brebaje con el ceño fruncido.

—¿Y a quién vamos a asesinar hoy?

Lyssa eligió ese instante para unirse a ellos, así que la charla sobre asesinatos cesó en el acto.

—Démosles a Clarke y a Cassandra su momento, ¿os parece? — instó Rebecka—. Antes de que conviertan mi pelo en un nido.

Blade se le acercó con un guiño y ella le regaló una de sus modestas sonrisas. Él cogió a ambos animales por la barriga con sumo cuidado y los colocó sobre la encimera, mirando hacia la ventana.

—¿Existe alguna palabra que debamos decir para ordenárselo? — preguntó Gideon.

—¿Por favor? — adivinó Blade.

Las crías se limitaron a gorjear y tambalearse por la encimera, tirando al suelo unos cuantos cálices de cerámica con su torpeza. Intentaron acercarse a Rebecka, pero ambos se detuvieron cuando señaló con el dedo hacia la ventana.

—Ahora.

Los animalitos dieron saltos de emoción por haber recibido la atención de Rebecka. Una vez más, Blade entendía perfectamente esa sensación.

—¿Alguna otra idea?

Reymundo había estado observando en silencio, escudriñándolos tanto a ellos como a la ventana.

—¿Y si la rompemos?

Blade era consciente de que sus percepciones sobre los demás no siempre eran acertadas, por lo que no estaba seguro de por qué percibía algo siniestro en aquella sugerencia.

—Eso no es menos arriesgado que la posibilidad de derretirla — respondió Trystan, sin darle importancia a la insinuación de Reymundo.

—Tengo una idea — intervino Lyssa con voz tranquila—. ¿Me dejáis probar una cosa?

Blade pensó que el hecho de que Trystan le hiciera un gesto de afirmación sin pensárselo dos veces decía mucho tanto de la inteligencia de Lyssa como de la fe que él depositaba en ella. La niña

se acercó a los animales, cerró los ojos y… comenzó a brillar. Blade aguantó la respiración, igual que todos los demás cuando vieron cómo colocaba las manitas sobre el lomo de las criaturas. Unas grandes bocanadas de humo púrpura salieron de sus bocas, rozaron las paredes, derritieron ladrillos y piedras y cubrieron la ventana.

Entonces, una luz que brillaba más que la de Lyssa emitió un destello y todos gritaron. Blade cogió a la niña en brazos y se acercó a Rebecka, que se tapaba los ojos con las manos. Un silbido como una ráfaga de viento atravesó la habitación y luego… se hizo la calma.

El humo púrpura se disipó, la luz se atenuó y la ventana… seguía intacta.

Pero el libro de *La historia de Rennedawn* ya no estaba bajo el sol resplandeciente.

Estaba en manos de Evie Sage.

CAPÍTULO 39

EVIE

Evie siempre creyó que su imaginación podía llevarla a lugares increíbles. Lugares mágicos donde todo era posible y ella podía ser quien quisiera.

Sin embargo, la imaginación es un arma de doble filo, pues, igual que uno es capaz de imaginar cosas bellas y maravillosas con perfecta claridad, también lo es de imaginar… lo peor.

—No sabremos lo que hay dentro hasta que lo abramos. — Trystan posó su enorme mano en la espalda de Evie, como instándola a hacer los honores.

—¿Por qué crees que aún no lo he abierto? — replicó ella, sin apartar la vista del pesado tomo que yacía sobre la encimera de la cocina.

Tras la aparición del libro, Trystan había considerado que lo más seguro era abrirlo allí mismo. No demorarlo. No dar la posibilidad de que se perdiera. Hacerlo y quitárselo de encima.

Y quería que fuera ella quien lo abriera.

—Es igual que el otro — se maravilló Gideon—, salvo que los bordes son un poco diferentes. Las páginas del de Benedict eran plateadas.

Y las de este eran de distintos tonos que se entremezclaban formando un juego de luces relucientes.

—¿Cómo sé lo que tengo que buscar? — preguntó Evie.

Becky respondió en un tono tajante pero amable:

—Es un libro mágico, Evie. Deja que él te diga qué buscar.

Evie no quiso aguardar ni un segundo más y abrió el libro antes de que nadie tuviera tiempo de discutírselo. Dio un paso atrás, esperando… Bueno, no estaba segura de qué esperaban que pasara, pero, desde luego, esperaban que pasara *algo.*

Sin embargo, no ocurrió nada.

—Qué decepción. — Keeley se acercó a la encimera y se inclinó para ver qué ponía en la primera página.

Evie se sintió a la vez alarmada y aliviada al ver que estaba en blanco.

—¿Todo esto ha sido un truco? — preguntó Becky mientras impedía que Cassandra mordiera a su hermano.

—Quizá no todas estén en blanco — dijo Lyssa.

—Pasa la página — le susurró Trystan al oído, y ella dejó que el sonido la calmara, con su presencia a modo de escudo.

Posó una mano temblorosa sobre las hojas desgastadas, arrugadas y manchadas por el paso del tiempo. Pasó la página… y su mundo se fue al infierno.

El libro comenzó a pasar las hojas solo mientras expulsaba un humo iridiscente, hasta que se detuvo en una página concreta. Entonces aparecieron unas palabras escritas en el aire, por encima de todos ellos.

Es deber del curandero de la esencia liberar al alma de todo dolor y destruir la fuente de la enfermedad de Rennedawn, darle un nombre.

Las páginas se revolvieron hasta llegar a una con una imagen que a Evie le cortó la respiración.

Porque allí, grabados en blanco y negro, en un libro más antiguo que el tiempo, había un rostro y un nombre.

Y ambos eran los de Evie.

Nadie abrió la boca. Supuso que porque nadie era capaz de decir nada. ¿Qué iban a decir? Un libro mágico acababa de llamarla

«enfermedad». Y había afirmado que era deber de los curanderos de la esencia librar al mundo de su presencia.

—¡Tryst! — gritó Clare, que había entrado corriendo a la habitación—. ¡Venid todos, rápido!

—¿Qué pasa, Clare? — preguntó Trystan con un tono brusco.

—La Guardia Valerosa ha vuelto y exige reunirse contigo… y con la Mujer Malvada.

—Estamos a salvo dentro de los límites del bosque de espinas — le aseguró Trystan.

La cara de preocupación de Clare fue lo único que pudo sacar a Evie de su desolación.

—No todos — replicó.

A Evie se le formó un nudo en el estómago.

Todas las miradas se dirigieron hacia Clare mientras decía:

—Tienen a Malcolm.

CAPÍTULO 40

reymundo

Cuando el bosque de espinas se abrió, ambos bandos alzaron las armas.

—Buenas tardes, caballeros. ¿Se han desviado del camino sin querer? — Trystan sonaba indiferente.

Alexander sabía que eso significaba que alguien estaba a punto de recibir una puñalada.

Evie estaba a su lado, manteniendo la fachada de valentía a pesar de lo mucho que él sabía que estaba sufriendo por dentro.

Deberían haber quemado el libro cuando tuvieron oportunidad.

—Pensamos que quizá estaríais dispuesto a hacer un intercambio — dijo uno de los caballeros. Con el yelmo en la mano, parecía un hombre como cualquier otro. Uno que probablemente volvía a casa por la noche con su familia, que tenía una vida.

Ese era el problema de los hombres que servían a reyes corruptos. Eran expertos en ocultar sus corazones podridos bajo una armadura plateada.

—El intercambio es por mi hermano, supongo, ¿no? ¿Y qué es lo que queréis a cambio? — preguntó Trystan.

Alexander notó que se estremecía cuando arrastraron a Malcolm y lo tiraron al suelo con varias espadas apuntándole a la espalda.

—Queremos a Evangelina Sage.

Trystan soltó un sonido gutural e hizo ademán de lanzarse hacia el hombre, pero Evie ya se había interpuesto ante él con una dulce sonrisa.

—Chicos, me siento halagada, de veras, pero ya tengo pareja.

Trystan giró la cabeza tan rápido que a Alexander le sorprendió que no se le rompiera el cuello.

—¿Tienes pareja?

La sonrisa de Evie vaciló.

—Bueno…, sí. Si quieres estar conmigo, claro, o…, eh, supongo que eso implicaría oficializarlo y no lo hemos hablado, así que no tienes por qué…

—Sí, quiero — la interrumpió Trystan con brusquedad—. Quiero estar… contigo.

—¡Esto es ridículo! — espetó uno de los caballeros—. La vida de su hermano está en peligro, señor.

La voz de Alexander sonó ronca y fría como el hielo cuando dijo:

—Dadles un momento.

—Malcolm, ¿dónde está Winnifred? — preguntó Evie preocupada.

Alexander estiró la cabeza y escudriñó a la multitud, pero no había ni rastro de la tímida hechicera. ¿Por qué le inquietaba tanto que así fuera?

—No lo sé. Debe de haber escapado — respondió Malcolm, y soltó un grito cuando uno de los guardias le plantó un pie sobre la espalda—. Por favor, Trystan, ayúdame.

—Os puedo ofrecer oro — dijo Trystan—, suficiente para que podáis huir de Benedict.

—Benedict es el único que mantiene unido este reino — replicó el caballero más cercano a Malcolm—. No me importa el oro. Me importa mi honor.

Alexander arqueó una ceja.

—Entonces, ¿por qué eres… un Guardia Valeroso?

—¡Basta ya! — rugió el que parecía estar al mando—. ¿Cuál es su decisión?

—Me entrego — dijo Evie dando un paso al frente, y todos los que estaban en su bando protestaron—. Pero, por favor, soltadlo. — Sorbió por la nariz como si estuviera llorando, y esa acción a Alexander le resultó tan incongruente con lo que sabía de Evie que empezó a sospechar.

Los caballeros ayudaron a Malcolm a ponerse de pie y entonces Evie gritó:

—¡Ahora, Keeley!

Una flecha surcó el aire.

Y se clavó justo en el corazón de Malcolm.

CAPÍTULO 41

EVIE

—¡Malcolm! — gritó Clare—. ¡¿Qué habéis hecho?! — Se volvió hacia Evie, y esta se quedó callada.

Habían ideado el plan a toda prisa, pero la situación lo precisaba.

Cuando la seda que había escapado de las mazmorras sustituyó la figura de Malcolm con una flecha atravesándole la piel negra, la voz de Clare se quebró.

—Ay, dioses. ¿No es él? ¿No es él?

—No he tenido oportunidad de explicaros el plan a todos antes de venir a recibirlos. — Evie esbozó una mueca de arrepentimiento, dado que se sentía culpable por haber estado a punto de provocarle un infarto a Clare—. Hace unas horas llegó una misiva de Malcolm; Keeley la encontró en la pila de correspondencia. Él y Winnifred están a salvo en casa de tu madre.

Reymundo cerró los ojos y dejó caer los hombros, y Clare hizo lo mismo.

Evie chasqueó la lengua.

—Buen intento, caballeros. Háganme un favor y entréguenle un mensaje a Benedict de mi parte.

Asústalos, instó a su magia.

Una niebla oscura le rodeó los pies, como un gato rozándole los tobillos, olfateándola, antes de ir a por los caballeros.

—Vayan y díganle a Benedict que, dondequiera que esté ese cobarde, le faltará tierra para correr cuando volvamos a encontrarnos. Díganle que su sufrimiento está asegurado y que más vale que los dioses amparen a quienquiera que ose interponerse en mi camino. — Vio aparecer los puntos vitales de los caballeros con los diferentes colores, el más oscuro a la altura de la yugular. Podía matarlos a todos; solo tenía que dar la orden.

La magia se encargaría del resto.

Pero no.

Liberó a los guardias y respiró hondo cuando uno de ellos se arrastró alejándose de ella, emitiendo un sonido que debería haber conmovido a su compasivo corazón. Y así fue. La bondad por la que se había regido toda su vida gritaba y suplicaba que tuviera clemencia.

Decidió ignorarla.

Y ordenó a la magia que los atacara sin llegar a matarlos. Todos los hombres cayeron al suelo a la vez.

—¡Díganle al rey que he sido yo quien ha hecho esto! — bramó, sintiéndose pletórica. Era como si alguien se hubiera apoderado de ella. Una persona a quien no conocía.

Y esa persona estaba satisfecha: satisfecha de que la temieran, de que la odiaran. Satisfecha de ser… La Villana.

—Puede decírmelo usted, si quiere.

Aquella voz familiar la agarró por sorpresa y su magia salió disparada en todas direcciones, despojando de color a los árboles cercanos y tiñendo la hierba de gris. La voz de la bondad y la razón en su cabeza le suplicaba que se detuviera, que sofocara la ira, el miedo, la violencia que se apoderaba de ella. Pero incluso las almas más optimistas podían marchitarse en la oscuridad.

—Benedict — dijo con odio, avanzando con paso firme mientras su vestido se rasgaba por culpa de las ramas caídas. El rey estaba montado a lomos de su caballo, rodeado de hombres que le eran ciegamente leales y que ejecutaban sus órdenes sin cuestionarlas.

Evie desenvainó la daga.

Benedict sonrió.

—Eso es, señorita Sage. Permítase ser quien realmente es.

Algo no iba bien. Benedict parecía demasiado tranquilo para ser alguien a quien le faltaba uno de los libros de Rennedawn, dos crías de gubre y el ancla de la maldición.

¿Habían pasado algo por alto?

De repente, la daga vibró en su mano y la cicatriz del hombro le provocó un cosquilleo desagradable y una mueca de dolor. Quería que la sensación desapareciera, pero no hizo más que intensificarse hasta que sintió el hombro en llamas y la daga se volvió casi incontrolable.

—Las dagas mágicas son una auténtica maravilla — dijo Benedict—. Mas hay que tener cuidado; a veces tienen vida propia.

Evie agarró la empuñadura con el corazón latiéndole con fuerza y ahogándose por el miedo. Su magia respondió a la llamada y acudió al encuentro de la daga mientras esta seguía brillando.

—Evangelina. — Trystan se colocó a su lado para apoyarla en aquel enfrentamiento con Benedict—. Déjame ayudarte.

—Trystan, aléjate — suplicó, luchando contra los movimientos de la daga y contra un impulso demasiado atroz como para comprenderlo siquiera. Sentía como si sus manos no le pertenecieran. No eran las suyas. No podían serlo. La tenue voz en su cabeza gritaba desesperadamente, tratando de levantar las manos, más arriba, más arriba…

Pero esas manos agarraron la daga… y apuñalaron a Trystan Maverine en el hombro, justo por encima del corazón.

Una expresión de estupor se dibujó en el rostro de Trystan mientras una pesadilla se desplegaba en la mente de Evie. Una pesadilla. Sí, era una pesadilla. Tenía que serlo.

Trystan cayó de rodillas al suelo. *Despierta. Por favor, Evie, despierta.*

—No he sido… — comenzó a decir ella—. No sé… cómo ha pasado…

—¡Apártate! — le gritó Clare, y Evie retrocedió un paso, sin desviar la mirada de Trystan. Él se aferraba a la daga clavada en el hombro. Sangre. Estaba sangrando.

Lo he hecho sangrar.

Si esa parte bondadosa de sí misma no se hubiera resistido, ¿lo habría apuñalado en el corazón?

—Qué pena — sonrió Benedict, y luego espoleó al caballo para que emprendiera la marcha al galope por el bosque. En cuestión de segundos, él y sus hombres se habían esfumado.

Y Evie se dio cuenta de una verdad que la había perseguido desde pequeña.

La vida no estaba hecha para la gente buena.

El espíritu de Evie había sido maltratado, desgarrado, magullado, despedazado y puesto a prueba. Tanto dolor y tanta tristeza eran demasiado para que su cuerpo lo soportara. Había demasiado ruido y cada roce del viento en la piel le escocía. Llegó a semejante grado de agonía que se agarró la cabeza y gritó.

Algo se rompió.

O quizá muchas cosas. Lo único que oía era a sí misma haciéndose añicos. Todas las veces que había cedido de una forma u otra por las personas a las que amaba, el tiempo que había dedicado a hacerse prescindible… Y, aun así, su padre la había repudiado, su hermano se había alejado y ahora su madre también se había ido.

No se habían quedado.

Y jamás iban a quedarse, ni ellos ni nadie.

Excepto, quizá, él.

Y ahora le había hecho daño.

Su alarido se intensificó y, a través de la neblina, pudo oír a varias personas gritando su nombre.

Cuando abrió los ojos, descubrió la devastación que había causado. Aquella era la prueba de que, efectivamente, ella era la perdición del reino.

Los árboles. Ay, dioses, los árboles.

Muchos derribados. Otros reducidos a virutas, el resto completamente despojados de color, de magia. Los había destruido todos.

—No… — logró articular con la voz entrecortada, girando en círculos sin encontrar nada intacto. La niebla seguía buscando un objetivo, ansiando volcar su dolor en alguna parte. No podía contenerla.

—Trystan… — Dio un paso adelante, pero Clare la detuvo con una mano.

—No te acerques — le ordenó, y los ojos doloridos de Trystan fulminaron a su hermana. La apartó a un lado para poder mirar a Evie a la cara.

—Sage, no… — Frunció el ceño, sacudió la cabeza y esbozó una mueca de dolor mientras se ponía en pie sin soltarse el hombro.

Pero ella ya se había dado la vuelta.

E hizo lo único que se había jurado que nunca haría.

Huyó.

Lejos de él. Lejos de todos ellos. Lejos de la familia que había creado.

No pensaba detenerse, aun sabiendo que la única persona a la que jamás podría dejar atrás por muy lejos que huyera…

Era ella misma.

CAPÍTULO 42

gideon

Una agonizante semana después…

Trystan Maverine ya no tenía aspecto ni de príncipe ni de villano.

Gideon jamás lo había visto con la barba tan descuidada. Llevaba el pelo revuelto, con los mechones constantemente cayéndole sobre los ojos. Unos ojos oscuros y vacíos. Su despacho se había vuelto gélido y lúgubre. Ese día había unas pocas velas alumbrando la estancia mientras las primeras luces del alba apenas se asomaban por el horizonte. No había suficiente iluminación para leer, pero allí estaba Maverine de todos modos, hojeando *La sociedad del corsé travieso* como si contuviera secretos aún por desvelar.

No, Trystan Maverine ya no parecía El Villano.

Se había convertido más bien en un ermitaño, aunque con una cierta tendencia a arrojar personas por la ventana.

El mal humor del hombre había comenzado en el momento en que la hermana de Gideon había desaparecido entre los árboles. Se manifestaba en breves ataques de ira en los que cualquier empleado que lo sacara de quicio corría el riesgo de salir volando. Literalmente.

—¿Piensa quedarse ahí de pie lo que queda de año, señor Sage, o va a decirme qué coño quiere? — No estaba gritando. Trystan Maverine no necesitaba recurrir a esas tácticas; resultaba aún más inquietante lo tranquilo que se había vuelto.

Gideon carraspeó.

—Le he traído *La historia de Rennedawn* para cuando termine con su… lectura actual.

El hombre entrecerró esos ojos vacíos y torció el gesto. Se le notaba descontento. Malo para Gideon. Muy malo.

—Le he pedido a Lyssa que me lo trajera — masculló Trystan.

Para una persona racional que apreciara su vida, ese sería el momento de salir pitando. Sin embargo, a Gideon lo corroía la culpa y la preocupación por su hermana, y eso no le dejaba mucho margen para preocuparse por tener tacto.

—¿De verdad cree que está en condiciones de presentarse ante cualquiera de mis hermanas ahora mismo?

Ya se estaba agachando antes de terminar la frase, dado que sabía que le lanzaría algún objeto a la cabeza. Por suerte, al menos, fue el libro de tapa blanda que estaba leyendo.

Gideon soltó un silbido, tratando de parecer imperturbable, se acercó al escritorio del hombre y dejó el libro de Rennedawn.

—No sé qué quiere encontrar en un libro vacío.

Maverine se puso de pie antes de que Gideon pudiera retroceder.

—No está vacío. Solo es selectivo con cómo y cuándo comparte su contenido. La profecía…

—¡Por todos los dioses! — se lamentó Gideon—. Estoy harto de esta profecía que parece perseguirnos como un nubarrón y que les tiene agarrados por el cuello a usted y a mi hermana. ¡Son solo palabras! ¿Qué importancia tienen ahora que Evie se ha ido y nadie sabe dónde está?

Excepto Gideon.

Él sí sabía dónde estaba.

Sin embargo, no se lo dijo a Maverine, ni siquiera cuando lo sujetó por el cuello con el puño en alto.

Keeley eligió ese momento para abrir las puertas y lo detuvo antes de que lo hundiera en el rostro de Gideon.

—Por tentador que sea, señor, debo interrumpirlo. Tengo las novedades que me pidió. — La capitana lo miró con una leve sonrisa y una punzada de dolor atravesó las entrañas de Gideon—. La Guardia Malévola ha colocado trampas por todo el perímetro de la mansión. Un solo paso en falso y los valerosos saltarán por los aires.

—Muy bien. ¿Y ha podido localizar a Joseph el Erudito?

Keeley suspiró y se echó la larga trenza hacia atrás antes de posarse una mano a la altura del corazón.

—Hay algunas pistas, pero nada concreto todavía. El hombre es muy difícil de encontrar. Dijo que era un conocido de Edwin; ¿y si le preguntamos a él?

—No — respondió Maverine de inmediato—. Dejemos a Edwin al margen de este tema.

Keeley parecía dispuesta a discutir, pero se mordió la lengua.

—Sí, señor.

Gideon habló a pesar de saber que era mejor callarse. Como siempre que abría la boca, vaya.

—¿Por qué estáis buscando a Joseph el Erudito? ¿No es el que tiene fama de ermitaño?

—Necesito que examine esto. — Maverine se sacó una daga del cinturón y la dejó sobre el escritorio. Era la que le habían clavado. La daga de Evie—. Y quiero que me diga por qué la herida se curó nada más extraer el arma.

Gideon se había estado preguntando lo mismo. Y por qué la daga parecía más roma que antes. Sin vida. Pero Gideon no conseguía preocuparse por la daga que Evie había dejado atrás. Solo por Evie.

—¿Y luego qué? El libro no nos ha aclarado nada y nos hemos quedado sin villanos para la profecía. ¿Cuál es su plan, *alteza?*

—Te doy cinco segundos para que salgas por la puerta antes de obligarte a hacerlo por la ventana — advirtió Maverine, golpeando la mesa con tanta fuerza que el libro se abrió.

Y entonces las hojas se empezaron a pasar solas.

—Hay palabras — murmuró Keeley, señalando el texto que se iba formando lentamente en una de las páginas.

Fue Maverine quien las leyó en voz alta:

Todo lo que viene va,
todo lo que se una, unido permanecerá.
Allá donde el amor nace y el sol brilla imperturbado
un solo contacto arreglará el entramado y abrirá el candado.

—¿Es necesario que en este libro todos los versos vayan con rimas absurdas e infantiles? — Keeley se frotó las sienes—. Resulta inquietante.

Blade asomó la cabeza con una expresión de alerta que los dejó a todos expectantes.

—¿Estáis leyendo *Mi amor, mi sol* aquí dentro?

—No — dijo Maverine, cerrando el libro y guardándolo en un armario con llave. Hizo una pausa y luego se giró, molesto—. ¿Nos estabas espiando?

Blade soltó una risita nerviosa y empujó un lado de la doble puerta para revelar a Rebecka, Tatianna y Clare agachadas. Al abrirse la otra mitad apareció Reymundo sonriendo con aire culpable.

Blade habló en nombre de todos:

—Hemos optado por llamarlo «vigilar» para que Rebecka no tuviera un ataque de nervios.

—Es que eso es lo que estábamos haciendo — musitó Rebecka a la defensiva.

—¿Qué es eso que has dicho? — preguntó Gideon, aún pensando en el título—. *¿Mi amor, mi sol?*

Blade pareció sorprendido.

—Ah, es un cuento ilustrado para niños. El jefe acaba de leer un fragmento, ¿no? «El sol brilla imperturbado». Por eso me sonó ese verso de la profecía que también habla del sol. A mi padre le encantaba leérmelo, era su preferido.

—Keeley — dijo Maverine, y ella se puso alerta antes incluso de que terminara de darle la orden—, encuéntralo.

—Sé justo dónde buscar — respondió ella.

—Iré contigo — se ofreció Gideon.

Keeley se tensó pero asintió, y acto seguido se dirigió hacia la puerta. Estaban a mitad de las escaleras cuando le preguntó:

—¿Por qué vienes conmigo, Gideon?

Él se detuvo unos escalones por encima de ella, sorprendido al ver que se giraba para mirarlo fijamente a los ojos, buscando motivos ocultos.

No tenía ninguno. Así que le confesó la verdad.

—Solo quiero, eh…, estar contigo, si… si te parece bien.

Ella frunció los labios, pero Gideon alcanzó a ver que era para reprimir una sonrisa.

—Supongo que no hay problema.

La siguió cual sabueso siguiendo el rastro de una pista.

—Intenta contener tu entusiasmo — dijo con sarcasmo.

—Haré lo que pueda — respondió ella, pero él notó que estaba sonriendo al decirlo—. ¿Vas a contarle lo de Evie? — le preguntó entonces con cautela.

Gideon tragó saliva.

Su hermana estaba ahí fuera. Sufriendo más de lo que nadie pudiera imaginar.

CAPÍTULO 43

EVIE

—¡Desde el principio, chicos! ¡Estrenamos dentro de tres días! ¡Va siendo hora de escoger si os ponéis las pilas u os largáis de mi escenario!

Si hubiera que describir a la prima de Evie, Helena, con una palabra, esta sería «aterradora». Los actores correteaban como hormigas obreras por el amplio escenario ante el más mínimo indicio de su descontento y se sobresaltaban cada vez que daba órdenes a gritos, excepto los hombres que controlaban el acceso de la entrada trasera.

—Debería haberme quedado en tu casa. Esto me parece arriesgado — insistió Evie, con la vergüenza y la culpa oprimiéndole el pecho y estrujándole los pulmones hasta dejarla sin aire.

Ay, dioses, la había cagado.

—No seas ridícula. — Helena se echó la espesa melena oscura hacia atrás y jugueteó con el zafiro que llevaba colgado del cuello—. Villa Corazón es abiertamente contraria al rey Benedict. Estamos en el límite entre dos reinos, ese hombre no tiene potestad para dar órdenes en nuestro territorio. Aquí nadie te delatará.

Helena se dio una palmada en la frente cuando Fritz, el que un tiempo atrás había secuestrado a Evie durante su primera visita a Villa Corazón, se trabó con el texto en el escenario. Era

descabellado, pero, al recordar la escapada en la que estuvo a punto de morir con Trystan en las mazmorras del teatro, le pareció que aquellos tiempos eran más felices y sencillos.

Trystan. Había sobrevivido a la herida que ella le había provocado, al menos físicamente. Su corazón le susurraba que él la perdonaría, que lo entendería. Siempre había estado a su lado en los momentos difíciles. Este solo iba a ser uno más en la lista. Y más ahora que por fin habían decidido estar juntos.

Y justo después casi le apuñalo el corazón.

No había necesidad de prender fuego a su vida. Ya estaba en llamas.

Al igual que la desastrosa obra que estaba presenciando.

Otros dos hombres a los que reconoció iban vestidos para algún tipo de espectáculo de terror, con un maquillaje sangriento que pasaba a un segundo plano frente a sus sonrisas radiantes.

—¡Hola, señorita Sage! — la saludó uno de los matones más corpulentos.

Ella ladeó la cabeza. Estaba bastante segura de que era el mismo hombre que la había amordazado durante su primera visita.

Se dispuso a saludarlo con su habitual amabilidad, porque lo cierto era que aquella experiencia no había sido ni mucho menos lo peor que le habían hecho en las últimas semanas. Sin embargo, antes de que pudiera devolver el gesto, uno de los otros actores/secuestradores le dio un codazo en el estómago al hombre.

—¡Ey! Se supone que nadie debe saber que está aquí, cabeza de chorlito.

—¡Ya lo sé! ¡Por eso no he dicho su nombre de pila!

—Estoy rodeada de bufones. — Helena gimió con las manos en la cara, sin molestarse en evitar que los dos hombres se enzarzaran en una pelea a puñetazos.

—¿Deberíamos intervenir?

—Se supone que los hombres de esta obra deben parecer recién salidos de la batalla, así que, según cómo lo mires, esto es una forma de ahorrarle tiempo al Departamento de Maquillaje. — Su

prima suspiró mientras miraba hacia los rincones grises del teatro y repasaba las paredes. Aún quedaba color, la magia todavía estaba presente, pero se desvanecía día a día. Evie no llevaba ni una semana allí y ya había comprobado cómo una de las manchas sombrías se extendía por la pared como una telaraña.

La has cagado, Evie.

—Los he abandonado, Helena — dijo Evie en voz baja, sintiendo que se le encogía el corazón y que el estómago se le llenaba de piedras. El aire fresco que entraba por las ventanas abiertas le daba en la nuca y le enfriaba el sudor—. No soy mejor que mi madre.

—Evie — Helena la miró con gesto serio—, enviaste una nota detallada a Gideon con instrucciones para todas las situaciones posibles después de que llegara la misiva informando del estado de Trystan, y luego intercambiaste varias más con él para saber cómo evolucionaba. Llevas fuera siete días. La tía Nura desapareció durante diez años.

Evie se estremeció y sintió que la magia oscura se alzaba en su interior, pero fue reprimida casi al instante gracias al hechizo de bloqueo que le habían lanzado las criaturas del puente al acceder al pueblo.

—Eso no quita que he sido una cobarde — susurró, porque era cierto. Se había rendido.

—Creo que te has ganado unos días de cobardía, prima. — Helena comenzó a recorrer el teatro, marcando cosas en su portapapeles, inspeccionando el equipo de seguridad. Evie la siguió como hacía cuando eran niñas—. Estás pasando por un cambio de carrera y de rumbo bastante radical. De asistente a villana en cuestión de meses. Estoy segura de que te incluirán en la lista de personas más influyentes del *Heraldo Feérico.* — Helena se rio.

Evie entrecerró los ojos y arrugó la nariz.

—Vaya, muy graciosa — murmuró secamente, y le dio un codazo cuando su prima resopló como respuesta.

—A ver, ¿qué más da si te están tachando de ser la perdición del reino? Eres una mujer en posesión de un gran poder a la que unos

hombres inseguros están intentando quitarse de en medio. Sé que estás traumatizada y eso, pero lo cierto es que no eres especial. Este tipo de situación se da a todas horas.

—Ah, claro — Evie hizo un gesto con la mano—, puede pasarle a todo el mundo un viernes cualquiera.

Helena chasqueó los dedos con una sonrisa.

—¡Exacto! Ah, quería preguntarte: ¿les tienes mucho aprecio a tus dedos?

Evie miró de izquierda a derecha.

—¿Esto es el preámbulo de un chiste verde? ¿Dónde están Douglas y su cuaderno? — No había ni rastro del hombre que solía mirarla mal ni tampoco de la libretita en la que siempre estaba escribiendo cosas. Una pena…, estaba en racha.

—No, es que estaba pensando que, a juzgar por lo que ofrecen por tu cabeza, quizá nos darían una suma sustancial por una parte del cuerpo que no vayas a echar de menos.

Evie puso cara de indignación.

—Helena, eso es repugnante.

Su prima respondió solemnemente:

—También lo es la inflación.

—¡Helena! ¡Ha llegado el nuevo equipo de seguridad! — gritó Fritz desde abajo, luciendo dos moratones en la cara de los que parecía bastante satisfecho.

—¡Déjalos pasar, Fritz! ¡Llévate a alguien contigo! — ordenó Helena—. Y que todo el mundo se tome un descanso de cinco minutos, ¿vale? — Los artistas salieron agradecidos por el lado izquierdo del escenario.

—Si se supone que se puede confiar en todo el pueblo, ¿para qué necesitáis seguridad?

Helena se alejó con un giro acompañado de un movimiento de su vestido dorado mientras pasaba un dedo enguantado por uno de los reposabrazos.

—Es para proteger a los artistas. Nos aseguramos de que nadie entre con ningún tipo de arma. En el pasado hemos tenido ciertos

episodios con el público. Considero que es más conveniente evitar que ocurra que tener que castigarlos después.

—Pero ¿eso no cuesta mucho dinero? — susurró Evie.

Helena se encogió de hombros. Una vulnerabilidad poco habitual en ella se reflejó en su rostro durante un instante antes de que volviera a esbozar su sonrisa indulgente.

—Por muy despiadada que pueda llegar a ser, no vendería mi alma por una simple moneda. Si sobra dinero suficiente para contratar seguridad, entonces la pagamos. Esta vez nos ha sobrado. Sin más.

Evie se preguntó por qué la gente de su vida era incapaz de aceptar elogios por un acto de bondad. Ella no los necesitaba por ser amable, pero siempre era agradable que alguien reconociera la bondad que uno decidía ofrecer a los demás.

El sol también brillaba aunque no lo elogiaran, si bien a Evie le gustaba creer que lo hacía con más ganas cuando ella lo alababa. Era un pensamiento que la hacía feliz. Últimamente iba escasa de esos.

Aquello estaba acabando con su espíritu. Ella antes no era así. Ni ahora. Nunca había sido el tipo de persona que se revuelca en su propia miseria y permite que el dolor empañe la alegría de la vida. Quizá ese era el problema. ¿Cuántas veces podía una recuperarse de una traición sin que eso afectara a su forma de ser?

—Me sorprende que mi madre no pasara por aquí antes que yo — dijo Evie con la voz apagada. El rechazo de su progenitora la decepcionaba, aunque no la sorprendía.

Metió los dedos en los bolsillos del vestido que le había prestado Helena. Le quedaba un poco grande por la zona del pecho, pero su prima tenía gustos caros y la suave seda azul se ajustaba a sus curvas enfatizando su figura femenina.

—Yo no la habría aceptado de vuelta. Y me ofende que pienses que sí — protestó Helena frunciendo el ceño—. Quizá vuelva con mi padre. Aunque eso sería un desastre.

—Él la entregaría — coincidió Evie, sabiendo que su tío era un ferviente seguidor del rey corrupto. Era fácil ignorar las maldades que cometía cuando eran otros quienes las sufrían, pero eso no las hacía menos reales.

Helena se puso seria y dejó el portapapeles sobre una silla vacía.

—Mi padre es un inconsciente que no está dispuesto a aprender. Esas dos cosas juntas son muy peligrosas. Esperemos que tu madre sea lo suficientemente inteligente como para darse cuenta.

Un alboroto en la entrada trasera del teatro atrajo la atención de ambas. El corazón de Evie se aceleró al instante. ¿Era él? ¿Había venido a por ella? Y qué contradicción, esa esperanza que se agitaba en su pecho, porque llevaba días intentando desesperadamente sacarse de la cabeza la imagen de él encorvado en el suelo, herido por su culpa.

Evie creía que había ciertas cosas que una persona nunca en la vida debía ver. Ese dolor y ese miedo en los ojos de Trystan habían desencadenado una premonición aterradora. Una vida en la que eran enemigos, enemigos de verdad, sin nada más en común que el odio que se profesaban.

Por algún motivo, eso no le parecía propicio para una relación sana a largo plazo.

Y, sin embargo, a pesar de todas las razones por las que sabía que no debía, lo deseaba con tantas ganas que le partió el corazón comprobar que no era él.

¡No seas una hipócrita de mierda, Evie!

Mejor sé una arpía de mierda. Es más divertido y duele menos.

Los nuevos guardias entraron para relevar a los que estaban junto a las puertas, todos con la cabeza gacha en señal de respeto hacia Helena. Eso hizo sonreír a Evie.

—Al final será verdad que eres la reina de este castillo, ¿eh?

Helena se dio un golpecito en la frente.

—Y, sin embargo, aquí estoy, sin corona. — Se rieron, y la habitual sonrisa burlona de Helena tomó una apariencia genuinamente feliz—. ¿Te apetece beber algo? — Señaló el

escenario vacío con la cabeza y, unos instantes después, estaban ahí sentadas, con Helena llenando la copa de Evie de ginebra.

Las luces del escenario estaban encendidas y el sol a punto de ponerse. Evie era consciente de que tenía que irse a casa; solo los dioses sabían cómo se sentiría Lyssa tras perder a su madre y a su hermana con pocos días de diferencia. Pero, por el momento, decidió permitirse disfrutar del sencillo placer de tomar algo con su prima. Dio otro trago generoso. El calor le bajó hasta el estómago y se le relajó el cuerpo mientras se balanceaba hacia atrás, apoyándose en las manos.

—Helena — dijo, y luego dio otro sorbo antes de servirse torpemente una segunda copa—, ¿tú crees en el amor verdadero?

—Claro.

—Esa es una respuesta demasiado corta para una pregunta tan seria. — Evie agitó un dedo ante la cara de su prima.

Helena apartó la cabeza, pero Evie alcanzó a ver la leve sonrisa en sus labios cuando respondió:

—Por supuesto que sí, tonta; no soy tan cínica. Al menos de momento. Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Cuándo? — inquirió Evie con recelo.

—No contigo y Maverine — contestó Helena con total seriedad, agitando las manos y echándose a reír a carcajadas al ver la cara de Evie—. ¡Es broma! Por todos los dioses, qué aburrida eres cuando tienes una crisis de identidad.

—Siento que el hecho de que mi vida sea un desastre no te resulte entretenido. ¿Qué podría hacer para remediarlo? — preguntó Evie con sarcasmo.

—No lo sé. Da saltos a la pata coja o algo así.

Evie se puso de pie y dio diez saltos, con la ginebra acumulándose en su estómago y haciéndola sentir acalorada y lánguida.

Helena aplaudió y agitó la botella vacía con un bufido de incredulidad.

—Los duendecillos invisibles se han bebido toda la ginebra.

—¡Voy a por más! ¿Dónde hay? — Se giró, haciéndose sombra con la mano sobre los ojos para poder mirar en dirección a la luz.

—Hay un carrito a la vuelta de la esquina. — Helena le lanzó a Evie su monedero y se levantó de un salto para arreglar un elemento del decorado que estaba fuera de lugar.

Evie bajó tambaleándose las escaleras del escenario y se dirigió hacia la parte trasera del teatro, donde se encontraban los tres guardias de seguridad, estoicos e inmóviles.

—Perdón. — Evie frenó al llegar hasta ellos—. ¿Podrían apartarse? Tengo que hacer un recado rápido.

—Permítanos acompañarla, señorita — dijo uno de los guardias en voz baja, con la cabeza gacha. La voz le resultó familiar.

Aquello hizo saltar la alarma y, aunque ya no podía distinguir entre un peligro real y una simple sospecha, sabía que era mejor ser precavida.

—Ay, gracias, pero no será necesario. Voy justo a la vuelta de la esquina y prefiero ir sola. — Dio su respuesta con los hombros erguidos, mirándolos de frente, dejándoles claro que no se sentía intimidada.

¡Soy vuestra perdición!

Y no lo digo yo, lo dice incluso una profecía.

El guardia asintió con rigidez y se hizo a un lado para dejarla pasar. Estuvo en tensión hasta que salió al exterior; los bonitos colores del cielo y el aire fresco de la tarde le provocaron un agradable escalofrío en los brazos, y el alcohol intensificó el efecto. De repente, sintió que se le quitaba un peso de encima mientras caminaba en silencio por la orilla del río de Villa Corazón. Los aldeanos regresaban a casa con sus familias y la mayoría ni siquiera la miró.

La mayoría, pero no todos.

Porque, aunque Evie iba como una cuba, el entrenamiento con El Villano de Rennedawn no había sido en vano. La paz se desvaneció cuando se dio cuenta de que la estaban siguiendo.

Pasó de largo el carrito que vendía alcohol y dio varios giros a la derecha hasta dar una vuelta completa a la plaza. Aquella presencia seguía acechándola, y no tenía magia con la que protegerse. Había dejado atrás su daga. Clavada en el pecho de Trystan.

Torció por otra calle, esta desierta.

El factor sorpresa jugaba a su favor y Evie no era muy partidaria de las sutilezas, así que, en un momento dado, se giró con un grito y dio un puñetazo, que impactó contra un músculo duro. Se oyó un gruñido antes de que la levantaran del suelo. Cuando vio el rostro del hombre, lo único que pudo hacer fue…

Chillar.

CAPÍTULO 44

EVIE

—¡¿A quién se le ocurre acercarse así por detrás?! — gritó Evie, acompañando cada palabra con un manotazo en el brazo de Raphael Fortis.

—¡Ha sido idea suya! — espetó este señalando a Roland y Marv, quienes la saludaron con la mano amablemente.

—Yo les he dicho que era una mala idea, señorita Sage — se excusó Marv frotándose el pelo revuelto.

El hermano mayor de Rebecka Erring tuvo la decencia de parecer culpable, si bien de mala gana, mientras Evie intentaba recuperar el control de su cuerpo.

—Te pido disculpas — dijo Raphael, inclinándose para hacer una reverencia caballeresca.

Ella se quedó mirándolo.

—No pienso devolverte la reverencia.

Roland tosió.

Raphael tenía un aspecto diferente al de la última vez que Evie lo había visto. Más triste. Más abatido. Entendía esa sensación.

—Tienes muy mal aspecto — opinó Evie.

—Qué amable por tu parte. — Raphael se encogió de hombros—. No dormimos anoche. Hemos cabalgado sin parar hasta llegar aquí.

A Evie se le escapó un hipo. Miró a Marvin y luego a Roland.

—Pues ellos tienen buen aspecto.

A Marv se le hinchó el pecho.

—Gracias, señorita Sage.

—Marv, te recomiendo que seas más exigente con los cumplidos. — Le dio el consejo con una buena dosis de cautela. Su instinto la tentaba a mostrarse amistosa con el guardia de la puerta principal que los había traicionado.

Fue entonces cuando recordó el motivo por el que habían dejado marchar a Marv.

—Espera, ¿el veneno…?

Roland suspiró.

—Bajo control, pero no curado. — Desvió la vista hacia Marv con una mirada intensa y le tomó la mano con un sutil roce de pulgar mientras sus ojos se suavizaban—. Todavía.

Marv se sonrojó y Evie se permitió deleitarse ante aquella escena.

Raphael, por su parte, no estaba de humor para el romanticismo.

Tenía las oscuras cejas fruncidas y los labios apretados.

—Evie, algo terrible está a punto de suceder. Teníamos que avisarte.

—¿Seguro? — preguntó ella conteniendo una sonrisa—. Me encantan las sorpresas.

Roland jugueteó con sus gafas, con evidente nerviosismo en su tono.

—No puede esperar, Evie.

—Bueno, debe de ser grave si os habéis tomado la molestia de venir hasta aquí. — Percibió pánico en los movimientos del hombre, también en el vaivén de sus ojos—. ¿Cómo habéis sabido dónde encontrarme?

Raphael se quitó el casco, se echó el pelo hacia atrás, sacó un pergamino doblado del bolsillo y se lo entregó.

—Mi madre ha enviado esto a las personas que están bajo nuestra protección.

LA VERDADERA VILLANA

EVIE SAGE

ROBO DE MAGIA

ASESINATO

TRAICIÓN

Esta vez, cuando Evie miró la ilustración que acompañaba el texto, no encontró muchas diferencias entre ella y esa mujer.

—Va a necesitar un pergamino más largo si sigo acumulando méritos — dijo con una sonrisa, ignorando las náuseas que sentía. Se había tomado un montón de ginebra; era normal tener el estómago revuelto.

La ginebra era capaz de hacer cosas maravillosas y horribles a la par.

—Hay una red clandestina de fieles a la corona que trabajan con Benedict, y están pasando información sobre ti. — Raphael le subió la capucha de la capa que llevaba con un gesto fraternal que le hizo echar de menos a Gideon—. Saben que te estás escondiendo en Villa Corazón. No es seguro quedarte aquí.

Ya ningún lugar era seguro, y menos ahora que su cuerpo se había vuelto extraño e impredecible.

—¿Y por qué me contáis esto? ¿Porque sois unas buenísimas personas y ya está? — Su pregunta escéptica no era necesariamente justa. Los hermanos de Rebecka no tenían la culpa de las transgresiones de su madre.

—Cree lo que quieras sobre nuestros motivos, pero esa es la verdad. Mi madre ha estado cultivando más flores de la memoria con el propósito de dárselas a Benedict, y ya no muestra ningún reparo en su intención de perjudicar a la hija de Nura Sage. Eso… eso no está bien. El objetivo de nuestra familia, los Fortis, debería ser proteger al pueblo contra la corrupción y luchar por aquellos que no son capaces de hacerlo por sí mismos. — Raphael emitió un suspiro apenado. Su semblante abatido era un reflejo de la batalla moral que estaba librando en sus adentros—. Qué bajo hemos caído.

Evie conocía bien ese sentimiento, así que posó una mano sobre el brazo de Raphael en un gesto de consuelo.

—No todos los miembros de la familia estáis participando en la caída — dijo con voz débil.

La brisa, el vaivén del río y la sensación del agua contra sus tobillos le hicieron bajar la borrachera más rápido que varias tazas del brebaje de Edwin. Dioses, cómo echaba de menos ese brebaje. Cómo echaba de menos todo lo de la mansión. Y a quienes la habitaban.

—¡Aléjate de mi prima! — La proclama, aguda y con las palabras arrastradas, llegó al tiempo que blandía una…

—¡Por todos los infiernos, Helena! ¡Suelta la botella de ginebra, la vas a desperdiciar! — Evie le arrebató la botella de alcohol recién comprada de las manos, al tiempo que observaba que Raphael se había puesto a cuatro patas para esquivar el ataque—. Toma. — Le dio una de sus chanclas—. Dale sin miedo.

Sin embargo, Helena se había quedado inmóvil, con la mano aún en alto, lista para asestarle un golpe al hombre que creía que estaba haciéndole daño a Evie. Y eso a ella la conmovía demasiado como para preocuparse de que su prima pudiera matarlo.

—Qué poco decoro — refunfuñó Raphael, levantándose y sacudiéndose la suciedad de la camisa—. Una botella de ginebra como arma, gritando como una loca…

Cuando levantó la cabeza, vio a Helena haciendo girar la chancla de Evie con el dedo, observando al hijo de los Fortis con el interés que un gato le presta a un canario.

Se quedó paralizado, como si estuviera procesando varias cosas a la vez.

—Adelante, señor — dijo Helena con una sonrisa burlona, devolviéndole la chancla a Evie sin apartar la mirada—. Me encantan las críticas hacia mi personaje. Espero que le publiquen la suya.

—No tendría suficiente espacio en la página — replicó Raphael entre dientes, enderezando la espalda hasta quedar completamente erguido.

—Ya, apuesto a que le dices eso a todas las chicas. — Helena se rio con un sonido similar al de unas campanas, el tipo de señal que precedía a la batalla. A pesar de ir borracha perdida, Helena se las arregló para hacer una amplia reverencia, extendiendo la falda a su alrededor—. Me llamo Helena, dirijo el Teatro de las Tierras Muertas. Y tú eres…

Raphael retrocedió boquiabierto.

—El Teatro de las Tierras Muertas. ¿Tú diriges el teatro?

Helena se colocó al lado de Evie, que observaba su interacción con gran interés. De hecho, le habría gustado tener a mano algodón de azúcar y palomitas.

—¿Has oído hablar de él? — le preguntó a Raphael.

Él cerró los ojos con fuerza antes de susurrar:

—Es donde Benedict tiene a sus espías.

Helena dio un paso atrás, tambaleándose.

—Eso es imposible. Ninguno de mis empleados querría siquiera respirar el mismo aire que Benedict.

—Piensa lo que quieras, pero tu teatro es peligroso. Para ti, para Evie y para cualquiera que ponga un pie ahí. — Raphael se mostraba hosco aunque firme en su convicción. Tanto que a Evie se le cayó el corazón a los pies.

Los actores. ¿Y si alguien resultaba herido por su culpa?

—No — susurró, y echó a correr hacia el teatro—. No. No. Por favor, no. — Sus piernas se movían a toda velocidad, con Helena y Raphael detrás gritándole que se detuviera, pero apenas los oía. Se le había helado la sangre. Empujó las puertas del edificio con el corazón aún desbocado.

Su respiración era el único sonido dentro de la sala vacía. Al menos suponía que así estaba, vacía, aunque no había suficiente luz para estar segura; el único rincón con iluminación directa era el escenario.

—¿Hola?

Hay que ser boba. ¿Y si alguien te responde?

La puerta se cerró de golpe y ella dio un grito.

No había emitido uno igual desde que los chicos de su clase empezaron a esconderse en los rincones oscuros para saltar y asustarla. Sin embargo, en esos tiempos el miedo acababa disipándose porque, a la luz, esos chicos eran inofensivos. Estaba a salvo.

Aquí, en cambio, no tenía ni idea de lo que acechaba en la oscuridad.

Se giró lentamente, con la esperanza de ver a Helena y a Raphael. Incluso Marv habría sido bienvenido antes que estar sola en aquel inquietante teatro.

Un saco de arena se estrelló sobre el escenario con un ruido sordo que hizo que ella ahogara un grito. Un segundo después, al lado del saco cayó una cuerda desenrollada.

—No es por nada — dijo con voz tranquila—, pero esto que estás haciendo es muy siniestro por tu parte.

Caminando por el largo pasillo se fue acercando a los escalones del escenario, buscando cualquier cosa que pudiera servir de arma.

De pronto, se escuchó el débil sonido de una risa inundando el espacio, como si fuera la de un fantasma.

—Si eres un fantasma, te puedo recomendar otras personas a las que acechar. ¿Conoces a Griffin Sage?

Fue entonces cuando un cuerpo inerte se estampó con un ruido sordo y repugnante a unos diez centímetros de donde ella estaba.

—¡Dioses! — A Evie se le llenaron los ojos de lágrimas. Se llevó los dedos a los labios y la otra mano al corazón—. Ay, no. Fritz. ¿Fritz? No. No. No… — Se agachó junto al hombre, le puso una mano en la mejilla para girarle la cara hacia ella y tuvo náuseas al verle el rostro. Lo habían mutilado. Le faltaba un ojo, además de varios dedos. Evie había trabajado para El Villano de Rennedawn el tiempo suficiente como para identificar los signos de tortura. Aquello era un caso extremo.

Ahí había algo personal.

Cogió el trozo de pergamino que estaba clavado en el pecho del hombre. Fritz apenas se movía; estaba dando sus últimas bocanadas

de aire. Un miedo cerval se apoderó de sus entrañas. Otro cartel de SE BUSCA.

En este se leía:

MUJER MALVADA
LA VERDADERA VILLANA
ÚLTIMA ATROCIDAD:
INCENDIAR EL TEATRO DE LAS TIERRAS MUERTAS

Y entonces…

Evie percibió un olor a humo.

CAPÍTULO 45

lyssa

De vuelta en la oficina…

Lyssa Sage se había quedado sola, con un caracol y un ogro como compañía. Ellos dos eran los únicos rayos de esperanza en ese día tan nefasto.

—¡Eche el caldo, Edwin! — ordenó Lyssa, y Edwin respondió volcando una taza grande llena de un líquido marrón sobre la masa de galletas.

—Señorita Lyssa — comenzó a decir Edwin. Parecía cauteloso. Últimamente, todos se mostraban cautelosos con ella; la vida era más incierta que cuando solo estaban Evie y ella. Tenía más sustancia, sí, pero a cambio de vivir en un constante caos. Además, Lyssa se había dado cuenta de que ya no era una vida segura. Para nadie—. Si alguna vez le apetece hablar de algo que le ronda por la cabeza, que sepa que soy un oyente fantástico. — Se llevó las manos a las orejas—. Sería una pena desperdiciar dos orejotes así de grandes. ¡Yo de usted me contaría sus problemas cuanto antes!

Florencio, el caracol, estaba mordisqueando otra flor, aparentemente imperturbable ante la atención que Lyssa dirigía a la jaula.

Al verlo le entraban un poquito de ganas de tener una vida igual de sencilla que la suya.

Pero solo un poquito.

Pese a que le gustaba fantasear, no era tonta.

Y sus sentimientos eran demasiado grandes para caber en un caparazón tan pequeño.

Apretó los labios y rodeó con los brazos la barriga de Edwin.

—Estoy muy preocupada por Evie y tengo miedo de que no vuelva a casa. ¿Y si está herida? Estoy triste y asustada. Pero sobre todo triste. — A Lyssa nunca le había costado expresar lo que sentía, por muy incómodo o doloroso que fuera.

Edwin se agachó para abrazarla. Después se separó para acariciarle la cabeza.

—Tienes derecho a estar triste, pequeña.

—Lo sé. — Se sorbió los mocos, frotándose la nariz de una manera algo impropia para una señorita. Hacer pucheros con la nariz moqueando probablemente fuese en contra de todas las reglas para ser un buen villano, pero le habían enseñado a seguir otras normas en la vida además de esas, y nunca olvidaría a su primera maestra—. Evie siempre me dice que llorar es la forma en que nuestro cuerpo se despide del dolor — dijo frotándose los ojos—. Pero no siento que se esté yendo. Nada está ayudando. Nada puede arreglar la situación de mi hermana.

Edwin puso cara de preocupación.

—No siempre es nuestra responsabilidad arreglar las cosas malas.

—Entonces, ¿de quién es responsabilidad? — preguntó Lyssa con un hilo de voz.

—Me temo que, a menudo, el tiempo es la única respuesta a los peores dolores. Pero, mientras, podemos encontrar momentos de alegría que nos ayuden a seguir adelante. Y, tarde o temprano, el dolor se convierte en una simple molestia y la molestia se transforma en un recuerdo.

Qué pensamiento tan aterrador. Limitarse a esperar a que las cosas mejoren, sin saber realmente si pasará. Si bien era cierto que

a Lyssa nunca le había costado confiar en que un rasguño en la rodilla siempre se acababa curando, y que una palabra malintencionada dejaba de doler cuando se contrarrestaba con suficientes palabras amables. Pero ¿la muerte? ¿La traición? ¿La pérdida?

Un trueno sacudió la cristalera de la cocina, ahora para siempre alterada. El resplandor del sol ya no iluminaba el libro, sino un campo de hierba vacío. Al menos la ventana aún hacía su función de mantener a raya la lluvia.

—Edwin, esto no ha sido buena idea. ¿Por qué me ha dejado hacer galletas de ternera para los gubris? — Lyssa frunció el ceño, dubitativa ante aquella masa con un olor repulsivo.

—Porque usted, señorita Lyssa — respondió Edwin con cariño—, me recuerda a un niño con el que pasé mucho tiempo en mi panadería. Él también tenía buen corazón; también quería ayudar en todo lo que pudiera… — La mirada de Edwin se suavizó y comenzó a amasar la repugnante masa de galletas de carne para después formar bolas circulares y colocarlas en la bandeja—. Sabía lo importantes que eran los actos de bondad para ayudar a la gente. Más importantes incluso que las palabras.

Lyssa frunció el ceño.

—Las palabras también son importantes, Edwin.

Edwin reflexionó, con la mirada pensativa.

—Tiene razón, señorita Lyssa. Las palabras son importantes; le permiten a uno mantener la esperanza mientras espera a que llegue esa ayuda.

Volvieron a su tarea, amasando en silencio, y poco después las galletas estaban listas para hornear. Esperaron en un silencio aún mayor hasta que terminaron de cocerse y luego las llevaron juntos a los aposentos de la curandera, ahora reconvertidos en corral, donde encontraron a Blade jugando a la pelota con los animalitos. Ambos piaron emocionados y corrieron hacia la puerta cuando Lyssa entró.

En la habitación también había… ¿otro ogro?

Sus manos azules se cernían sobre las crías, proyectando una luz multicolor y brillante con la que iba recorriendo sus cuerpecitos con una mirada severa de concentración.

—Hola, Blade. Les hemos traído galletas — dijo Edwin.

La tormenta había amainado, pero seguía cayendo llovizna.

El ogro azul se giró al oír su voz. Al verlo, Edwin se tambaleó, y con él la bandeja. Se le habría caído si la señorita Erring no se hubiera apresurado desde la esquina para ayudarlo a estabilizarse.

—¿Te encuentras bien, Edwin? — preguntó la señorita Erring con preocupación.

—Hola, Edwin. — El otro ogro tenía el pelo de color índigo, largo y recogido en la nuca. Vestía de manera formal y en sus relucientes botas se reflejaba su capa recién planchada, que llevaba sobre una camisa y unos pantalones, ambas prendas de buena calidad.

Lyssa miró de reojo a Edwin, que se había quedado mudo y paralizado.

—Edwin — susurró Lyssa—, salude.

—Saludo — soltó Edwin, y Lyssa se tapó la boca con la mano para que no se le escapara la risa—. Es decir…, hola, Joseph.

El otro ogro, Joseph, bajó lentamente las manos, pero la luz que cubría a las criaturas no cesó. Permaneció sobre ellas como un escudo, una armadura contra el mundo.

—Me sorprendió recibir la noticia de que tu villano me estaba buscando. Admito que no pude resistirme a la oportunidad de verte.

Blade entreabrió los labios mientras asentía.

—Me alegra tanto estar presenciando esto.

La señorita Erring lo mandó callar.

—Ahora están descansando — les explicó Joseph—. Solo les he brindado algo de protección para sus almas inocentes.

Entraron Tatianna y Clare, ambas con grandes cubos de agua en las manos, y chocaron entre sí al ver a Joseph, derramando la mitad en el suelo.

—¿Señor Joseph? — balbuceó Tatianna con la boca abierta.

Clare se llevó las manos a la boca y las dos echaron a gritar, corrieron hacia el ogro y se abalanzaron sobre él.

—¡Mirad lo que tenemos aquí! — rio Joseph—. ¡Cómo habéis crecido!

—¿Os conocéis todos? — preguntó Lyssa, sintiéndose un poco agitada.

Tatianna se cogió del brazo de Joseph y lo acompañó hasta uno de los sillones acolchados.

—Joseph vivía en nuestro pueblo, se dedicaba a estudiar unas ruinas junto al mar. Era una maravilla. No me puedo creer que hayas venido. Trystan estaba convencido de que sería imposible hacerte llegar el mensaje. ¿Os habéis visto ya?

—Me ha acompañado hasta aquí, pero se ha marchado poco después. Parecía tener algo de prisa. — Los ojos violetas de Joseph se volvieron hacia la puerta—. ¿Alexander?

Reymundo había entrado con una sonrisa tan amplia que Lyssa no pudo evitar sonreír también.

—Hola — murmuró.

—Me alegra saber que los rumores de que vivías como un anfibio eran falsos. — Joseph lo atrajo hacia sí y le dio una palmada en la espalda.

—Dame unas horas — bromeó Reymundo con una expresión a medio camino entre una sonrisa y una mueca de dolor.

—Me sorprende. — Edwin recuperó la voz—. Me sorprende que Trystan se marchara con tanta prisa si necesitaba tus servicios.

Joseph se encogió de hombros.

—He podido contarle todo lo que precisaba saber bastante rápido. Llevo más tiempo como erudito de la magia del que todos vosotros, los humanos, lleváis vivos. — Se rio entre dientes.

Reymundo arrugó el entrecejo.

—¿Qué le has contado? — Su voz era más estable, pero seguía sonando ronca.

Joseph miró fijamente a Edwin.

—Tú ya lo sabes… ¿verdad? Yo siempre lo sospeché.

Edwin se tensó y negó con la cabeza.
—¿A qué te refieres? — preguntó Lyssa.
La expresión de Joseph se volvió seria.
—Trystan es un curandero de la esencia.

CAPÍTULO 46

EVIE

Evie estaba segura de que había mucha gente en el mundo a la que le habría encantado poder elegir cómo morir.

Mientras las llamas se alzaban a su alrededor, tenía clara una cosa.

Esta no era su primera opción.

Se quedó paralizada, observando cómo el fuego se propagaba por el espacio a gran velocidad. Sabía que, para ciertas personas despiadadas, su muerte iba a ser celebrada. Para ellas, lo ideal sería que las llamas consumieran el edificio y este se le derrumbara encima, tal y como lo había hecho su vida, aplastándola bajo los sueños frustrados de un ser querido.

Habría sido más fácil para el reino. Poético, incluso. Evie se quedó mirando el sutil subir y bajar del pecho de Fritz. La crueldad plasmada en sus heridas.

Y entonces se encontró a sí misma de nuevo a través del humo. Su voz interior.

Evie Sage murió como una mártir.

Y, en el proceso, permitió que muriera también un hombre inocente.

No. Ni hablar.

Con un poderoso impulso, se puso de pie y, haciendo uso de todas sus fuerzas, levantó a Fritz hasta conseguir apoyárselo sobre un hombro. Fue abriéndose paso como pudo entre las llamas hasta la entrada principal del teatro. Golpeó con el puño la puerta de acero, ignorando el escozor de la piel contra el metal. La temperatura ahí dentro empezaba a ser insoportable.

—¡Helena! — chilló Evie—. ¿Hay alguien ahí? ¡Raphael! ¡Marv! ¡Roland!

No hubo respuesta.

Por el rabillo del ojo, vio algo moviéndose.

—¡Eh! — gritó, y dejó a Fritz en el suelo con cuidado para colocarse delante de él como una centinela. Sospechaba que esa silueta borrosa era la persona que le había hecho daño.

Lo que significaba que era alguien peligroso.

Aun así, echó a correr tras él.

Los pulmones le empezaban a arder y le lloraban los ojos. Al menos esta vez no eran lágrimas de tristeza.

Va bien variar de vez en cuando.

—¡Ven aquí, cobarde!

Y de pronto apareció Douglas con su pequeña libreta.

—¿Sorprendida? — se burló el hombre rubio.

—No mucho — respondió ella poniendo los ojos en blanco—. La última vez que estuve aquí, te pasaste el poco rato que coincidimos en la misma sala mirándome con malicia. Tampoco me sorprendo cuando de una nube oscura empieza a caer agua.

A Douglas le cambió la cara.

—Vaya, lo siento — dijo ella llevándose una mano al pecho de forma teatral. Tosió varias veces antes de poder terminar de hablar—: ¿Te he ofendido?

Una viga envuelta en fuego cayó justo a su lado y una enorme astilla salió disparada hacia ella. Se le clavó en el brazo, quemándola y enfureciéndola aún más. La magia oscura se retorcía en su interior, ansiando emerger. Ella también estaba atrapada.

Se le nubló la visión. A la vez que empezaba a ver manchas negras, notó que se le ralentizaban los latidos del corazón. No alcanzaba a ver lo que tenía a su alrededor, así que se desplomó contra una pared, dándose primero en el hombro y cayendo después al suelo. El calor era tan sofocante que comenzaba a ahogarse. Le costaba respirar. Aire. Se estaba quedando sin aire.

—Ayuda — dijo con la voz ronca, apenas un susurro en comparación con el rugido del fuego destruyendo el edificio pieza a pieza.

Le ardía la garganta. Le escocían tanto los ojos que tuvo que cerrarlos. Su corazón y los demás órganos se estaban rindiendo.

Se estaba muriendo.

No. No pienso morir.

—Puedo acabar con tu sufrimiento ahora mismo, si así lo deseas. — Douglas se erguía frente a ella, ajeno al fuego y al humo, con el cuerpo envuelto en una especie de tejido brillante que parecía inmune a las llamas.

Tosiendo y luchando por respirar, Evie se esforzó por no cerrar los ojos, por no rendirse a la inconsciencia, aferrándose al mundo real para no acabar en el de los sueños.

—¿Por qué? — jadeó, encogiéndose sobre sí misma cuando él se acercó.

—El antiguo propietario prometió dejarme el teatro a mí. — Douglas le dio un empujón con el pie y ella intentó rodar para alejarse, pero se encontró demasiado débil para moverse—. Al final, se lo dio a Helena. ¿Cómo crees que me sentó perder *mi* teatro por culpa de esa arpía y verme obligado a trabajar para ella? La odio. Y a ti también.

Evie había estado a punto de morir de muchas formas diferentes desde que comenzó a trabajar para El Villano. Estrangulada, envenenada, ahogada, espachurrada… La lista era interminable. Podía aceptar morir en un incendio si era necesario.

¿Pero hacerlo a manos de un hombre débil por la fragilidad de su ego?

Ni de coña.

Douglas dio otro paso hacia ella. Evie agarró una tabla de madera afilada que había encontrado tanteando el suelo justo después de caerse y se la clavó en el pie. Este gritó y trastabilló hacia atrás, hacia la neblina de humo y fuego.

—Deberías usar tu libretita para gestionar la frustración. Provocar incendios es demasiado engorroso. — Se puso en pie a trompicones, mientras la madera y el hormigón se desmoronaban a su alrededor y el teatro era consumido por las llamas.

—Te niegas a morir — espetó Douglas.

—Es una mala costumbre que tengo. — Tosió contra su brazo, buscando una salida. Cualquier salida.

Douglas no parecía estar por la labor.

—Será un placer quitártela.

Sin más dilación, se abalanzó hacia ella. Evie tropezó y cayó al suelo, aullando de dolor cuando el hombre se cernió sobre ella.

Se escuchó otro crujido sobre ellos, este más fuerte, más siniestro que el resto.

—¡No! — gritó Evie cuando notó que le caía otra viga encima. Entre morir quemada viva, asfixiada o aplastada, llegó a la conclusión de que esta última era probablemente la peor. Casi echaba de menos la sensación de estar a punto de ahogarse.

Corre. Levántate.

Pero ya era demasiado tarde.

Y de pronto sintió un cosquilleo en el meñique izquierdo.

BUM.

Evie no veía ni oía nada; pero alcanzó a vislumbrar otra silueta borrosa delante. Esta no la empujó. No; esta corrió hacia ella, atravesando el fuego y esquivando los cascotes que caían entre las llamas. Nada la frenaba.

Nada. Nada hasta que llegó a ella. Y entonces unas manos seguras la apretaron contra un pecho que reconoció al instante. Evie se aferró a él con fuerza cuando notó que la levantaba, sujetándola

con un solo brazo mientras con el otro apartaba los escombros a golpes de espada.

—Has venido a por mí.

—No existe ningún mundo — le susurró Trystan al oído conforme los alejaba del escenario en llamas— en el que no vaya a venir a por ti.

Evie alzó la vista y deseó no haberlo hecho.

Otro crujido.

Y el Teatro de las Tierras Muertas se derrumbó.

CAPÍTULO 47

trystan

Trystan Maverine solía considerarse un hombre paciente. Antes. Sin embargo, en ese momento, mientras trataba de abrir los ojos a la fuerza por décima vez en lo que parecían minutos interminables, se sentía más impaciente que nunca. Lo intentó de nuevo. Nada. Será posible… Hasta hace nada dirigía un negocio entero sin que nadie se atreviera a llevarle la contraria, y ahora ni siquiera su maldito cuerpo lo obedecía.

Probablemente porque un edificio se le había caído encima.

O más bien a su alrededor, cediendo ante el calor y las llamas justo cuando conseguía llegar a la puerta con ella en brazos. Perdió el conocimiento con el sonido de la tos de Sage de fondo y se despertó con alguien tocándole el hombro.

Oyó que algo se removía a su lado. Un leve sollozo.

Abrió los ojos de golpe y localizó el origen. Por supuesto que era así de fácil.

—¿Sage? — dijo, esbozando una mueca al darse cuenta de lo desgastada que sonaba su voz. Ella dio un respingo y se alejó de la cama. Tenía el pelo lleno de ceniza y un poco de hollín en la punta de la nariz, en una de las mejillas y en ambos hombros—. No me he muerto. ¿Por qué lloras? — Frunció el ceño—. A menos que llores porque no me he muerto. Lo cual sería un poco de mal gusto,

teniendo en cuenta que te he salvado la vida. Otra vez — añadió con ironía. Ella no dijo nada. Sus ojos claros estaban tan apagados, tan doloridos que Trystan enseguida cambió su actitud despreocupada—. Ese comentario ha estado fuera de lugar, te pido perdón…

Y entonces Evie se abalanzó sobre él y se echó a llorar contra su cuello. Después inclinó la cabeza y le dio un largo beso en la mejilla. Trystan sintió que se le formaba un nudo en la garganta y las lágrimas le quemaban los ojos.

—Al ver que no te despertabas, pensaba que te había perdido. Hui para no hacerte daño y al final te lo he hecho de todos modos… — Se llevó una mano a la boca para contener un sollozo y luego la retiró—. Salí corriendo a la primera de cambio. Soy una hipócrita. Soy una cobarde. Soy… — Empezó a alejarse de él.

Trystan la agarró para volver a acercarla y le tomó el rostro entre las manos con delicadeza. Ella se aferró a sus muñecas y apoyó la frente contra la suya.

—Puedes huir siempre que lo necesites, mi amor — le susurró con suavidad al oído—, y yo siempre iré a buscarte. En un abrir y cerrar de ojos me tendrás allí.

Ella se apartó con una ceja arqueada.

—He abierto y cerrado los ojos más de mil veces esta semana. Y ni rastro de ti.

—Pensé que necesitabas… — hizo una mueca al ver cómo ella abría los ojos, expectante— un poco de espacio. Te merecías algo de intimidad. No quería…

—Te apuñalé — lo interrumpió, soltando las palabras como si le pesaran dentro de la boca.

Observó con una adorable confusión la cicatriz curada de su hombro. La volvió a tocar y él la dejó, puesto que disfrutaba de notar el contacto con su piel.

—Además, te apuñalé con una daga mágica. Me he…, dioses, llevo todos estos días fustigándome por ello. Sé que las habilidades

curativas de Tatianna son excepcionales, pero esto es algo completamente distinto.

—Tatianna no me curó — murmuró Trystan, analizando cada pequeño movimiento de su rostro—. La herida se curó sola. O, mejor dicho…, yo me curé a mí mismo.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

—¿Te curaste a ti mismo? ¿Cómo?

—Antes de contarte lo que estoy a punto de contarte — se incorporó un poco más con un gruñido, ignorando el chichón de la cabeza causado por el impacto de algún escombro—, necesito que entiendas algo.

La manera en que Evie tragó saliva delataba su inquietud. Y la forma en que apartó las manos para dejar de tocarlo fue una absoluta tragedia.

—¿Sí?

Él le agarró una de esas manos y la atrajo hacia su pecho.

—Lo que pasó no fue culpa tuya, y, aunque lo hubiera sido, eso no habría impedido que estuviera aquí contigo ahora.

A ella le empezó a temblar la barbilla y soltó un suspiro de alivio.

—Entendería si…

—No. Fue. Culpa. Tuya. — Acentuó las palabras con la frente apoyada contra la de ella. Dioses, había echado tanto de menos abrazarla… El aroma de su cabello estaba velado por el humo, pero lo inhaló igualmente mientras le besaba la sien—. La daga estaba impregnada de magia. La misma que reside en tu hombro desde que Otto Warsen te apuñaló.

Le dio un momento para asimilarlo antes de terminar:

—La magia que me robaron a mí igual que te la robaron a ti… era la que había en tu daga.

Ella entreabrió los labios y desvió la mirada para analizar lo que le acababa de decir.

—Así que la magia de la daga, la que me ha estado protegiendo…, ¿era tuya?

Trystan le sujetó con cuidado el brazo por si sus siguientes palabras la hacían caer de espaldas.

—Sí. Y es la magia de un curandero de la esencia. Soy un… soy un curandero de la esencia.

Vaya, creo que le he roto los engranajes, porque ahora mismo no veo nada girando detrás de sus ojos.

Evie se había quedado en blanco. Estaba conmocionada. Tanto que se atragantó y se echó a reír, de una forma entrañable y preocupante a la vez.

—¿Tu propósito en esta tierra, según *La historia de Rennedawn*… — empezó a llorar de la risa y tuvo que secarse debajo de los ojos con el dorso de la mano— es librar al mundo de mí? ¿Y esa misma magia es la que me ha protegido todo este tiempo?

Su risa pasó a ser histérica.

Trystan se preguntó si debía entrar en pánico. Sentía que era lo más lógico.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? — le preguntó en voz baja.

—Una línea temporal que no intente matarme, por ejemplo. — Apoyó la cabeza en el pecho de Trystan mientras seguía moviendo los hombros, sin parar de reírse.

Daba miedo.

—Lo que quiero decir es que la magia del puñal me estaba buscando y que por eso no pudiste controlarla. No fue culpa tuya, y, aunque lo fuera… — Esperó a que ella lo mirara para terminar—. No pienso irme a ningún lado. *Jamás* te dejaré sola. ¿Queda claro?

Ella se limitó a asentir con un rubor en las mejillas.

—Bien. — Trystan sonrió—. Me parece que con repetírtelo unas cien veces más conseguiré que me creas.

Sage sonrió tanto que entrecerró los ojos. Después se desplomó en la cama junto a él. Trystan aprovechó para echar un vistazo a su alrededor. Estaban en una cabaña. ¿O tal vez era un cobertizo? Yacían sobre una cama arrinconada y había un lavabo algo destartalado y varios muebles esparcidos por el espacio, con un cojín por aquí y una mesita por allá.

—Ya sabía yo que ese caballero mojigato seguía ahí dentro en alguna parte, esperando para reprenderme. — Sage se incorporó y acercó un cuenco lleno de agua con movimientos torpes. Le pasó un trapo para que se limpiara el hollín de las manos y los brazos. Ella cogió otro para lavarse la cara.

Él se concentró en quitarse una mancha del brazo mientras respondía:

—La forma en que deseo reprenderte no tiene nada de caballerosa. Eso te lo aseguro.

Era cierto. Así que no entendió por qué ella se quedó mirándolo boquiabierta, como si le acabara de soltar una bomba.

—Lo estás haciendo a propósito. Te estás vengando de todas las veces que te hice atragantarte con la comida con mis ocurrencias, ¿verdad?

—Sinceramente… — Trystan arqueó una ceja—, solo estoy haciendo lo que me pediste. ¿Prefieres que mienta?

—Sí — espetó—. Miente.

Trystan se encogió de hombros.

Muy bien.

—Estaba soñando contigo justo antes de despertarme. Ha sido un sueño muy inocente. Nadie estaba desnudo. — Sonrió con aire burlón y se agachó cuando ella le lanzó un cojín del sofá.

—Miente mejor — resopló ella, poniendo los ojos en blanco.

—Te odio — dijo él, contemplando su precioso rostro con una mirada rebosante de ternura.

—¿Necesitáis un calcetín para la puerta? — preguntó Helena, la prima de Evangelina, al tiempo que entraba con una bandeja de comida—. Creo que sería de mal gusto, teniendo en cuenta que mi negocio ha quedado reducido a cenizas hace un rato, pero no quisiera ser una anfitriona mediocre.

Trystan se sorprendió.

—¿Esta es… tu casa?

Helena reaccionó a la pregunta como si Trystan le hubiera preguntado si el cadáver de un animal era su bolso.

—¿Estás loco? ¿Te parezco el tipo de mujer que duerme en un cobertizo? Necesito una almohada de plumas y conductos de ventilación centralizados para que los duendecillos echen aire frío o caliente según la época. Además, esto ni siquiera es una casa, es más bien un armario de atrezo. O lo era…

—Siento mucho la pérdida de tu teatro — dijo Trystan, y le dio un apretón cariñoso en la mano a Sage cuando vio la tristeza en su cara.

Helena hizo un gesto con la mano, aunque le temblaban los dedos.

—Tranquilo, odiaba lo antigua que era la arquitectura de ese edificio, y ahí había demasiados fantasmas. Además, lo que salvaste al usar tu magia para proteger a Evie y Fritz…

Sí. Recordó el resplandor iridiscente cuando las vigas comenzaron a caer y la forma en que la luz los había envuelto. Recordaba también a Fritz levantándose a duras penas para ayudar tanto a Trystan como a Evie a alejarse de ese edificio.

Y justo en ese momento entró el susodicho. Tenía un aspecto un poco maltrecho y un parche sobre el ojo que le faltaba.

—No dejes que te engañe. Vi cómo se le escapaba una lágrima cuando tu magia me curó. — Fritz sonrió, dando un codazo a Helena, y Trystan hizo caso omiso de la forma en que ella lo empujaba con una mirada de cariño.

Trystan había… había salvado a alguien.

La reacción alérgica era inminente.

—¿Qué le ha pasado a Douglas? — preguntó frotándose la cabeza.

—Ya estamos buscando a los hombres que orquestaron todo esto por órdenes de Benedict — dijo Raphael Fortis al entrar en el cobertizo con un zapato de Helena en una mano, algo que Trystan no logró entender—. Douglas ha huido gracias a la ayuda de uno de los aldeanos. Alguien leal a la corona, sin duda. Tengo autoridad para detenerlos en nombre de la familia Fortis. Encontraremos a ese cobarde.

—¿Qué hay de los demás miembros de la compañía? — preguntó Marv con cautela. Parecía tan perdido como Trystan.

—Escaparon por la salida trasera cuando comenzaron las llamas — intervino Helena con la mirada triste y el ceño fruncido, apartándose de la puerta para que Roland y Marv se unieran a ellos.

—Se han podido salvar muchas de las reliquias — le informó Roland a Helena, y ella respondió sorbiéndose los mocos.

—De todos modos, ya me estaba empezando a cansar del mundo del espectáculo. Lo reconstruiremos… para emprender una nueva aventura. — No parecía conmocionada, pero sus dedos temblaban al recolocarse la falda.

—Tenemos un excelente maestro constructor en la Fortaleza Fortis que podría ayudaros — dijo Raphael con tono huraño, sin dignarse a mirar a Helena.

—Maravilloso, pero antes de entrar en el asunto de la carpintería… — intervino Trystan, cansado de observar, aunque se detuvo un momento antes de seguir hablando—. ¿Alguien me puede explicar qué coño hacen aquí los hermanos Fortis?

—Hacer lo correcto por Rennedawn, a diferencia de los jodidos políticos que alimentan esta pesadilla a base de codicia — gruñó Raphael.

Sage juntó las manos y clavó la vista en ellas con actitud recatada y las pestañas revoloteando.

—En realidad, ha venido a confesarme su amor.

—¡Oye! — ladró Raphael.

—¿Qué? — espetó Trystan.

Pero los ojos azules de Sage centellearon cuando cruzó la mirada con él.

—Solo intentaba relajar el ambiente.

Trystan entrecerró los ojos.

—¿Haciéndome enfadar?

Ella respondió sin mostrar ningún remordimiento.

—Sí.

Raphael dio media vuelta.

—Será mejor que os dejemos solos — dijo saliendo del cobertizo. Lo siguió Helena poniendo los ojos en blanco. Marv se despidió con la mano cuando Roland lo instó a salir también.

—No me atrevería, señorita Villana — la desafió Trystan con una voz suave en cuanto se quedaron solos.

—Me he ganado ese título. — Sage hizo una mueca, avergonzada, mientras jugueteaba con sus rizos.

Trystan sintió como si ella le hubiera metido la mano en el pecho y hubiera empezado a golpearle el corazón con un martillo.

—Evie, no era mi intención…

—No — lo interrumpió—. No pasa nada. No importa. Me asusté, pero… creo que necesitaba asustarme así para recordar.

—¿Recordar qué? — preguntó él.

Ella hizo un sonido como si estuviera pensando.

—Lo valiente que soy. Y, bueno, que me gusta bastante ser malvada. Siempre me ha gustado. — Le acarició la mejilla—. La Villana y el curandero de la esencia.

Juntos.

Pero condenados.

CAPÍTULO 48

reymundo

Cuando Alexander Reymundo Kingsley era pequeño, solía jugar a un juego con sus amigos. Un juego en el que les decía dos verdades y una mentira.

Se preguntaba si esos mismos amigos sabían que nunca había dejado de jugar. Que toda la vida del príncipe Alexander se sustentaba sobre verdades selectivas y mentiras aún más selectivas, y que así sería siempre. Estaba tan resignado a ese modo de existir que ya casi no distinguía la diferencia.

Para su beneficio, supuso. Una mentira era más convincente cuando las personas de su entorno se la creían.

Nadie cuestionaba jamás a la rana. Al pobre hombre atrapado en algo que no era. Era fácil compadecerse de un príncipe y desear que fuera lo suficientemente bueno como para ignorar las señales evidentes y la verdad que te miraba con insolencia a la cara.

Alexander, sin embargo, era un excelente juez a la hora de detectar si alguien mentía.

Y esa anciana que estaba entrando en la oficina de El Villano del brazo de Keeley, afirmando ser una simple bibliotecaria…, no era lo que parecía.

—Mo, aquí es donde trabajo. Con nosotros estarás a salvo. — Keeley la ayudó a pasar y la sentó en una silla—. Han atacado la

biblioteca pública — explicó con frustración—. Me he visto obligada a traerla aquí.

Gideon hizo un gesto con la mano hacia Tatianna, Clare y Reymundo.

—Ha sido idea mía. Si necesitas echarle la culpa a alguien delante de Trystan, ya sabes.

—Todo este alboroto es innecesario, Keeley. Estoy perfectamente bien y hay mucho que limpiar en la biblioteca. — Mo intentó levantarse, pero puso una mueca de dolor y volvió a dejarse caer en la silla.

Tatianna entró en acción.

—Déjame echarte un vistazo. — Sus manos brillaron con un cálido resplandor amarillo, escaneando a la mujer en busca de lesiones.

A Alexander le supo mal haber sospechado de ella. Tantos años interiorizando las mentiras le habían pasado factura; se sentía inquieto y nervioso.

—¿Un poco de agua, mi señora? — le preguntó a la mujer, sacando a relucir sus modales de sangre real.

Los ojos de Mo brillaron.

—Gracias, querido. Tienes madera de príncipe.

La sala se quedó en silencio, pero todos se recuperaron al darse cuenta de que Mo solo había utilizado esa expresión de forma inocente. Era un cumplido, no una acusación.

Alexander fue hacia el aparador con la jarra y llenó el vaso con las manos temblorosas. Se lo entregó a la anciana con un sentimiento de orgullo por haber completado una tarea, por sencilla que fuera. Supuso que habría sido más impresionante si lo hubiera hecho con las patas palmeadas.

Aunque así atraía muchas menos miradas.

—Solo noto algunas contusiones — explicó Tatianna—. Si quieres, puedo aliviar el dolor mientras se curan.

Mo asintió.

—Eso sería fantástico, querida.

Tatianna se puso manos a la obra y Gideon sacó un libro de su bolsa.

—Hemos encontrado *Mi amor, mi sol,* Blade. Es este, ¿verdad? — El libro, encuadernado en cuero, era de colores vivos y, a juzgar por los dibujos grabados en la cubierta, estaba claramente destinado a un público infantil.

—Sí, es este — respondió Blade, y se perdió en un recuerdo entrañable mientras le daba la vuelta—. ¿Una primera edición? Aquí pone «Propiedad de Moira». — Blade arqueó las cejas y le dedicó a Mo una sonrisa amistosa—. La biblioteca de Rennedawn está sin duda bien surtida. ¿Cuántos de los libros que contiene los ha aportado usted?

Mo hizo una mueca de dolor cuando Tatianna le tocó una zona sensible.

—Muchos.

Keeley se tensó al percibir los signos de dolor de la anciana.

—¿Traigo una bolsa de hielo de la cocina?

Mo sonrió.

—Y un poco de té para los nervios, si no es mucha molestia.

Keeley ya se había marchado, con Gideon siguiéndola.

—Espera. Yo te ayudo.

—Qué bien…

Eso fue lo último que Alexander escuchó antes de volver a centrar su atención en la mujer que tenían delante.

—¿Por qué la han atacado? — preguntó Alexander, incapaz de contenerse. Era la primera vez que hablaba sin un propósito claro. Excepto con la aprendiz de hechicera.

Un error, a juzgar por las miradas incómodas.

Mo, sin embargo, se rio por lo bajo. Se le cayeron las gafas de la cara y quedaron colgando de la cadena de cuentas que llevaba alrededor del cuello.

—Una biblioteca es un refugio. Un lugar donde uno puede ser cualquiera. Donde el conocimiento y la empatía convergen. — Le lanzó una mirada significativa a Alexander—. Para un hombre como

Benedict, esas cosas suponen más una amenaza que cualquier arma.

Cierto.

—Era este pasaje el que nos mostró *La historia de Rennedawn*. — Blade abrió el libro y señaló una página.

Rebecka se acercó a él para leer el texto.

—¿Qué demuestra esto? Aparte de que ha habido un plagio evidente.

Alexander extendió la mano.

—¿Puedo verlo? — preguntó con amable cortesía, y Blade se lo entregó sin dudar. Cuando Alexander vio la página, la ilustración que la acompañaba le puso la piel de gallina.

Era una representación de fragmentos de vidrieras de colores. Había un hombre y una mujer, ambos sin rostro, tendiéndose la mano en un campo de flores, con los cuerpos colocados como si estuvieran corriendo mientras la luz los rodeaba. Alexander se quedó hipnotizado por sus dedos, a punto de tocarse, pero sin llegar a hacerlo.

La tristeza que lo invadió fue instantánea y abrumadora, como si ese momento le estuviera sucediendo a él. Era el asombroso poder de los libros. ¿Cómo era posible que se le rompiera el corazón por alguien a quien nunca había conocido?

Y aun así…

—¿Es posible que sea una de las vidrieras de la mansión? Eran distintas antes de que el jefe las modificara para recrear imágenes sanguinarias — sugirió Becky.

—Alexander es el que lleva más tiempo viviendo aquí — dijo Tatianna, señalando la página y mirando a Reymundo—. ¿Te recuerda a alguna de las ventanas de la mansión?

Alexander volvió a examinar el grabado detenidamente, fijándose en cada detalle con atención. Al final levantó la vista y respondió tenso pero con sinceridad:

—No es de la mansión. — Hizo una mueca de dolor.

Y, sin motivo ni aviso previo, su cuerpo se transformó. Se le encogieron las extremidades con rapidez y sintió una profunda incomodidad mientras su visión del mundo se reducía considerablemente y todo a su alrededor duplicaba y luego triplicaba su tamaño.

Volvía a ser una rana.

Se apresuró a escribir una palabra en un cartelito.

UF.

—Lo siento. — Clare hizo un gesto de pena, lo cogió, lo apartó de la ropa que se había quedado tirada por el suelo y lo dejó en una silla—. Piensa como un humano. Piensa como un humano — repetía como si fuera un cántico.

—Quizá si empieza a pensar como una rana cuando es humano… — Mo ofreció el vago consejo con una risa ronca, y luego volvió a centrar la atención en el libro infantil—. Si es un pasaje de *La historia de Rennedawn* y de verdad poseéis un ejemplar, deberíais compararlos.

—¡Lo tengo! — exclamó Lyssa entrando en la habitación con el libro en las manos, y Reymundo croó como si se le escapara una carcajada que tuvo que detener tapándose la boca. ¿Había estado todo este rato ahí detrás esperando su momento?

Admiraba que tuviera tanta paciencia.

—¿Cómo lo has sacado de la caja fuerte? — preguntó Blade.

Lyssa parpadeó.

—Le he robado las llaves a Trystan.

A Rebecka no le hizo ninguna gracia.

—Vamos a tener que controlar esas manos largas, ladronzuela.

—Fueron órdenes de Florencio. — Lyssa levantó el caracol muy seria.

Blade estaba a su lado, haciéndole un sutil gesto de aprobación con el pulgar.

—Yo la creo. Este caracol no es de fiar.

Lyssa sonrió, abrió el libro y se lo acercó a Mo, pero se quedó paralizada.

—¿Moira? — susurró Lyssa.

Mo le dedicó una sonrisa inquisitiva.

—Ese es mi nombre completo, sí.

Lyssa parecía asustada. Dio un paso atrás. Y luego otro.

Alexander se aproximó al instante, poniéndose delante de la niña, dispuesto a protegerla en caso de ser necesario a pesar de su diminuto tamaño. Algo en el brillo de los ojos de Mo le daba mala espina. Furioso, garabateó una palabra.

No.

—¿Quién eres? — quiso saber Lyssa.

—Moira. — La bibliotecaria se mantuvo imperturbable mientras el libro que Lyssa tenía en las manos comenzaba a temblar hasta que se le escapó de los dedos y cayó en los de Mo—. Te he echado de menos — susurró, pasando los dedos por las primeras páginas—. Y os pido perdón a todos.

—¿Por qué? — preguntó Gideon, a punto de entrar en pánico por el cambio de tono que se había producido en la sala.

—Por esto.

El libro se abrió y, uno a uno…, los engulló a todos.

CAPÍTULO 49

EVIE

—¿Cómo es posible que mi daga siga teniendo poderes si te los devolví al clavártela? — preguntó Evie con escepticismo mientras caminaba con Trystan por el bosque de Hickory. Se habían despedido de Helena. Marv y Roland habían acordado volver y quedarse unos días más en la Fortaleza Fortis para probar más remedios contra el veneno de Marv.

—Creo que es porque aún hay un pedazo de mi magia viviendo dentro de ti. Ahora te pertenece.

Evie era una egoísta. Porque quería más que una parte; lo quería todo. La daga vibró a su lado. La llamada de la cicatriz era ahora un poco más débil, pero cálida y reconfortante, al igual que el hombre a su lado.

Iban tranquilamente de camino a la mansión. Sin prisa. Disfrutando de la presencia del otro tras tanto tiempo separados.

Siete días.

Tan dolorosos que les habían parecido siete años.

No quería pensar en ello.

—¿Por qué Benedict hizo que Otto Warsen la imbuyera en una daga? ¿Por qué no en la flor de la memoria, como las otras veces que robaba magia?

—Supongo que la magia de un curandero de la esencia era demasiado potente para la flor de la memoria, así que se le ocurrió esconderla dentro de una daga que Otto Warsen estaba forjando para guardarla a buen recaudo.

—Y fue con la que me atacó.

Trystan se tensó a su lado, apretando el puño a la altura de la cintura.

—Sí, es la que usó para agredirte.

—Te recuerdo que ya está muerto — le dijo ella dándole un codazo en el costado. Acto seguido se aferró a él al notar que la levantaba sin previo aviso. Era para evitar que pisara un charco. Una vez superado el obstáculo, volvió a dejarla en el suelo con cuidado.

—Lo cual me alegra mucho — respondió Trystan—. Por el bien de mis instrumentos de tortura.

Evie intentó no derretirse.

—Conque eres un curandero de la esencia, ¿eh? — Sonrió con aire burlón, mirándolo de arriba abajo—. ¿Vas a dejarte crecer una larga barba y recorrer el continente organizando celebraciones espirituales?

—Es un tanto contradictorio, ¿verdad? — reflexionó él—. Que mi tipo de magia sea curativa.

Evie pensó en los últimos meses, en lo mucho que Trystan se había esforzado en proteger a sus seres queridos.

—No — contestó con naturalidad—. No me parece nada contradictorio.

Él se puso rojo y respondió con brusquedad:

—Vale. Suficientes piropos por hoy.

—Ni hablar. ¡Aún no he elogiado lo guapo y galante que eres! — Ella se rio y él se giró de golpe para capturar el sonido de su risa con los labios. La sonrisa fue sustituida por una sensación de calor.

—Ya me lo dirás más tarde — le susurró al oído, y luego se enderezó, transformando la expresión de picardía por una seca indiferencia.

Ella sonrió mientras se volvían a poner en marcha.

—Pobre Helena — dijo, pensando en que su prima se había quedado sin negocio. Era un intento por alejarse de ese terreno pantanoso cambiando de tema—. ¿Estás seguro de que es prudente dejarla sola con Raphael?

—Helena parece perfectamente capaz de valerse por sí misma.

—No, si el que me preocupa es Raphael — lo corrigió Evie entre risas.

—Marv y Roland no podían quedarse, y he dado por hecho que no querrías que Helena se encargara sola de los restos del incendio.

Marv aún poseía información valiosa y no podían sacarle nada sin que el veneno acabara primero con él.

—Así es. Ha sido una buena idea. — Tropezó con una rama y la miró con mala cara—. No me parece justo que, además de ser una villana, también tenga que ser torpe.

—Yo creo que precisamente de ahí nace tu historia como villana — añadió Trystan en tono distendido—. Evie Sage: buscada por chocar contra una mesita auxiliar.

Ella puso los ojos en blanco… y luego volvió a tropezar, esta vez con una mata de musgo.

Él la sujetó y el calor entre ellos se intensificó. La oscura niebla que había estado reprimida durante la estancia de Evie en Villa Corazón los rodeó. Las manos de Trystan también empezaron a brillar con una luz opalina iridiscente que se mezclaba con la oscuridad. Cuando ambas se encontraron, fue como si cada parte de sus cuerpos se tocara.

Ella ahogó un grito y él también. Los dos se quedaron mirándose durante cinco largos segundos.

Y entonces la tregua terminó.

Con un jadeo, Trystan la atrajo hacia sí y la magia los envolvió en una ola de poder.

—Te deseo — dijo, posando las manos en las mejillas de Evie y formulando una pregunta con los ojos.

—Sí — susurró ella, soltando un sonido de placer cuando la levantó en brazos.

Dio un par de vueltas hasta encontrar una raíz de árbol lo bastante grande como para crear cierta intimidad en medio de aquel bosque desierto. Mientras la llevaba, ella le rasgó la camisa desde el cuello hasta partirla por la mitad para poder tocarle la piel.

Él gruñó contra su cuello, mordisqueándole la piel de una forma tan descontrolada que Evie se volvió febril de deseo. Se tumbaron sobre la hierba que había al lado de la raíz y Trystan la hizo rodar hasta que quedaron escondidos debajo.

—Si viene alguien, nos tocará salir corriendo — murmuró deshaciéndole la trenza. Después le pasó los dedos por el cabello, peinándole los rizos.

—Hablando de correr… — dijo ella con una expresión pícara.

Trystan se sonrojó aún más.

Evie se rio ante su actitud pudorosa. Le deslizó un dedo por el pecho y sintió un poder embriagador cuando llegó a los pantalones y le metió la mano por dentro. Los ojos oscuros de Trystan centellearon.

—La verdad es que no me preocupa correrme — añadió ella—. No hay necesidad cuando estoy contigo.

—Y procuraré que así sea siempre.

Él soltó un gruñido, apenas capaz de articular palabras, tirando del vestido de seda azul que Helena le había prestado para dejar al descubierto sus pechos y meterse uno en la boca mientras jugueteaba con la lengua.

Ella gimió, agarrándolo del pelo. Notaba un hormigueo por todo el cuerpo. Comenzó a mover las caderas contra él y sintió que el calor del vientre se iba extendiendo. Jadeó al ver que se separaba para bajarse los pantalones y quitarle el vestido. Después se tumbó, con ella encima a horcajadas. Evie soltó un gemido al descender y enseguida empezó a moverse. Él la acercaba para darle besos posesivos en los labios, en las mejillas, en todas partes. Todas sus caricias eran perfectas. Con cada respiración compartían vida y certificaban lo mucho que su amor se había convertido en parte de su esencia.

Él no se iba a ir.

La amaba. Y no iba a dejarla sola.

—Eres mía. — Le dio un beso en el cuello—. Y yo seré tuyo siempre.

Evie se aferró a Trystan hasta que ambos alcanzaron el clímax entre gritos de placer. Después se derrumbó sobre él.

No tardaron en vestirse entre sonrisas tímidas y besos dulces. Mientras ella se daba la vuelta para que Trystan le abrochara el vestido, él le reprochó en tono jocoso:

—Mi camisa se ha ido al traste. — Trató de juntar ambos lados de la parte encorsetada y ella se tapó la boca para no reírse.

—Tendrás que decir que te ha atacado un animal salvaje.

—Es que eso es justo lo que ha pasado. — Trystan se rio cuando ella le dio un golpecito en el brazo—. Podemos decir que ha sido el mismo animal que te ha dejado esos moretones en el cuello.

Ella abrió la boca sorprendida y se llevó la mano al cuello, justo donde sentía que él debía de haberle dejado esas marcas de amor.

—Oh-oh…

Sin embargo, la alegría y el tono juguetón se esfumaron cuando, de repente, un destello de luz salió disparado hacia el cielo desde algún punto entre los árboles que no alcanzaban a ver.

—¿Qué es eso? — susurró Evie, y palideció al darse cuenta de la dirección de la que provenía.

Trystan confirmó sus sospechas al responder horrorizado:

—La Mansión Masacre.

CAPÍTULO 50

clare

Cuando Clare despertó, estaba rodeada de niebla. Ya no se encontraba en la Mansión Masacre, sino en otro lugar. Un lugar que conocía a la perfección.

Era la casa donde se había criado, aunque tenía un aspecto distinto. Menos deteriorada, menos fría. Parecía… habitada. Un chirrido procedente de la puerta la sobresaltó y retrocedió. Era Trystan. Pero no. Era el Trystan del pasado, tendría unos seis años. El niño salía corriendo al jardín.

—¡Atención, atención! Como rey de nuestro club, decreto que a partir de hoy nadie podrá robar peonías del jardín de la señora Lalula. Sí, esto va por ti, Tatianna.

Tatianna había seguido a Trystan al exterior y tenía los bracitos cruzados en señal de indignación. Con esa carita y esos mofletes parecía una muñeca, sobre todo si los combinabas con la monstruosidad rosa y pomposa que llevaba como vestido.

—¿Hola? — Clare saludó con la mano, tratando de hacerse notar sin asustarlos.

¿Acaso Mo la había enviado atrás en el tiempo al abrir ese libro? Tatianna se volvió y sonrió. Salió corriendo en dirección a Clare y la atravesó sin vacilar. El torso de Clare desapareció en una nube de

humo por un instante antes de recomponerse. Si hubiera tenido estómago en ese momento, se le habría revuelto.

—¡Clare! — gritó Tatianna, y ella giró la cabeza rápidamente al oír su nombre.

No estaba preparada para verse a sí misma. A su yo más pequeño. Tendría unos cuatro años. Los días de su infancia solían mezclarse en su memoria. Solo recordaba algunos que la habían marcado por algún acontecimiento, más que por una fecha concreta.

Esta cicatriz en el labio superior me la hice cuando intentaba rescatar a un gato de un árbol. ¿Y ese agujero en el lateral de la casa? Apareció un día que intentábamos preparar magdalenas con azúcar de seis colores diferentes.

Sin embargo, el día que estaba viendo no parecía tener nada destacable. Estaba Trystan. También Alexander. Malcolm correteaba detrás de ellos, y Clare… La pequeña Clare y la pequeña Tatianna iban al frente, guiándolos hacia un lugar secreto para jugar a algún juego. Quizá uno de interpretar una historia u otro nuevo que se habían inventado.

Dioses, cómo echaba de menos esto.

No obstante, ya había quedado atrás. Esos tiempos no volverían. Era hora de aceptarlo.

—Esta vida era fantástica, pero ya no es la mía — susurró Clare. Y, con esas palabras, su cuerpo se sacudió. La casa, que ahora se hallaba a cierta distancia, se deformó hasta plantarse frente a ella con la puerta abierta, y una fuerza invisible la arrastró adentro.

—Estoy convencido de que ya está mostrando signos, Amara. ¿No te resulta emocionante? — Ahí estaba, el rostro joven de su padre. Vivo. Expresivo. Lleno de alegría. Lo echaba tanto de menos que no pudo evitar correr hacia él, pero, una vez más, la atravesó. A Clare no se le permitía formar parte de este recuerdo igual que no había podido formar parte del otro. Aunque… ella no había presenciado esa conversación de pequeña, ¿no? ¿O sí?

Aquello no era un recuerdo.

—Le he escrito a Benedict. Tiene que saberlo. — Amara parecía taciturna, menos perspicaz de lo que Clare estaba acostumbrada a verla. Llevaba la melena oscura recogida en un moño apretado que le enfatizaba los rasgos. Sus ojos negros se parecían a los de Clare y Trystan, salvo que los de ella no eran amables—. No creo que sea motivo de celebración, Arthur.

El padre de Clare frunció el ceño, frotándose su larga barba pelirroja.

—¿Por qué no? Que Trystan posea magia es una bendición. Toda magia es una bendición.

Amara se dio la vuelta con los brazos cruzados y un semblante sombrío. Su madre tenía un aspecto más joven, sí, pero incluso en ese momento notaba en ella una falta de juventud, una falta de alegría que a Clare a menudo le generaba preguntas. ¿La había perdido a causa de alguna gran tragedia? ¿O es que su madre había nacido sin ella?

—Ya, claro. No todos compartimos tu optimismo.

Arthur se mostró indulgente y manejó el temperamento de Amara con una habilidad que solo da la práctica.

—Amara, querida. Si estoy en lo cierto, Trystan será venerado. ¿No es eso lo que quieres para él? Yo sé que sí.

—Sigo sin entender por qué te preocupa tanto su futuro. No eres su padre.

Clare dio un respingo al mismo tiempo que su padre. Dioses, ¿esta mujer siempre había sido así de cruel? De hecho, sí. No la recordaba siendo de otra manera.

Arthur encajó el reproche tan bien como había gestionado todo lo demás.

—No, no lo soy, pero eso no cambia el cariño que le tengo.

Amara puso los ojos en blanco y se sirvió una copa de vino tinto hasta el borde.

—Ya, lo sé. Eres la viva imagen de la virtud, dando amor a niños que ni siquiera has engendrado. ¿Cómo puede alguien competir con tanta bondad? — La puerta se abrió con un chirrido y Clare se

sorprendió al ver a un joven Alexander entrando con paso vacilante. Tenía la actitud de alguien que se siente cómodo en una casa, pero no del todo—. Príncipe Alexander, ¿puedo ayudarle en algo? — se ofreció Amara con frialdad.

—N-no, gracias — tartamudeó este con la mirada fija en la cocina—. Bueno, en realidad…, ¿puedo tomar un vaso de agua?

La sonrisa de Amara no era nada amistosa, pero Alexander la siguió de todos modos. Clare se quedó allí, observando el rostro de su padre con un dolor tan agudo que tuvo que cruzar los brazos, agarrándose los hombros, como para evitar que todo su ser se desbordara.

La situación empeoró cuando él se dirigió con paso firme al otro lado de la habitación y sacó un gran libro del cajón del escritorio. Un libro que Clare conocía.

Ahogó un grito y siguió a su padre, asomándose por encima de su hombro. Se sorprendió al darse cuenta de que podía oler el aroma a hierbas que emanaba de su piel, causa directa de que dedicara los días a buscar medicinas para los enfermos y soluciones para el dolor. Su padre era quien había inspirado a Clare a trabajar con plantas mágicas, aunque con los años le había quedado claro que no compartía su don para aliviar el sufrimiento. Parecía dársele mejor provocarlo. Su padre pasó una página, luego otra, y otra más, todas en blanco salvo una, y esta la dejó abierta.

—Ay, Trystan… — murmuró. Y cuando Clare vio lo que hacía su padre, lo entendió.

El dibujo de aquella página parecía el bosque de Hickory, pero no lo era. Había hileras interminables de tocones de árboles: un suelo forestal ralo, flores marchitas y muertas, con un texto en cursiva al lado que Arthur leyó en voz alta.

—«Todo debe ser destruido antes de ser revertido. Terminar es comenzar, perder es ganar. Rennedawn cambiará para siempre».

La voz que Arthur utilizó para leer el pasaje era la misma que usaba siempre cuando Clare se iba a la cama y él le contaba algo serio o le daba consejos. Tenía un deje de autoridad que la

tranquilizaba, el de un padre que sabías que velaba por tu bienestar; que no solo te quería, sino que también te apreciaba. Clare extendió la mano hacia él, pero esta lo atravesó a la altura del hombro; se le encogió el corazón cuando su padre giró la cabeza, se tocó justo esa parte y sonrió levemente. De pronto se escuchó un estruendo proveniente del exterior. Arthur dejó el libro abierto sobre la mesa, cerró los ojos y salió de la estancia a toda prisa.

Clare se dispuso a seguirlo, pero las páginas del libro revoloteaban tan rápido que temió que echara a volar, como las alas de un colibrí. Al final se detuvo en una página: la contraportada. Allí había grabada una frase que captó su interés y lo paralizó todo. Incluida a su madre, que había vuelto a entrar a la sala y ahora estaba rodeando el sofá para ir a mirar la misma página que había llamado la atención de Clare.

A mi querida amiga, Destino. Que nuestros años juntas sean tan fructíferos como las historias que hemos creado. Y que terminen exactamente como queramos.

Y debajo de eso…

A mi querida amiga, Porvenir. Que todos nuestros años juntas estén llenos de finales felices y momentos alegres. Allá donde el color se asome para salvar a quienes atraviesan las noches más grises. Y que terminen exactamente como deben terminar.

Eso no fue lo que sorprendió a Clare. Fueron las marcas de arañazos sobre el nombre de Destino. Mostraban enfado. Había rabia.

El Destino y el Porvenir en su día habían sido buenas amigas. Sin embargo, algo había cambiado, algo había salido mal.

Amara interrumpió la lectura, se dirigió hacia la puerta y, cuando la abrió de un tirón, Clare ahogó un grito y se cayó de espaldas, atravesando varios muebles.

La madre de Evie estaba en la puerta. Su padre también. Al entrar, apareció una tercera figura: Benedict. Nura llevaba en brazos a un bebé con una mata de pelo oscuro y rizado.

Evie.

—¿Estás seguro de esto, Griffin? — titubeó Nura. Era unos veinte años más joven, una mezcla perfecta entre Evie y Lyssa. Se parecían tanto que Clare tuvo que parpadear y frotarse los ojos para asegurarse de que lo que veía era real.

—¿Qué otra opción tenemos? — razonó Griffin, quitándole el bebé de sus manos temblorosas y cruzando la habitación hacia Arthur, que ya estaba de pie, saludándolos con expresión adusta—. Hola, Arthur. Te agradezco lo que vas a hacer por mi familia.

Arthur mantenía la mirada baja y Clare agitó una mano delante de él antes de echar un vistazo al bebé que llevaba en brazos. Tenía solo unos días de vida y había una neblina oscura jugando entre los ricitos que le enmarcaban el rostro.

No. Ay, no. Era ahí. Ese era el momento en que habían cambiado el destino, en que lo habían modificado todo.

Justo entonces llegó Renna Fortis con una planta. La de la memoria. Iban a quitarle la magia a Evie y…

El pequeño Trystan entró corriendo. Se sobresaltó al encontrarse tantos adultos en la sala. Arthur se mostraba avergonzado, no paraba de pasarse la mano por la cara y la barba. Su cálido hogar ya no parecía tan cálido, y se volvió aún más gélido cuando Amara cruzó los brazos y saludó con la cabeza a los recién llegados. O bien los estaba esperando, o bien se le daba genial fingir serenidad ante la presencia de varias caras nuevas, incluido el dirigente del reino.

—¿Empezamos, entonces? — preguntó Amara con un tono demasiado alegre para el acto que estaba a punto de cometer—. Trystan, ven aquí.

Trystan no se movió. Miró a Nura Sage, que se había acurrucado en un rincón, conteniendo las lágrimas. Se acercó a ella y, con una sonrisa, le tendió un pañuelo amarillo que llevaba en el bolsillo.

—Para usted, mi señora.

Nura lo aceptó como quien toma el ala de una mariposa, incapaz de mirar al niño cuya vida estaba a punto de cambiar para siempre.

—Es encantador, Griffin. ¿Cómo vamos a…?

—Es él o Evie, Nura — espetó Griffin. Al hombre ya no le quedaba ni un ápice de paciencia.

—Mantenga la calma y no se preocupe, señora Sage — dijo Benedict con una sonrisa ensayada para tranquilizar a su gente—. La magia del curandero de la esencia con la que ha nacido Trystan acabará destruyendo la oscuridad de su hija. Simplemente vamos a sacarla a ella primero de la ecuación.

El pequeño Trystan se aproximó a Arthur y le tiró de la mano. Arthur se negaba a mirarlo y Clare tenía ganas de chillar. El bebé se puso a llorar cuando Renna le acercó la flor, y la niebla que ahora desprendía su cuerpecito emitió un sonido espantoso.

—¡Para! ¡Le estáis haciendo daño! — gritó Trystan, y corrió hacia Benedict. No entendía nada, pero sabía que la niña estaba sufriendo.

Arthur lo agarró por la cintura.

—No pasa nada, hijo mío. Te lo prometo. Todo irá bien.

La escena se congeló y una voz llamó desde algún lugar a la derecha de Clare. Era como un susurro, como cuando se te cuelan dudas en la mente.

—Puede detener lo que está ocurriendo, ¿lo sabía? — dijo la voz.

—¿Qué? — musitó Clare a su vez—. ¿Detenerlo? ¿Cómo?

—Desee que nunca haya sucedido. Que sus destinos nunca se hubieran intercambiado, que sus caminos jamás se hubieran cruzado. Deséelo y se cumplirá.

Clare entreabrió los labios y jadeó. ¿Que deseara revertirlo todo? ¿Que Trystan nunca se hubiera convertido en El Villano? ¿Que su familia no se hubiera desintegrado? ¿Que ella jamás hubiera cometido los errores que la habían llevado hasta allí?

Qué diferentes serían todas sus vidas.

Era tentador. Muy pero que muy tentador.

Así que Clare fue la primera sorprendida cuando respondió con firmeza:

—No.

—¿No? — preguntó la voz.

—Quiero a mi hermano — susurró Clare—. Por mucho que desee que nunca hubiera sufrido este dolor…, el caso es que lo sufrió. Borrarlo, revertirlo…, por los dioses, eso me convertiría en una hipócrita. Otra vez.

—¿Está segura? — insistió la voz.

Que los dioses la ampararan.

—Mi amor no depende de sus buenas o malas decisiones. Acepto a mi hermano tal y como es ahora. No me gustaría cambiar nada de él.

Clare no veía a qué o quién pertenecía esa voz, pero habría jurado que notó como si sonriera.

—Enhorabuena, señorita Maverine. Ha pasado la prueba.

Y, cuando Clare se despertó sobresaltada, con un sudor frío en la nuca, se sintió más ligera de lo que se había sentido en años. Miró a Moira, que sonreía radiante, esperando a que Clare atara cabos.

—Usted no es bibliotecaria — dijo tapándose la boca.

Moira asintió y luego señaló a los demás, que estaban envueltos en hojas y enredaderas que brotaban del libro, con los ojos cerrados. Clare dio por hecho que cada uno tenía su propia prueba, de la que solo ellos tenían el poder de salir.

—¿Quién soy, Clare Maverine?

Ella suspiró.

—El Destino.

CAPÍTULO 51

blade

Blade se preguntaba por qué la gente temía tanto a los fantasmas del pasado cuando podía temer con la misma facilidad a los del presente.

Estaba claro que se encontraba en una visión, en un sueño. Su padre lo había regañado tanto a lo largo de la vida por su falta de atención que Blade se había entrenado para fijarse en cada palabra, cada detalle, por si acaso le pedían que repitiera algo. Cualquier cosa con tal de evitar la vergüenza de equivocarse.

Por eso en esta ocasión lo tenía claro: Moira no era una simple bibliotecaria. Aquello era un juego mental, así que Blade se recordó que debía permanecer alerta mientras observaba a su padre, en una versión más canosa que la última vez que lo había visto, entrar en el despacho del rey Benedict blandiendo unos papeles y gritando fervientemente:

—¡Estás acabado!

Nunca lo había visto tan furioso. Su rostro severo estaba enrojecido por la ira, tenía los puños cerrados y la cara tensa. Y se tensó aún más cuando Benedict sonrió.

—Vamos, vamos, Iven… No nos precipitemos. Ven, tómate una copa.

—Ha atacado la Mansión Masacre. Dos veces. ¡Mi hijo podría haber salido herido en el fuego cruzado, bastardo egoísta!

La acusación de su padre y el miedo en su voz al pronunciarla hicieron que Blade retrocediera un paso, con la boca entreabierta y el corazón acelerándose por la sorpresa. Se preguntó si lo decía solo para quedar bien delante de él… hasta que Benedict fue a abrir una ventana y prácticamente le atravesó el cuerpo. En ese momento se dio cuenta de que el rey no lo veía.

Lo que significaba que su padre tampoco.

Entonces, ese miedo, esa actitud protectora… ¿eran reales?

—Ten por seguro que tenía mis razones para atacar. — Benedict cruzó los brazos, con la vista fija en el paisaje.

—Ya no me importa. Cuando empezamos esta farsa, me juró que no llegaría tan lejos.

Benedict se giró bruscamente y agarró a Iven por el cuello. Blade soltó un grito y corrió hacia ellos, extendió la mano y… nada. Solo podía mirar.

Horrorizado, comenzó a bramar:

—¡No es real! ¡Sé que no es real!

Una voz le susurró desde arriba:

—Yo no hago más que revelar.

Su padre intentó arañar los ojos de Benedict, pero el rey lo mantuvo inmovilizado.

—Es exasperante que se te despierte la conciencia tan tarde, Iven. — Luego soltó al hombre como si solo le hubiera dado una palmadita en la espalda, imperturbable—. No sea que haga que tu hijo lo recuerde por ti.

El pecho de Blade se agitó.

Iven levantó los papeles que llevaba apretados en el puño.

—No meta a mi hijo en esto o mañana los panfletos de noticias tendrán esta exclusiva en portada.

Cuando Benedict extendió la mano hacia los papeles, Iven enderezó los hombros, luciendo más orgulloso que un momento antes.

—Ya he hecho copias. Y, si nos pasa algo a mí o a mi hijo, se hará público.

El rostro de Benedict se transformó… en una expresión de diversión.

—Muy bien. Haz lo que quieras.

¿Qué?

¿Acaso su padre estaba chantajeándolo con la información más inútil de la historia? *¡Sométete a mi voluntad, Benedict! ¡O el mundo sabrá la verdad sobre tu fetiche con los calcetines!*

—¿No le importa que el reino se entere de que está invirtiendo sus impuestos en una maldición?

Blade tragó saliva. *Lo siento, papá. Gran chantaje.*

En ese momento entraron varios Guardias Valerosos, pero Benedict les indicó que se quedaran en la puerta.

—Pronto ya dará igual lo que piensen. ¿Por qué debería seguir fingiendo que me importa?

Blade pensó que una cosa era sospechar que alguien poderoso era malvado y otra muy distinta era verlo y oírlo admitiéndolo con descaro. Tener la certeza de que el daño ya estaba hecho.

Qué gracia. Esta ocasión parecía ser la primera vez que Blade y su padre estaban de acuerdo en algo.

Justo cuando Iven se giraba para salir furioso de la sala, todos se quedaron inmóviles y Blade oyó una voz que lo llamaba.

—Desee el amor y el respeto de su padre y serán suyos.

—¿Qué? — Miró a su alrededor en busca del origen del sonido, pero no había nada, solo la escena congelada ante él.

—Si su padre le quisiera de verdad, estaría apoyando su causa. Sería un aliado en lugar de un enemigo. Si lo desea, puede descubrir lo que es que un padre te acepte tal y como eres.

Joder.

—¿Era necesario meter el dedo en la llaga? — espetó Blade señalando con un dedo acusador.

La voz se detuvo un instante.

—Tiene razón. Eso ha sido cruel.

Blade chasqueó los dedos, satisfecho de que le hubiera dado la razón.

—¡Y tanto que lo ha sido!

—Me temo que, aun así, debe decidir, señor Gushiken.

—No. — Blade hizo una pausa—. Ya no espero eso de mi padre.

—¿No quiere experimentarlo?

Blade se frotó la cara con una mano.

—Pues claro que quiero. ¿Cómo puedo esperar que mi corazón funcione bien si una pequeña parte de él siempre va a echar en falta el amor de un padre? Pero ya soy mayorcito. Tengo a mi gente. No quiero desear el amor de nadie que no quiera dármelo por voluntad propia. — Sonrió para sí mismo, murmurando—: Rebecka.

—Estupendo, entonces — dijo aquella voz con tono animado—. Bien hecho.

Con otra ráfaga de aire, Blade salió disparado hacia delante de entre un dosel de enredaderas y se dio de bruces con el suelo de la oficina.

—¿Rebecka? — Se levantó de un salto y empezó a buscarla—. ¿Tatianna? ¿Clare? ¿Reymundo?

—¡Blade!

—¡Clare! — gritó Blade al oírla. Se dio cuenta de que los otros tres seguían atrapados por las mismas enredaderas que lo habían inmovilizado a él, con los ojos cerrados y el rostro contraído, como si cada uno estuviera luchando su propia batalla interna. Clare lo miró como si tuviera el aspecto de alguien que regresa a casa tras una guerra, con una expresión de espanto.

—Estoy bien. He superado la prueba. — Blade le puso una mano en el brazo. Ellos dos nunca habían tenido oportunidad ni motivación para interactuar en profundidad, pero había pasado el tiempo suficiente con ella como para reconocer la inquietud en sus ojos oscuros. Eso despertó en él un instinto protector fraternal, supliendo la ausencia de Trystan.

—Lo sé. — Clare estaba angustiada, le costaba hablar y no paraba de mirar a los demás.

Blade no sabía por qué de repente le estaba entrando el pánico, pero no podía evitarlo.

—¿Te lo ha dicho Moira?

Rebecka, con los ojos aún cerrados, se estremeció entre las enredaderas. Blade estiró el brazo hacia ella, pero una rama espinosa le dio un latigazo.

—¡Ay!

—Lo sé porque Moira me ha contado la verdad — explicó Clare, tratando de hablar entre respiraciones entrecortadas—. Si no pasas, no…

Se detuvo y le dedicó una mirada tan adusta que podría matar la esperanza más rápido que un cuchillo.

—No vuelves a vivir.

CAPÍTULO 52

reymundo

Alexander Reymundo Kingsley fue arrastrado a través de la luz y el sonido hasta que aterrizó en los muelles del pueblo natal de los Maverine.

El cielo estaba nublado. Una mujer vestida de negro dobló la esquina y Alexander dio un salto hacia atrás.

—Amara. — La voz ronca de Alexander quedó sin respuesta, como si ella no lo hubiera oído. Le pareció extraño… hasta que lo atravesó.

Y tú que pensabas que ser una rana era raro…

—¡Winnifred! — La voz aguda de Amara era fría como el hielo.

¿Winnifred?

Y allí estaba ella, la pequeña hechicera con tendencia a atacarlo con boas de plumas. Vio que tenía ojeras cuando se acercó a Amara Maverine, con los hombros encogidos por los nervios.

—¿Sí, señora Maverine? ¿Puedo ayudarla en algo? — Era un milagro que Amara pudiera siquiera oírla de lo bajito que hablaba.

—¿Qué es esto? — preguntó Amara mostrando un trozo de papel.

Winnifred se inclinó para echarle un vistazo.

—Es el plano de distribución de los asientos que me pidió, señora. Para la cena previa al funeral. ¿Acaso… he puesto a alguien en el asiento equivocado?

—*Tú* constas en este plano de distribución. — Amara entrecerró los ojos y frunció el ceño con severidad—. ¿Por qué?

Winnifred abrió los ojos con miedo y sorpresa.

—Pues… pensé que quizá me permitiría ir, señora Maverine. Sé que técnicamente no formo parte de la familia…

—Ni técnica ni figuradamente, Winnifred — espetó Amara con crueldad—. Eres la criada.

La hechicera no pareció captar la advertencia en el tono de Amara y siguió hablando.

—Soy consciente de ello, y no me atrevería a… — Su voz se suavizó, ligera como una brisa—. Pero, si no voy yo, ¿quién la va a acompañar, señora?

Alexander supo, por la inocencia de sus ojos, que era una pregunta genuina; no había intención de zaherirla por mucho que se lo mereciera.

Amara se rio, y el sonido de su risa auguraba peligro. Sin embargo, Winnifred no se dio cuenta hasta que ya era demasiado tarde.

Amara la agarró del brazo con tanta fuerza que la joven soltó un grito:

—¡Ay!

Por un momento, Alexander se olvidó de que en realidad no estaba allí. Perdió los estribos y se acercó para apartar la mano de Amara con la misma delicadeza con la que ella estaba tratando a Winnifred. No obstante, sus dedos se toparon con el vacío.

—Escúchame bien, mocosa — masculló Amara—. Te he acogido. Te he alimentado. Te he vestido. Pero te juro por los dioses que, si vuelves a hablarme así, te convertiré en piedra igual que a tu madre. ¿Entendido?

Winnifred retrocedió sobresaltada y sus ojos vidriosos se tornaron de un color verde asombroso.

—Sí, señora.

Amara la soltó y Winnifred cayó de espaldas. Permaneció allí sentada mientras su señora se alejaba con paso firme. Sin llorar. Sin

decir nada. Solo mirándola. Reymundo estaba bastante seguro de que nunca había visto a nadie tan triste.

Al final, se dio cuenta de que la hechicera se había quedado paralizada.

—Puede cambiar esta situación — anunció una voz incorpórea desde arriba—. La suya es solo una de las muchas vidas alteradas para siempre por su transformación. Puede revertirlo: sálvela a ella y sálvese a usted mismo. Elija no haberse convertido nunca en rana. Esos diez años le serán devueltos. Todo será como debe ser.

Tantos años. Tantos cartelitos. Tantas, tantísimas moscas.

Podía revertirlo…

—No, no puedo — negó Alexander con la voz áspera.

—Sí que puede. Solo tiene que tomar la decisión.

—No. — Alexander estaba listo para que aquella pesadilla terminara.

—¿Está seguro? No volverá a tener otra oportunidad.

—Sabes perfectamente por qué no voy a decir que sí. — Le dio la espalda a Winnifred y se dirigió al otro extremo del muelle, buscando alguna grieta en esa falsa realidad. Aquello era un truco, no era real.

—¿De verdad? — se rio la voz ancestral—. Recuérdemelo.

—Porque aquel día que entré en la casa de los Maverine, ya sabía que me iban a convertir en rana — admitió. Las palabras le quemaban la lengua.

—¿De veras? ¿Cómo es eso?

—Porque fui yo quien lo organizó — gruñó.

Esa era la verdad.

Nunca la había pronunciado en voz alta. Ni siquiera se había permitido *pensar* esas palabras. Había preferido que Clare asumiera la culpa; él no podía permitírselo. No podía consentir que los demás supieran por qué.

Como se suele decir: la verdad te hará libre, pensó Alexander.

Y entonces Reymundo, el hombre, fue arrojado de nuevo al mundo real después de haber dicho su secreto en alto.

Por primera vez.
Aunque no sería la última.

CAPÍTULO 53

reymundo

Al diablo con los pulgares. Ser una rana era mucho más fácil.

Siempre caía de pie, por ejemplo.

No fue así cuando se liberó de las enredaderas y cayó, o más bien se estrelló, delante de Blade y Clare. El pelo oscuro le cubría los ojos mientras se levantaba y murmuraba:

—Ay.

—¡Has pasado la prueba! — exclamó Clare con los ojos brillantes y una amplia sonrisa. Hacía mucho que Alexander no veía una de esas sonrisas—. ¡Y vuelves a ser humano! ¡Ay, gracias a los dioses!

Alexander sintió que ella se alegraba de que él fuera buena persona y hubiese tomado la decisión correcta.

Y, aunque no era cierto, no tuvo valor para contradecirla.

—¡Moira! Tres de cinco es mayoría. ¿Qué tal si acabamos con esto ya? — Blade abrió los brazos, dirigiéndose a la bibliotecaria, que había vuelto a desaparecer.

No hizo falta insistir, pues en ese momento los ojos de Rebecka se abrieron de par en par, seguidos poco después por los de Tatianna. Ambas mujeres tosieron y se precipitaron al suelo en cuanto las enredaderas las soltaron. Alexander actuó por instinto y se arrodilló inmediatamente para ayudarlas a levantarse. Era extraño: como rana, nunca se comportaba de esa forma; prefería la irreverencia y

el ingenio a los modales cortesanos. Con el paso del tiempo, había dado por hecho que todos sus rasgos humanos habrían desaparecido. Sin embargo, ahí estaba, ofreciéndole el brazo a una doncella en apuros como el príncipe estereotípico que era. Tatianna le agarró la mano, sacándolo de sus pensamientos perdidos.

—Cielos, eso ha sido horrible.

—¿Estás bien? — preguntó Clare con los nervios a flor de piel—. ¿Qué ha pasado?

Ella soltó un gran suspiro, intentando recobrar la calma.

—Estaba Evie. Aunque no era ella. No sé… Trystan llevaba armadura. El escudo de Benedict.

No. No. No podía haber sido todo en vano. Alexander no pensaba permitirlo.

Había traicionado sus principios morales de formas que nunca se imaginó, había dejado que lo movieran por el tablero de ajedrez como un peón que simplemente se había subido al carro.

Alexander tomó a Tatianna por los hombros; su expresión sincera se topó con las cejas enarcadas de ella. Habló despacio, puesto que quería que lo comprendiera a la primera.

—¿El escudo del rey?

Tatianna asintió, suavizando el tono.

—Eran ellos, pero no de verdad. Una versión distinta, creo. Los que habrían sido si Evie hubiera conservado sus poderes y Trystan hubiese crecido siendo… el príncipe. He visto el resultado, y créeme: es horrible.

Alexander se puso rígido.

Becky, que parecía demasiado aturdida para añadir nada, se apoyó en Blade en busca de sostén.

—¿Has tenido que elegir con qué realidad te quedabas?

Tatianna tragó saliva.

—Me han dado la opción de cambiar el pasado, lo que a su vez alteraría el futuro. Un futuro en el que Clare y yo nunca nos hubiéramos separado. Nos habríamos casado y… — La curandera se quedó a media frase. Parecía afectada. Clare se encogió—. He dicho

que no; por supuesto que he dicho que no. — Un escalofrío—. No habría estado bien y…, bueno, me gusta cómo estamos ahora. — Tatianna le dirigió a Clare una mirada tranquilizadora antes de preguntarle a Becky—. ¿Y tú?

Pero antes de que esta pudiera decir una palabra, Moira apareció envuelta en una nube de niebla brillante.

—Hola, queridos. ¡Habéis hecho un trabajo espléndido!

Blade la miró con ira y soltó a Becky para acercarse a la mujer.

—Nos ha hecho pasar a todos por un tormento digno de las tierras muertas, ¿y para qué?

Moira juntó las manos.

—Llevo un milenio de más con vida. A mí también me gusta entretenerme un poco de vez en cuando.

Alexander tragó saliva para hacer desaparecer el nudo que se le estaba formando en la garganta.

—Entonces, ¿hemos terminado con esto ya?

Los ojos azules de Moira centellearon.

—Me temo que no.

Tatianna se incorporó, recuperando algo de fuerzas, las suficientes para protestar:

—¡Todos hemos pasado la prueba!

Puede que fuera la cara de diversión de Moira lo que hizo que todo el grupo se diera cuenta a la vez. Justo en el mismo momento en que la mujer murmuró:

—No, no todos.

Y entonces Rebecka Erring cayó al suelo.

CAPÍTULO 54

becky

Para ser sincera, la sensación de morir no era muy similar a la idea de morir. Más bien se parecía a vivir. Mucho ruido. Demasiado, ahora que se paraba a pensarlo. Se oían varias voces a la vez. ¿Estaba en las tierras muertas? ¿Las voces pertenecían a los entes que habían venido a acompañarla para cruzar al más allá?

—¡DEVUÉLVANOSLA AHORA MISMO O FLUFFY LA REDUCIRÁ A CENIZAS EN UN SEGUNDO!

Una amenaza muy elocuente.

Era Bladen. Así que… no estaba muerta.

En su mente, se encontraba en una habitación diminuta. Era *su* habitación, de hecho. La de la casita que había convertido en su hogar tras separarse de su familia y antes de conocer a El Villano. Era modesta, con un solo dormitorio, pero tenía una chimenea y un sillón amplio y mullido para leer. Los lujos de la vida eran más dulces cuando se los ganaba ella misma.

—No ha pasado la prueba — dijo otra voz. ¿Moira? La bibliotecaria. ¿Quién no había pasado una prueba? Desde luego, no se estaría refiriendo a ella—. Pero puedo conceder un gran favor a quienes sí la hayan superado. Cualquier favor.

—¿Podría… salvar a Rennedawn? — preguntó Clare con cautela.

—Por supuesto — respondió Moira.

—A ella — instó la voz de Blade—. Sálvela a ella y yo salvaré al reino. Pero solo si ella sigue viva.

Nadie se lo discutió.

Deseo cumplido.

Y, con ese pensamiento, fue succionada por la ventana de su casita. Al abrir los ojos, vio que estaba en la oficina, con la puesta de sol de fondo.

—Mi querida Rebecka… — Blade le había puesto la mano en la mejilla y había acercado la cara. Estaba tensa. Se le veía aterrado.

—No estoy muerta — dijo aturdida—. ¿Pensabas que te habías librado del papeleo? Pues no. Ni de mí tampoco. — Levantó las manos y le tiró de las comisuras para obligarlo a sonreír. No entendía por qué a él le resultaba tan extraño.

—¿Estás bien? — preguntó Blade, ayudándola a incorporarse, sin apartar la mano de su espalda.

Becky asintió.

—Sí, solo un poco… mareada. Espera — dijo, intentando ponerse en pie, con el pánico invadiendo cada rincón de su cuerpo—. Espera, ¿he…?

—¿Muerto? — sugirió el príncipe Alexander alzando un dedo.

—¡No! Por los dioses, a quién le importa eso — replicó Becky—. ¿He suspendido una prueba? Nunca he suspendido nada en mi vida.

Moira observaba desde lejos.

—Me temo que sí, querida, pero no se preocupe; sus amigos han utilizado su favor con prudencia y he podido traerla de vuelta del abismo.

—¡No!

—¡Rebecka! — protestó Blade.

—¡No! — repitió ella—. No, y una mierda de unicornio. Quiero volver a pasar la prueba. Yo no suspendo nada. El examen debe de tener algún error.

Moira se quedó desconcertada.

—Querida, no puedo hacerle otra prueba. No se puede regresar de entre los muertos dos veces. Solo una. — Moira hizo una pausa y luego añadió con seriedad—: Salvo que seas un gato. Entonces son unas ocho o nueve, más o menos.

—¡No puede hacerme esto!

—¿Qué te pasa? — preguntó Clare, impactada por aquella reacción.

—¡Shh! — Tatianna le dio un manotazo—. ¡Déjala! Nunca la había visto perder los estribos así. Quiero ver qué sucede.

Becky avanzó con paso firme hasta situarse justo delante de la mujer que jugaba a ser titiritera con sus emociones.

—Soy Rebecka Eriania Fortis, heredera de la fortaleza de la familia Fortis y jefa del Departamento de Recursos para Humanos y Criaturas Mágicas de la oficina de El Villano.

Dio una patada al suelo y oyó que Lyssa soltaba una risita.

—Yo. No. Suspendo.

Las plantas de la oficina se pusieron firmes ante sus palabras, pero ella las ignoró. Su conexión con la flora que crecía en Rennedawn seguía siendo más fuerte dentro de los confines de las propiedades de su familia, aunque parecía que su poder estaba empezando a extenderse a otros lugares, justo a tiempo para que fuera absorbido por culpa de una profecía.

Moira sonrió radiante.

—Muy bien. Ha pasado la prueba.

Becky perdió fuelle y sus palabras salieron entrecortadas.

—Que he… Espere… ¿De verdad?

Moira le guiñó un ojo.

—Su mente era demasiado práctica para trabajar con un recuerdo. Supuse que una prueba en vivo sería más eficaz… y entretenida, además.

—Será… — Pero antes de que Becky pudiera demostrarle a Moira lo «entretenido» que podía resultar un puño en su cara, Blade la agarró por la cintura y la apartó—. No pensaba pegarle — refunfuñó, quitándose al adiestrador de dragones de encima. Se esforzó en

evitar que la media sonrisa del hombre le acelerara el corazón. Fracasó—. ¿Qué miras?

La mirada de Blade se suavizó.

—A ti, mi bella Rebecka. Siempre te estoy mirando a ti.

—Es verdad — confirmó Alexander con esa voz ronca de la que parecía incapaz de deshacerse.

De pronto, se oyeron unos gruñiditos y las crías de los gubres entraron en la oficina, corriendo a toda velocidad hacia Moira.

—Hola, tesoros. — Cogió a cada uno con una mano y los acunó en su regazo.

—Las criaturas del destino — murmuró Rebecka—. Usted las creó.

Moira los miró con cariño antes de volver a dejarlos en el suelo. Entonces corrieron hacia las faldas de Rebecka.

—Antes solo existían en mi cabeza y ahora… ahí están.

—Gracias a los dioses que a mis pensamientos no les pasa eso. — Blade se estremeció—. La cosa se pondría *muy* fea *muy* rápido.

Rebecka soltó una risa ahogada y el domador de dragones posó una mano en su cadera para atraerla hacia él.

—Qué mal rato he pasado — dijo Blade sin soltarla.

—¡Yo también! — añadió Lyssa, saliendo de su escondite debajo de uno de los escritorios—. ¿Por qué a mí no me ha hecho vivir una de esas historias para ponerme a prueba? — le preguntó a la bibliotecaria frunciendo el ceño.

Moira sonrió con cariño a la niña.

—Porque, querida, *tú* eres la historia.

CAPÍTULO 55

lissa

Moira sonrió y le tendió la mano a Lyssa. La niña dio un paso adelante para cogerla.

—El libro pone a prueba la dignidad de quienes lo leen contándoles una historia. Sin embargo, no necesitaba ponerte a prueba a ti, Lyssa Sage, porque ya has demostrado que eres digna; una narradora por derecho propio.

Lyssa la miró con asombro.

—Yo escribí sobre usted.

Destino le guiñó un ojo.

—Y yo escribí sobre ti antes de que Rennedawn fuera como lo conoces.

Dado que ninguno de ellos dijo nada, Destino se sentó para contar una historia. Una que Lyssa ya se sabía antes de que las palabras salieran de su boca.

—Érase una vez dos de las mejores amigas que jamás han existido: Destino y Porvenir. Ambas solían soñar con el mundo que los dioses mágicos habían pintado y dejado atrás, y con las historias que en él se desarrollaban. A Destino le encantaba la idea de un mundo donde sus historias cobraran vida propia, mientras que Porvenir deseaba el control por encima de todo. Al final, acabaron

enfrentándose por las profecías que habían nacido de su imaginación.

—La profecía de *La historia de Rennedawn* — susurró Becky.

—Y otras. Para la creación del continente mágico, escribimos una historia. Una nueva para cada reino. Pensé que era algo inofensivo; al fin y al cabo, ¿qué mal hay en jugar con unas pocas vidas humanas? Pero, tras observar a la humanidad, me di cuenta del daño que causaban tales historias. Le dije a Porvenir que ya no quería seguir, que era hora de dejar de lado nuestras narraciones y permitir que el mundo hallara su propio final.

—Pero la magia se está extinguiendo. La profecía no puede simplemente no cumplirse — argumentó Clare.

El sol se estaba poniendo, la luz de la oficina se atenuaba. Destino prosiguió:

—La profecía se cumplirá. Debe hacerlo para que Rennedawn siga poseyendo magia, y Porvenir querrá asegurarse de que ocurra tal y como ella desea, tal y como lo planeó. Pero sabed que quiénes sois y qué hacéis con vuestra vida son elecciones que os pertenecen. No pueden arrebatároslas, por mucho que lo deseen los poderes fácticos.

Eso hizo sonreír a Lyssa y a la señorita Erring. Sonrisas de verdad. Porque era cierto: la vida no había transcurrido en absoluto como Rebecka había planeado. Creció como la hija mayor de una familia a la que se desvivía por complacer y acabó teniendo un trabajo de oficina, enamorándose de un entrenador de dragones y haciéndose la mejor amiga de una niña pequeña y de su hermana mayor, ambas igual de desquiciadas.

No, la vida no había transcurrido como la señorita Erring quería. Había acontencido como debía y, como bien sabía Lyssa, eso era mucho mejor.

—¿Así que usted lo sabe todo sobre la profecía?

Destino suspiró, sonriendo para sus adentros.

—Por supuesto. Yo ayudé a crearla.

—Entonces, ¿qué necesidad había de hacernos escuchar toda esa…? ¡Ay! — Blade se frotó el abdomen, donde la señorita Erring acababa de darle un codazo.

—Porvenir y yo escribimos todas las historias de Rennedawn en el lugar donde la magia entró en contacto por primera vez con el reino, uno que construimos juntas.

Tatianna resopló con impaciencia.

—¿Dónde?

Destino pasó junto a ellos hasta detenerse ante las puertas del despacho de El Villano. Las abrió y señaló hacia dentro.

—Un lugar que había estado abandonado durante muchos muchos años. Un lugar en el que solo una persona logró ver el potencial de lo que estaba destinado a ser: un hogar.

—¿El despacho del jefe? — exclamó Blade, y Becky le tapó la boca con la mano.

El libro de Rennedawn se cerró y quedó suspendido en el aire antes de posarse sobre el elegante escritorio negro, bajo el último rayo de sol.

Cuando Lyssa fue a hacerle otra pregunta a Destino, el ser legendario ya había desaparecido.

CAPÍTULO 56

trystan

A lo largo de los años, Trystan había oído muchas razones por las que la gente quería invadir su mansión.

A instancias del rey Benedict, para proteger a los inocentes del mal, por venganza…

Sin embargo, «Destino me ha obligado a hacerlo» era la primera vez que la oía.

—¿Qué le ha pasado a tu camisa, *jefe?* — Blade hizo hincapié en la palabra, porque al parecer quería que Trystan lo matara.

Había olvidado que llevaba la prenda hecha jirones. Al pensar que la mansión estaba en peligro, habían acudido corriendo. Sage se fue a buscar a Lyssa a las cocinas y él se dirigió a la oficina principal.

Y se arrepintió.

Profundamente.

Se había encontrado a Blade, Rebecka y Tatianna examinando con gran atención el libro abierto sobre su escritorio. Apenas se dieron cuenta cuando entró en el despacho.

—He tenido un altercado y se ha rasgado.

Tatianna entrecerró los ojos con recelo.

—¿Un altercado llamado Evie?

—¡Fuera! — ladró Trystan, señalando hacia la puerta.

—¡Espera! — protestó Tatianna, entregándole el libro infantil—. Esto es *Mi amor, mi sol*. Hemos encontrado el pasaje y el dibujo que lo acompaña, pero no se parece a nada que hayamos visto antes.

—¿Me estás diciendo que Keeley se fue en busca de un libro infantil… y regresó con uno de los seres más poderosos que existen? — preguntó Trystan, aún recuperando la compostura tras subir corriendo las escaleras por miedo a que alguien hubiera muerto.

—¡Pensaba que era una bibliotecaria! — se defendió esta con un gesto de la mano.

A lo que Clare respondió:

—Es lo mismo.

Un croar de Alexander lo confirmó. Había vuelto a su forma de rana, y Trystan habría jurado que su amigo parecía distinto de la última vez que se había convertido en anfibio.

Probablemente porque le faltaba la corona.

Se sacó el tocado dorado del bolsillo y se lo colocó con delicadeza sobre la cabeza. La rana lo miró y luego escribió algo en un cartel.

LADRÓN.

Trystan soltó una risa sombría.

—La encontré en el bolsillo del pantalón de un preso fugado. Debió de llevársela de mis aposentos. Ya lo siento, aunque, siendo justos, la mitad de las veces te quedaría demasiado pequeña para ponértela en la cabeza.

Reymundo croó y saltó sobre el escritorio para estar más a la altura de los ojos del resto. Después apoyó una de sus patas palmeadas encima del libro infantil y, cuando Trystan lo miró más de cerca… se quedó boquiabierto.

—Yo he visto esto antes. — Caminó hacia la ventana abierta que daba a sus vistas preferidas, extendió una mano y rozó el marco con los dedos—. Estaba… estaba aquí. En esta ventana. Cuando encontré la mansión.

Reymundo escribió dos palabras en dos carteles diferentes.

¿ESTÁS

SEGURO?

—Lo recuerdo porque la odiaba. Había algo que me inquietaba. — Había soportado vivir ahí con esa ventana acechando durante una semana. Luego tomó la decisión de no volver a verla nunca más.

Hasta ahora.

—Donde la luz del sol brilla con mayor pureza — murmuró Clare—. Si reconstruimos la ventana y, a la luz del sol, unimos el veneno de gubre, la luz estelar de Lyssa, tu magia y la de Evie, se cumplirá la profecía.

—Probablemente — añadió Blade con cautela—. No hay forma de saberlo con certeza.

—No — dijo Trystan con voz áspera—. Yo sí que estoy seguro.

Reymundo escribió algo a toda prisa.

CÓMO

—Donde la luz del sol brilla sin impedimentos. La más pura. Esa vidriera cubría la ventana, iluminando mi despacho cada día… justo donde se sentaba Evangelina.

No miró a nadie mientras inclinaba la silla hacia donde incidía la luz.

—Me enamoré de ella bajo esa luz.

Nadie dijo nada. Hasta que Tatianna intervino, con una mirada algo vidriosa.

—¿Dónde pusiste esa ventana?

Clare ahogó un grito y luego suspiró, como si hubiera atado cabos.

—No me lo digas, Trystan.

—¿Que no te diga qué? — Blade cruzó los brazos.

—¿Sabes lo de la caja? — preguntó Trystan.

Tatianna levantó una de sus uñas rosas y pulidas.

—¿Podéis explicarnos al resto lo de la caja?

—Cuando desmonté la ventana, la envié por correo.

Reymundo alzó otro cartelito.

¿QUIÉN?

—A Arthur — contestó Clare, pronunciando el nombre de su padre con un desapego que él sabía que necesitaba—. Trystan la

envió después de escapar de Benedict y convertirse en El Villano, junto con una nota que decía: «Esto es lo único que tendrás: los pedazos rotos».

Un aroma a caramelo de vainilla lo envolvió cuando Sage irrumpió en la habitación con una sonrisa.

—Muy dramático, pero adorable.

—¡Evie! — Todos se agolparon a su alrededor, aunque la primera en abrazarla fue Clare, para gran disgusto de Blade y Tatianna.

—Ay, hola — dijo Sage al grupo, y luego miró a Trystan de soslayo por encima del hombro de Clare, con los ojos muy abiertos y una expresión cómica—. Yo también os he echado de menos.

—Lo siento mucho — exclamó Clare, tomando las manos de Sage con una sinceridad que Trystan rara vez había visto en su hermana. Últimamente estaba distinta. Se comportaba como alguien que no temía mostrar su lado humano—. Fui cruel. Sabía que estabas asustada, reaccioné muy mal y tú…

—¡Eh! — Sage la agarró por los brazos y le dio un suave apretón—. Me iba a ir igualmente. Lo necesitaba. No tienes por qué disculparte.

Clare la abrazó de nuevo y Tatianna parecía complacida con la escena.

Cuando al fin la soltó, Tatianna y Blade se acercaron para intercambiar palabras amables y abrazos.

—Me encanta este vestido — la elogió Tatianna, examinándolo—. Aunque no llega a ocultarte las marcas de mordiscos del cuello.

Sage se llevó una mano a esa zona y Trystan se tapó los ojos con la suya.

—¿Dónde puso Arthur la caja, Clare? — preguntó Tatianna, mirando a Trystan con una sonrisa de satisfacción.

Clare permaneció en silencio, por lo que él supo que, fuera cual fuese la respuesta, no iba a ser de su agrado.

Y, sin embargo, la verdad fue peor.

—Cuando madre le dijo al pueblo que habías… muerto — se estremeció—, plantaron un árbol en tu honor y celebraron un

entierro debajo de él.

—Teniendo en cuenta que yo estoy aquí y no bajo tierra, creo que puedo adivinar qué fue lo que enterraron en mi lugar.

—¡Arthur pensó que solo eran trozos de cristal al azar! — Clare defendió a su padre, pero no hacía falta. Trystan no estaba enfadado; de hecho, estaba encantado.

—¿Dónde está plantado el árbol, Clare? — preguntó Sage.

—En los Jardines de Rennedawn.

Trystan arqueó las cejas.

—¿Perdón? ¿Cómo coño consiguieron enterrarlo ahí?

—¿Por qué te sorprende? — Sage ladeó la cabeza—. ¿Hay lista de espera para enterrar cadáveres?

—Es un lugar sagrado — explicó Tatianna—. La gente de nuestro pueblo solía ir allí a rezar a los dioses mágicos. Ni siquiera está permitido entrar a menos que sea para un entierro.

Trystan no podía creer lo que estaba a punto de sugerir. Su hermana iba a matarlo. Aun así, era la mejor forma de acceder a esos jardines.

—El funeral de papá es dentro de una semana, Clare. En vez de hacerle un entierro en el mar, ¿qué te parece si nosotros, como hijos, insistimos en que se haga en otro lugar?

Pensaba que su hermana odiaría la propuesta, que se sentiría disgustada y se marcharía enfadada. Sin embargo, sus ojos brillaron con respeto.

—Creo que… — comenzó a decir. Él se mentalizó para lo que podía venir a continuación—… tenemos algunas averiguaciones que hacer.

CAPÍTULO 57

EVIE

Dos días antes del funeral…

Lyssa seguía sin dirigirle la palabra.

Y Evie entendía por qué. Había roto una promesa; había traicionado su confianza después de decirle que nunca se iría. Jamás.

Había empezado a comprender el dolor de su madre por no ser aceptada. Pero, a diferencia de Nura, Lyssa podía darle un portazo en las narices tantas veces como quisiera y Evie seguiría volviendo.

—¿Lyssa? — Evie llamó a la puerta—. Edwin me ha dado unas galletas, son de las que te gustan. Esas que llevan queso, ¿sabes a cuáles me refiero?

La puerta se abrió con un chirrido y apareció su hermana. Evie intentó mantener la calma para no asustarla, aunque por dentro su corazón dio un vuelco.

—Es la hora del té y estoy en plena merienda, pero supongo que… puedes unirte — dijo Lyssa con la benevolencia de una reina, abriendo más para revelar a Trystan sentado allí con el gran sombrero de plumas que le había hecho llevar en su primera merienda.

—Buenas tardes, Sage. — Trystan se puso de pie de repente, asintiendo con deferencia mientras le apartaba la silla vacía para que se sentara.

Apenas lo había visto en los últimos días. Había estado demasiado ocupado enviando misivas, consultando libros sobre legislación y recurriendo al padre marinero de Tatianna para encontrar un medio para llegar al puerto de su aldea.

—Buenas tardes, lord Florencio.

—Soy lord Narciso — corrigió Trystan con serenidad.

—Estaba hablando con el caracol — dijo Evie, señalando al pequeño animal que mordisqueaba una flor sobre uno de los platillos de té—. Espera, ¿permites que mi hermana te llame lord Narciso?

Lyssa le entregó a Evie su taza de té con una sonrisa tímida, y Evie se tragó sus emociones y dio un buen sorbo.

—Me pareció una decisión prudente, teniendo en cuenta que es un nombre que elegí yo. — Trystan le dio un mordisco a la galleta a la vez que Evie se quemaba la lengua.

—Tú elegiste… Fantástico. — Evie se había quedado patidifusa y dudó sobre si aún seguía atrapada en algún sueño—. Lyssa, ¿crees que podríamos hablar unos minutos?

Lyssa la observó con extrañeza y cruzó los brazos.

—Ya estamos hablando.

—Me refiero a hablar en privado. — Miró a Trystan y este se levantó de inmediato, aclarándose la garganta.

—Se nos ha acabado el azúcar. Voy a por… — comenzó.

—Aquí hay un poco. — Lyssa cogió un botecito y Trystan se lo arrebató sin miramientos y lo tiró por la ventana.

Se ajustó el cuello de la camisa mientras las dos hermanas Sage lo contemplaban estupefactas.

—Había una araña — dijo él con tono seco—. Disculpadme. — Salió de la habitación con la capa negra ondeando a sus espaldas, como si fueran unas alas.

Y entonces se quedaron solas.

Nunca había habido un momento de incomodidad como ese entre Evie y su hermana pequeña. Desde que Lyssa quedó a su cargo cuando era un bebé, la jerarquía de su relación siempre había sido la misma. Evie estaba al mando. Evie cuidaba de ellas. Evie siempre estaba presente.

Sin embargo, esa ilusión se había desvanecido. Y esto era lo que quedaba.

—Lyssa, quería decirte que…

—Me las he arreglado bastante bien sin ti. — La interrumpió con una sonrisa escueta—. No tienes por qué preocuparte.

—Me alegro — respondió Evie con sinceridad, porque así era. Quería suplicar el perdón de su hermana, hacer lo que fuera necesario para recuperar el equilibrio, porque la verdad era que se le acababa el tiempo.

Lyssa se estaba haciendo mayor.

Era maravilloso.

Y deprimente.

—¿Te lo pasaste bien? — preguntó Lyssa.

Evie esperaba que la pregunta estuviera cargada de resentimiento, pero más bien era cautelosa. Incluso temerosa.

—No diría que me lo pasé bien…, pero creo que, en el estado en el que me encontraba…, era necesario.

Su hermana pequeña le dedicó una leve sonrisa mientras cogía su taza de té.

—Me alegro. Te mereces un poco de tiempo para ti misma.

—¡Lyssa, lo siento! — Las palabras brotaron de Evie en un arrebato de histeria mientras se ponía de pie de un salto—. Sé que estás enfadada conmigo, y tienes todo el derecho del mundo, pero, por favor, prefiero que me grites a esta cortesía incómoda.

Lyssa se levantó despacio, parpadeando mientras asimilaba las palabras.

—¿Enfadada contigo? No estoy enfadada contigo.

—¡No me has dirigido la palabra desde que volví! Cada vez que me acerco a la puerta, me dices que estás ocupada. Cuando me

acuesto por la noche, ya estás dormida. Te despiertas y te vas antes de que yo abra los ojos. ¿Qué otra cosa se supone que debo pensar?

—¡Intentaba demostrarte que podía cuidar de mí misma! — Lyssa se dejó caer al suelo de forma dramática, extendiendo las extremidades como una estrella de mar. Se quedó mirando al techo y Evie mirándola a ella. Después se acercó y se tumbó con cuidado al lado de su hermana, imitando su postura.

—Eso ya lo sé — dijo, admirando la intrincada arquitectura del techo abovedado—. Lyssa, por favor, dime la verdad. ¿Qué significa todo esto?

Cuando Lyssa giró la cabeza, unos cuantos mechones sedosos de su pelo castaño quedaron junto a ella, rozando los rizos de Evie.

—Siempre tratas de facilitar las cosas a los demás. Solo quería intentar facilitarte las cosas a ti. Pensé que, si fingía que tu marcha no me había molestado, me sentiría menos como una carga.

—Lyssa Dorthea Sage. — Evie se puso de rodillas y ayudó a su hermana a levantarse con las manos—. Nunca has sido una carga para mí. Ni un solo segundo de tu existencia.

—Pero hay un montón de cosas que no has podido hacer por mi culpa. — La voz de Lyssa era débil y su lenguaje corporal iba a la par mientras se acurrucaba con las piernas contra el pecho—. Te has perdido cosas que yo sí he podido hacer. No es justo. — Lyssa enfatizó esas últimas palabras y Evie le acarició el dorso de la mano con un dedo.

Era cierto. Había muchas cosas que Evie nunca podría hacer. Se había perdido otras tantas. Y, aun así, no echaba nada de menos.

—Tienes razón, hay muchas cosas que tú puedes hacer y yo no. — A Evie se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pero yo pude hacer algo que nadie más podrá jamás.

Lyssa bajó la cabeza.

—¿Qué?

Evie posó el dedo debajo de su barbilla, levantándole la cara hasta que sus miradas se cruzaron.

—He tenido el honor de criarte. Y te prometo que es lo mejor que he hecho nunca.

Lyssa la abrazó y lloró sobre el hombro de Evie.

—He odiado fingir que no te necesitaba. Porque resulta que te necesito bastante a menudo.

Evie le pasó una mano por el pelo y dijo:

—Mejor así. Yo también te necesito mucho. Te eché de menos a todas horas los días que estuve fuera. — Al parecer, su magia también la había echado en falta, ya que brotaba de sus dedos en volutas de humo que se enroscaban alrededor de sus manos.

Era el momento perfecto para que Trystan apareciera con azúcar recién molido. Al ver la escena, se detuvo.

—Veo lágrimas. ¿Debería irme? — preguntó con voz seria.

—¡No, son lágrimas de felicidad! — Lyssa soltó una risita, poniéndose en pie y tirando de Trystan para que volviera a sentarse en la silla.

—¿Os habéis reconciliado entonces? — inquirió, cogiendo su tacita con el meñique levantado.

—Sí — confirmó Evie con una sonrisa, sentándose a su lado.

—Gracias a las tierras muertas. Han sido unos días de lo más estresantes — refunfuñó Trystan—. Ahora pasemos a asuntos más importantes.

Lyssa aplaudió.

—¡Ay, sí! Evie… — Se volvió hacia su hermana con una solemnidad que la hizo reír—. Lo hemos estado debatiendo y hemos acordado que te invitaremos a nuestras meriendas para que puedas unirte a las clases de villanos.

—¿Ah, sí? — Enarcó una ceja mirando a Trystan—. ¿Y eso?

—Aún estás aprendiendo magia, pero necesitas tener la actitud adecuada — respondió Lyssa—. Eres demasiado alegre.

—¡Oye! — protestó Evie mientras Trystan apartaba la vista riéndose—. ¿Esto ha sido idea tuya, Risitas?

—Ojalá. — Él sonrió, y ella le aguantó la mirada durante unos segundos más de lo imprescindible. Se inclinó muy ligeramente hacia

él, pero al parecer la silla infantil no pudo soportar tanto movimiento. Se oyó un crujido y, acto seguido, cayó al suelo de culo.

—Se ha roto la silla — dijo, paralizada por la sorpresa.

—Ya estaba rota — respondió Lyssa con indiferencia—. Lord Trystan se cayó de ella el día que le pregunté si se iba a casar contigo.

Menos mal que Evie ya estaba en el suelo, porque si no es muy posible que aquellas palabras la hubieran hecho caerse de espaldas.

—Vaya, vaya — dijo ella con tono burlón—. ¿Y cuál fue su respuesta?

—No respondió. Simplemente se cayó — susurró Lyssa tapándose la boca con la mano.

—No respondí porque dudo que tu hermana quiera pensar en esas cosas ahora mismo. — Trystan se había sonrojado y tenía el pelo revuelto de haberse pasado los dedos. Parecía más joven, inseguro.

Evie sabía que sus vidas y su futuro seguían siendo inciertos, pero también estaba aprendiendo que era mejor disfrutar de los momentos de paz del presente en vez de estar en una guerra constante con un futuro impredecible.

—Sí que pienso en esas cosas — murmuró.

Él giró la cabeza hacia ella tan rápido que Evie retrocedió unos centímetros.

—¿Piensas… en esas cosas? — Su tono desinteresado y la inexpresividad de su rostro se veían contradichos por la mirada salvaje de sus ojos.

—Todo el rato, de hecho. — Sonrió tímidamente, sintiéndose un poco como cuando se enamoró por primera vez. Ilusionada pero cohibida. Tan nerviosa que cada palabra que salía de su boca parecía una cerilla encendida junto a la dinamita.

—Sí — asintió Lyssa—. Ya ha pensado nombres para vuestros hijos, tiene la lista en su diario.

—¡Lyssa! — exclamó Evie, agitando los brazos—. Estupendo. Ahora va a pensar que estoy loca.

Él esbozó una sonrisa burlona, como si se tratara de un reto.

—La verdad es que tengo predilección por las locas, así que no hay problema.

Lyssa los contempló a ambos con expresión desconcertada antes de fijar la vista en Evie.

—Un día lo sorprendí oliendo tu almohada.

—¡No es verdad! — protestó Trystan enfadado—. Estaba usándola para amortiguar un grito, siguiendo tus instrucciones, por cierto.

Evie se quedó mirándolo sin comprender, porque ahora estaba convencida de que esa mañana no se había despertado y seguía soñando.

—También se quedó con tu bufanda el día que os conocisteis — señaló Lyssa.

—Pero ¡¿esto qué es?! — Trystan se llevó una mano a la cabeza, como si necesitara sujetársela para no perderla.

—Es decir… — Evie notó esa calidez en el pecho, la que se siente cuando dejas atrás tus preocupaciones; un tipo de sensación que solo tenía cuando se metía con Trystan Maverine—, que llevas un tiempo obsesionado conmigo, ¿no?

—¿Obsesionado? — Trystan arqueó una ceja.

—Suspirando por mí. Anhelándome. — Evie exhaló un suspiro dramático, abrazándose a sí misma, fingiendo acicalarse—. Con un altar dedicado a mí en tu armario.

—¡Solo me quedé con *una* bufanda! — replicó Trystan, frotándose las sienes—. Eso no puede llegar a considerarse un altar.

Ella le dio un golpecito en la nariz y él retrocedió como si le hubiera dado un puñetazo.

—Dime la verdad. También la has olido, ¿me equivoco?

Él soltó un bufido, mirando de un lado a otro.

—Eso sería ridículo.

Un relámpago iluminó las ventanas, luego retumbó un trueno y, de repente, el sol había desaparecido.

—Qué raro. No he visto que hoy hubiera nubes de tormenta.

Se escuchó otro trueno a través del cristal, pasos en el pasillo y… gritos.

—¿Qué sucede? — preguntó Lyssa nerviosa.

Unos golpes en la puerta los hicieron levantarse a todos de un salto.

—¿Qué? — espetó Trystan.

Reymundo abrió la puerta. El Reymundo humano, claro está.

—Tenemos invitados.

Su voz ronca sonaba tranquila, pero no encajaba con la ropa arrugada y el aspecto desaliñado.

—Dos, para ser exactos. Y de gran tamaño.

Lyssa chilló y dio saltitos de alegría.

—¡Los gubres!

CAPÍTULO 58

blade

Un día antes del funeral…

—No pasa nada, Fluffy. Son simpáticos.

Rebecka le dio una palmadita en la espalda al dragón.

—No le mientas.

Blade miró por encima del hombro a los gubres que ahora adornaban su patio. Se habían mostrado sospechosamente dóciles desde su llegada, revoloteando por la mansión como aves en busca de un lugar donde posarse. La hembra seguía con el vientre abultado, guardando otra puesta de huevos que, según calculaba él, llegaría en cualquier momento.

Se estaban convirtiendo en una guardería de crías de gubre, y Blade no estaba seguro de que estuvieran cualificados para ello.

—¿Crees que ha sido sensato dejarme a cargo de ellos? Sé que los demás han tenido que marcharse al funeral esta mañana, pero esto me parece un error.

Rebecka arqueó una ceja.

—Eres un *domador* de dragones.

—¿Crees que podría cambiar el puesto a «anfitrión de bestias»? Así con saludarlos y retirarme con elegancia ya habría cumplido.

Había transcurrido un día desde la llegada de los animales y Blade se había pasado la mayor parte del tiempo sintiéndose como si hubiera reemplazado a El Villano, manteniendo a los gubris alejadas de sus padres.

Rebecka estaba demasiado distraída para reírse de su broma.

—No me gusta tenerlos separados de sus crías. Me parece cruel.

—Estoy de acuerdo, pero, si se las entregamos, se irán todos volando. Y los necesitamos para el ritual ese de la profecía. — Blade le acarició el brazo con un dedo—. Cuando todo esto termine, los reuniremos y serán felices y comerán perdices.

Aquella mañana, a lomos de sus caballos, Trystan, Clare, Tatianna, Alexander y Evie Sage habían emprendido su viaje. Los demás se habían quedado en la mansión, ya que, cuanto más grande fuera el grupo, más arriesgado resultaría, y ya se la estaban jugando bastante. Blade y Becky, en particular, tenían la misión de asegurarse de que los animales no derritieran el edificio antes de que pudieran traer de vuelta la ventana.

—Al menos ahora están tranquilos — comentó Rebecka.

—Es gracias a Lyssa — añadió Blade, observando a la niña en acción.

Lyssa usaba su resplandeciente luz estelar para jugar con los animales, que a su vez se mostraban dóciles en respuesta a sus esfuerzos.

Evie había dejado que la niña escogiera si unirse a ellos o quedarse en la mansión. Aunque a Lyssa no le había parecido una elección difícil, pues había abrazado a su hermana, le había susurrado algo al oído que la había hecho reír y, tras recibir un último beso en la cabecita, les había dicho adiós con la mano.

—Se han dormido — susurró la niña, acercándose de puntillas con un trozo de carne en la mano—. No me he olvidado de ti, Fluf. — Le lanzó el trozo de carne y Fluffy se irguió de inmediato, tragándoselo entero.

—Granuja… — lo acusó Blade, señalando con el dedo al animal, que parecía muy satisfecho de haber conseguido una ración extra.

Lyssa se sentó en el suelo y sacó un pergamino doblado de su bolsa—. ¿Cómo va la historia, pequeñaja?

Los ojos de Lyssa centellearon al mirarlo.

—Estoy llegando al final, pero… estoy un poco confundida porque todo apunta a un final feliz. Me preocupa que se me esté escapando algo. No me da la sensación de que haya terminado.

Blade se encogió de hombros.

—Entonces es que quizá no ha terminado.

Lyssa extendió la palma de la mano.

—¿Tú qué opinas, Florencio? — Le sonrió al caracol, y Rebecka gruñó.

—Que lo tenga como mascota me parece poco ético — dijo—. Seguro que va en contra de algún tipo de política de empresa.

Blade resopló.

—Claro, porque si nos caracterizamos por algo en esta empresa es por hacer cosas éticas, ¿no? — Su tono fue más duro de lo que pretendía, pero se dio cuenta demasiado tarde, después de que Rebecka diera un leve respingo—. Lo siento. Estoy muy alterado desde que Destino me mostró a mi padre.

Rebecka se relajó y Lyssa preguntó con curiosidad:

—No sé nada de tu padre, Blade. ¿Cómo es?

—Sé de mi padre tanto como él quería saber de mí. Es decir, prácticamente nada. — Hizo una mueca. Aquella no era una conversación apta para una niña.

—Si te consuela, mi padre me encerró en una celda y trató de hacer volar por los aires a mi hermana — comentó Lyssa con empatía, dándole una palmadita en el brazo.

No, definitivamente aquella no era una conversación apta para una niña.

Pero, por suerte o por desgracia, Lyssa estaba tan adaptada a la cruda realidad como ellos.

Rebecka se mordió el labio.

—Eso no tiene gracia, Lyssa.

—Un poco gracioso sí que es — replicó Blade, y ella lo salpicó con agua de la fuente—. Lo cierto es que estoy… un poco preocupado por mi padre.

—¿Por qué? — Rebecka frunció el ceño.

—Si hay algo de verdad en lo que vi, ha caído en desgracia con el rey. Y… creo que es por mi culpa. Por eso no quería formar parte del legado familiar y entrar en el gobierno; siempre acaba siendo un embrollo.

Rebecka se puso rígida.

—Algunos no tenemos elección, Bladen.

El domador de dragones puso los ojos como platos al darse cuenta de su error.

—Lo sé, lo sé.

Lyssa miró a ambos y cogió otro trozo de carne.

—Vamos, Fluffy. Dejemos a mamá y papá a solas.

—¡No somos sus padres! — le gritó Rebecka a la niña, frunciendo la nariz de una forma que a Blade le pareció entrañable. Después se frotó las sienes—. ¿Por qué crees que tu padre está en peligro?

—Porque la Guardia Valerosa se lo llevó encadenado. Supongo que no lo acompañaban a dar un paseo por el jardín. — Empezó a organizar la zona de Fluffy a pesar de que no había nada desordenado—. No es un mal hombre. Es solo que… nunca entendió mi forma de pensar. Ni siquiera lo intentó. Pero ahora sé que me defendió ante el rey. Quizá parezca una tontería, pero no puedo dejar de pensar en ello.

Llevaba días atormentándolo, tanto que apenas había querido hablar con nadie, especialmente con Rebecka.

—¿Por eso me has estado evitando? — preguntó ella.

—No quería… — Blade hizo una mueca de pena—. Iba a soltar una excusa de pacotilla. Lo siento.

Fluffy resopló y Blade vio que él y Lyssa los estaban espiando desde detrás de una pared. Al darse cuenta de que los habían descubierto, se sobresaltaron y volvieron a desaparecer.

—¿Es porque estuve muerta durante cinco segundos? — Rebecka cruzó los brazos.

Su cuerpo inerte. Los ojos cerrados. Abandonándolo.

—Fueron más de cinco segundos, te lo aseguro.

Ella le tomó la mano con timidez y una mirada tierna. Él le correspondió sujetando la de ella entre las suyas, depositando un suave beso en el interior de su muñeca.

—Estoy bien. Y todo esto va a terminar pronto.

Él se acercó, sintiéndose demasiado vulnerable, demasiado sensible. Le apartó un mechón de pelo y se lo puso detrás de la oreja. Después resiguió con los labios el recorrido de su dedo.

—No vuelvas a hacerlo, por favor.

La miró fijamente a los ojos, sintiendo como si una parte del alma de esa mujer se hubiera derramado en la suya y ahora fueran para siempre parte el uno del otro.

Ella sonrió, sosteniéndole la mandíbula con delicadeza.

—No lo haré.

—Bien. Ahora dime, ¿por qué te ha molestado mi comentario sobre los políticos? — preguntó él.

—Da igual. — Rebecka hizo un gesto con la mano.

—Te ha molestado. Por supuesto que no da igual.

—No resulta agradable escuchar algo así sabiendo que mi futuro me llevará a convertirme en la cabeza de familia de los Fortis. Lo cual implicará vivir allí, hacer apariciones públicas y trabajar en el ámbito diplomático. Cosas que probablemente tú odiarías.

Blade tuvo que cerciorarse de que lo había entendido bien, pero, una vez estuvo seguro, no pudo evitar esbozar una sonrisa mientras preguntaba:

—¿Quieres decir que estás molesta porque ves un futuro conmigo? — Se inclinó hacia ella, y aún más cuando ella lo agarró del cuello de la camisa, acercándolo a pocos centímetros de su rostro.

—Bladen. Te he dicho que te quiero. Estamos juntos. Es lógico que piense en qué nos depara el futuro. Ahora bien, si tú ves esto

como algo temporal, entonces te diré que…

—Sí que te considero la madre de Fluffy.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! — exclamó Rebecka con una carcajada histérica—. Quieto ahí. ¿En qué momento he dicho yo que quisiera ser la coprogenitora de nadie? Acabamos de empezar a…

—Lo sé. Solo quería que quedara clara mi postura al respecto. — Inhaló su aroma como si le infundiera vida—. Cuando pienso en el futuro, mi querida Rebecka, solo te veo a ti. — Sonrió y bajó la mirada, dejando caer los brazos, y ella le dio un beso apasionado.

—¿Subimos a tu habitación ahora que todo está tranquilo?

—Rebecka Eriania Fortis — dijo Blade tras ahogar un jadeo, sintiendo cómo se le disparaba la presión arterial por las nubes—. ¿Me estás haciendo una propuesta indecente?

Ella arqueó una ceja.

—La oferta caduca en tres, dos, uno…

Antes de que pudiera decir otra palabra, ya la había cargado sobre un hombro y emprendido la marcha hacia su cuarto, con las risitas de ella como recompensa.

Más tarde, esa misma mañana, mientras yacía en silencio en la cama junto a Rebecka, se preguntaba por qué le seguía atormentando tanto que su padre lo hubiera defendido. Para que él se volviera contra Benedict, la cosa debía de ser grave.

Tan grave que Blade supo que Lyssa tenía razón.

Aquello no era el final.

Era el principio.

CAPÍTULO 59

tatianna

Tatianna prefería mantener a su familia al margen de su profesión. Lo cual resultaba poco conveniente, ya que Trystan parecía decidido a unir constantemente esos dos aspectos de su vida.

—¿Qué dijo mi padre cuando se lo pediste? — le preguntó mientras se acercaban al puerto de Rennedawn a caballo. Empezaban a divisar el Mar Lila, al igual que el gran barco rosa que su padre había pintado solo para ella.

El capitán Medusa daba vergüenza ajena. Y precisamente por eso lo quería tanto.

—Merlín Medusa se mostró conforme con el plan. Incluso tuvo la iniciativa de convencer a Amara para que cambiara algunos detalles del entierro. Vamos a cenar a bordo del barco en una pequeña celebración de la vida y luego atracaremos en el pueblo. — Trystan espoleó a su caballo para que galopara y alcanzara a Evie, como si no pudiera soportar los pocos centímetros que los separaban.

—Luego lo enterraremos — murmuró Clare, y Tatianna deseó poder tomar prestado algo de su dolor para que no tuviera que cargar con él ella sola.

—Ahí será cuando yo desenterraré los fragmentos de la ventana — añadió Evie en voz baja. El contraste entre su dulzura y la

inquietante niebla que la rodeaba era ciertamente peculiar. Luz y sombra, colores vivos y grises oscuros.

No era una descripción del todo desencaminada de la mujer.

—Hablaremos de la estrategia en el barco — les aseguró Trystan mirando a Evie, aunque ella mantenía la vista fija al frente—. ¿Todo bien, Sage?

—Eh… Sí. Por supuesto — afirmó con una sonrisa extraña.

Trystan se creyó tanto esa respuesta como creía que los unicornios sangraban de color fucsia.

Llegaron hasta el barco sin incidentes, ya que el puerto estaba casi vacío a esa hora del día. Alexander había estado callado, pero eligió ese momento para compartir una observación:

—¿Esto siempre está así de muerto?

Mala elección de palabras, pensó Tatianna con una mueca.

—No atracan muchos barcos aquí debido a las rocas — le explicó a Alexander. Había adquirido sus conocimientos marítimos gracias a los numerosos viajes que había hecho de niña con su padre—. Era nuestra mejor opción para subir a bordo sin llamar la atención.

—Lo cual de por sí es complicado en este grupo — añadió Clare, lanzándole una mirada cómplice, y luego señaló a Evie y Trystan con la cabeza y levantando las cejas.

Tatianna se rio por lo bajini y, cuando volvió a mirar al frente, ya habían llegado a la rampa de color rosa apoyada contra el costado del barco. Los murmullos que llegaban desde arriba, de la tripulación de su padre, le resultaban familiares y reconfortantes; el olor salado del Mar Lila la transportaba a los gratos recuerdos de su infancia.

—¿Qué hacemos con los caballos? — preguntó Evie, acariciando el hocico del que montaba y estirando la pierna para bajarse.

—¿Convertirlos en ranas? — murmuró Alexander.

Todos lo miraron.

—¿Qué? Mis traumas, mis chistes — dijo, desmontando de su caballo.

Cada vez le costaba menos formular frases largas.

—Podemos subirlos a bordo. Mi padre tiene un espacio para animales — les recordó Tatianna entre risas—. ¿Vamos?

Ella fue la primera, ansiosa por ver a su padre a pesar de que ese plan no la terminara de convencer. El grupo la siguió con los animales detrás; el repiqueteo de los cascos sobre la madera alertó a la tripulación de su llegada.

Sin embargo, cuando Tatianna llegó al final de la rampa y puso un pie en el barco de su padre, se encontró con un comité de bienvenida de lo más atroz.

Y es que, en lugar de su padre, quienes estaban ahí eran el rey Benedict y la Guardia Valerosa.

CAPÍTULO 60

trystan

Alguien levantó la rampa antes de que pudieran retirarse.

Mejor así; Trystan no tenía intención de huir.

Tenía intención de matar.

Desenvainó la espada y se abalanzó sobre Benedict blandiendo la hoja. Este no se movió, se limitó a observar con una satisfacción que no suele verse en un hombre a punto de ser cortado por la mitad.

La espada descendió, pero rebotó en él con tal rapidez y brusquedad que Trystan salió volando por los aires, chocó contra el mástil principal y cayó al suelo con un dolor punzante recorriéndole la columna vertebral.

—¡Eh! — oyó gritar a Sage en su estado de desorientación.

Mientras trataba de recomponerse, vio cómo ella avanzaba, con su colorida falda ondeando a su alrededor, en contraste con la magia que ahora le brotaba de los dedos. Cerró los ojos al tiempo que lanzaba un rugido de guerra. La niebla se abalanzó sobre Benedict y la Guardia Valerosa, pero el rey seguía allí de pie.

Imperturbable.

Algo iba mal.

—¡Sage, espera! — bramó Trystan. Demasiado tarde.

La magia, al igual que su espada, rebotó en Benedict y se estrelló contra ella con tal brusquedad que la dejó sin aire. Se desplomó, ahogándose con la niebla.

Trystan se tragó el dolor. Apenas lo notó cuando se abalanzó hacia ella, arrojándose contra la magia y levantándola para alejarla y que pudiera recuperar el aliento.

—¿Qué significa esto? — gruñó Trystan aferrándose a ella. Quería desafiarlos a que se acercaran para acabar con todos ellos.

—¿Papá? — El susurro de confusión de Tatianna resonó por toda la nave cuando el capitán Medusa apareció—. ¿Qué has hecho?

—No es lo que piensas, Tatianna — comenzó a decir, mirando con ira a Benedict e indicándoles que se acercaran a su lado.

Clare fue la primera en ir hacia él, seguida de Alexander y Tatianna. Evie y Trystan llegaron después, a cierta distancia, recelosos del hombre en quien creían poder confiar.

—Cuando envió su misiva diciendo que nos ayudaría a transportarnos… — insinuó Trystan, esperando a que Merlín Medusa admitiera su traición.

—Hubo una condición de última hora por parte de… un familiar — explicó el capitán con cara de pena. Aquella situación lo perturbaba tanto como a ellos; era evidente por la forma en que miró a su hija con culpa y ademán protector—. Tatianna, créeme, no quería hacerlo. No he tenido elección.

—¿Ha amenazado con matarte si no lo hacías? — Tatianna estaba dolida, con los labios apretados y las cejas fruncidas en un gesto de estupor.

—Ha amenazado con matarte *a ti* si no lo hacía. — El capitán Medusa se acercó, pero se detuvo cuando Benedict empezó a aplaudir.

—Qué conmovedor — sonrió el rey—. De verdad, es un honor para mí formar parte de un momento así.

—Voy a matarlo — masculló Trystan.

—Me muero de ganas — murmuró Sage en respuesta, agarrándole el brazo mientras él le sujetaba el suyo para poder

mantenerse ambos de pie—. ¿Qué haces aquí, Benedict? ¿Tan bajo has caído que ahora te cuelas en los funerales?

—No hay necesidad de colarse cuando la esposa del difunto te invita. — Benedict hizo un gesto con el brazo y, de entre la tripulación, salió Amara Maverine, con un moño estirado que ensalzaba los rasgos de su hermoso rostro, aún más austeros por la mirada apagada de sus ojos.

—Hola, Trystan.

—Debería haber sabido que tenías algo que ver con esto — espetó Clare, abriéndose paso entre la tripulación hasta situarse frente a su madre. Trystan también avanzó, por si necesitaba ayuda para estrangular a la mujer—. Según el testamento de papá, nos corresponde a nosotros organizar su entierro. Estás infringiendo la ley si te entrometes.

Amara mantuvo el rostro impasible. Miró a su única hija como si fuera un insecto y el fastidio de tener que dirigirse a ella le hizo poner los ojos en blanco.

—Clarissa, estoy demasiado cansada para discutir contigo. Llevo todo el día viajando en este maldito barco. Si te calmas, quizá seas capaz de ver que esto es lo mejor que te podría haber pasado.

—Discrepo. — Clare torció el gesto—. Aún respiras.

Un atisbo de emoción brilló en los oscuros ojos de Amara.

—¿Por qué no se lo explica usted, capitán Medusa? Ya que mis hijos parecen empeñados en ser obtusos.

—¡Permítame a mí! — intervino Benedict, dando un paso al frente y echando hacia atrás su capa de piel, con la corona dorada brillando a la luz del sol—. Hice un trato con el capitán Medusa. O bien me permitía unirme a las celebraciones fúnebres, o bien estaría esperando su llegada al muelle con un arsenal a mis espaldas; uno que no dudaría en utilizar.

El capitán Medusa dejó escapar un suspiro entrecortado. La confianza inquebrantable del hombre parecía resquebrajada, pero Trystan percibió la ira en sus facciones.

—Accedieron a conceder una tregua temporal si les permitía subir a bordo para la cena en celebración de la vida. Me pareció más seguro que permitirles tender una emboscada en el puerto.

Tatianna suspiró, frotándose los ojos.

—Siento que te hayan metido en esto.

—¿Cómo? — interrumpió una voz grave, y todas las miradas se dirigieron al hombre que se erguía, cuadrando los hombros, con un aire de realeza. Alexander se parecía cada día más a su retrato. Iba bien peinado, vestía de forma sencilla pero pulcra y ya no llevaba la corona de oro en la cabeza, sino que brillaba en su dedo, como un anillo. De hecho, eso era originalmente, antes de que le echaran la maldición—. ¿Cómo sabes que no emplearán la violencia de todas formas?

—¡Vaya, si es el príncipe Alexander! — exclamó Benedict—. Qué buen aspecto tiene. ¿Esto es obra de su muchacha, Amara?

Un destello gris apagado se abrió paso entre la multitud y arrojaron a una mujer menuda al suelo, en medio de la trifulca. Winnifred Erodina.

—Ahí está — dijo Amara con una sonrisa que rayaba en la burla—. Winnifred fue casi tan eficaz como lo es su madre. — Hizo una pausa con mala intención—. Ay, perdón. *Era.*

Los hombros de Winnifred temblaron, aunque enderezó la espalda con expresión decidida. Apoyó un pie en el suelo e hizo ademán de levantarse, pero se pisó las faldas. Se habría caído si Alexander no hubiera aparecido a su lado, sujetándole el codo de una forma casi imperceptible para ayudarla a recuperar el equilibrio mientras fulminaba con la mirada a los hombres que la habían empujado.

—A su servicio — Winnifred apartó el brazo de Alexander e hizo una reverencia ante Benedict—, alteza. — Sus palabras eran dóciles y débiles, pero tenía los puños apretados.

Benedict le levantó la barbilla, mirándola con lascivia.

—Lo tendré en cuenta.

Sage no lo dejó pasar. Trystan sabía que no lo haría. Cogió a Winnifred y la puso detrás de ella para protegerla.

—Yo no he aceptado ninguna tregua. Tócala otra vez y te desuello vivo.

A Benedict aquella amenaza solo lo divirtió.

—Me temo que esa no es una opción, señorita Sage. El barco está hechizado. No es posible ejercer la violencia contra nadie a bordo, y, si lo intenta, la única que saldrá herida será usted. ¿No es así, lord Charles?

Un hombre a la izquierda de Benedict asintió; tenía el pelo largo y repeinado hacia atrás con una cantidad exagerada de gel y un bigote con las puntas curvadas hacia arriba.

Parecía la caricatura de un personaje siniestro que hacía el papel de secuaz. Y entonces Trystan se dio cuenta de algo.

—Usted es un especialista en magia, ¿verdad?

Lord Charles entrecerró sus diminutos ojos.

—Ya no. Se acabaron mis días de diagnosticar el tipo de magia de la gente. Ahora trabajo para mi rey. Gideon Sage dejó atrás parte de su magia con capacidad para bloquear la de los demás, así que la hemos lanzado sobre el barco para que desvíe los ataques hacia la persona que los perpetre, como el rebote de un escudo.

Secuaz Siniestro hablaba demasiado.

Sage cerró los ojos con fuerza.

—¿Por qué? ¿Por qué habéis preferido hacer esto en vez de esperarnos y tendernos una emboscada?

Benedict se encogió de hombros.

—Porque me apetecía mantener una conversación tranquila, y mi nuevo canciller me aconsejó que esta era la opción con menos probabilidades de terminar con un baño de sangre.

—Con lo que me gustan a mí los finales felices… — dijo Sage con tono burlón, cruzando los brazos con ese brillo malicioso en los ojos que Trystan sabía que significaba que se estaba deleitando con la posibilidad de acabar machacándolos. Los engranajes de su mente

no paraban de sopesar todas las formas en que podía hacérselo pagar a Benedict.

Trystan no creía mucho en eso de «tener un tipo». Pero, en cualquier caso, ese era el suyo: las mujeres locas capaces de tramar un asesinato.

Las mejillas y los labios enrojecidos de Sage casi le hacen pasar por alto un detalle:

—¿Qué nuevo canciller?

Benedict pareció complacido por la pregunta mientras extendía un brazo.

—Ahora viene la parte más emocionante. Venga aquí, canciller. Están deseando conocerlo.

Un hombre se abrió paso entre la multitud para situarse junto a Benedict: el rostro del caballero estaba cubierto por un yelmo, pero cuando se lo quitó…

Las mejillas de Sage pasaron de estar enrojecidas por la ira a palidecer por la sorpresa y el miedo.

—Hola, Evangelina. — El hombre sonrió.

La voz de Sage tembló, pero su postura se mantuvo firme cuando dijo:

—Hola, papá.

Griffin Sage.

CAPÍTULO 61

gideon

Mientras tanto, en la mansión…

Cuando Gideon era joven, el mundo lo alababa por lo mucho que se parecía a su padre. Griffin siempre había sido muy admirado en el pueblo. Un antiguo Guardia Valeroso, el carnicero local, un esposo y padre devoto.

A Gideon le gustaba que lo compararan con él.

Ahora, pensar en su padre lo ponía enfermo.

Al volver a leer la nota, se fijó en los trazos ondulados de la caligrafía.

Lyssa empujó las puertas del estudio al que desde hacía poco tenía el acceso permitido y los rayos de luz que se colaban por las ventanas iluminaron su vestido con volantes.

—Aquí están todas, Gideon. — Dejó el resto de las notas que había recibido sobre la mesa de caoba.

La habitación estaba impregnada del olor a cuero gastado y pergamino; eso lo transportó a un lugar en el que había estado una vez. Cualquiera era mejor que este, en el que le tocaba leer las notas coercitivas que le habían dejado a Lyssa para liberar a Griffin Sage de la custodia de El Villano.

¡Ven enseguida, Lyssa! ¡Tu padre te necesita!
Lyssa, ve a ver a tu padre. Te quiere mucho.
No olvides venir sola.

Era la última la que resultaba más siniestra: el deseo de aislarla.

—¿Estás enfadado conmigo? — preguntó Lyssa, cruzando las manos delante de ella y mordiéndose el labio.

—No — respondió él con vehemencia—. Estoy enfadado con la persona que te escribió estas notas.

—¿Marv? — Su hermana echó un vistazo a los papeles que había junto a él.

—Eso pensaba. Y sigo pensándolo. Aunque Marv no podrá decirnos nada hasta que no lo curen, y esta letra… — Gideon le acercó las notas, junto con un informe oficial de Marvin—. ¿Ves la diferencia? Pensé que coincidirían, pero en este documento la letra de Marv es un garabato en comparación con la caligrafía de las notas.

—Anda. — Lyssa se animó—. ¡Se parece más a esta! — Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo entregó a su hermano.

Gideon lo cogió preguntándose qué tenía que ver un trozo de tela con todo aquello, pero cuando la extendió sobre la palma, con sus delicadas costuras hechas de encaje, se dio cuenta de que había tres palabras escritas.

Soy yo, tonta.

Y eran idénticas a las notas que tenía delante.

—Lyssa, ¿de dónde has sacado esto?

—Lo encontré. — Reflexionó un instante—. ¿Por qué?

—Porque creo que quienquiera que haya escrito esto es la misma persona que escribió estas notas.

Su hermana le lanzó una mirada dubitativa, colocando los brazos en jarra.

—¿Cómo puedes saberlo con solo tres palabras?

—Míralo tú misma. — Gideon señaló unos detalles concretos y Lyssa abrió mucho los ojos.

—Vaya.

Sí.

Vaya.

Y también: joder.

Gideon se quitó las gafas de lectura con un bufido de frustración.

—No sé cómo voy a averiguar quién escribió esto.

—¿Alguien cuyo nombre empiece por E? — dijo Lyssa, y Gideon levantó la cabeza de golpe.

—¿Por qué piensas eso?

Lyssa le acercó el pañuelo y lo analizó. Ahí estaba: una pequeña E cosida en la parte inferior.

—¿A quién conocemos cuya inicial sea una E?

Keeley abrió las puertas de un empujón y entró con el ceño fruncido.

—Me rindo. Han pasado casi veinticuatro horas. Hemos rastreado el bosque y ha sido en vano. Destino ha desaparecido.

—Pero si acabo de verla — dijo Lyssa, acercándose a una de las estanterías para ver qué títulos había.

Keeley se volvió hacia ella con una lentitud peligrosa.

—Lyssa…, ¿dónde has visto a Destino?

—Moira — la corrigió ella, haciendo caso omiso al tono empleado para formular la pregunta. Esa niña era terrible—. Y estaba en la cocina con Edwin.

Gideon se giró hacia Keeley y ella lo miró boquiabierta. La expresión de su rostro era a la vez cómica y alarmante.

—Capitana, ¿se encuentra bien?

—¿Llevas gafas para leer? — preguntó Keeley, señalando las lentes como si fueran armas de destrucción masiva.

Por fin.

Un agradable descubrimiento.

—Sí. ¿Por qué? ¿Te sorprende lo bien que me quedan? — Gideon sonrió.

—Ay, Gideon… — Lyssa negó con la cabeza, decepcionada.
—No — espetó Keeley.
Desde luego que sí. No se las pensaba quitar nunca más.
—¡E! — exclamó Lyssa ahogando un grito.
La atención de Gideon se desvió hacia ella.
—E…
Lyssa señaló hacia la puerta.
—Edwin.
Gideon tenía razón. La respuesta era: vaya.
Y también: joder.

CAPÍTULO 62

EVIE

Evie Sage estaba a punto de sentarse frente a su padre en una mesa.

—¿Qué clase de crucero infernal es este? — le espetó a Trystan mientras terminaban de colocar la larga mesa en la cubierta y todo el mundo buscaba su asiento.

—¿Quieres cambiarme el sitio? — murmuró Trystan.

—¿Quién se sienta a tu lado?

—Mi madre.

Ella se estremeció.

—Déjalo. Me esconderé detrás del centro de mesa.

Las cenas multitudinarias solían parecerle encantadoras, pero este horror no tenía nada de encantador.

El personal empezó a colocar los cubiertos, a servir vino e incluso a ofrecer pequeñas porciones de mantequilla mientras el grupo se acomodaba. Como una familia feliz y desquiciada.

Aquello era tan agradable como hacer el inventario mensual. O como que te arrancaran un diente.

—Este vino es divino, capitán. Tiene un gusto impecable — lo elogió Benedict jovialmente mientras se rellenaba la copa, como si todos fueran viejos conocidos compartiendo una comida, en lugar de enemigos acérrimos haciendo todo lo posible por no derramar

sangre sobre los aperitivos. Levantó la copa hacia Evie y Trystan y añadió—: Pruébenlo, ustedes dos, verán qué rico.

Evie alzó la copa, se bebió el líquido de un trago y luego la tendió para que le sirvieran más con una sonrisa de satisfacción que sabía que Benedict y su padre odiarían. Al verles la cara, sus labios se curvaron aún más, y le ordenó al rey de Rennedawn:

—Rellénname la copa.

Aunque no estaba mirando a Griffin Sage, escuchó el crujir de su silla al ponerse en pie y percibió su indignación mientras escupía:

—Muestra algo de respeto, niñata insolente y…

—No. — Trystan también se había levantado y, cuando Evie vio su rostro, volvió a vislumbrar a El Villano, con su poder oscuro animándolo bajo la piel.

Ah, no, en realidad era ella. Lo estaba animando en voz alta.

Cerró la boca para no ponerse a silbar.

—Es posible que ahora mismo no pueda hacerle daño, pero tarde o temprano abandonará este barco. Siga hablándole así y me pasaré el resto de mis días persiguiéndolo. Siéntese. Ahora.

Griffin frunció los labios mientras miraba a Trystan con desdén, pero volvió a sentarse lentamente.

—Ya no es usted El Villano, señor. No tengo por qué temerle. Su magia lo ha abandonado.

Trystan dio un trago de vino y decidió no mencionar que había recuperado sus poderes de curandero de la esencia. Ni lo que eso implicaba.

Era justo, sobre todo porque Evie sabía que él tampoco tenía ni idea del alcance de ese poder.

—La magia nunca fue mi forma preferida de matar — murmuró Trystan con una calma letal. Y luego, sin apartar la vista de Griffin, cogió la botella y sirvió más vino en la copa de Evie.

¿Cómo se suponía que una chica podía mantener la cabeza fría en esas condiciones?

Tatianna se encontraba al otro costado de Evie, contemplando con ira a Griffin, tamborileando con los dedos sobre sus brazos

cruzados. Alexander estaba junto a Tati, todavía en su forma humana, gracias a los dioses. Se inclinó para mirar al resto y articuló una palabra con los labios: «Puaj».

Y luego puso los dos pulgares hacia abajo. Evie sonrió; Reymundo no había perdido su talento para decir mucho con una sola palabra. Y resultaba aún más gracioso si lo acompañaba de una expresión facial como la que tenía en ese momento, con la boca curvada y el ceño fruncido.

—Qué alegría volver a verte después de tanto tiempo, Alexander. — Amara arqueó una ceja mientras untaba mantequilla en su pan.

Clare imitó el movimiento.

—Bueno, lo dices como si no hubiese sido cosa tuya lo de convertirlo en rana, madre.

Amara se puso de pie.

—Pídeme perdón ahora mismo — masculló.

Tatianna abrió la boca, pero Clare le agarró la mano, indicándole que se detuviera. La tensión era tan palpable que nadie se atrevió a tocar la comida que la tripulación les estaba sirviendo.

Evie sabía que, incluso en un estado de justificada agitación, aún contaba con habilidades muy afinadas a las que recurrir. Villana, miembro de la realeza o asistente, daba igual.

Siempre sabía cómo empeorar una situación.

Se metió un poco de ensalada en la boca, masticó lentamente y luego comentó:

—El pollo está seco.

Charles la fulminó con la mirada, haciendo tintinear el tenedor en el plato mientras la señalaba.

—Sus modales son pésimos, señorita Sage.

Ella se inclinó sobre el plato, sosteniendo la verdura con el tenedor y haciéndolo girar.

—Y los espárragos también.

Trystan le apretó la pierna bajo la mesa. Cuando ella lo miró, en sus ojos brillaba la diversión.

—Basta ya de ser desagradable — ordenó Griffin, recolocándose en su asiento.

—Uy, ¿ya te vas? — respondió Evie con cara inocente.

Alexander se rio tapándose la boca con el puño, y Clare le pasó una servilleta, conteniendo también la sonrisa.

Su padre frunció el ceño.

—Casi no te reconozco, Evangelina.

—Suele ocurrir cuando hablas con alguien desconocido. — Evie dio un buen trago a su copa de vino, dejando que el calor le bajara por la garganta hasta el estómago, atenuando la angustia que le provocaba volver a encontrarse con aquel hombre.

—Qué grupo tan interesante de personas se ha reunido aquí hoy para celebrar la vida de Arthur Maverine — intervino el capitán Medusa desde la cabecera de la mesa.

Interesante, sí. Como una erupción inexplicable.

—Estoy seguro de que le habría encantado tener al menos a uno de sus hijos presente — comentó Griffin con un tono sarcástico mientras cortaba la carne.

—Tiene a dos presentes — lo corrigió Clare con tono incisivo.

Benedict intercambió una mirada con Griffin.

—No creo.

Trystan se estremeció.

—Pásame los panecillos, Evangelina — ordenó Griffin, observando el impacto que sus palabras habían tenido en Trystan con un aire de suficiencia que la llenó de rabia.

Era incapaz de sentir una ira fría. Como todas sus emociones, esta ardía como el fuego. La magia bajo su piel empujaba en vano para que la liberara. La cicatriz de su hombro resplandeció bajo la tela del vestido. Los restos de magia que Trystan había dejado atrás trataban de protegerlo.

No podía recurrir a la violencia, así que solo tenía dos opciones: usar las palabras… o ser creativa.

Evie cogió un trozo de pan de la cesta que tenía delante… y se lo lanzó a la cabeza. El pan le dio a su padre en la frente con un ruido

sordo.

No se trataba tanto de permitir que los pensamientos intrusivos ganaran, más bien era una entrega voluntaria y sana.

Trystan se atragantó con lo que sea que tuviera en la boca y la miró como ella había mirado un día a un pájaro que iba volando a toda velocidad… hasta estamparse contra un árbol.

Griffin, por su parte, parecía sorprendido por aquel proyectil derivado del trigo. Se había quedado con la cara enrojecida y la boca abierta, emitiendo un balbuceo silencioso cargado de furia. Tatianna se tapaba la boca para contener la risa, apoyándose en el hombro de Clare para que no la vieran, y Trystan se había recuperado lo suficiente como para levantar una mano en señal de calma hacia Charles, que parecía a punto de estallar ante aquel espectáculo incivilizado.

Evie dio otro sorbo de vino y cogió la mantequera, y luego preguntó amablemente:

—¿Quieres que te pase esto también?

Griffin no mordió el anzuelo. En su lugar, se recostó en el asiento con una mirada de puro desprecio que ella conocía a la perfección.

—Preferiría que no.

—Yo habría preferido que no colocaras una bomba en mi lugar de trabajo después de intentar venderme como si fuera un trozo de carne. Pero, tonta de mí, se me olvidaba que, al fin y al cabo, eres un carnicero — espetó Evie. Sentía cómo el calor del vino disipaba el miedo y todas sus inhibiciones.

El sol poniente se reflejaba ahora en el agua, y ella se dio cuenta con una sacudida de alegría de que estaba creando un efecto arcoíris en las olas.

Un escenario precioso para una escena de lo más fea.

—¿Alguien aquí ha leído alguna vez *La sociedad del corsé travieso?* — preguntó Trystan mientras daba un bocado de la comida que le habían servido como entrante.

Esta vez fue Evie quien se atragantó.

Trystan se limitó a seguir mirando la comida del plato con indiferente contemplación, pero, por debajo de la mesa, unos dedos grandes y cálidos se entrelazaron con los de Evie, y el resplandor de la cicatriz le provocó un cosquilleo en respuesta.

—¿De qué trata? — preguntó Tatianna con una sonrisa burlona. Le había gustado ese cambio de tema.

—Por lo que he podido deducir hasta ahora, explora la lucha de una mujer por encontrar la armonía en un mundo injusto dominado por los hombres, al tiempo que se enamora de uno de ellos. En definitiva, un conflicto de identidad.

Evie se quedó estupefacta ante aquella valoración. Trystan hablaba del libro como un estudiante que defiende una teoría frente a un grupo de eruditos. Y las caras de desconcierto alrededor de la mesa eran la prueba de que había dado en el clavo.

—¿Y…? — insistió Tatianna con un poco de malicia.

Trystan frunció el ceño.

—Ah, ¿te refieres a las escenas de amor explícitas?

—¿Las escenas explícitas de qué? — preguntó Griffin, que parecía a punto de estallar de rabia.

—¿Has dicho «escenas de amor»? — resolló Evie.

—Blade me aconsejó que evitara la palabra «fornicar» cuando hablara en un contexto romántico. — La miró con una preocupación claramente fingida y le explicó con detenimiento—: Porque sabes que es una novela romántica, ¿no?

—¡Claro que lo sé! — exclamó Evie levantando las manos.

En ese mismo instante, Amara dio un golpe con las palmas sobre la mesa.

—¡Basta! ¡Esta es una cena para celebrar la vida y vosotros la estáis convirtiendo en una burla!

—¿Y tenderle una trampa a Arthur para que lo mataran no lo fue? — preguntó Clare, alzando una ceja con escepticismo.

—¡Clare! — susurró Tatianna, atónita a la vez que eufórica—. Brava.

Amara hervía de rabia. Los hombros le subían y bajaban al ritmo de su respiración entrecortada.

—Voy a retirarme a mi camarote. Buenas noches.

—Nunca había presenciado un espectáculo de crueldad tan innecesario — dijo lord Charles mientras comía puré de patatas.

—Eso no es cierto — replicó Trystan, y luego dio un sorbo de vino.

Charles palideció y dejó con cautela la cuchara al ver que Trystan se levantaba y rodeaba la mesa para plantarse frente al especialista en magia.

—No sé a qué se refiere.

—Vamos, Charles. Sé que han pasado unos cuantos años, pero no me diga que no se acuerda del verano que compartimos todos juntos cuando yo tenía diecinueve.

Evie se quedó paralizada y se le erizaron los pelos de los brazos.

El rey Benedict sonrió.

—Y yo que pensaba que no lo recordaba.

—¿Que no recordaba qué? — preguntó Clare con cara de estar a punto de derramar tinta naranja por toda la mesa.

Esa que desintegraba todo lo que tocaba.

—Charles fue mi especialista en magia, tiempo ha. Cuénteselo, Charles — lo animó El Villano. A simple vista, parecía una invitación amistosa, pero Evie conocía a aquel hombre mejor que a sí misma, y sus ojos eran como dos astillas negras.

Charles tragó saliva con aspecto de estar a punto de echar la cena.

—Eso fue hace una eternidad. Yo me limitaba a seguir las órdenes del rey.

—¿Haciendo qué, si se puede saber? — preguntó Tatianna con la mirada fija en los dos hombres.

Trystan agarró a Charles por el cuello, ignorando el grito del hombre, y los Guardias Valerosos se tensaron ante aquella amenaza, con las manos preparadas sobre sus espadas.

Sin embargo, Charles no se resistió al agarre de Trystan. Como si tuviera asumido que se merecía lo que fuera que quisiera hacerle.

—Charles fue quien me nombró El Villano.

CAPÍTULO 63

reymundo

Alexander volvió a transformarse en rana antes del postre. Por suerte, pudo excusarse con la suficiente rapidez como para hacerlo lejos de las miradas indiscretas.

De todas formas, para entonces la cena ya se había echado a perder y se había convertido en un duelo de miradas.

Hasta ese momento, Alexander creía que Trystan iba ganando, pero Benedict también estaba dando guerra.

—¿Winnifred? — dijo Benedict, y ella se acercó corriendo con una jarra en la mano. Sirvió el agua con la cabeza gacha y Alexander se sintió inexplicablemente molesto. Sabía lo que era sentirse pequeño.

Ahora, por ejemplo. Estaba usando un plato como asiento.

—Lo crean o no, hemos venido aquí a negociar — comenzó Benedict, juntando las manos e inclinándose hacia delante—. Sospecho que ustedes tienen el ancla y la copia de *La historia de Rennedawn* de Destino. Me gustaría que me hicieran entrega de ambas. A cambio, les daré todo lo que siempre han deseado.

Alexander sacó un cartelito que Trystan le había pasado después de la transformación, escribió unas letras y luego lo levantó.

MUÉRETE.

—Bien dicho, Reymundo. — Trystan sonrió con aire burlón y aplaudió—. Capitán Medusa, ¿hay algún tablón a bordo?

El padre de Tatianna torció el gesto.

—Por supuesto.

Griffin Sage parecía aburrido con la conversación, pero ayudó a Benedict como el buen perrito faldero en el que se había convertido.

—Me parece que no está entendiendo el fondo del asunto, señor Maverine. Si permite que se cumpla la maldición, Rennedawn será suyo. Se convertirá en el heredero del rey y nunca conocerá otra vida.

—No querría una vida en la que Sage y yo estuviéramos en bandos opuestos.

—Ya lo están. — Los ojos de Benedict se posaron en Reymundo. Su mirada amenazante daba miedo—. Ahora son adversarios, quieran aceptarlo o no. Aunque el reino no aguantará mucho más esta indecisión.

—Por eso estamos cumpliendo la profecía — afirmó Trystan.

Benedict suspiró.

—¿No lo ven? No lo van a conseguir. La profecía ya se ha desviado demasiado por la intromisión que llevamos a cabo hace años. Y todo para salvar a una niña que ni siquiera merecía la pena.

Trystan lo fulminó con la mirada. En sus ojos ardía la promesa de hacerle daño en cuanto tuviera opción.

Griffin Sage resopló, sin atreverse a mirar a su hija, como el cobarde que era. Aun así, no fue necesario, porque en ese momento Winnifred apareció junto al rey Benedict y le vació el contenido de la jarra de agua en el regazo, acaparando la atención de todos.

Benedict se levantó con un grito de indignación.

—¡Cómo te atreves, bruja!

—Hechicera — lo corrigió Winnifred con un hilo de voz.

—¡Pide perdón a Su Majestad por este descuido tan lamentable! — ordenó Griffin Sage, pero Winnifred no se acobardó, se limitó a contemplarlo con expresión ausente.

—No puedo — respondió—. Porque no lo siento. — Su rostro se iluminó al añadir—: Y no ha sido un descuido.

No lo decía con sorna, simplemente estaba compartiendo lo que pensaba.

Algo inusual.

Y peligroso.

—Dejad a la chica en paz — rugió Trystan, caminando hacia el otro lado de la mesa y colocándose entre Winnifred y los dos hombres corpulentos que parecían dispuestos a tirarla por la borda—. No vamos a negociar. Si esto era un intento ridículo de intimidarme, habéis fracasado.

Benedict se encogió de hombros y retrocedió hasta quedar flanqueado por su Guardia Valerosa.

—¿No se ha planteado la posibilidad de que no sea a usted a quien pretendía intimidar?

Benedict se dispuso a irse, pasando junto a todos ellos, y mientras abandonaba la cubierta…

Fijó la mirada en Alexander.

CAPÍTULO 64

Iyssa

Iyssa Sage siempre tenía una historia que contar.

Evie solía decirle que, desde que empezó a hablar a la temprana edad de once meses, ya no había parado. Todo era una aventura, un entretenimiento más. Le encantaban las emociones que experimentaba la gente al consumir una historia. Las lágrimas, las risas, los desmayos, el miedo…

Bueno, el miedo no le encantaba.

Cuando los tres entraron en la cocina, Gideon se fue directo hacia el caldero del brebaje y Keeley cogió uno de los bollos cubiertos de miel que Edwin estaba sacando del horno.

—¡Cuidado, capitana Keeley! — la advirtió el cocinero—. Queman mucho.

—Uy, perdón. — Keeley le dedicó una sonrisa tímida—. Hace tanto que no preparas bollos de miel que me he dejado llevar sin pensar. — Echó un vistazo nervioso por la cocina—. Edwin, ¿has visto a Moira? Quiero decir… ¿a Destino?

Edwin señaló hacia la puerta.

—Se ha ido, llevaba prisa. Me ha dicho que tenía que ir a buscar algo. Seguro que enseguida vuelve.

Keeley no se lo terminó de creer, pero asintió con la cabeza y dirigió su atención hacia la persona que acababa de aparecer.

Joseph el Erudito asomó la cabeza desde el pasillo y Edwin empezó a toquetearse las gafas nervioso.

—¿He oído que has hecho bollos de miel? Son mis favoritos. — Joseph sonrió con dulzura y Lyssa vio cómo las mejillas de Edwin pasaban de su azul habitual al índigo—. ¿Los has hecho para mí?

—Ha coincidido que tenía los ingredientes. — El cocinero de la mansión dejó una sartén sobre los fogones y se concentró en remover el brebaje—. ¿Necesitas algo, Joseph? Los niños querían hablar conmigo.

—¿Niños? ¡Soy la capitana de la guardia de El Villano! — protestó Keeley.

—Y yo soy un adulto… técnicamente — añadió Gideon.

—Pues yo no quiero ser nunca una adulta. Todo el mundo se comporta de una forma extraña — declaró Lyssa.

Justo en ese momento entraron la señorita Erring y Blade sosteniendo a las crías de los gubres.

—¿Qué te ha pasado en el pelo, Gushiken? — preguntó Gideon levantando las cejas.

—Me he… echado una siesta… demasiado profunda. — Blade carraspeó y la señorita Erring se giró muy lentamente para mirarlo.

—¿Ves? Comportamientos extraños. — Lyssa se sintió validada—. Edwin, ¿has visto antes este pañuelo?

Edwin lo cogió con su enorme mano y lo examinó de cerca.

—No, apenas da para cubrirme el pulgar. — Se rio entre dientes y Lyssa se dio cuenta de lo ridículo que era todo aquello. Como si ese trozo de tela pudiera servirle de algo a un ogro, salvo quizá como manta para un ratón mascota—. ¿Qué te hizo pensar que era mío?

—Hay una E bordada en la parte de abajo — murmuró Gideon con semblante derrotado, mientras hacía muecas después de cada sorbo del brebaje.

Joseph se acercó al hombro de Edwin y el chef se tensó, conteniendo la respiración cuando el otro se inclinó hacia él.

—A mí sí me suena.

—¿De verdad? — Lyssa parpadeó.

—Este encaje solo se usa para capas encantadas — explicó Joseph—. ¿Me permites? — le preguntó a Edwin, y el ogro se lo entregó. Al hacerlo, se rozaron los dedos y ambos esbozaron una sonrisa nerviosa.

—Deja de mirarlos fijamente — le susurró Keeley a Gideon.

—¿Qué? — espetó Gideon a su vez—. Hasta donde yo sé, ser un romántico empedernido no es ningún crimen, capitana.

Mientras los «adultos» de la sala discutían, Lyssa se centró en lo importante:

—¿Qué es una capa encantada?

—En todos los linajes de hechiceras hay una capa que se transmite de generación en generación — explicó Joseph observando la prenda con gran interés—. A veces se cortan trozos para hacer mantitas de bebé o…

—Pañuelos — concluyó Lyssa.

—Exacto. — Joseph le sonrió—. En Rennedawn solo hay diez linajes de hechiceras. Es el único tipo de magia que se transmite de generación en generación y no se despierta al cabo de los años.

—La familia Fortis tiene algo parecido — añadió la señorita Erring—. Pero es de seda.

Sus ojos se iluminaron.

—No era consciente de que teníamos aquí a una integrante de la familia Fortis. Me complace conocerla. He estudiado a su familia durante muchos años.

—Estupendo. ¿Está más cerca de diagnosticarnos? — bromeó la señorita Erring.

Joseph se rio señalándola.

—Es igualita que su abuela.

—Gracias. — La señorita Erring se ablandó—. ¿La conoce?

—Hemos coincidido unas cuantas veces. Siempre ha sido una pareja de baile maravillosa en las fiestas. — El ogro sonrió de reojo a Edwin—. Al igual que Edwin.

—¿Ah, sí? — Keeley sonrió para sus adentros y Lyssa se mordió la lengua.

Edwin soltó una risita ahogada.

—Lo estás diciendo para halagarme, pero la realidad es que te he pisado los pies más de una vez.

Joseph posó la mirada en el rostro de Edwin.

—Nunca me di cuenta.

—¿Deberíamos irnos? — le susurró Blade a Gideon.

Keeley, la señorita Erring y Lyssa los hicieron callar tan rápido que ambos se apartaron de ellas, sobresaltados.

A Lyssa le gustaba tener ese efecto en la gente.

—Entonces, la E significa…

—Erodina — respondió Joseph, saliendo del trance que lo había llevado a contemplar el rostro de Edwin—. Probablemente se trate de la línea de Erodina.

—¿Es de Winnifred? — preguntó la señorita Erring—. Pero Winnifred apareció hace solo unos días. Y encerramos a Marv poco después. No puede ser ella quien le escribió las notas a Lyssa.

—Entonces tiene que ser alguien a quien ella le dejó el pañuelo.

La señorita Erring dio un respingo con los ojos muy abiertos.

—Bladen, tráeme un cuervo; necesito escribirle a Roland. Tengo una idea. — Blade salió corriendo de la habitación antes de que ella terminara.

—También podríamos enviarle uno a Evie. Si se cruza con Winnifred en el pueblo de Maverine, quizá pueda averiguar a quién le prestó el pañuelo — sugirió Gideon, y Edwin negó con la cabeza.

—Si siguen en el barco, será difícil localizarlo. Será mejor que esperemos hasta mañana y lo enviemos directamente al pueblo.

Todos estuvieron de acuerdo con Edwin, incluida Lyssa. La niña se acercó a la ventana donde estaba la señorita Erring, observando cómo Cassandra y Clarke intentaban trepar uno encima del otro para aproximarse a las manos de Becky y que les acariciara la cabecita.

—Son tan monos…

—Son un fastidio — dijo Rebecka con cariño, cogiendo a los animalitos en brazos—. Pero supongo que no están del todo mal

Lyssa sonrió y luego se preguntó por qué de repente se sentía inquieta. Tardó un momento en darse cuenta de que era porque la habitación ya no estaba iluminada por el sol. Entonces algo se movió desde detrás de la vidriera.

Era un ojo gigante.

—¡Señorita Erring, apártese! — gritó Lyssa levantando las manos resplandecientes.

Y, antes de que ninguno de ellos pudiera llegar a la puerta, la habitación quedó envuelta por el veneno mortal de los gubres.

CAPÍTULO 65

EVIE

Evie estaba apoyada en la barandilla del barco, contemplando el agua, cuando su padre la encontró.

—Recuerdo lo mucho que te gustaba observar las estrellas. — Su voz sonaba discordante y eso le rasgaba el alma. Era un sonido que le había proporcionado tanto consuelo, pero también tanto dolor.

—No voy a ponerme a recordar viejos tiempos contigo, papá. — No lo miró, mantuvo la vista al frente. Llevaba un vestido sin mangas y el viento que azotaba las velas le helaba los brazos.

Él suspiró.

—He oído que tu madre se ha marchado otra vez. Estoy seguro de que eso ha debido de ser muy doloroso.

No pudo contenerse. Esta vez sí, se giró hacia él y dijo:

—No. Estaba preparada para que me abandonaran de nuevo. Ya me he acostumbrado. Lo aprendí de ti.

Por un breve instante, su padre pareció arrepentido. Pero luego su mirada se volvió calculadora.

—Y supongo que crees que Trystan Maverine no te abandonará.

—Sé que no. — Se apartó de la barandilla y pasó junto a su padre, con la cabeza bien alta.

—Claro que sí. Lo hará. — Fue la seguridad de su tono lo que hizo que la duda se apoderara de ella—. ¿No ves el daño que dejas a tu paso? Dondequiera que vayas, la destrucción te seguirá, y él acabará odiándote. Porque, como heredero del trono de Rennedawn, nació para eso. No puedes resistirte a lo inevitable.

Evie se dio la vuelta y sonrió.

—Grábate esto en la mente: no eres nadie. Si te apetece llamarme la perdición del reino, adelante. Tú lo único que eres y serás jamás es el lacayo de un rey corrupto. Me das pena.

Se llevó una mano al pecho y emprendió el camino hacia su camarote, pero el capitán Medusa apareció ante ella, entregándole una petaca y dos mantas gruesas.

—¿Qué es todo esto?

—El truco especial de Merlín Medusa para dormir. — Le guiñó un ojo y le dio un tierno beso en la mejilla—. Siento toda esta situación. De verdad.

Evie le acarició la mano, preguntándose si él sabía lo mucho que significaba para ella ver a un padre disculparse. Y decirlo en serio.

—Hiciste lo correcto, y me alegro de que así fuera. ¿Qué camarote debo tomar?

—Al final del pasillo, lo más lejos posible de donde estarán los Guardias Valerosos.

Bajó por la escalera, tratando de ignorar el silbido de uno de los soldados del rey mientras se dirigía hacia allí. Nada de violencia.

—¡Ay! ¡Desgraciado!

Eso no había logrado detener a Trystan.

—Vaya, lo siento. Se me ha resbalado la pierna.

Ella no se dio la vuelta, pero sintió su pecho contra la espalda y un murmullo:

—Adelante.

Abrió la puerta y él entró tras ella, cerrándola y sujetándola antes de que se derrumbara.

—He hablado con mi padre. Ha sido horrible. — Sonaba dócil e insegura. Su fortaleza se esfumaba cuando se trataba de su padre.

Se dirigió hacia la pequeña cama plegable que había en la esquina y dejó caer las mantas de Medusa y el truco para dormir.

—¿Quieres que lo mate? — preguntó Trystan en voz baja mientras la seguía, con sus ojos oscuros escudriñando los de ella, haciendo control de daños, sin duda.

—No. — Evie se sentía atormentada por todas las cosas que nunca sería—. Quiero que esté vivito y coleando cuando los venzamos. Que sea testigo de su fracaso.

Trystan frunció los labios. Su apuesto rostro estaba ensombrecido, alumbrado solo por la luz de las velas.

—Tienes un don para la maldad.

—O simplemente un don para ser malvada.

—Yo diría que es prácticamente lo mismo. — Trystan se encogió de hombros, pero su sonrisa se desvaneció al ver una lágrima resbalando por la mejilla de Evie. Mierda—. Oye… — Le giró el rostro hacia él con cuidado, y eso hizo que las lágrimas brotaran con mayor intensidad, dejando su rastro por la piel—. ¿Qué pasa?

—Es que me parece demasiado horrible para ser real. Que yo te ame y tú me ames y, aun así, todo vaya a acabar fatal. Sé que todo lo que sale de la boca de mi padre es una estrategia, un intento de hacerme daño, pero eso no quiere decir que no sea cierto.

Trystan le puso una mano en la nuca y la acercó a la mesa que estaba pegada a la pared.

—No lo es. ¿Qué te ha dicho?

Ella sonrió con tristeza.

—Ah, lo de siempre. Que estamos condenados a convertirnos en enemigos. Que cualquier esfuerzo por evitarlo será en vano. Que dejo un rastro de destrucción allá donde voy y que, algún día, como todos los demás, te cansarás y te marcharás.

La soltó, con el gesto deformado por la ira, y se dirigió a la portilla para contemplar las olas embravecidas.

—No veo la hora de bajarme de este maldito barco.

—¿Para poder abandonarme? — bromeó ella, tratando de tantear el terreno.

Su corazón rechazaba la idea, pero no tanto como Trystan, quien se giró tan rápido y colérico que ella trastabilló hacia atrás.

—¿De verdad piensas eso? — Se acercó a ella con paso firme y el semblante cada vez más ensombrecido. No era la primera vez que Evie sentía un cierto placer enfermizo, de los que te invaden cuando te enfrentas a un adversario—. ¿Que estamos abocados a un final en el que… te abandono?

—Solo era una broma. — Se rio nerviosa, jugueteando con las puntas de sus rizos.

—No. No lo era. — La miró a los ojos, como si su alma estuviera al descubierto y no hubiera un solo rincón que pudiera esconder. Ella no pudo soportarlo mucho rato y acabó bajando la vista hacia las tablas del suelo, de color rosa claro—. Mírame — le ordenó.

—No.

—Mírame. — Estaba enfadado, pero era un enfado dulce. Lo había visto enfadado de verdad y no tenía nada que ver. Esta era una rabia silenciosa—. Evangelina.

—¿Qué? — Ella posó la mirada en su rostro, levantando las manos al aire—. ¿Qué? ¿Quieres que diga que tengo miedo? ¡Vale, tengo miedo! Estoy intentando ser esta nueva versión de mí y no sé cómo. Poseo magia negra y tengo un destino que ignoraba que existía, ¡pero yo sigo siendo la de siempre! Y no sé cómo conciliar ambas cosas con el hecho de que un hombre con el que tuve que luchar con uñas y dientes para que reconociera lo que sentía por mí aún no haya perdido la esperanza conmigo.

Él sonrió, y fue aterrador.

—Tienes miedo porque sabes la verdad.

Evie tragó saliva y se le escapó una leve exclamación cuando él la agarró por las mejillas y la acercó a su boca, quedando sus labios suspendidos a pocos milímetros.

—¿Qué… qué verdad? — susurró.

—La sabes — respondió él con voz grave—. Dila.

La orden fue firme, tranquila y la dejó clavada en el sitio.

—Que haga lo que haga, vaya donde vaya, por muy atroces que sean mis actos o por mucho que convierta el dolor en humor, a ti nunca te va a importar que yo sea la peor persona del mundo. — Se le encogió el corazón mientras su mirada oscura se clavaba en ella—. Que no me abandonarás.

La certeza se instaló en ella y se permitió creerlo, ignorando todos los escudos con los que normalmente se protegía el corazón. De todos modos, eran innecesarios; ya estaba él allí, sosteniéndolo.

Pero entonces la soltó, y la llama se enfrió hasta convertirse en confusión.

—Acabas de decir… ¿Adónde vas? No vamos a…

Él le dedicó una sonrisa torcida, cogiendo una de las mantas que ella había colocado sobre la cama.

—¿No vamos a qué?

Ella se sonrojó y sintió un cosquilleo de vergüenza.

—¿Jugar… a las damas?

—No creo que pueda sucumbir a mi extremo deseo de… — hizo una pausa pensativa, y la mirada juvenil y juguetona de su rostro la hizo sentir más ligera— jugar a las damas. — Se dirigió hacia la puerta con una compostura que la sacaba de quicio.

Sobre todo porque ella se estaba deshaciendo como un lazo mal atado.

—Hay Guardias Valerosos por todos lados — continuó Trystan—, y las puertas de los camarotes no se pueden cerrar con llave. Tengo intención de quedarme aquí fuera vigilando por si alguno de ellos se olvida de que no debe haber violencia a bordo.

—Puedes protegerme desde aquí dentro — protestó ella.

Su mirada fue como una caricia que viajó desde sus piernas hasta su pecho, para finalmente posarse en su rostro.

—Si me quedo aquí dentro, te haré de todo menos protegerte.

No hacía falta que especificara lo que haría en su lugar; lo veía en el ardor de su mirada.

—Reúnete conmigo en la cubierta del barco justo antes del amanecer — le pidió Trystan antes de abrir la puerta y salir al

pasillo.

Evie frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Tenemos que trazar una estrategia para llegar a los Jardines de Rennedawn antes que el resto.

No dijo nada más, solo cerró la puerta con cuidado. Evie supo que podía dormir tranquila porque él estaba al otro lado, montando guardia. El viento azotó la portilla y ella sintió que se le encendía una chispa.

La de una idea muy mala.

CAPÍTULO 66

becky

Cuando Becky abrió los ojos, había una luz sobre ella.

¿Se había muerto… otra vez?

No. Se suponía que en la muerte había paz, y ella estaba demasiado irritada.

—Lyssa. Sé que deberíamos animarte a que brilles con luz propia, pero ¿no podrías hacerlo sin que me dé directamente en las córneas? — Becky entrecerró los ojos para ver más allá de la niña que los iluminaba con su luz estelar. La cocina no estaba destruida.

En cambio, estaba… transformada.

Las paredes, antes lúgubres y desgastadas, ahora eran vibrantes y brillantes; la piedra había adquirido un cálido tono marrón y crecía hiedra por doquier, con diminutas flores que brotaban por todas partes.

Incluso la vidriera había cambiado; todo era más brillante. Todo y, al parecer, todos.

Lyssa atenuó su luz un poquito, contemplando la habitación con asombro.

—¿He sido yo quien ha hecho esto?

El aleteo de los gubres desde fuera indicaba su retirada. Había sido una tontería por su parte pensar que los animales les harían

algún daño cuando sus crías yacían ahí dentro con ellos. Pero nadie podría haber imaginado aquel cambio radical de la estancia.

—¿Qué ha pasado? — Blade entró corriendo en la cocina, con el sudor brillando en la frente, y se abalanzó inmediatamente sobre Becky para abrazarla con fuerza—. Los vi alzar el vuelo y pensé… Dioses, ¿así es como se siente el jefe todo el tiempo? No me extraña que esté tan tenso. Quiero envolverte en un montón de almohadas mullidas. — Detuvo su perorata al fijarse en el resto de la habitación.

Gideon ayudó a levantarse a Keeley, a quien debió de haber agarrado cuando Lyssa soltó su grito.

—El veneno debería habernos matado.

—Ahí es justo donde se equivocan, niños. — Moira, Destino, apareció en la puerta con una mirada traviesa—. Con las personas adecuadas, la destrucción se convierte en creación.

Keeley alzó los brazos al aire.

—¿Ha estado escondida en la mansión todo este tiempo?

Moira se encogió de hombros, indiferente ante las caras perturbadas que la observaban fijamente.

—Antes vivía aquí. ¿Acaso creen que no conozco por qué rincones meterme para pasar desapercibida?

Lyssa parpadeó y Rebecka se acercó a ella, protectora ante cualquier posible amenaza.

—Los gubres y yo… hemos hecho que la cocina… — Lyssa se calló, sin saber qué palabra usar. Lo cual, en opinión de Rebecka, debería haberlos alarmado a todos.

Destino fue cojeando hasta ella y se agachó para mirarla a la cara, con los ojos centelleantes.

—Magia. Tu luz estelar junto con los gubres habéis devuelto la vida a esta habitación.

Rebecka se acercó aún más, fijándose en que la mesa, antes de un marrón apagado, era ahora de color turquesa, con las patas curvadas y adornadas con suaves flores amarillas.

—¿Así es como se supone que debía ser esta habitación, entonces?

Destino sonrió.

—Así es como se supone que debía ser toda la mansión. El desvanecimiento de la magia no es nada nuevo. El mundo ha ido perdiendo color desde su creación.

Blade carraspeó.

—¿Cómo lo recuperamos?

Destino sacó un precioso pincel con mango de roble blanco y cerdas de color rosa pálido.

—Lo pintamos de nuevo.

—Si tenemos que pintar todo Rennedawn, le recomendaría un pincel mucho más grande, Moira. — Keeley parpadeó al ver el objeto—. A menos que… ¿Está encantado?

Destino soltó una carcajada.

—Ni por asomo. Lo compré de segunda mano en una feria de artesanía.

Becky resopló, apoyando las manos en las caderas, sin dejar de mirar la habitación con asombro.

Al igual que Edwin, cuyos ojos se llenaron de lágrimas al ver los hermosos detalles que resaltaban en su cocina y el brillo alegre y luminoso que emanaba de las ollas y sartenes.

—Es precioso.

Clarke y Cassandra salieron dando saltos de los armarios en los que se habían escondido, brincando por la habitación como si fuera un parque infantil. Los animales estaban tan compenetrados entre sí que se lanzaban al aire al unísono, con sus pequeñas alas llevándolos en ráfagas diminutas de niebla púrpura centelleante.

Lyssa levantó las manos, contrarrestando el veneno con su luz blanco-plateada. Este los salpicó a todos con descargas de colores brillantes.

Rebecka se estremeció cuando algo la alcanzó, pero no le dolió. Notó un cálido resplandor alrededor del corazón y, cuando bajó la mirada, vio que su vestido marrón era ahora fucsia y verde. Sus

prácticos mocasines habían sido sustituidos por unos con margaritas bordadas y, aunque no tenía ni idea de cómo esos zapatos podían ser cómodos y estructuralmente sólidos, de alguna manera lo eran.

—¡Ha sido increíble! — Lyssa miró a su alrededor con estupor mientras todos los presentes recibían un toque de color: la sencilla vestimenta de Gideon se sustituyó por una camisa de un azul intenso y las prendas de cuero rojo de Keeley desaparecieron bajo un tejido marfil más suave, ribeteado con oro. Y el vestido de Lyssa se había deshecho para dar paso a uno con una gran falda de tul, iridiscente y cubierta de mariposas.

Blade, por su lado…, seguía exactamente igual.

Cuando vio que Rebecka se percataba, le dedicó una sonrisa pícara, señalando su chaleco de colores chillones.

—Me temo que no se puede mejorar la perfección.

Ella puso los ojos en blanco, pero sonrió. Aunque su sonrisa se desvaneció al recordar algo.

—¿Has podido enviar el cuervo a Roland y Marv pidiéndoles que regresen?

Blade se pasó una mano por el pelo.

—Lo he hecho justo a tiempo para ver a los gubres dirigiéndose a las cocinas. — Clarke se acercó tambaleándose y le mordisqueó los tobillos—. Has encontrado algo para picar, ¿eh? — El domador de dragones lo cogió en brazos con una sonrisa.

—¿Por qué es tan importante que regresen, Rebecka? — Joseph tenía una curiosidad voraz en la mirada, una que le confirmaba que su mente nunca dejaba de hacer preguntas. Quería buscar respuestas a todo lo que sabía. Esa había sido también la mentalidad de Rebecka en su día.

No estaba segura de cuándo había cambiado.

—Pensé que, aunque Marv siga sin poder responder a nuestras preguntas sobre el traidor sin que el veneno lo mate, quizá sí que pueda contarnos lo que sabe del pañuelo.

Joseph se quedó en silencio un momento antes de hablar.

—Creo que, con el veneno de los gubres y la luz estelar de Lyssa, pueden hacer algo más que sanar la magia de la mansión.

El corazón de Becky comenzó a latir con fuerza, invadido por una sensación singular. Era de las que indicaba que la vida estaba a punto de dar un nuevo giro.

—¿Cómo lo sabe? — preguntó con cautela.

Joseph se enderezó con una sonrisa milagrosa en el rostro. Una que transmitía dicha y alivio.

—Porque, cuando he entrado en esta habitación, padecía el mal místico — afirmó, y los labios de Edwin se entreabrieron mientras sus ojos mostraban sorpresa.

Joseph recorrió con la mirada su propio cuerpo, fijándose en la túnica de colores que sustituía a su anterior capa, con unos volantes en las mangas que a Rebecka le recordaron a uno de los viejos vestidos de su madre.

Sin embargo, se olvidó de todo eso cuando Joseph levantó la vista y dijo con alegre incredulidad:

—Y creo que me he curado.

CAPÍTULO 67

trystan

La niebla del amanecer se extendía sobre el agua y el contorno de su aldea se divisaba a lo lejos. Trystan se había quedado dormido frente a la puerta de Sage con la mano en la empuñadura de su espada y se despertó recordando que ella dormía al otro lado.

«Me gusta dormir desnuda. Por si se lo estaba preguntando», le había dicho ella cuando estaban encerrados en la casa de lord Fowler.

Qué mal momento para recordar ese detalle. Ahora la rigidez de su espalda no era nada comparada con la rigidez de… otras partes.

—Buenos días — dijo Sage alegremente a su lado, mientras seguía atándose el lazo de la camisa.

Más vale que los Guardias Valerosos estén todos roncando, pensó con malicia. O habría tenido que encargarse él de dormirlos.

Ella jugueteó con el último lazo del grueso cinturón que le ceñía la cintura y luego se inclinó para atarse las botas, dejando al descubierto amplios trozos de piel a la altura de las clavículas. Tenía los rizos húmedos.

¿Se había dado un baño?

La última vez que lo había hecho, él casi había acabado con una conmoción cerebral.

—¿Estás bien? — le preguntó ella, ladeando la cabeza y con la manga resbalándose hacia abajo, provocándolo.

Él carraspeó.

—Estoy distraído. Es muy probable que, cuando atraquemos, Benedict y la Guardia Valerosa estén listos para detenernos. Tenemos que bajar del barco antes que ellos.

Sage miró por la borda con expresión consternada.

—¿Como una estrategia de las de agacharse y gatear?

—Algo por el estilo.

—Buenos días — saludó Clare con voz cantarina. Llevaba el pelo corto recogido con varias horquillas en forma de rosa, y su vestido cargado de volantes era de un verde vivo adornado con piedras preciosas que la hacían resplandecer—. He pensado que hoy era un buen día para ponerme el color favorito de papá.

La ropa de Trystan no era ni mucho menos tan colorida. Iba todo de negro, como siempre, pero llevaba en el bolsillo el pañuelo amarillo que Sage le había regalado, en representación de su padre y del amor que le tenía. Era lo más sentimental que podía ofrecer.

—¿Por qué te has levantado tan temprano? — preguntó Trystan, buscando a Alexander por el barco.

—Necesito hablar con el padre de Tatianna — dijo Clare rápidamente, interrumpiendo la concentración de Trystan.

—¿Sobre algo en concreto? — inquirió Sage con una sonrisita.

—No. — Clare mentía, pero Trystan no entendía por qué a Sage le hacía tanta gracia. Sonreía como un gato que acababa de tragarse el pez dorado de la familia.

—¿Estás segura? — insistió Sage pestañeando.

Antes de que Clare pudiera objetar, Alexander saltó sobre su hombro sosteniendo un cartel.

MATRIMONIO.

Evie emitió un grito, agarrando las manos de Clare y dando saltitos.

—¡Lo sabía!

—¡Cállate! — exclamó Clare, tapándole la boca con ambas manos—. Solo voy a hablar con él sobre la posibilidad de pedirle la mano a su hija, pero estoy esperando el momento adecuado.

—¿Y ese momento es el entierro de padre? — preguntó Trystan con sinceridad, así que no entendió por qué Sage le dio un golpe en la parte posterior del brazo.

—¿Qué pasa con el entierro de vuestro padre? — Tatianna apareció, hablando entre bostezos, aunque se detuvo al ver que todos la miraban raro—. ¿Qué pasa? — Su vestido también era llamativo, salpicado de todos los tonos de rosa, con mangas que parecían alas de ángel.

—Estábamos discutiendo cómo llegar adonde está enterrada la ventana antes que Benedict y la Guardia Valerosa — respondió Clare mirando hacia él—. ¿Verdad, Trystan?

—Sí — confirmó él secamente—. Eso es de lo único que hablábamos.

—¿Y si vais vosotros dos ahora? — sugirió Tatianna—. Coged una de las barcas ligeras antes de que se levanten los demás y dirigíos a la orilla. Si sospechan algo, diremos que estáis durmiendo. O que estáis «haciendo el amor» — añadió entre risas.

Clare dio un paso atrás.

—¡Qué asco!

Trystan se imaginó la escena. La de marcharse en ese mismo momento, no la de hacer el amor. No estaba dispuesto a pasar vergüenza delante de su hermana y su cuñada.

Ni de Sage.

—Se darán cuenta si falta uno de los botes salvavidas. Solo hay dos — señaló Trystan.

—Hay otra solución — dijo Sage, bajándose la falda y dejando al descubierto unos pantalones cortos con volantes que le servían de ropa interior.

—¡¿Qué estás haciendo?!

Trystan echó un vistazo apresurado a su alrededor, pero la cubierta estaba vacía, salvo por uno de los hombres de Benedict que

montaba guardia en la cofa, aunque los ronquidos que se escuchaban no indicaban que estuviera muy atento.

Y entonces ella se desató el ceñidor y se quitó la camisa holgada, quedándose solo con una camiseta interior sin mangas y con las piernas desnudas.

Pero Trystan no tuvo tiempo de disfrutarlo.

Porque Sage le guiñó un ojo, se subió a la borda del barco y saltó al agua.

CAPÍTULO 68

EVIE

El agua estaba helada y había corriente, pero ya no había vuelta atrás, debía comprometerse con el plan, por ridículo que fuera. No era momento de arrepentirse. Era momento de nadar.

Se oyó un chapoteo detrás de ella y se detuvo, manteniéndose a flote.

—¿Te has vuelto loca? — gruñó Trystan, luchando por dar otra brazada hasta que llegó a su lado—. ¿No podrías haber esperado al menos a ver si encontrábamos una capa flotadora?

Ella resopló al pensar en esa prenda que usaban los niños cuando aprendían a nadar para mantenerse a flote, parecida a una capa aunque diseñada para flotar. Hacía años que no veía una.

—No he usado una capa flotadora desde que era pequeña. — Puso los ojos en blanco y empezó a nadar de nuevo. No auguraba nada bueno que ya le ardieran los brazos. No se esperaba en absoluto tanta corriente—. El barco tiene que dar toda la vuelta para atracar, mientras que a nosotros la marea nos arrastrará… — Se quedó a media frase porque una ola la empujó hacia abajo, pero volvió a salir a la superficie al cabo de un instante—… hasta la orilla.

Él le rodeó la cintura con un brazo y la ayudó a mantenerse fuera del agua.

—Vivos, espero — refunfuñó como un viejo cascarrabias, tirando de ella para luchar contra la corriente.

La superficie del mar se había teñido de naranja por el amanecer que se alzaba sobre ellos. Era como bañarse en la luz del sol. Las olas se fueron calmando a medida que se alejaban del barco y el agua se volvió más cálida conforme el sol se elevaba.

Evie se puso boca arriba para flotar y descansar un instante. Cerró los ojos y dejó que la luz le bañara piel y le diera directa en todos los rincones de su corazón que a esas alturas de la vida ya deberían haberse vuelto de piedra. No pudo evitar sonreír.

Porque seguía siendo capaz de encontrar la parte positiva de las cosas en los momentos de tranquilidad. Incluso de las más terribles. Y empezaba a confiar en que siempre sería así.

—Seguiré nadando enseguida — le aseguró a Trystan.

No hubo respuesta. Ni siquiera el sonido de un chapoteo a su lado. Se irguió de repente, escudriñando el agua, pero no había ni rastro de él.

No te asustes, Evie.

—Si te ha comido un tiburón, me voy a… — Respiraba con dificultad. Nadó hacia la orilla y se detuvo para mirar a su alrededor una vez más—… cabrear muchísimo.

No hubo respuesta.

Es hora de asustarse, Evie.

—¡Trystan! — Se sumergió bajo las olas, buscando en el agua, pero no veía nada y la sal le quemaba los ojos. Salió a tomar aire apenas unos segundos y volvió a sumergirse. Creyó ver un movimiento borroso que desapareció segundos después. Volvió a salir a la superficie. Sus dedos empezaron a expulsar la niebla, que se quedó flotando sobre ella, esperando una orden.

Encuéntralo, ordenó. *Encuentra el cuerpo humano más cercano.* El poder se sumergió bajo las olas y ella lo siguió, buscando en el agua mientras la niebla negra se arremolinaba alrededor de alguien, iluminándolo con una luz arcoíris.

Ahí. Tráemelo.

La magia rodeó el cuerpo borroso y Evie se encontró con él a mitad de camino. Le rodeó el musculoso pecho con los brazos y tiró de él hacia la superficie.

—¡Trystan! — lo instó, sacudiéndolo. Su cuerpo estaba flácido.

No.

La orilla. Necesitamos llegar a la orilla.

Y, sin apenas esfuerzo, la niebla oscura comenzó a empujarlos a través de las olas hasta que llegaron a la orilla. Evie agarró los anchos hombros de Trystan, arrastrándolo con dificultad y con ayuda de la magia, y lo apartó del agua antes de caer de rodillas.

—Despierta. — Lo sacudió, pero él no respondió. Ni siquiera un espasmo. Su rostro estaba relajado, en paz. Le dio un puñetazo en el pecho—. ¡DESPIERTA!

Brotó agua de la boca de Trystan y se atragantó con ella. Se dio la vuelta y se agarró a la arena.

—Joder — maldijo él—. ¿Era necesario pegarme tan fuerte?

—¡¿Tú estás mal de la cabeza?! — chilló ella, ignorando la mirada de un viejo pescador que pasaba junto a ellos con un cubo—. ¡Siga andando, señor pescador! — le espetó, y el hombre echó a correr.

Trystan se rio entre dientes, con la cabeza contra el suelo, los ojos cerrados y el pecho moviéndose rápidamente al ritmo de su respiración entrecortada.

—Ese hombre lleva vendiendo cebo en esta playa desde que yo era pequeño y nunca lo había visto asustado.

Evie se tomó un respiro, tratando de calmar su corazón acelerado, empapándose de la imagen de Trystan. Trystan vivo. No habría podido salvarlo de no ser por la magia. Se lo debía… todo.

—¿Qué ha pasado? — le preguntó al cabo de un momento.

—Se me cayó algo y calculé muy mal cuánto tiempo podía aguantar la respiración. — Tosió más, aún expulsando agua de los pulmones.

—¿Qué se te pudo haber caído que fuera tan importante?

Él abrió el puño y allí estaba la llave que Benedict buscaba. El ancla de la maldición brillaba en su mano.

—No podía arriesgarme a que Benedict la encontrara en el barco, tenía que llevarla encima. — Se incorporó, y Evie lo ayudó, desconcertada ante su capacidad de recuperación—. Bueno, ¿vamos a los Jardines de Rennedawn y acabamos con esto de una vez por todas?

Evie bajó la vista hacia su cuerpo. Apenas se podía considerar que iba vestida.

—¿Qué te parece si antes buscamos algo de ropa para mí?

Él abrió mucho los ojos al fijarse en su vestimenta y echó un vistazo a los alrededores, en busca de miradas indiscretas.

—Creo que sería lo más sensato, sí — coincidió.

Y se pusieron en marcha. Sabiendo que era su última oportunidad de salvar a Rennedawn.

Ya fuera de Benedict…

O de Evie.

CAPÍTULO 69

GIDEON

Gideon Sage no creía que hubiera motivo para volver a ver nunca la casa de su familia. Y, sin embargo, allí estaba. Delante de la casita que albergaba algunos de sus mejores recuerdos y algunos de los peores de Evie.

Después de que Lyssa transformara la cocina, lo había apartado a un lado, girando con gracia en su brillante vestido de tul, y le había hecho una petición.

Que encontrara todas las historias que ella había escrito y dejado en casa.

No podía negarse. Estaba cansado de decepcionar a sus hermanas.

No había tenido tiempo de pensar en cómo reaccionaría ante aquel lugar. Ahora lo evaluaba, recorriendo con la mirada hasta el último detalle. El techo de paja que había reparado con su padre cuando solo tenía doce años se mantenía en pie. Las flores que bordeaban el camino y que su madre había plantado seguían floreciendo, y el rocío aún se formaba sobre la hierba.

Lo único que parecía diferente era él.

—¿Así que aquí es donde creciste? — La voz lo sobresaltó, desenvainó la espada y apuntó antes de darse cuenta de quién

hablaba. La capitana Keeley miró el arma con diversión—. ¿Vas a matarme, soldadito valeroso?

Gideon soltó un bufido.

—No seas ridícula. Como si una simple espada fuera suficiente para acabar contigo.

Keeley ladeó la cabeza. Llevaba el pelo suelto — porque quería torturarlo, al parecer— y no se había cambiado el atuendo, por lo que seguía llevando el traje mágico que Lyssa le había creado. Sus hombros quedaban al descubierto bajo aquella blusa vaporosa de color blanco y su estrecha cintura estaba ceñida por un corsé blanco y dorado que hacía que su hermosa piel resplandeciera con el sol naciente como telón de fondo.

Gideon había estado en todo tipo de burdeles de la capital del reino, ya que los Guardias Valerosos eran clientes habituales y de los más generosos. Había visto muchos cuerpos femeninos desnudos sin sonrojarse. Incluso había disfrutado de la compañía de una o dos mujeres de las que trabajaban en dichos establecimientos.

No había motivo para quedarse embelesado ante las clavículas de Keeley.

—¿Qué crees que haría falta? — preguntó Keeley.

Gideon parpadeó, desorientado.

—¿Qué?

Keeley se humedeció los labios.

—Para acabar conmigo. ¿Qué haría falta, en tu opinión?

—No lo sé. Un ejército. — Gideon se volvió hacia la casita. Necesitaba que el trauma de su infancia le proporcionara distracción.

—Conque aquí vivías cuando eras pequeño — dijo ella, con su aliento rozándole la nuca.

—Eso dicen.

Keeley apoyó el codo en su hombro, en un gesto tan natural que cualquiera que viera la escena pensaría que lo hacían todos los días.

Ojalá fuera así, pero la estrella a la que solía pedir deseos ya no estaba. Nunca volvería a estar. Su madre.

Los pensamientos de Gideon se hicieron más intensos.

Le fallaste a tu familia.

Le fallaste a tus hermanas.

No deberías haber vuelto nunca.

Y entonces Keeley los echó todos por el suelo.

—No es la torre abandonada en la que crecí yo, pero los tulipanes son bonitos.

Inmediatamente se sintió abrumado por la gratitud. Cuando uno se sumergía en la oscuridad de su mente, agradecía tener compañía.

—Ojalá te hubiera conocido antes — murmuró él, y ella abrió los ojos dorados.

No respondió, solo empezó a caminar hacia la casa.

—¿Adónde te crees que vas?

—A ver tu casa. ¿No es por eso por lo que has venido? — Keeley abrió la puerta de par en par y entró sin pensárselo dos veces. Gideon se apresuró tras ella.

Al cruzar la puerta, se la encontró poniéndose cómoda. Quedó tan cautivado por la imagen de ella examinando en silencio una estantería del salón que empezó a tener unas ilusiones algo peculiares. Los dos viviendo allí, criando a unos cuantos niños endemoniados, Gideon cuidando del jardín.

Sacudió la cabeza y se llevó las manos a las sienes, alarmado.

—Me veo en la necesidad de preguntar si es Evie o tu padre quien tiene predilección por la literatura erótica. Espero de verdad que sea tu hermana. — Keeley ojeó los títulos y sacó un pequeño libro de bolsillo.

Y Gideon se alarmó aún más.

Ella lo abrió y pasó unas cuantas páginas.

—Vaya. ¿Es siquiera posible esta postura?

—¿Quieres que lo comprobemos? — sugirió Gideon, y luego gruñó cuando ella le estampó un cojín en la cara—. El caso es que sí, estoy seguro de que esos son de Evie.

Keeley entrecerró los ojos para observar la modesta estantería, buscando otro objeto que le sirviera para conocer a su familia. Sacó un par de libros más: un almanaque y uno de cocina. Después cogió

del estante una pila encuadernada de pergaminos, fijando la mirada en la primera página con una mezcla de fascinación y diversión.

—*Trystan y la princesa perdida,* de Lyssa Sage.

Gideon esbozó una media sonrisa.

—Déjame ver. — Se sentaron uno al lado del otro en el sofá, con las piernas rozándose. Cruzaron las miradas en un momento de tensión, pero solo duró un segundo antes de que ella le tirara los libros y los papeles al regazo. Gideon se aclaró la garganta y contempló el título de la obra de su hermana—. Hay que ver la imaginación que tiene esta niña, ¿eh?

Keeley asintió con un murmullo, asomándose por encima de su hombro mientras él hojeaba la historia.

—Tiene mucha imaginación. Eso es un don.

—¿No la tienen todos los niños? — reflexionó Gideon.

—Supongo que, en cierto sentido, sí, pero no a todos se les permite desarrollarla. Tu hermana supo criar bien a Lyssa; se nota que no le da miedo ser quien es. — Keeley frunció el ceño, fijándose en algo de una de las últimas páginas—. Eh.

—¿Qué? — Gideon se inclinó, tratando de identificar lo que había visto, pero, cuando levantó la mirada, sus rostros estaban a escasos centímetros de distancia y no pudo resistirse—. Si te beso ahora mismo, del uno al diez, ¿qué probabilidades hay de que me des una bofetada?

—Seis — susurró Keeley.

—Acepto el riesgo — respondió con voz grave.

Y entonces le pasó las manos por el cabello y posó los labios sobre los de ella, saboreándola como si ese beso fuera oxígeno y le diera la vida. Y ella le correspondió. Se aferró a su camisa y tiró para que se colocara encima de ella, hasta que las páginas y los libros cayeron al suelo.

Keeley le sacó la camisa de los pantalones, y sus manos frías encontraron la parte baja de su abdomen. Él soltó un jadeo de sorpresa y de placer ante aquel contacto. Sus labios buscaron cualquier parte de ella a la que pudieran llegar. Le rozó las mejillas,

pasando por la mandíbula y bajando por la delicada curva de su cuello.

—¿Gideon? — La voz de Keeley sonaba interrogativa y notó que toda ella se tensaba.

—Perdón — murmuró él, incorporándose y pasándose una mano por el pelo—. Me he dejado llevar.

—No, Gideon, mira. — Keeley señaló el viejo libro de cocina. Había caído al suelo con un golpe sordo y se había abierto por una sección de páginas arrancadas.

Y lo que había ahí… no eran recetas.

CAPÍTULO 70

trystan

—¿Y si se lo pedimos muy educadamente? — sugirió Sage.

—Podemos probar — asintió Trystan—, si lo que queremos es que avisen a todos los Guardias Valerosos en un radio de un kilómetro y medio de que estamos aquí.

Evie llevaba puesto el vestido que Trystan había conseguido en un tendedero cercano. Le quedaba un poco grande, pero al menos le permitiría estar cómoda.

—Se llaman los Jardines *de Rennedawn;* ¿no significa eso que la entrada debería estar abierta a todos los ciudadanos de Rennedawn?

Eso sería lo lógico, ¿verdad?

Estaban escondidos detrás de un arbusto, justo antes de las puertas de los jardines, desde donde podían ver un campo de flores vallado al otro lado y unos árboles altos que los observaban desde la cima de los muros.

—Estás pensando como una buena persona, Sage. Tienes que pensar como Benedict.

Ella lo miró con mala cara.

—¡Puaj! Ni hablar. ¿Y si uso mis poderes para dejar inconsciente al guardia?

Tentador.

—Podrías, pero corremos el riesgo de que haya otros guardias que no hemos visto. Puede que necesitemos sentarnos un momento a idear un plan que… ¡Sage!

Evie se había vuelto a quitar el vestido y caminaba, en ropa interior, hacia la entrada del jardín.

—Disculpe, señor — dijo con dulzura.

A Trystan se le marcó una vena en la frente mientras el corazón le latía a toda velocidad. Tuvo que contenerse para no intervenir, clavando las manos en las ramas al tiempo que se recordaba a sí mismo que debía confiar en ella. Aunque no en el hombre al que iba a matar por mirarla con lascivia.

—¡Oiga, señorita, no puede ir vestida así!

Sage se rio con inocencia, de una forma tan convincente que incluso Trystan podría haberla creído. El Guardia Valeroso, sin duda, se lo tragó.

—Qué torpe soy. He salido a darme un baño y, no se lo va a creer, pero me ha arrastrado la corriente y se me ha llevado el vestido. ¿Por casualidad no tendría algo con lo que taparme para poder volver a casa?

El guardia hizo un saludo, deseoso de complacer a la bella muchacha que le pedía un favor. Trystan no lo culpó por sucumbir al instante.

—¡Vuelvo enseguida!

—¡Tómese su tiempo! — Sage hizo un gesto con la mano, luego se volvió hacia el arbusto al que Trystan se había aferrado con tanta fuerza que la sangre le goteaba por las palmas. Hizo una reverencia con una sonrisa de satisfacción.

—Eso ha sido arriesgado — la reprendió, entregándole el vestido—. Podría haberte reconocido.

—Por suerte, los ojos de ese hombre no se han fijado en mi cara. — Se rio, se puso la prenda y luego se quedó mirándolo con sorpresa al ver que fruncía el ceño—. Venga, anímate. — Le acarició la cara, y ese gesto le aceleró más el corazón que una taza del brebaje de Edwin—. Estamos a punto de desenterrar tu tumba.

Caminaron hacia las puertas y las abrieron con cuidado, torciendo el gesto ante el chirrido que se escuchó, pero entraron y enseguida se pusieron contra la pared.

—¿Cómo sabremos qué árbol es? — susurró Sage; Trystan vio que había muchos bordeando los jardines, y solo unos pocos selectos se encontraban más adentro, entre los montones de flores—. ¿Y si desenterramos un cadáver por error?

Él se encogió de hombros.

—A veces pasa.

—¡Trystan!

Siguieron caminando mientras Sage intentaba sin éxito apartarse los rizos de la cara, hasta que pisó mal una piedra y soltó un grito de sorpresa.

—¿Qué ha sido…?

—Arthur — susurró Trystan, sintiendo un nudo en el estómago al darse cuenta de que se encontraban junto a la lápida de su padre, que custodiaba una tumba recién cavada, con una docena de margaritas blancas sobre la tierra—. Es Arthur.

De repente, la realidad se asentó.

Le empezaron a escocer los ojos, embargado por la emoción. El entumecimiento se estaba disipando y la constatación de que había perdido a su padre dolía. Mucho.

—Es curioso — dijo, sintiendo cómo una lágrima le resbalaba por la mejilla—, siento que hasta ahora no me terminaba de creer que se había ido.

Sage no dijo nada, porque no había palabras que pudieran aliviar el dolor de la pérdida. Pero le tomó la mano y depositó un beso en el dorso, calentándola, recordándole que aún quedaba vida por vivir más allá de la pena que abrumaba su corazón.

—Lo siento mucho. — Se le quebró la voz, y Trystan vio que a ella también le corrían lágrimas por el rostro—. Siento mucho que haya pasado esto. — Y lo sentía de verdad; lo notaba por el temblor del labio y de la mano que tenía entre las suyas.

—¿Crees que se habría sentido orgulloso de que fuera un curandero de la esencia? — Le desconcertaba la vulnerabilidad de sus palabras, pero Sage tenía esa costumbre: desgastarlo hasta que la verdad quedaba al descubierto.

Ella le agarró la cara y se puso de puntillas para darle un beso, uno que él le devolvió, con los ojos bien cerrados, mientras saboreaba el gusto y el tacto de su boca. Cada vez era mejor que la anterior.

—Creo que ya estaba orgulloso de ti por ser tú mismo, Trystan.

Una suave sonrisa reafirmaba sus palabras.

—Te quiero — susurró él, acariciándole la mejilla.

Ella sonrió con los ojos llenos de agua.

—He oído el rumor.

La besó una vez más — no pudo evitarlo— antes de girarse hacia la tumba.

—Busquemos la mía.

—No hace falta — murmuró ella, señalando un árbol a menos de metro y medio de donde descansaban los restos de su padre—. Lo han enterrado justo a tu lado.

Trystan sintió que se acercaba una nueva oleada de lágrimas, pero hizo caso omiso y cogió la pala que estaba apoyada contra la lápida de su padre, recién cubierta de tierra. Era mejor que usar las manos, como habían planeado en un principio.

Ajustó el agarre del mango desgastado y pasó la palma por la parte superior de la lápida.

—Gracias, Arthur. — Tragó saliva e inclinó la cabeza hasta que su frente tocó la piedra y sus lágrimas cayeron sobre la tierra—. Gracias por darme a Evie.

Y, con esas palabras de despedida, Trystan Arthur Maverine se volvió hacia su propia tumba.

Y comenzó a cavar.

CAPÍTULO 71

GIDEON

—Es… tinta. — Lyssa se quedó mirando la docena de frascos que habían encontrado en casi todos los libros de cocina de las estanterías de su familia, y que Gideon y Keeley habían llevado con cuidado hasta las habitaciones de la curandera, donde los pequeños gubres correteaban, jugando a una especie de cucú-tras con sus padres al otro lado de las ventanas.

Nadie se interponía por miedo a que esa habitación se convirtiera en el próximo objetivo de los gubres adultos.

—Es la tinta que usaba papá para espiar a Evie — dijo Gideon, animándola a examinarla más de cerca—. Es extremadamente rara.

—¿Cómo funciona? — preguntó Keeley, cogiendo un frasco y desenroscando la tapa.

Gideon se la quitó con delicadeza de las manos.

—Lyssa, ¿me dejas tu pluma? — pidió Gideon, y su hermana se la entregó con una mirada desconfiada.

—No me la estropees.

La señorita Erring pasó junto a ellos y se detuvo para soltar:

—¡Ni se te ocurra hacerte el gracioso! — Después carraspeó y murmuró—: Seguid con lo vuestro.

Lyssa frunció la nariz, mirando fijamente el pergamino en blanco cuando Gideon se inclinó para escribir en él.

—A mí me parece tinta normal — dijo Lyssa ladeando la cabeza.

—Pero cuando pongo una simple gota en otro trozo de papel… — Gideon hizo lo que estaba dictando y las mujeres se acercaron para ver cómo la frase que acababa de escribir se plasmaba sola sobre ese otro pergamino, con la letra exacta de Gideon—. Copia cualquier cosa escrita con la tinta del mismo frasco.

Lyssa pareció preocupada ante aquella noticia.

—Eso es una invasión de la privacidad muy fea.

—Lyssa, ¿dónde está el diario de Evie? — preguntó la señorita Erring con escepticismo.

—Debajo de su almohada.

—¿Y eso lo sabes porque…? — continuó la señorita Erring, mirándola fijamente.

—Porque lo leí — explicó Lyssa sin ningún pudor.

La mujer de Recursos para Humanos y Criaturas Mágicas parpadeó antes de seguir adelante.

—Me rindo. ¿Qué sentido tiene volver a sacar esto a colación? El misterio de las notas se ha resuelto. ¿A quién le importa si Griffin estaba acumulando tinta?

—Si utilizó esta tinta en su correspondencia con Benedict, quizá podamos obtener alguna información relevante.

Gideon cogió otro de los frascos, dejó caer un poco de tinta sobre un papel en blanco y se quedaron mirando. Y esperando.

Hasta que las palabras comenzaron a formarse, despacio pero con seguridad. No, no eran palabras. ¿Un corazón? Y dos nombres en el centro.

Evie y El Villano.

Gideon se rio entre dientes, arrugó el papel antes de que pudiera revelar más y dejó el tintero a un lado.

—Entonces era uno de los de Evie.

Keeley puso los ojos en blanco.

—¿Y si todos fueran suyos?

No obstante, Lyssa había estado investigando por su cuenta mientras los demás no miraban. Con los ojos muy abiertos, fijó la vista en el pergamino que tenía en las manos y lo acercó a su rostro.

—No creo que este fuera suyo.

Le entregó el papel a Gideon.

Y, cuando él vio lo que había escrito, entendió por qué.

La oficina de El Villano ha sido infiltrada con éxito. La bomba colocada para destruir la oficina no ha surtido efecto. No ha habido víctimas. Hay que utilizar otro método.

Firmado,

Un hombre atrapado.

—¿Eso lo escribió papá? — preguntó Lyssa.

—Posiblemente — murmuró Gideon. Aunque algo le decía que la respuesta era no—. Podría haber sido Marv.

—Marv no colocó la bomba — objetó Keeley—. Tenemos confirmación de que estaba en la puerta principal cuando pasó el incidente.

Un chillido los interrumpió.

Clarke tropezó con su hermana al intentar subirse a las faldas de Becky, y ella se lo permitió, apretando al animal contra su pecho.

—¿No os parece raro que los padres nos hayan confiado a los bebés sin ningún reparo?

Blade resopló.

—Creo que convertir las cocinas en un colorido cuadro de dibujos animados no se puede considerar «sin ningún reparo», pero ¿por qué iban a tenerlos? Les estamos cuidando a los hijos sin cobrar nada a cambio.

—¿Cómo iba a pagarnos un gubre? — preguntó Lyssa, rascándose la barbilla.

Gideon suspiró.

—Probablemente, derritiéndonos vivos.

Lyssa se señaló el vestido, que había aparecido cuando la luz estelar y el veneno se habían fusionado.

—O con un tutú.

—No sé qué opción es peor — refunfuñó Becky, dándole una palmadita en la espalda a Clarke hasta que el animal soltó un eructo que sonó como un rugido.

El sonido sobresaltó a Lyssa, que dejó caer otra gota de tinta sobre un papel, y las palabras se fueron formando lentamente.

El amor verdadero nunca formó parte del plan.

Firmado,

Un hombre atrapado.

—Esto tuvo que ser cosa de mi padre. Estoy convencido. — Gideon levantó el papel, leyéndolo de nuevo, preguntándose por qué cuanto más lo miraba…

Menos seguro estaba de que fuera su padre. De hecho, dudaba de que así fuera.

CAPÍTULO 72

clare

—¿Crees que se habrán ahogado? — preguntó Clare mientras la tripulación se apresuraba por el barco, echando el ancla y preparándose para desembarcar.

—Tú siempre tan optimista, cariño. — Tatianna le tomó la mano y le dio un beso en la mejilla—. Estoy segura de que no; la tierra habría temblado.

Amara salió de su camarote, vestida con un traje negro de gala, y Clare dio un paso atrás para situarse junto a Tatianna.

—Clarissa, espero que en el entierro estés en primera fila.

—Por supuesto, madre — dijo Clare con un tono empalagoso.

Amara la miró con ira.

—¿Qué llevas puesto? Eso no es nada apropiado para un funeral.

Ella bajó la mirada hacia su vestido verde.

—Padre no habría querido que nos despidiéramos de él con un mar de oscuridad. — Clare enderezó la espalda, sintiéndose mucho más fuerte que las veces anteriores en que se había enfrentado a su madre. Ya no le importaba lo que pensara de ella; sus juicios ya no podían herirla. Ahora, lo único que Clare sentía cuando su madre la miraba con rabia…

… era triunfo.

—Nunca lo sabremos. ¡Winnifred! — La joven hechicera corrió tras su señora, que ya estaba bajando del barco, con la larga melena ondeando mientras se apresuraba para alcanzarla. Al llegar al final de la pasarela, Tatianna llamó a Amara y ella se detuvo.

—¿Por qué se casó con Arthur? Tenía a Trystan, pero había otras formas de evitar ser madre, de evitar ser su esposa.

Clare contuvo el aliento, paralizada. Su madre por un instante pareció tornarse humana, incluso aparentó sentir tristeza cuando dijo:

—Él era mi único contacto con la bondad. Quería un poco de la dicha que ofrecía a los demás. Por desgracia, ni siquiera Arthur pudo dármela. Si no quieres volver a escucharme nunca, Clarissa, al menos recuerda esto: las personas pueden proporcionarnos alegría, pero uno debe tener la capacidad de sentirla para que realmente tenga un impacto en nosotros.

Amara se enderezó y tragó saliva, con los músculos del cuello tensos.

—Quizá a ti se te dé mejor que a mí cultivarla. — Y, con esa última frase, Amara se giró hacia el muelle.

—¿Clare? — La omnipresente cinta rosa atada a la muñeca de Tatianna rozó el hombro de Clare cuando esta se dispuso a tocarla—. ¿Estás bien?

—Sí. — Porque sabía con absoluta certeza que a ella se le daba mejor cultivar lo bueno de la vida, mientras que su madre estaba condenada a despreciarlo. Lo cual le recordó que necesitaba propiciar algo de alegría en ese mismo instante—. Ve bajando. Yo voy enseguida.

Tatianna asintió, dándole una palmadita en la mano.

—¡Merlín Medusa! — gritó Clare cuando los lazos rosas que sujetaban las trenzas de Tatianna desaparecieron de su vista—. ¿Puedo hablar con usted?

El ostentoso abrigo del padre de Tatianna era fácil de distinguir mientras se abría paso entre la tripulación que partía hacia el muelle.

El enfado de Clare hacia Medusa se había desvanecido de la noche a la mañana, sustituido ahora por un montón de nervios.

—Buenos días, Clarissa, ¿cómo te encuentras?

Decidió no responder a la pregunta. Era mejor así.

—¿Me da su permiso para pedirle a Tatianna que se case conmigo… otra vez? — soltó sin miramientos, y luego hizo una mueca al darse cuenta de lo poco serio que sonaba aquello.

Merlín Medusa se quitó el sombrero y lo sostuvo contra el pecho. Se notaba que lo había cogido por sorpresa.

—Te diré lo mismo que te dije cuando nos lo pediste a su madre y a mí la primera vez.

Clare rebuscó en su memoria y sonrió al encontrar el recuerdo.

—Necesito el permiso de Tatianna, no el suyo.

La atrajo hacia sí para darle un abrazo que ella también necesitaba, de esos que te da un padre. Se le encogió el corazón cuando él le dio unas palmaditas en la espalda.

—Tienes nuestra bendición, siempre. — Se apartó y tragó saliva, sorbiendo por la nariz—. Tu padre era…, bueno, era mi mejor amigo, y sé que si él estuviera en mi lugar cuidaría de mi querida Tati. Así que, aunque nunca voy a pretender ocupar el lugar de tu padre, si lo necesitas, estoy a tu disposición.

Clare lloraba desconsoladamente cuando lo volvió a abrazar.

—Gracias.

Cuando se separaron, él frunció el ceño.

—¿Has visto a Alexander en versión hombre o rana?

—No, no lo he visto desde que Evie y Trystan se fueron a…, eh…, descansar.

El capitán Medusa entornó los ojos.

—Qué curioso. Quizá ya haya desembarcado, aunque creo que nos habríamos dado cuenta si un hombre desnudo hubiera abandonado el barco. — Se rio entre dientes, pero su diversión se desvaneció al fijarse de nuevo en el lateral del barco.

—¿Le falta algo, capitán? — El rey Benedict apareció en la cubierta con un atuendo opulento. Su elegante capa de piel negra

ondeaba por el viento y a Clare la asustó percibir algo de Trystan en su forma de caminar. Griffin Sage seguía a su rey a cierta distancia, echando miradas disimuladas a su alrededor—. Pensé que podríamos desembarcar todos juntos, como muestra de buena fe.

—Evie y Trystan vendrán en un momento — le dijo Clare, temiendo que algo hubiera salido mal.

—¡Clare! — La urgencia en la voz de Tatianna fue lo único que Clare necesitó para abandonar el barco (literalmente). Saltó sobre la rampa y corrió a toda velocidad hasta que vio el motivo del grito.

Ahí estaba su madre, Lia.

—¡Clarissa! — Lia le dio un abrazo y varios besos en la mejilla a Clare—. ¡Dios mío, qué bella estás! ¿A que está estupenda, Tatianna?

—Madre… — Tatianna puso los ojos en blanco con una sonrisa cariñosa—. Sí, está muy bella.

—¡Desde luego! — Malcolm apareció a continuación, y Clare sintió un alivio sin igual, lanzándose a los brazos de su hermano mayor—. Habéis tardado una eternidad en llegar. — Le dio un beso en la cabeza y le entregó una carta sellada—. Esto ha llegado a casa esta mañana, va dirigido a Evie. ¿Está por aquí?

—Ahora viene — dijo Tatianna. Clare rompió el sello y Tatianna chilló—. ¿Por qué abres una carta ajena?

Estaba mal, sí, pero hizo bien. Porque, cuando Clare terminó de leer la misiva de Gideon, se le encogió el corazón y se le retorció el alma.

—Ay, dioses — murmuró Clare.

—¿Qué pasa? — murmuró Tatianna.

Clare no sentía los dedos. Era como si se le hubieran desprendido del cuerpo cuando dijo:

—Es Alexander.

CAPÍTULO 73

evie

Estaban a mitad de la excavación cuando Evie oyó unos pasos que se acercaban por el sendero de guijarros.

—Trystan — susurró Evie, arrojando la pala a uno de los arbustos y tirándole del brazo—, viene alguien.

—¡Oiga! Por fin la encuentro. ¡He conseguido dar con un vestido muy bonito, mire! — exclamó el guardia seguido de un—: ¡Eh! ¿Qué están haciendo? — Frunció las cejas pobladas y esbozó una mueca de desprecio. Dio tres pasos hacia ellos antes de que algo lo golpeara en la cabeza, dejándolo inconsciente.

Detrás de él, con la piedra aún en la mano, había un hombre que la miraba como si fuera ella la que había asestado el golpe.

—¡Reymundo! — exclamó Evie, agarrándolo de las manos y abrazándolo—. Justo a tiempo, menos mal que nos has salvado de esa.

Alexander Reymundo Kingsley hizo una reverencia. Su capa prestada cubría una camisa de lino blanco, y la tela se arrugó al inclinarse.

—Me alegro de haber sido de ayuda… para mis amigos.

—¿Ya están aquí los demás? — preguntó Trystan.

Reymundo hizo un gesto con las manos con una sonrisa tranquilizadora.

—No, os he seguido cuando os habéis caído por la borda.

—Yo no me he caído por la borda — lo corrigió Evie amablemente—. He saltado.

Trystan suspiró, pellizcándose el puente de la nariz.

—Sí. Todos lo sabemos.

—Una vez conocí a alguien que suspiraba así — observó Evie con seriedad—. Era madre de cinco.

Reymundo resopló y Trystan la fulminó con la mirada. Había un deje de advertencia en ella que la excitaba. Como un desafío.

—¿Queréis que siga yo cavando mientras vosotros dos…?

Esta vez fue a él a quien Trystan le dedicó una mirada asesina. Reymundo captó la indirecta y cogió la pala, poniéndose manos a la obra.

Evie se sintió más tranquila sabiendo que el guardia estaba… fuera de juego, y pudo parar un segundo a contemplar el jardín conmemorativo de Rennedawn. Era precioso. Brotaban capullos de rosa en un arbusto de un verde intenso y árboles de todas las formas y colores creaban un dosel sobre ellos. En el suelo crecían plantas que no había visto nunca, cerca de las fuentes y sobre los bebederos para pájaros. Era un lugar tranquilo.

Un lugar para descansar.

Evie se sentó junto al árbol y dejó que los chicos cavaran, abrazándose las rodillas y buscando la paz dentro de sí misma, dentro de su magia. Se preguntó si alguna vez llegaría un momento en el que no tuviera que esforzarse tanto. Estaba cansada de ser resiliente.

Se recordó que no había nada de qué avergonzarse en descansar antes de enfrentarse al mundo. Quizá el descanso no siempre tuviera que ser algo que debía ganarse.

—¿Cuál es tu recuerdo favorito con Arthur? — preguntó Evie, entrelazando briznas de hierba entre sus dedos.

Trystan dejó de cavar por un momento y empezó a reírse para sus adentros.

—Una vez me pilló intentando huir de casa.

Reymundo también se rio.

—Me acuerdo de ese día. Fueron cinco minutos muy interesantes.

—Más bien quince — lo corrigió Trystan con un aire juvenil de lo más encantador—. Llegué hasta la playa antes de que me sorprendiera.

Evie estaba expectante.

—¿Cuántos años tenías?

—Seis. — Trystan se esforzó por sacar otra palada de tierra—. Me alcanzó antes de que pudiera subirme a una balsa que, sin duda, se habría hundido. Y me arrastró de vuelta a la orilla. No me…, no me preguntó por qué quería irme, y no usó su magia de curandero de la esencia para arreglar lo que estaba sintiendo. Se limitó a decirme que… que se pondría muy triste si me iba. Que me echaría de menos.

Trystan tragó saliva y Reymundo apartó la mirada, pero Evie vio lo enrojecidos que tenía los ojos.

—Te quería — dijo Evie en voz baja, sintiendo una punzada por la pérdida de alguien tan bondadoso.

Trystan sorbió por la nariz.

—Él… no era perfecto, pero era alguien a quien yo… deseaba parecerme con todas mis fuerzas.

La voz de Reymundo sonó ronca al decir:

—Tú tienes lo mejor de él. Eso te lo aseguro.

—¿Y tú, Alexander? — preguntó Evie en voz baja.

Reymundo esbozó una sonrisa temblorosa y dejó la pala a un lado un momento para pensar.

—Es demasiado difícil escoger un solo recuerdo. Siempre fue amable conmigo. Siempre tuve un hogar en este pueblo. Era un hombre que transmitía calidez a todos los que lo rodeaban. Incluso cuando no se lo merecían.

Evie se conmovió al ver el impacto que un solo hombre podía tener. Las vidas que había marcado, las historias que había cambiado con sus formas. El hecho de que una sola vida pudiera influir en tantas, de que ninguna alma tenía por qué desperdiciarse y

de que cada acto de bondad perduraba incluso después de que quien lo había perpetrado abandonara este mundo.

Era un privilegio ser testigo de ello. Aquella había sido una vida bien vivida.

Reymundo se había quedado callado, demasiado emocionado para continuar. Ambos siguieron cavando a buen ritmo hasta que dieron con algo que resonaba contra sus palas metálicas.

—Tendréis que aseguraros de sacar todos los trozos. — Evie se puso de pie, observándolos mientras desenterraban la caja. Cuando la lisa superficie negra quedó limpia de tierra, Trystan saltó al agujero para sacarla.

—Sage — el tono de Trystan era ligero y su mirada suave—, ¿recuerdas por qué Clare supuso que Arthur no sabía qué eran los trozos de cristal?

Evie esbozó una mueca.

—Sí.

—Pues nos equivocamos. — Se hizo a un lado y reveló la vidriera del libro de Rennedawn, recreada con perfecta fidelidad. Excepto que el campo de flores era aún más detallado, con dientes de león esparcidos por el aire, mientras las dos figuras se tendían la mano— Lo hemos conseguido. Podemos cumplir la profecía.

Alexander Reymundo Kingsley se quedó mirando los grandes trozos de cristal con incredulidad.

—Es… es perfecto.

Evie vio algo brillar en los ojos de Reymundo, pero su mente se distrajo cuando Trystan saltó para salir del agujero con una carcajada, la cogió en brazos y la hizo girar mientras ella gritaba de alegría.

—¡Trystan! ¿Qué te pasa? — La bajó al suelo entre sonrisas y le dio un beso apasionado, con una alegría contagiosa—. Sea lo que sea, será mejor que lo guardes para después, porque el cortejo fúnebre llegará en cualquier momento — añadió con seriedad, y él se separó con las mejillas rosadas, frotándose la nuca.

—Claro. Sí. Tienes razón. Voy a… Alexander, ¿me la pasas?

Reymundo se agachó, mirando la ventana con expresión apagada, y luego se la pasó lentamente a Trystan. Acto seguido, se apresuró a coger de nuevo la pala para rellenar el agujero.

—Ve a reunirte con los demás — le dijo Evie a Trystan—. Yo lo ayudaré.

Trystan le dio otro beso firme, cargado de promesas.

—Va a pasar, Sage.

—¿Qué? — preguntó ella, conmovida al verlo completamente dominado por la emoción.

—Tendremos dos — susurró con una sonrisa pícara—. Dos hijas preciosas.

Evie se preguntó si tanta alegría no sería peligrosa para la salud, porque su corazón latía desbocado y sentía como si le fuera a dar un ataque. Mientras Trystan desaparecía entre la vegetación, Evie cogió la segunda pala y ayudó a rellenar el hoyo con tierra.

Reymundo pareció detenerse un momento, encorvado sobre la pala y de espaldas a ella.

—¿No estás contento? — le preguntó con simpatía. Por supuesto que no; el pobre hombre seguía maldito y sin esperanza alguna de que las cosas cambiaran—. Lo siento. No debería haber dicho nada.

Cuando se dio la vuelta, los ojos de color dorado de Alexander reflejaban una bondad que ella sabía que era intrínseca a su persona.

—Te preocupas mucho por los demás. Trystan tiene suerte de tenerte. Y el resto de los trabajadores de la oficina también.

—Y pensar que estuve a punto de aceptar otro trabajo — resopló incrédula.

Con esa única decisión, había cambiado por completo el rumbo de su vida.

Alexander siguió rellenando el agujero de tierra, cada vez más absorto.

—No, no habrías sido capaz de quitarle el puesto a esa pobre madre. Y creo que estabas mucho más hecha para ser la asistente de El Villano que para ser la criada de una finca tranquila.

Era cierto. Evie no hubiera sobrevivido allí; su inquietud habría salido a la luz tarde o temprano, y su vida habría cambiado de todos modos…

Se quedó paralizada. La sonrisa se le desvaneció y sintió que el corazón se le caía a los pies.

—Reymundo, ¿cómo lo…? Nunca le he contado a nadie… que le cedí ese trabajo a otra persona.

Reymundo vaciló, pero siguió con lo que estaba haciendo.

—Seguro que sí — murmuró en voz baja, aunque Evie detectó algo en esa frase.

Una especie de advertencia.

—No. No se lo he contado a nadie. — Se alejó—. ¿Cómo lo has sabido?

—Evie, por favor… — Él la miró a los ojos, su mirada era suplicante y triste.

Y, en ese preciso instante, Evie sintió que algo hermoso moría.

—¡Evie! — La voz de Clare era un eco de su dolor. Al girarse la vio corriendo hacia ellos con Tatianna pisándole los talones. Intuyó lo que se avecinaba, ni siquiera necesitó oír las palabras. Simplemente… lo supo—. ¡Es Reymundo! ¡Él escribió las notas! ¡Fue él!

En un abrir y cerrar de ojos, Alexander había soltado la pala y había agarrado a Evie por el cuello, presionando una hoja afilada contra su garganta.

—Lo siento mucho — le susurró al oído mientras empezaba a alejarlos a ambos de Clare y Tatianna—. Lo siento mucho.

Trystan apareció de pronto entre los árboles. Cuando sus miradas se encontraron, él tensó los labios.

—Bueno, ¿qué, Alexander? ¿Estás listo para decir la verdad? — Trystan avanzó con las manos en alto y sus siguientes palabras los dejaron a todos atónitos—: Ya iba siendo hora.

CAPÍTULO 74

blade

—¿Tu abuela se encuentra bien? — le preguntó Blade a Roland, acompañándolo a él y a Marv a paso ligero hasta el patio, donde Lyssa estaba con los gubres.

—Cada día más enferma, pero siempre de buen humor — respondió Roland—. ¿Dónde está mi hermana?

—Está de camino. — Blade se detuvo, observando a los otros hermanos Fortis que, inesperadamente, se habían sumado al grupo—. Sois conscientes de que se va a enfadar mucho cuando sepa que habéis venido todos, ¿verdad?

Reid Fortis esbozó una de sus sonrisas encantadoras.

—¿Por mí también? Piensa que soy su favorito.

Roland resopló.

—El que no se consuela es porque no quiere.

—¡Dije que *uno* de vosotros lo trajera! — La voz de Rebecka era la de una mujer a la que se había desobedecido de forma flagrante. Daba miedo.

Y Blade lo estaba disfrutando de lo lindo.

—Pensamos que era más seguro que viniéramos todos — explicó Reid jovialmente, dándoles una palmada en el hombro a Roland y a Raphael.

—¿Para quién? — preguntó ella, acercándose con los brazos cruzados y una ceja enarcada.

Reid se rio y empujó a Raphael hacia delante.

—Rapha, dile las ganas que tenías de verla.

—Tenía ganas de verte — refunfuñó Raphael.

Rebecka puso los ojos en blanco, pero Blade pudo distinguir un leve atisbo de sonrisa.

Estaba contenta de que hubieran venido.

Y ahora Blade también.

—Eh, Marv, no te había visto, compañero. ¿Cómo estás? — El domador de dragones le dio una palmada en el hombro y Marv hizo una mueca de dolor.

Roland lo rodeó con un brazo para sujetarlo.

—Las flores con las que lo estaba tratando dejaron de surtir efecto. El veneno no se ha acercado al corazón, pero se está debilitando.

—Llevadlo al patio — ordenó Keeley, bajando los escalones de un salto—. Puede que tengamos una solución.

Bajo la luz del sol, Destino se hallaba de pie junto a sus dos grandes creaciones. La gubre hembra inclinó la cabeza para rozarla con el hocico.

—Lulu no producirá más veneno hasta que vea a sus crías — dijo mientras se acercaban—. Y Fergus corre el riesgo de derretir todo lo que toque con su aliento.

—Había un chico en mi clase que tenía ese problema — comentó Lyssa con expresión seria.

Becky arqueó las cejas.

—Supongo que Lulu y Fergus son los gubres adultos, ¿no?

Destino chasqueó la lengua.

—¿Han coincidido con ellos en numerosas ocasiones y nunca se han interesado por sus nombres? Qué malos modales…

—Que intentaran matarme la primera vez no ayudó — respondió Rebecka con sequedad. Sus modales eran impecables.

—¿Puede garantizarnos que no se escaparán en cuanto traigamos a las crías? — preguntó Blade retorciéndose las manos. Se sentía fatal por mantener a la familia separada, pero no podían encerrarlos a todos de nuevo sin sufrir las consecuencias de la anciana que los observaba con esas enormes gafas.

—No. — Destino se encogió de hombros—. Estoy en contra de interferir en mis creaciones. Eso es cosa de Porvenir.

—¿Podría hacer una excepción? — insistió Rebecka—. Usted misma dijo que no le parecía bien que existiera el mal místico. Esto podría erradicarlo.

Destino suspiró y le dio otra palmadita a Lulu antes de dirigirse a ellos.

—¿De verdad cree que no ha habido un millón de ocasiones en las que he querido intervenir? Pero ir en contra de mis principios pondría en peligro la esencia misma de mi existencia. Desaparecería.

—Si perdemos a los gubres, perderemos a mi abuela. Y habrá innumerables ciudadanos de Rennedawn que seguirán sufriendo porque usted no ha querido hacer nada — la acusó Rebecka con el rostro contraído.

—Querida, mi vida es tan larga como un hilo sin fin. — Destino parecía comprensiva, pero también impasible—. Esta no es la primera tragedia que presencio. Sufro con cada una de ellas.

—¿De verdad no piensa hacer nada para asegurarse de que se queden? — preguntó Keeley frunciendo el ceño.

Destino le guiñó un ojo.

—Tampoco haré nada para asegurarme de que se vayan.

Rebecka miró fijamente a Lulu, que dio un paso adelante, inclinando la cabeza y frotándola contra su mano. Una muestra de agradecimiento. Por amar también a sus bebés.

—Lyssa, sácalos. — La voz de Rebecka se quebró, y todos se giraron para ver a Lyssa abrir la puerta con un chirrido.

Clarke y Cassandra salieron tambaleándose y a trompicones, gorjeando alegremente.

Lulu dejó escapar un sonido y bajó la cabeza hasta que quedó pegada al suelo, esperando. Clarke y Cassandra fueron dando saltitos hacia ella y se acurrucaron contra la mejilla de su madre, pero no alzaron el vuelo.

Y, de repente, el mundo pareció volver a estar en orden.

Destino aplaudió.

—Si yo interfiriera, nunca experimentaríais este tipo de maravillas.

Lulu se dio la vuelta sobre su espalda, dejando que las crías se tumbasen sobre su vientre, jugando como un par de cachorros. Fergus soltó un chillido de alegría y se lanzó hacia los cielos, dando giros y haciendo piruetas. Un vuelo de celebración.

Blade silbó, aplaudiendo junto con Destino. Pronto se unió Rebecka, y sus hermanos también.

Celebraron las vidas nuevas y las antiguas, lo bueno y lo malo.

Hasta que un silbido en el aire resonó en los oídos de Blade y, al seguir la dirección del ruido, la celebración se acabó. Observó con horror cómo una gran lanza se hundía en el costado de Fergus.

Y, con los gritos de su compañera de fondo, el gubre macho, en todo su colorido esplendor, cayó de los cielos.

CAPÍTULO 75

reymundo

Se había acabado.

Lo peor había ocurrido por fin.

Y a cambio solo había perdido a todos aquellos a quienes amaba.

—¿Tú… tú lo sabías? — Alexander había sido tan cuidadoso, tan meticuloso… No podía creer que su amigo hubiera permitido que las cosas llegaran tan lejos aun sabiendo lo que pasaba.

—No. No lo sabía. — Trystan se rio con ironía—. Nunca habría sospechado de ti. Y eso tú lo sabías, ¿verdad? Confiaba en ti. Te quería como a un hermano desde que éramos niños, Alexander, y por eso ignoré todas las señales de alarma que tenía delante de las narices. Pero ahora las veo. Te veo.

—No deseaba que llegáramos a esto, Trystan. — Su voz sonaba más suave tras días de práctica, pero el tono cortante seguía ahí. Quizá ya nunca lograría desprenderse de él.

—¿Ah, no? — El de Trystan, en cambio, era letal—. Entonces, suéltala.

Alexander apretó la hoja contra el cuello de Evie.

—Necesito la ventana. Dámela y no le pasará nada.

—No vas a hacerme daño, Reymundo — se atrevió a decir Evie.

Alexander no podía soportar aquella situación, aunque tenía que ser fuerte. Había intentado no ensuciarse las manos, mantenerse al margen, pero no había otra forma de acabar con esto. Solo tenía una opción.

—Lo haré si es necesario — respondió con firmeza—. En esto, Evie, somos adversarios.

La mirada de Trystan era fría como el hielo.

—¿Desde cuándo?

—Benedict contactó conmigo cuando me escapé de la mansión hace ocho meses. Justo antes de que tú me encontraras.

—El día que conocí a Evie — concluyó Trystan.

Alexander tragó saliva.

—Efectivamente. Ese día empecé a trabajar con él para intentar impedir que cumplieras la profecía.

Tatianna se acercó y él apretó con más fuerza la empuñadura del cuchillo.

—¿Por qué? ¿Por qué aceptaste un acuerdo así?

Alexander volvió a tragar.

—Porque la maldición debe cumplirse. Para que se salven todas vuestras vidas.

Evie se movió entre sus brazos, empujando contra la hoja afilada y provocándose un corte en la parte superior del cuello. Él lanzó el cuchillo al suelo como si fuera un monstruo y cayó hacia atrás, agarrándose al árbol para no perder el equilibrio. Le temblaban las manos.

—Perdón por asustarte, es que me estaba cansando ya. — Evie se frotó el cuello y Trystan siguió con la mirada el movimiento y el hilo de sangre que se deslizaba hasta su clavícula—. Os he dicho que no me haría daño — añadió con ligereza.

—Hay una herida en tu cuello que no estaba ahí hace un momento. — Si las miradas mataran, la de Trystan lo habría destripado—. Por tanto, discrepo.

—¡No quisiera interrumpir esta bienvenida! — exclamó Malcolm, resoplando mientras corría hacia ellos—. Pero os quedan unos cinco

minutos antes de que ya no se pueda entretener más al rey. ¿Algún plan de escape?

—No hay ninguno — murmuró Alexander, a sabiendas de que los había llevado a un callejón sin salida.

Un puñetazo de Trystan era lo menos que podía esperar en aquella situación, pero aun así el golpe lo cogió por sorpresa y lo tiró al suelo. Malcolm empujó a su hermano hacia atrás y Clare se arrodilló junto a Alexander con las manos en el aire, diciendo:

—En realidad, sí que hay un plan de escape.

—¿Era esa mi señal? — preguntó una voz, oculta en uno de los árboles más altos.

—Sí, lord Fowler. — Trystan se alejó del claro mientras el artilugio volador de lord Fowler se acercaba. El excéntrico hombre que se había divertido no hacía mucho secuestrándolos en su fiesta temática aterrizó con cuidado—. ¿Tiene la ventana?

—La llevo aquí bien guardada — confirmó él, e hizo un saludo militar. Su espeso bigote se movió al compás del gesto.

—Trystan, te lo ruego — suplicó Alexander a su amigo de toda la vida, echando de menos los días en que solo necesitaba una palabra para expresarse—. La maldición debe cumplirse. Rennedawn necesita romperse por completo antes de recomponerse, igual que esa ventana. Cumplir la profecía en esta fase es como poner una tirita en una herida de espada que no para de sangrar.

—¿Cómo lo sabes? — preguntó Tatianna—. Benedict es un mentiroso, Alexander.

No mentía sobre esto. Alexander lo sabía con certeza.

—Llegados a este punto, no tiene necesidad de mentir. Si creyera que la profecía le va a permitir apropiarse de Rennedawn, ¿no crees que estaría haciendo todo lo que estuviera en su mano para cumplirla en lugar de sabotear vuestros intentos?

Trystan reflexionó sobre sus palabras, ladeando la cabeza.

—Si todo esto fuera un gran plan para salvarnos, ¿qué necesidad habría de mantenerlo en secreto?

Alexander cerró los ojos con fuerza.

—Sabía que alguien tendría que hacer la parte difícil para salvarnos a todos. Alguien tendría que ser quien tomara la decisión que nadie querría tomar. ¿Qué más daba si era yo u otro? — Bajó ligeramente la voz—. Yo solo era la rana.

—Siempre fuiste mucho más que eso. — Clare apretó los labios hasta formar una fina línea.

—La profecía se va a cumplir — dijo Trystan—. Te has equivocado.

Alexander se atragantó con la siguiente frase:

—Espero que tengas razón.

—Tenemos que irnos, Villano — avisó Lord Fowler mientras ayudaba a Tatianna, Clare y Malcolm a subir—. Hay sitio para dos más a bordo.

Evie se interpuso entre ellos.

—No podemos… No, no podemos irnos así.

—Yo no voy con vosotros. — Alexander esperaba recibir otro golpe cuando Trystan se acercó a él, pero, en cambio, su amigo del alma optó por darle un abrazo—. ¿Qué… qué estás haciendo?

—Una mujer muy sabia me dijo una vez que hay muchas cosas que se pueden resolver con un abrazo. Estoy… — Inspiró profundamente—. Estoy muy enfadado contigo. Pero, cuando te des cuenta de que Benedict te ha engañado, te estaremos esperando… en casa. — Parpadeó rápido, frotándose los ojos con el dorso del brazo.

Alexander no se molestó en ocultar las lágrimas que le ardían en los ojos mientras veía a su amigo marcharse con la mujer que amaba. La cesta despegó y siguió el movimiento con la mirada, esperando hasta que estuvieron demasiado altos, demasiado lejos para ver lo que había sacado del bolsillo de Trystan.

—Príncipe Alexander — Benedict apareció a su lado—, ¿lo ha conseguido?

No miró al rey; sabía que su odio hacia él sería demasiado obvio. En su lugar, se limitó a entregarle lo que guardaba en la mano.

La llave.

El ancla.
Ahora sí que se había acabado.
Y jamás se lo iba a perdonar.

CAPÍTULO 76

GIDEON

Gideon aún recordaba su primer día en la Guardia Valerosa y el juramento que había hecho de proteger a los inocentes. Puede que ya no fuera un caballero, pero ese juramento seguía vigente.

—¿De dónde ha salido esa lanza? — bramó con una ira palpable, tan tangible que casi podía saborearla.

Blade y Rebecka corrieron hacia el gubre macho. Fergus. El animal tenía un nombre. Y un alma. Y una lanza mortal clavada en el vientre, una que llevaba el emblema de Benedict.

Clarke y Cassandra lo rodearon. Lulu dejó escapar un grito cuando se inclinó para tocar con su hocico el pecho de Fergus, que apenas se movía, y escuchó sus lastimeros suspiros de dolor. Destino lanzó el chillido más potente que Gideon había oído en su vida. Un sonido que lo perseguiría.

—¡¿De dónde?! — repitió Gideon.

Keeley lo agarró del brazo y señaló.

—Ha venido de allí. Dame un momento, reúno a un equipo y…

Gideon no tenía ni un momento. Tenía su ira, su inútil magia protectora y ningún respeto hacia su propia seguridad. Echó a correr a toda velocidad, traspasó las puertas, el bosque de espinas, ignorando cómo le cortaban la piel, y, cuando llegó al otro lado, siguió corriendo.

Corrió hasta que se topó con ellos.

Guardias Valerosos, cinco en total, cargando otra lanza, listos para atacar. Listos para matar. Él había sido uno de ellos. Esa idea nunca le había provocado más repugnancia que en ese momento. Habría vomitado, pero tenía el estómago vacío y el corazón destrozado.

—¿A cuál le hemos dado? — preguntó un caballero.

—¿Qué más da? El rey dijo que derribáramos tantos como pudiéramos. Volved a cargar el arma por si vemos a otro.

—¿De verdad crees que después de eso va a salir volando otro? — apostilló un tercero con escepticismo.

—Son animales — se rio el que estaba al mando—. ¡No piensan como las personas, cabeza hueca! ¡Recargad!

La sangre chorreaba por las heridas abiertas de los brazos de Gideon, además de por las que tenía en las mejillas. Sintió que los cortes le ardían cuando cogió su espada y corrió hacia los caballeros con el arma en alto. Al atravesar al primero, giró sobre sí mismo, aprovechando el efecto sorpresa para acabar con otro. La hoja hizo un sonido repugnante y húmedo cuando la arrancó del abdomen del hombre. Titubeó, y ese instante le costó caro.

Cayó al suelo con un grito. Sobre él, una espada a punto de ensartarlo. De pronto escuchó un chillido y apareció Keeley. Le rompió el cuello al caballero que tenía encima y le clavó la espada a otro.

Quedaba uno. No se había quitado el yelmo, así que Gideon no tenía forma de saber si lo reconocía.

Daba igual.

El acero de sus espadas chocó. Forcejeó con el hombre hasta que ambos cayeron al suelo, rodando, con las armas volando por los aires. Gideon lanzó un puñetazo que levantó la visera del casco. Debajo encontró el rostro de un capitán del regimiento al que en su día había admirado. Un Guardia Valeroso que él consideraba que se había ganado el título.

Sin embargo, la realidad era que no había nada de valeroso en trabajar para un rey que odiaba a su pueblo.

—Fuiste un buen recluta. Un miembro prometedor de la Guardia Valerosa — espetó el capitán.

Gideon agarró la daga que llevaba a la cintura, la desenvainó y la levantó en alto.

Entonces, con un odio capaz de quemar bosques, dijo:

—Yo pertenezco a la Guardia Malévola.

La daga descendió.

Pero la satisfacción por el asesinato no duró.

Porque en ese instante oyó un grito de Keeley.

Y todo se volvió oscuro.

CAPÍTULO 77

TRYSTAN

A petición de Trystan, Fowler no los llevó hasta la mansión.

Y es que, al registrarse los bolsillos, había descubierto que la maldita llave había desaparecido.

—Vosotros vais a volver a la mansión para dejar la ventana y yo iré a la capital — ordenó después de que aterrizaran en un bosque cercano—. Sin duda, ahí es donde se dirigen. — Le entregó el trozo de vidriera a Tatianna.

—¿Entiendo que Evie va contigo? — Malcolm señaló en la dirección hacia la que Evie ya estaba corriendo.

Maldita sea.

—Volved a la mansión — repitió Trystan, sin saber muy bien por qué sentía la necesidad de detenerse y darse la vuelta—. Y lo siento — les dijo a sus hermanos. La traición de Alexander era demasiado dolorosa como para expresarla, así que se limitó a decir—: Por todo.

Malcolm y Clare lo abrazaron y él se quedó paralizado, incómodo. Parecía que eso era lo más similar a una sesión de duelo entre hermanos que iban a tener.

—Muy bien. Es suficiente. — Les dio una palmadita en la espalda a ambos. Era bueno constatar que, aunque su padre se había ido, aún se tenían los unos a los otros.

—Vuelve pronto, cabeza de chorlito. Tenemos pendiente una cena familiar. — Clare sonrió con tristeza—. Y ahora ve. Yo de ti me daría prisa; es rápida.

Trystan levantó los brazos.

—Por supuesto, qué mejor momento que ahora para desarrollar esa habilidad.

Sage se movía a una velocidad irracional para ser una mujer con las piernas tan cortas.

—¡Corres con tanta determinación porque se te ha ocurrido un plan, espero! — le gritó Trystan.

Ella se detuvo, dejó que la alcanzara y luego reemprendió la marcha. El sol aún brillaba alto en el cielo, ofreciéndole algo hermoso que contemplar.

—Debes de estar destrozado — dijo ella sin apartar la vista del camino—. Por lo de Reymundo, me refiero. No me puedo creer que haya…

—Yo sí.

Sage agudizó la mirada ante aquel comentario.

—Espera, ¿le has mentido? ¿Sí que sospechabas de él? ¡Y no me lo dijiste!

Trystan se la quedó mirando.

—Tú sospechabas que tu padre era el traidor y no me lo dijiste.

Ella ya tenía la boca abierta, dispuesta a seguir gritando, pero se detuvo y la cerró.

—Se me había olvidado eso — refunfuñó—. ¿De verdad lo sabías? ¿Por eso tenías a Fowler esperando?

—No, no lo sabía como tal. No ha sido hasta que lo he visto apuntándote con un cuchillo a la garganta que me he permitido creerlo. Sin embargo, sabía que algo había cambiado. Sabía que tenía que enviar un cuervo a por Fowler por si el rey daba algún paso en falso. Pero no, Sage, no sabía que los pasos en falso vendrían de Alexander.

Y joder si dolía. Porque a él seguía importándole su amigo.

—No puedo culparlo del todo. Lo he visto muy convencido de que la maldición debía cumplirse. Y estaba atrapado en el cuerpo de una rana. ¿Qué tenía que perder?

—A ti. — La voz de Sage se quebró al pronunciar esa palabra—. A su hogar.

Algo se desató en su pecho, una especie de tenaza que se había instalado ahí desde que se convirtió en El Villano. Porque estaba de luto, y dolía, pero ella seguía allí.

—Creo que no me había dado cuenta — dijo con asombro, apartándole un rizo de los ojos.

—¿De qué? — Lo miró con extrañeza, probablemente porque él estaba haciendo lo mismo.

—De que mi hogar ha dejado de ser la Mansión Masacre. — Le dio un beso lento, saboreando el momento, como si fuera la última vez—. Ahora eres tú.

Un sonido grave y retumbante resonó como un eco de sus sentimientos. Intentó ignorarlo, pero cada vez se hacía más fuerte… y estaba más cerca.

—¿Qué es eso? — preguntó Sage, aferrándose a su pecho con el rostro arrugado en una adorable mueca.

—No lo sé. Suena como… No puede ser. ¿En serio? ¿Ahora?

—¿Puede el mundo dejar de acabarse un momento para que podamos tener un ratito para nosotros? — refunfuñó Sage saltando a su lado—. ¡Quita esa cabezota, que no veo!

—Mi cabeza no es tan grande.

—Vale, pues quita tu cabecita para que pueda ver… Ay, Dios mío. ¿Es eso una turba enfurecida?

En efecto. Conocía bien esa imagen. Las horcas agitándose, las antorchas en alto a pesar de que la luz del día les iluminaba el camino, los gritos estridentes exigiendo la muerte de El Villano.

Pero entonces escuchó un detalle que lo dejó paralizado.

Estaban llamando a Evie Sage.

—¿Vienen a por… mí? ¿A por mí específicamente? — preguntó Sage con la voz muy aguda.

Trystan reconoció ese sonido y supo que si la miraba no encontraría lágrimas de desesperanza, más bien todo lo contrario.

—Un momento histórico. Qué pena no tener un retratista a mano para inmortalizarlo — murmuró en respuesta a la sonrisa radiante de Sage.

—Soy consciente de que estás siendo sarcástico, pero nunca había tenido a toda una turba persiguiéndome. Es muy halagador. — Se tamborileó con los dedos en los labios, observando cómo el grupo se acercaba—. ¿Qué se hace cuando una turba te persigue?

—Cortarles la cabeza.

—Ah. — Sage frunció el ceño y torció la boca—. ¿Hay alguna opción menos sangrienta? Apenas pude soportarlo la primera vez.

—Correr. — Lo dijo como si fuera una acción inevitable en lugar de una elección.

—¿Y una menos aburrida? — preguntó ella con descaro.

—¡Ahí está! — gritó un aldeano, y a Sage se le acabaron las bromas.

Lo agarró de la mano y empezó a tirar de él, echando a correr a toda velocidad, lo que lo obligó a seguirla, adentrándose más en el bosque.

—¿No has dicho que correr era aburrido? — la provocó. Cuando la sujetó por las caderas para casi lanzarla por encima de una hilera de arbustos verdes, la sensación de tenerla bajo sus manos fue suficiente para distraerlo de los peligros. Sus dedos permanecieron listos para agarrarla de nuevo incluso después de soltarla.

—Solo si nadie te persigue — repuso ella con esa siniestra media sonrisa que habría puesto de rodillas a cualquier mortal.

No pudo evitarlo.

Le cogió la mano y tiró de ella con fuerza hasta que se salieron del camino, ocultos entre la maleza, y la empujó contra un árbol.

Sus labios se posaron sobre los de ella antes de que pudiera formular una pregunta, pero no pareció importarle. Evie lo agarró del pelo y lo apretó contra ella.

El efecto de sus labios moviéndose contra los de él y sus lenguas rozándose le arrancaron un gruñido de lo más profundo de la garganta. Primero de placer, luego de dolor cuando supo que el momento tenía que acabar. De hecho, a punto estuvo de acabar él también. La soltó y le dio un beso en la mejilla antes de apartarse, satisfecho de cómo la había dejado.

Asalvajada. Con las pupilas dilatadas, los labios hinchados, el pecho agitado, las mejillas enrojecidas y un color que le bajaba por el cuello hasta desaparecer en el escote.

Era una sensación extrañamente posesiva, saber hasta dónde llegaba ese rubor, conocer los secretos de su cuerpo como nadie más los conocía. Evangelina lo había despojado de todo civismo; no era mejor que un animal que protege a su pareja.

De repente sintió una gran empatía por el gubre.

—¿Es hora de irse? — Ella parpadeó lentamente—. ¿Ya?

La multitud era más escasa que antes.

—Creo que han pasado de largo. Ven, conozco un atajo.

—¿Estás seguro de que no somos unos necios por ir tras la llave en lugar de centrarnos en cumplir la profecía? La criatura del porvenir dijo que la maldición no se cumpliría hasta tres amaneceres antes de la víspera del Día de los Muertos. Todavía faltan casi dos meses.

—No, lo que dijo la criatura del porvenir fue que esa es nuestra última oportunidad para liberarnos de la maldición. No hay nada que diga que Benedict no puede cumplirla durante los momentos más poderosos del día. Como bien dijo Edwin: amanecer, mediodía, atardecer. — Trystan señaló la luz que se atenuaba con la puesta de sol—. Necesitamos la llave. Y la necesitamos ahora.

Siguieron andando por el bosque en el que habían pasado tanto tiempo: huyendo para salvar sus vidas, enamorándose, descubriendo que había una vida por vivir. Recorrieron los caminos de tierra hasta que encontraron un claro.

Completamente lleno de dientes de león.

Sage se detuvo a su lado.

—Conozco este lugar.

Trystan miró a su alrededor. Tenía razón: había algo que a él también le resultaba inquietantemente familiar.

Los dientes de león comenzaron a brillar y ella abrió los ojos.

—Trystan, tenemos que irnos.

Él no lo cuestionó, solo le tomó la mano y dio media vuelta.

Hasta que Benedict salió de entre los árboles, al otro lado del campo, con una sonrisa que recordaba demasiado a una de victoria.

—Por mí no os vayáis. La diversión no ha hecho más que empezar.

CAPÍTULO 78

evie

Evie, a falta de una palabra mejor, explotó.

Su magia oscura se arremolinó alrededor de sus manos, retorciéndose entre el follaje hasta que todas las personas que percibía escondidas entre los árboles se quedaron paralizadas bajo su voluntad. No pudo detenerlo, ni siquiera cuando ese poder envolvió a Trystan, dejándolo inmóvil.

—¡No! ¿Cómo lo hago para…? ¡No era mi intención atraparte! — gritó, ordenando con la mente que la magia lo soltara.

Trystan parecía imperturbable, por no decir ligeramente divertido.

—Le he hecho esto a mucha gente y, ahora que lo pruebo, la verdad es que no me gusta nada.

—¡Ay! ¡No! ¡Magia mala! — Evie agitó las manos, pero la magia solo lo apretó más—. ¿Te duele?

—Es como un abrazo — respondió Trystan entre dientes.

—¿De verdad? — Evie entreabrió los labios.

Él suspiró.

—No, Sage, siento como si me estuvieran estrujando los órganos. Respira hondo. Tú tienes el control.

—No es cierto — dijo ella con la voz quebrada, sintiendo cómo la oscuridad comenzaba a engullirla—. No tengo el control de nada. Nunca lo he tenido.

—Sí que lo tienes — replicó Trystan con determinación, luchando contra la niebla, aunque sin éxito. De pronto, una luz iridiscente empezó a brillar desde lo más profundo de su ser, desde donde se almacena nuestra esencia, y su pecho resplandeció con cientos de colores diferentes.

Un curandero de la esencia.

La magia de Evie se apartó para dejarle paso, haciéndole hueco al color en medio de tanto gris.

Trystan atravesó la niebla y agarró a Evie por los hombros.

—Quédate aquí conmigo.

Se le hizo un nudo en la garganta y la niebla se disipó lentamente hasta desaparecer, dejándolos solos a Trystan y a ella… y a los demás desafortunados que se interponían en aquel momento tan romántico.

—Puede que coquetear no sea tu fuerte, pero tus declaraciones de amor están muy bien logradas.

Él sonrió, dejando entrever un hoyuelo.

—He estado leyendo muchas novelas románticas.

Luego se volvió hacia Benedict.

—Menudo ambiente tan acogedor. Nos estabas esperando, ¿verdad? — le preguntó Trystan a Benedict—. ¿Cómo has vuelto al norte tan rápido?

—Soy el rey. — Benedict pisoteó los dientes de león mientras caminaba por la hierba—. Y sabía que los dos querríais completar la maldición juntos.

—Siempre ha sido mi sueño — las palabras de Evie fueron secas, pero su cuerpo estaba en alerta máxima—, ayudarte a destruirnos.

Benedict fingió una expresión de dolor, llevándose la mano al pecho.

—¡Me duele que pienses que sería capaz de destruir a mi único hijo! ¡Pero si es mi heredero! El futuro del reino. Sería una negligencia por mi parte perderlo. Y en cuanto a usted, señorita Sage, en fin… Realmente no hay forma de ser el bueno sin que alguien más sea el malo. Lo ha hecho bastante bien.

La luz que hasta hacía un momento brillaba sobre los dientes de león se redujo a una sola franja plateada que flotaba en el aire, en medio del campo.

Y entonces esa misma luz… se transformó y tomó la forma de una mujer de tez impecable, con una larga melena oscura recogida en una trenza que le recorría toda la espalda y varias joyas de oro y otros materiales. Evie la reconoció de inmediato.

—La criatura del porvenir.

—Por favor, llamadme simplemente Porvenir. — La voz de la mujer era como la miel, rebosante de dulzura, tal vez para ocultar su lado amargo—. Siento que te conozco; bueno, al fin y al cabo, somos casi familia.

Evie suspiró.

—A ver, tienes un extraño deseo de venganza contra mí, así que encajarías perfectamente con mi historial familiar.

Benedict le hizo un gesto.

—La familia Sage es una maravilla, ¿verdad? Un hijo destinado a proteger, otro a salvar y otro a…

—Destruir — terminó Evie por él, poniendo los ojos en blanco de nuevo—. Sí, sí, ya hemos hablado de esto. Soy la perdición del reino, voy camino de la destrucción definitiva, tengo un árbol genealógico atroz… ¿Qué más tiene? Porque nada de eso me convencerá de ayudarlo.

—En ese caso — espetó Benedict—, ¿por qué no sacamos a relucir su programa de incentivos?

Por primera vez desde que Evie había tomado el control de su poder, sintió una pequeña punzada de miedo.

—¿Qué incentivos?

—Le daré dos opciones. Ayúdenos a poner en práctica la maldición y salvar a Rennedawn o deje que Rennedawn perezca, que la magia se extinga y la tierra con ella. Ah — espetó Benedict haciendo un gesto con la mano, y las cadenas le tintinearon—. Y tu hermano morirá.

Arrastraron a Gideon hasta la pradera mientras tosía, con marcas negras en su torso desnudo, muy parecidas a las que lucía Marvin.

Veneno.

Excepto que, a diferencia de Marvin, este veneno estaba prácticamente a la altura del corazón de Gideon.

CAPÍTULO 79

GIDEON

Gideon Sage tenía tantas cosas en su vida de las que arrepentirse. Había dejado que la carga de dirigir la familia recayera sobre Evie. Había huido de la presión que suponían los cambios de humor de su madre en lugar de apoyarla en esos momentos. Había logrado escapar por los pelos de la devoción de su padre por Benedict y de la crueldad que ello acarreaba, pero había permitido que todo eso recayera sobre sus hermanas. Y, cuando por fin había recuperado la memoria…, había elegido el camino fácil.

El de los cobardes.

Y ahora llevaba décadas acumulando vergüenza. Si sabía algo sobre lo de ocultar las cosas complicadas, era que siempre acababan saliendo a la luz.

Retorciéndose en los brazos del caballero, buscó a Keeley con la mirada. Sintió una punzada de pánico; apenas se dio cuenta del veneno que se abría paso a través de su torrente sanguíneo.

—¿Dónde está? Iban justo detrás de nosotros.

—Deja de moverte, maldito desertor. — El caballero lo levantó de un tirón y le puso una espada en la garganta. Las cadenas que le rodeaban las muñecas estaban tan apretadas que sentía como si le estuvieran desgarrando los huesos.

—¡Keeley! — rugió Gideon, ignorando las órdenes de sus antiguos compañeros.

Dioses, si la tocan…, si le hacen daño…

—¿Dónde está?

—Estoy aquí. Estoy bien. — Aquella suave voz le pareció como hielo sobre su piel en llamas. El corazón le latía desbocado cuando se giró y vio un cuchillo en la garganta de la capitana.

—Ah, sí, muy bien. Se nota. — La respuesta sarcástica de Gideon se perdió entre sus forcejeos por acercarse a ella—. Suéltala.

Le dieron un puñetazo en el estómago y Gideon cayó de rodillas.

Cuando levantó la vista, Evie se abalanzaba sobre él, pero otro caballero la detuvo agarrándola por detrás y esposándole las muñecas para reducirla.

—¿Te acuerdas de estas, Trystan? — se burló el rey—. Antes eran tuyas.

Las esposas que Gideon había imbuido con su magia protectora, que reprimía la magia de quienquiera que las llevara puestas. Otra cosa más de la que sentirse profundamente avergonzado.

Evie estaba indefensa.

Gideon se volvió de nuevo y vio a su padre acercarse al rey. Griffin soltó un grito de indignación antes de endurecer su expresión, apretando los labios.

—Esta brutalidad es innecesaria. Necesitas que ella esté dispuesta a ayudar.

Evie también se dio cuenta, Gideon lo notó por el ligero tic en su mandíbula, pero no mostró ningún indicio de que la preocupación de su padre la conmoviera. En cambio, la respuesta inmediata de su hermana fue… reírse.

—¡Dioses! — Evie se zafó de los guardias y estos se lo permitieron. Mientras, los ligeros sonidos de su alegría se elevaban hacia el cielo. Bajó la cabeza antes de levantar la vista con una expresión irremediablemente divertida—. La preocupación por mi bienestar es halagadora, pero llega tarde.

Griffin la contempló con ira.

—No busco tu perdón.

Ella esbozó una sonrisa amenazante.

—Bien. Porque nunca lo tendrás.

Gideon intentó ayudar, acercándose poco a poco, pero los guardias le soltaron los brazos y cayó al suelo con un ardor en el pecho que le impedía mantenerse en pie.

—Eve.

Su hermana lo miró a los ojos y él le dirigió un gesto rígido con la cabeza, esperando que ella lo interpretara como un: «Estoy bien. ¿Y tú?».

Ella le devolvió el gesto, y su sonrisa burlona se suavizó antes de volverse hacia los hombres que sujetaban a Trystan.

—¿Qué va a hacer exactamente si no obedezco? ¿Dejar que el veneno mate a mi hermano? ¿Tiene alguna fijación con atacar a los hermanos? ¿Es el síndrome del hijo único?

—No les demos ideas — dijo Gideon, tratando de ignorar que varias espadas estaban desenvainadas y a punto de atravesarlo.

Benedict hizo un gesto de desprecio con la mano hacia Evie.

—Señorita Sage, por favor. Simplemente le estoy dando a elegir: o procede a lanzar esta maldición o su hermano nunca recibirá la cura.

—No elijas, Evie — le pidió Gideon—. No entres en este juego. No eres responsable de nada de lo que hagan.

Evie lo miró con una expresión indescifrable, sorprendentemente parecida a la resignación. Era una mirada que jamás había visto en el rostro de su hermana. Siempre había habido un impulso, unas tuercas girando, una energía que parecía manejar en cantidades inagotables.

La mirada de este momento no era más que una sombra de aquella.

—Sage — la llamó Trystan con cautela.

Pero Evie los ignoró a todos y se dirigió únicamente al rey cuando preguntó:

—¿En qué consiste la maldición?

—¡Evie, no! — gritó Gideon.

Benedict pareció sorprendido; abrió mucho los ojos durante una fracción de segundo antes de controlar su expresión.

—Necesitaré los poderes de todos los hijos de la familia Sage. Tengo un poco de la magia estelar de Lyssa en la flor de la memoria; afortunadamente, creo que será suficiente para que podamos dejar a la niña al margen de esto.

—No vuelvas a pronunciar el nombre de mi hermana — espetó Evie.

—Te refieres a la magia de nuestra madre. Eso es lo que hay dentro de la flor. No la de Lyssa. Lyssa no tiene nada que ver con esto — objetó Gideon mientras una oleada de miedo le cortaba la respiración.

El rey Benedict suspiró.

—Se me olvida la cantidad de secretos que hemos guardado de tantos que hay. La magia que le «robé» a su madre no era suya. Al igual que usamos la flor para transferir la magia de Evie a Trystan, cuando nació Lyssa, su madre tuvo que asumir cargar con la magia de la luz estelar para que Lyssa pudiera tener una vida normal. Resulta que solo conseguimos una gota.

Una vida normal. Claro. Si por normal se entendía cabezas cortadas como saludo matutino y un ogro como compañía.

—¿Por qué se la quitaron a nuestra madre y la devolvieron a mi hermana? — preguntó Evie—. ¿Por qué pasar por todo este embrollo si el plan era la maldición desde el principio?

—La maldición nunca formó parte del plan — masculló Porvenir, y sus palabras crearon una atmósfera siniestra sobre el campo de dientes de león—. Tejí la historia perfecta, pero vosotros la destruisteis con vuestras intromisiones y vuestras decisiones. Lo que estamos a punto de hacer no es una maldición, sino una corrección. Una oportunidad para que se produzcan los acontecimientos que deberían haber ocurrido si ciertas personas no hubieran intentado frustrar mi voluntad.

—¿Y qué hay de la voluntad de Destino? — preguntó Gideon, tratando de desviar la atención de Evie.

—Destino es débil — espetó Porvenir—. Yo soy la verdadera narradora. Yo decido el camino de los seres de este mundo, y prefiero que se destruya antes que renunciar a ese control. Estoy corrigiendo un error. De lo contrario, Rennedawn no sobrevivirá.

Benedict colocó la flor de la memoria ante ellos, luego se volvió hacia Evie y le tendió la mano.

—Venga, señorita Sage. Conozca su verdadero destino. La ha estado esperando.

—No — se opuso Trystan, zafándose de los brazos de los guardias y agarrando la espada más cercana. Incluso bajo semejante amenaza, se interpuso ante la hermana de Gideon y toda aquella horda de gente—. Nos vamos.

Los ojos de Benedict se posaron en su hijo con desagrado.

—Imagino que crees que puedes salvarla. Pero la vida que te prometo es aquella con la que solías soñar, Trystan. Una en la que el pueblo de Rennedawn te adora, en la que haces buenas obras por los demás. Eso es posible en otro mundo. Es posible si te apartas y nos permites que acabemos con esto. En este mundo tal y como está, tu estatus como El Villano se está desvaneciendo y, cuando se esfume, cuando la gente encuentre a alguien nuevo a quien odiar como ya han hecho con Evie, ¿qué crees que pasará? ¿Qué papel desempeñarás?

Los ojos negros de Maverine se oscurecieron aún más. La espada se tensó a su lado y los músculos de sus hombros también. Apretó la mandíbula mientras daba un paso adelante y luego otro. Sin apartar la mirada de su oponente, Gideon maldijo los grilletes que le sujetaban las muñecas y le impedían intervenir.

Pero entonces Maverine hizo algo que pareció sorprender no solo a Benedict, sino también a Porvenir. Esbozó una sonrisa tan amplia que se le marcó un hoyuelo en la mejilla.

—El papel que me permite quedarme a su lado.

—Como un perrito faldero — se burló Benedict.

Nadie se movió cuando Trystan Maverine se abalanzó hacia delante, agarró al rey por el cuello y tiró de él hasta quedar lo bastante cerca como para que oyera su susurro. Un susurro que resonó por todo el campo, haciendo que más copos de diente de león se elevaran en el aire:

—Como su marido.

Benedict se atragantó con la palabra, al igual que Gideon, pero Evie…

La mandíbula de Evie estaba tan abierta que a Gideon le preocupó que se le cayera al suelo.

—¿Me estás pidiendo matrimonio… aquí y ahora? — exclamó su hermana, y el resto de los espectadores parecieron apartar la vista al unísono.

Maverine arqueó una ceja sin desviar la mirada de Evie mientras arrojaba a Benedict a un lado como si fuera una bolsa de basura. Se dirigió hacia ella con pasos decididos.

—No. Solo estoy diciendo que tengo intención de hacerlo.

Los ojos de Evie estaban tan abiertos mientras miraba al hombre que en su día había sido su jefe que parecían los de un búho.

—Benedict, ya está bien — espetó Porvenir—. Me esperan otros reinos que atormentar; no tengo tiempo para esto. Me prometiste que la maldición se haría efectiva antes de que acabara el día.

Su larga trenza cayó del hombro hacia la espalda al moverse.

—Trae el nuevo libro — ordenó Benedict, limpiándose la sangre del labio.

Y cuando abrieron el libro de *La Historia de Rennedawn* en el suelo, las páginas en blanco comenzaron a moverse rápidamente.

Las manos de la criatura trazaron un círculo, creando un ciclón de luz resplandeciente que salpicaba la página mientras una voz ancestral salía de sus labios.

—En esta historia, un nuevo relato hemos de tejer, donde todo volverá a ser lo que debe ser.

—Y dale con las rimas… — refunfuñó Evie, pero su sentido del humor se esfumó cuando la luz estelar de la flor del recuerdo se

deslizó entre las hojas del libro, inyectándole un brillo tan abrumador que todas las personas del campo se estremecieron y se taparon los ojos.

—Ahora usted, Gideon Sage. — El rey Benedict le dedicó una sonrisa de ánimo—. Le prometo que disfrutará de lo que hay al otro lado. Para empezar, allá hay una cura para el veneno que está a punto de matarlo.

Ahora salía humo del libro, un humo que no se parecía en nada al que procedía de algo natural como el fuego. Esto era magia; era peligro.

—No pienso hacerlo.

—Solo necesito una gota de su sangre — le informó Benedict—. Ni siquiera tiene que ofrecerme su magia.

—¡He dicho que no! — rugió Gideon, empujando al guardia que lo sujetaba y lanzándose contra Benedict.

De pronto sintió un pinchazo agudo y un dolor punzante en el abdomen. La repentina sacudida no caló del todo en él hasta que bajó la mirada.

Y vio una espada… clavada en su estómago.

CAPÍTULO 80

evie

La mente de Evie tardó varios segundos en asimilar que a su hermano le sobresalía una espada del estómago y que aquellos horribles sonidos guturales salían de su boca.

—¡Gideon! — Evie se dejó caer al suelo y casi se arrastró hasta su hermano, que se había desplomado de rodillas, con las cadenas tintineando, mirando la espada con los ojos muy abiertos y sin pestañear.

Unos ojos como los de su padre. Quien irrumpió desde la línea de árboles enfurecido.

—¡Benedict! ¡¿Qué estás haciendo?! — gritó lanzándose hacia Evie y Gideon, pero Evie levantó las manos encadenadas mientras un sonido salvaje escapaba de sus labios.

—¡No te acerques! — chilló—. Ni se te ocurra acercarte a nosotros. — Aquello no podía estar pasando. ¿Cómo era posible que todos los momentos de esperanza y de bondad terminaran así? En tragedia. En dolor—. Gideon, no te mueras.

Gideon se aferró con fuerza a la espada que tenía en el lateral del estómago.

—Haré lo que pueda, Eve.

—No la saques — le ordenó Trystan por encima del hombro—. Solo empeorarás la hemorragia. Necesitamos a Tatianna. Ella puede

arreglarlo.

—No llegará a tiempo — susurró Keeley con más pánico en la voz del que Evie jamás había oído en la capitana.

Evie no la había visto acercarse, pero los guardias parecían haberse retirado a los bordes del claro, procurando que ninguno de ellos tuviera una vía fácil de escape.

—Trystan, ¡eres un curandero de la esencia! ¿Puedes…?

—Me temo que Trystan no puede ayudarla, señorita Sage. — Benedict chasqueó la lengua.

Y Trystan emitió un sonido inhumano ante aquella afirmación.

—Porque tú lo digas.

—Aunque consigas curar la herida, no podrás hacer nada con el veneno porque no existe cura. — Las palabras de Benedict cayeron sobre ellos con pesadez—. No en este mundo. En el más allá, sí. En el Rennedawn de la maldición, sí.

No.

No.

Por favor.

—Tiene magia de luz estelar. — Evie levantó la vista frenéticamente y fijó la mirada en el rey—. Úsela para curarlo.

Benedict observaba la escena con aire triunfal, como si esto fuera lo que quería desde el principio. Atormentarlos hasta llegar a este momento, jugar con ellos como si fuesen presas. Y habían caído en la trampa. No había forma de escapar de esto.

—Estaría más que encantado, pero la magia curativa de este mundo no es capaz de curar este veneno. No le miento, señorita Sage. Puede salvarlo si recita el conjuro que exige el Porvenir. Junto con Gideon, por supuesto.

Gideon le agarró la mano; su querido rostro estaba marcado por tal dolor que a Evie se le partió el corazón por milésima vez.

—No, Evie. No lo hagas. Me lo merezco, de verdad. No pasa nada.

Las lágrimas le quemaban ante la desesperanza de la situación. Hasta entonces siempre habían encontrado una salida, pero esta vez

no. Solo había un camino y Evie pensaba atravesar esa puerta antes que permitir que su hermano muriera.

—Creí haberte perdido una vez — susurró, dándole un beso en la mejilla—. Me niego a perderte de nuevo. Todo irá bien.

Esas eran las palabras que solía decirle a Lyssa, palabras en las que siempre había creído. Sintió un profundo alivio al darse cuenta de que, incluso ahora, en ese momento terrible y desgarrador, Evie aún era capaz de encontrar un ápice de optimismo enterrado bajo el dolor.

Todo iba a salir bien. Se encargarían de que así fuera.

Sin importar lo que tuvieran que hacer para lograrlo.

—Está bien — dijo Evie, erguida, con la mirada fija en el hombre que había arruinado su vida de tantas maneras—. Traiga el libro. Le daré lo que quiere.

—Evangelina. — Trystan se tambaleó hacia ella, acercándose lo suficiente como para que pudiera tocarlo.

Evie le acarició la mejilla con los dedos.

—Me prometiste que no existía ningún mundo en el que no fueras a venir a por mí. ¿Lo decías de corazón?

Trystan le clavó la mirada. En ella leía rabia, frustración y miedo, pero también ternura, devoción y un amor inquebrantable.

—Lo decía de corazón.

—Entonces hazme un favor: búscame en el próximo, ¿sí?

Ella atrajo su rostro y le dio un beso desesperado, un beso nacido de todo el dolor que él le había sanado, de todas las partes que había reparado, de lo vital que era para ella, tanto como el aire o el agua. Él era su vida.

Trystan le devolvió el beso con la misma intensidad y fervor, y ella tuvo que hacer acopio de hasta la última gota de su fuerza de voluntad para separarse y tambalearse hacia el libro para convocar la magia que había en su interior.

Griffin dio un paso adelante para quitarle las cadenas que llevaba en las muñecas, y estas cayeron al suelo. Es posible que viera remordimiento en él, pero imaginó que incluso las almas más

desdichadas tenían dudas de vez en cuando, y una pizca de pesar por parte de su padre no le servía de nada. La niebla se derramó sobre el libro en un remolino de oscuridad, y luego se adentró en las páginas abiertas hasta hacerlo flotar.

—Repite conmigo — dijo Porvenir sin un rastro de arrogancia, solo con la determinación de ver la tarea cumplida—: Reclamo mi Destino tal y como debe ser y le doy rienda suelta al Porvenir.

En medio de su rendición, a pesar de la agonía, Evie encontró el lado positivo de la situación.

Al menos no es una puta rima.

Repitió las palabras, aunque le dejaron un sabor amargo en la boca.

¿Qué les pasaría a todos los demás? ¿A Lyssa? ¿A Trystan? ¿En qué se convertiría el mundo tras esta maldición?

—¿Gideon? — instó Benedict.

Su hermano repitió las palabras que le tocaban ante el libro, proporcionando su magia protectora, y la atención de todo el mundo se centró en él por un momento, de modo que nadie vio cuando Trystan se volvió hacia ella.

—No pueden deshacer el pasado — murmuró—. No dejes que te engañen. Pueden maldecir la tierra y forzarla a convertirse en algo nuevo, pero, hagan lo que hagan, no pueden borrar lo que ya ha sucedido. Cuando todo esto haya terminado, debes recordarlo.

Se escuchó un potente estruendo y una nube de humo mágico explotó donde estaba el libro, cuyos bordes se extendieron hasta envolverlos a todos. Evie sintió pánico. La fuerza del impacto la lanzó al otro lado del campo de dientes de león.

Cuando se incorporó, oyó otro estruendo procedente del mar y vio una masa arremolinada, parecida a una nube, que se dirigía hacia ellos.

La maldición.

Evangelina Sage y Trystan Maverine se miraron a los ojos.

Y echaron a correr. Y corrieron y corrieron. Y se tendieron la mano.

Estaban a punto de tocarse, pero justo antes de lograrlo…
La maldición los engulló.
Y todo cambió.

CAPÍTULO 81

trystan

Dos semanas después…

El príncipe Trystan Benedict Martin nunca había estado tan furioso como en ese momento. Galopaba a toda velocidad por el bosque, persiguiendo con ahínco el carruaje fugado, mientras la Guardia Valerosa cabalgaba orgullosa a su lado para detener a ese elemento que había escapado con los inestimables artefactos de su padre.

Saltando por encima de un tronco caído, tomó la delantera. Como heredero al trono, sus responsabilidades siempre serían el cuidado y la protección de Rennedawn y sus ciudadanos. Sin duda, quien estaba detrás de todo esto era *ella:* esa miserable criatura que había atormentado al bosque de Hickory durante tanto tiempo. Pero esa sería la última vez. Iba a atraparla y a librar al reino de sus maldades de una vez por todas.

—Voy a dar la vuelta para cortar el paso al carruaje. ¡No le perdáis la pista! — ordenó Trystan, y varios caballeros detrás de él obedecieron de inmediato. Se dirigió al atajo que había encontrado el otro día mientras cabalgaba por allí, buscando a la fuerza maligna a la que el pueblo conocía como La Villana o la Mujer Malvada.

Nunca había oído un apodo más ridículo, pero los recuerdos de las veces que había intentado darle caza eran borrosos, como algo que su mente no lograba encajar, aunque cada vez que buscaba la razón se distraía, encontrando cualquier otra cosa en la que pensar.

Avanzando a toda velocidad, consiguió cortarle el paso al carruaje. Los caballos se encabritaron, resoplando, y el carruaje se desenganchó y se precipitó hacia un árbol, estrellándose con un crujido espantoso. Trystan hizo una mueca de dolor.

Desmontó del caballo y se lanzó hacia el carruaje destrozado, buscando a la mujer que adornaba todos los carteles de SE BUSCA de Rennedawn. Tenía llamas en lugar de cabello y una sonrisa repulsiva que ponía nerviosos incluso a los caballeros más estoicos. Sus pómulos eran prominentes, con una forma irregular y poco atractiva, y todo en su aspecto le daba el porte de una mujer que perseguía hacer daño a inocentes.

Trystan había jurado proteger a esos inocentes.

—¡Se acabó, Villana! — bramó Trystan, agarrando la puerta y arrancándola de un tirón, solo para descubrir que…—. ¡Está vacío! ¡El carruaje está vacío! — gritó a los caballeros que ya deberían haber llegado al galope.

Sin embargo, allí no había nadie. Trystan ni siquiera oía el susurro de los cascos golpeando la tierra. Lo que sí escuchó fue una voz que hizo que su cuerpo se despertara y todos sus sentidos se pusieran en alerta.

—Qué curioso. ¿Cree que se habrá escapado? — La voz era suave y ligera. Las palabras tenían un tono divertido y… algo más; algo que le provocaba una sensación extraña en el pecho.

Al darse la vuelta, se encontró con la punta de un cuchillo apuntándole a la nariz. Y entonces la vio.

Había mucho que ver.

No había ni rastro del pelo llameante, pero una espesa melena de rizos caía en cascada por la espalda de la mujer. Sus ojos claros estaban delineados con kohl, lo que debería haberlos hecho penetrantes, aunque solo parecía resaltar la suavidad que

transmitían, y su sonrisa era similar a la de los carteles de SE BUSCA, si bien, al mismo tiempo, completamente distinta.

Le ocupaba todo el rostro, con unos labios tan carnosos y rojos que estaba seguro de que nunca había visto otros iguales. Tenía los pómulos algo marcados y la nariz con una suave curva que ahora se arrugaba mientras lo observaba. Era la mujer más hermosa que había visto jamás. Muy poco conveniente.

Ya que su deber era matarla.

Sin embargo, cuando fue a coger la espada que llevaba en el cinturón, todos sus instintos le gritaron que se detuviera. Cada fibra de su ser rechazaba la idea de hacerle daño. ¿Qué era aquello? Una sola mirada a una chica bonita y se le olvidaba todo el sentido del deber. No era un joven inexperto: tenía casi treinta años. *Haz el favor de controlarte, hombre. Tampoco es tan guapa.*

Sí que lo es, objetó su mente enferma y traicionera, y, cuando intentó salir de su estupor, se dio cuenta de que llevaba varios segundos sin decir nada y ella seguía allí, con la hoja presionada contra la punta de su nariz, ladeando la cabeza con curiosidad mientras lo observaba.

¡Dile algo, idiota! Lo que sea.

—Se suponía que tenía que ser fea. — Sus palabras salieron con la contundencia de un ariete y, como resultado, ocurrió algo insólito.

Ella se rio.

El sonido fue como escuchar unas campanas resonando en lo más profundo de su alma, tratando de alcanzar algo en su mente a lo que no conseguía llegar. Le molestaba no poder identificarlo, como si lo hubiera oído antes pero no recordara dónde.

—Disculpe la decepción, alteza. En mi caso es justo lo contrario: había oído que usted era atractivo.

Eso le molestó.

—¿Y no cree que lo sea? —¿Por qué demonios le estaba preguntando eso? Su padre le habría cortado la cabeza si lo hubiera visto. Los ojos azules de La Villana se suavizaron aún más y la

sonrisa se amplió, algo que no creía posible, pero ella lo consiguió sin problemas.

—La verdad es que me parece muy atractivo. Aunque esperaba que tuviera una gran corona sobre la cabeza y cierta arrogancia principesca para mantenerla en su sitio.

Le estaba tomando el pelo. Siempre había tenido poco sentido del humor, pero incluso él podía distinguir el placer en sus ojos, la alegría desenfrenada que exhibía como polvo de estrellas. ¿Dónde estaba la sonrisa amenazante? ¿Y la maldad que debería haber percibido a su alrededor como percibía ahora el viento, revoloteando entre sus rizos, uno de los cuales le caía sobre los labios?

Por el amor de las tierras muertas, aquella mujer era sin lugar a duda encantadora, y eso era terriblemente peligroso. El recuerdo de su magia, de la amenaza que había desatado y de los caballeros a los que había matado lo devolvió a la realidad.

—Aparte la daga, señora — gruñó, quitándole la mano de un empujón. El contacto de su piel le quemó como un hierro candente. Sacudió el brazo a un lado y flexionó los dedos, tratando de librarse de la sensación de hormigueo que no remitía—. Queda detenida por sus crímenes contra la corona.

Ella respondió girando con los brazos en alto, y Trystan comenzó a preguntarse si la muchacha no se habría dado un golpe en la cabeza.

—Hace un día precioso, ¿no cree? Ideal para pasear. — Bajó las manos y las cruzó a la espalda. Su vestido parecía un ópalo negro, con las mangas anchas cayéndole desde los hombros hasta las muñecas, como una cascada. Tenía la postura perfecta para alguien a punto de ser arrestada.

—Ideal para pasear, sí. Me parece bastante menos ideal para robar. — Él hervía de rabia, la mandíbula y los puños se le tensaron cuando se giró de nuevo para mirarlo, con aire desenfadado y divertido. Era pintoresca. La palabra le sonaba de algún modo discordante.

Ella se acercó muy seria. Sin miedo. Sin dejarse intimidar por la dureza de su expresión.

—Tiene razón, prefiero robar en la oscuridad, pero su padre insiste en transportar las cosas durante el día. ¿Qué puedo hacer?

Buscó algún atisbo de sarcasmo, de amenaza. No encontró ninguno. Estaba siendo sincera. Eso lo dejó atónito; se quedó sin palabras.

No importaba. Aquello no era relevante.

—Quiero decir, claro que su padre no va a tener en cuenta lo que me conviene a mí, porque soy yo quien le está robando. Sería extraño que se adaptara a mis necesidades. Aunque sería más cortés, algo en lo que los príncipes parecen empeñados. Si pudiera recomendarle que organice algún transporte nocturno, le estaría muy agradecida. — Había pedido ese favor como si fuera algo razonable. Como si no fuese descabellado. Una auténtica locura.

—No pienso ser cómplice de su villanía, señora. — Se mostró severo, satisfecho de sí mismo por no parecer tan desconcertado como se sentía.

—Ay, deje de llamarme así. — La mujer frunció la nariz, agitando la daga de un lado a otro en un gesto de negación—. Me hace parecer demasiado aburrida.

No. Esta mujer no era aburrida. Estaba como una cabra. O eso, o intentaba confundirlo haciéndose pasar por una doncella bondadosa para que bajara la guardia.

Hizo una pausa con aire desconcertado y luego dejó escapar el sonido más lastimero que había tenido el disgusto de escuchar jamás. Le llevó un momento darse cuenta de que era un estornudo, un pequeño chillido, seguido de una expresión avergonzada.

Estaba funcionando. ¿Cómo diantres podía estar funcionando?

No pudo evitarlo; metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo, uno gris. El mismo que siempre llevaba. Se lo entregó de mala gana, lamentando sus estúpidos impulsos caballerescos. Ella lo tomó y lo deslizó entre sus dedos, y su cuerpo hizo algo horrible.

Respondió ante aquel estímulo.

Apartó la mano bruscamente y miró a su alrededor en busca de ayuda. ¿Dónde demonios se hallaban sus hombres? Esa mujer lo estaba hechizando. Tenía que ser eso. Aquella atracción no tenía sentido. Ninguno.

Por desgracia, no se veía ni un solo caballero por el camino de tierra.

—¿Qué ha sido de mis Guardias Valerosos? — exigió con toda la autoridad real que era capaz de reunir.

—Ah, por ahí andan — respondió con indiferencia, sin inmutarse ante su tono. Parecía estar pasándoselo bien. Trystan no estaba seguro de si se enfrentaba a una verdadera perpetradora del mal hasta que ella terminó diciendo—: Bueno, andar lo que se dice andar, no creo que puedan ya.

Se le heló la sangre.

Con un sudor frío que le subía por la nuca y una sensación de pesadez en el estómago, se giró y empezó a caminar, o más bien a correr, de vuelta por el sendero que conducía hasta sus hombres. Y allí estaban, colgados. De las uñas de los pies.

Todos vivos.

Y gritando como si los hubieran desollado.

(No era el caso).

Su primera pregunta debería haber sido de dónde sacaba aquella mujer esa audacia infinita. En cambio, lo que se le escapó fue:

—¿Cómo los ha subido ahí arriba? — La miró fijamente, incrédulo.

—Ah, no ha sido para tanto. — Sonaba tímida y vio que se sonrojaba—. Un viejo truco que aprendí.

—No la estaba halagando — espetó. Hasta que se dio cuenta de que… quizá sí la estaba halagando. Pero no estaba tan mal de la cabeza como para admitirlo. En voz alta—. Se lo preguntaba para asegurarme de que no lo vuelva a hacer nunca más.

Ella ahogó un grito, con los ojos vidriosos al apartar la mirada. Se le escapó un pequeño sollozo, lo que le hizo sentirse como un animal.

—No puede ser que esté llorando — dijo, porque se negaba a creer que fuera real. Se negaba a acabar con La Villana cuando dicha villana estaba tan afectada—. Dígame que no está llorando.

Otro pequeño sollozo, y entonces aquella horrible y deliciosa risa volvió a brotar mientras sus emociones falsas se desvanecían para revelar su alegría genuina y deslumbrante.

—Dioses, ¿siempre es así de fácil de embaucar, alteza?

—¿Y usted es siempre tan difícil? — replicó él, con la mirada fija en el rubor rojo de su pecho, en cómo bajaba cada vez más hasta sumergirse en algún lugar bajo su corpiño.

—Sin duda alguna — respondió ella alegremente, y luego se enrolló un rizo en el dedo y él se quedó hipnotizado.

Esta mujer es una villana de verdad.

Tengo que largarme de aquí.

—¡Señor! ¿Nos echa una mano?

La llamada procedía de uno de los Guardias Valerosos, que seguía colgado boca abajo.

—Sí, sí, hombre, deme un momento. — Pero, cuando se volvió hacia La Villana, ya había desaparecido. La vio huyendo en la otra dirección—. ¡Oiga! — bramó, sintiéndose más frenético de lo que probablemente era necesario.

No necesitaba nerviosismo en ese instante; necesitaba ira. Necesitaba motivación para atraparla y destruirla. Se encontró corriendo a toda velocidad, lanzando su corpulento cuerpo sobre el de ella hasta que ambos cayeron al suelo. Rodó, tratando de amortiguar el impacto al aterrizar, y el dolor en el hombro fue suficiente para dejarlo sin aliento.

—Hola. — Ella parpadeó y lo miró, con los ojos tan abiertos que él juraría haber visto un reflejo de su alma en ellos. Tuvo que apartar la mirada—. ¿Le falta algo? La verdad es que tengo mucho que hacer hoy, así que quisiera irme, si no le importa.

—La he detenido. No puede irse.

—Vaya, lo siento. — Intentó parecer arrepentida, pero él la caló a la perfección—. Se me había olvidado. ¿Embestir a la gente hasta

tirarla al suelo forma parte del proceso de detención? ¿O es que usted es uno de esos hombres que se aprovechan de su cargo para acosar a las mujeres?

Trystan se impulsó con las manos para levantarse.

—¡No! ¿Cómo se atreve?

—¿Su deseo de acosar se limita a mí? La humillación siempre es un castigo digno.

—Por supuesto que no — gruñó, apartándose con tanta vehemencia que casi se cae de culo—. Yo nunca… ¿Cómo se atreve a insinuar…?

—Le pido perdón. — Era increíble cómo podía pasar de una crueldad burlona a ser una auténtica dulzura en cuestión de segundos—. No debería haber dicho eso; ha sido descortés. Ni siquiera lo conozco. Reacciono mal cuando me siento abrumada.

Aquella afirmación le provocó una punzada insoportable en el corazón, al igual que el chillido que salió de su boca cuando de repente la levantaron tirándole del pelo y la inmovilizaron con cadenas de hierro.

—¡La tengo! ¡La tengo, alteza! — Uno de los capitanes de la Guardia Valerosa, Meenka, la agarró de la garganta y la atrajo hacia su pecho con una risa zalamera y complacida.

La habían capturado.

Trystan no terminaba de entender por qué ese logro se sentía como un horrible fracaso.

CAPÍTULO 82

evie

Evie Sage no había utilizado ese nombre desde que tenía memoria. En su hogar, la Mansión Masacre, ella era la jefa, la mala pécora o la Mujer Malvada. Al público le encantaban las aliteraciones.

Y eso la divertía muchísimo. Sin embargo, esto de tener las muñecas encadenadas por ese repugnante caballero a su espalda, que le echaba su aliento acre y caliente en la mejilla cuando se reía, no le hacía tanta gracia. Su magia se agitó por la repulsión, pero las cadenas estaban imbuidas de magia protectora.

Maldito Gideon.

Su hermano se había unido a la Guardia Valerosa poco antes de que ella se convirtiera en La Villana. Él nunca se lo había perdonado, y ella nunca se había disculpado. La suya era una relación simbiótica. No obstante, hasta ahora habían tenido un acuerdo tácito de mantenerse al margen de las respectivas profesiones del otro. Ella se esforzaba por no interferir en ninguna de las órdenes que él recibiera de Benedict y él se aseguraba de no aceptar ninguna misión que implicara su derrota.

Si ahora quería jugar sucio, ella estaba dispuesta a complacerlo.

Se preguntó si Su Alteza Real aceptaría entregarle un mensaje a su hermano, lo que a su vez le hizo cuestionarse si los dos hombres

serían amigos. Los pensamientos se detuvieron en seco cuando se dio cuenta de que, de hecho, seguía bajo la custodia del detestable hombre que tenía detrás y que no debería estar pensando en el príncipe. Ni ahora ni nunca. Aunque su rostro fuera agradable y sus ojos tan oscuros que le daban ganas de sumergirse en ellos.

—No es más que una chiquilla para ser una bruja tan malvada. — Le tiró con fuerza del pelo y ella se mordió el labio para no gritar. No quería darle esa satisfacción.

El príncipe se había levantado despacio, mirando fijamente la mano que le agarraba el pelo y los grilletes que le sujetaban las muñecas. Su expresión era indescifrable, pero Evie imaginó que estaría sintiendo triunfo. Qué gran regalo sería esto para su padre, el rey Benedict. Patán engreído.

Pero el príncipe no parecía complacido cuando dio un paso hacia ella.

—No hay necesidad de ser tan brusco, Meenka. — Su voz la relajó, y le alarmó lo rápido que su cuerpo respondió al mero sonido de sus palabras—. Se supone que somos caballeros de honor, no lo olvide.

El hombre al que había llamado Meenka la agarró con más fuerza, riendo.

—Nunca es necesario como tal, alteza, pero hace que el trabajo sea más entretenido.

Todo el cuerpo de Evie se tensó ante aquel comentario.

—Suéltela. Ahora mismo.

Las palabras sonaron tan incongruentes que Evie levantó la cabeza de golpe, abriendo los labios con sorpresa ante la orden del príncipe y el destello en sus ojos que ahora reconocía como furia.

—Señor, creo que no lo entiende. Quizá su padre no le haya educado adecuadamente en las costumbres de…

—Atrévase a explicarme cómo debo comportarme una vez más y me aseguraré de que nunca vuelva a servir en la Guardia Valerosa, Meenka. Solo se lo pediré una vez más antes de que se me acabe la paciencia. Suéltela. Ahora.

Y la soltó. O más bien la tiró, con tanta fuerza que se dio de rodillas contra el suelo y un dolor punzante le subió por las piernas.

Ella echó la cabeza hacia atrás, examinando al hombre ahora que tenía libertad de movimiento.

—Dioses. Tiene mucha confianza en sí mismo para ser un hombre con… — Fue subiendo la mirada, observándolo detenidamente. No estaba buscando algo que criticar. A menudo, bastaba con insinuar que un hombre era menos de lo que aparentaba para cabrearlo, y Evie era muy buena tirando de ese hilo hasta que se derrumbaban bajo su cortés y alegre reprimenda—. En fin…, para un hombre como usted — concluyó con una sonrisa.

Tuvo el efecto deseado. Las fosas nasales de Meenka se dilataron y su rostro adquirió un tono rubicundo que indicaba que se había pasado. Él echó el puño hacia atrás y ella se preparó para recibir el golpe, cerrando los ojos y apartando la cara con un gesto de dolor. Pero el golpe nunca llegó.

Lo único que oyó fue el sonido de carne golpeando contra carne, eso y un ruido sordo y resonante antes de que se atreviera a abrir los ojos.

Y se alegró de haberlo hecho.

La escena que tenía ante sí no era de las que se olvidan fácilmente. El príncipe estaba desaliñado, con las venas del cuello marcadas y los músculos de la espalda rígidos mientras levantaba a Meenka y arrojaba su cuerpo inconsciente contra el suelo.

Antes de que pudiera hacer nada más, sus manos firmes pero suaves se posaron en ella para ponerla en pie. Por un momento, se limitó a contemplar la mandíbula tensa, los hermosos huecos y hendiduras de sus clavículas y sus ojos oscuros. No estaba segura de qué la impulsó a hacerlo, fue como si algo se apoderara de ella, como si su cuerpo no fuera suyo: alzó la mano y la posó en su mejilla.

La barba contra sus dedos le provocó un escalofrío que rápidamente atribuyó al miedo que se desvanecía de su interior. El

tintineo de las cadenas la sacó del ensimismamiento, al igual que la expresión desconcertada y aterrorizada del príncipe.

—Me está tocando la cara.

Ella ladeó la cabeza, sin saber cómo responder a esa afirmación tan obvia, así que se limitó a decir:

—Sí.

El príncipe arqueó una ceja.

—¿Está conforme con esa decisión?

No sabía muy bien por qué, pero la pregunta la hizo reír, y, antes de que pudiera añadir nada más, las cadenas se le cayeron de las muñecas y su magia despertó con una respuesta ardiente.

Era como si no la reconociera, su magia no atendía a nada más que al hecho de que acababa de ser liberada por el mismo hombre que había nacido para acabar con ella.

Su mirada inquisitiva se cruzó con la de él, y solo encontró en ella el reflejo de su propia sorpresa, como si él tampoco pudiera creer que lo hubiera hecho.

El ruido de los cascos reveló que otra brigada de Guardias Valerosos acudía al rescate y el sonido destrozó la frágil ilusión de paz entre ellos. El rostro del príncipe se contrajo en una mueca de disgusto, o algo parecido, cuando trastabilló hacia atrás. Alargó la mano para agarrar la de ella antes de empujarla detrás de un árbol con una brusquedad que la sorprendió después de lo gentil que había sido.

—Nos volveremos a ver. Pronto — murmuró.

La Villana no estaba segura de si aquello era una amenaza.

Aun así, se quedó detrás del árbol cuando los guardias se acercaron y preguntaron por su paradero.

Él no la miró, se limitó a apretar la mandíbula y cerrar los puños mientras los saludaba con la deferencia propia de un príncipe leal.

—Se ha escapado tras acabar con Meenka.

—¿Continuamos con la búsqueda, alteza? — preguntó una voz grave.

—No — respondió el príncipe Trystan de inmediato—. No, regresemos con el cargamento de mi padre.

Evie se tapó la boca con la mano. Porque la carga de su padre ya estaba de camino a la Mansión Masacre en poder de su Guardia Malévola. El trote de los caballos le indicó que volvía a estar sola y era libre de encaminarse a su hogar, con su botín. Pero la atracción que sentía hacia el hombre que ahora se alejaba cabalgando en dirección el castillo, mirando por encima del hombro una última vez hacia los árboles donde ella se escondía, como si no pudiera creer que realmente existiera, la dejó aturdida. Y no era para menos.

Evie salió tambaleándose, de vuelta al camino de tierra, tratando de ignorar el nudo en el pecho cuando él finalmente desapareció tras los árboles. Fue entonces cuando sintió el peso de algo en la mano. Algo que él debía de haberle pasado antes de empujarla.

Una llave.

Era blanca. Con flores moradas.

Un fuerte silbido y un aleteo la hicieron sonreír antes incluso de ver quién era.

—Ahí estás, Fergus. — Cuando levantó la vista, el gubre que había permanecido a su cuidado desde que Benedict se apoderó de la familia del animal aterrizó con un golpe sordo; sus escamas arcoíris eran una visión de lo más bienvenida tras haber estado a punto de ser capturada. Le acarició el hocico y echó un vistazo a la misteriosa cicatriz en el vientre de su querido amigo—. ¿Nos vamos a casa? — El animal dejó escapar un zumbido antes de lanzarse hacia los cielos.

Durante todo el camino hasta la Mansión Masacre, no dejó de mirar la llave blanca que sostenía en la palma de la mano.

Evie sonrió como si fuese un regalo preciado y, en su fuero interno, se moría de ganas.

Se moría de ganas de que La Villana y el príncipe Trystan se reencontraran.

El principio

DEL FIN.

HASTA QUE TODOS... NOS VOLVAMOS A ENCONTRAR.

EPÍLOGO

winnifred

Dos semanas antes de la maldición…

Winnifred deseaba pocas cosas en la vida.

Quería una cama cálida donde dormir.

Comida por la mañana, por la tarde y por la noche.

Quizá un poco de interacción humana.

Y que la trataran, si no con amabilidad, al menos con cordialidad.

Tres de los cuatro deseos eran un logro según cualquier criterio. Cuando regresó con la señora Maverine, la anciana se mostró sorprendida. Las ojeras oscuras bajo sus ojos se habían acentuado tras la muerte de su amado esposo. Arthur Maverine había estado de viaje durante gran parte del tiempo que Winnifred había trabajado en la casa de los Maverine, pero sabía que él era la fuente de amabilidad y bondad de la familia.

Parecía que, al morir, toda la benevolencia se había ido con él. La señora Maverine ahora se burlaba de lo mal que estaba puliendo la plata.

—El funeral de mi marido se convirtió en un espectáculo para mis miserables hijos. ¿Debo soportar también tu insubordinación?

Winnifred había estado demasiado distraída pensando en las personas que había conocido. En lo que podía acontecerles.

No tenía hogar. Ni familia. Ni habilidades más allá de las que Amara Maverine le había inculcado a los doce años. Su vida había sido una sucesión de errores en el trabajo, en lo social o en lo mágico.

Era experta en decir y hacer lo incorrecto. Amara Maverine no tenía reparos en recordárselo.

—Winnifred, no has empaquetado las cosas de Arthur. — Le señaló con el dedo las pilas de ropa y libros, con un enfado patente en esa mirada tan afilada.

—No, señora. No estaba segura de si quería revisarlas usted primero. Me parecía demasiado personal hacerlo por mi cuenta. Pero, si no tiene objeciones, puedo empezar ahora mismo.

Lo dijo con la timidez de un conejo. No le gustaba eso de ella, pero, cuando uno se pasa toda la vida haciéndose pequeño, ocupar espacio resulta antinatural. No ayudaba que Amara pareciera furiosa.

¿Por qué decidí volver?

Porque es lo único que sé hacer.

La madre de Winnie siempre le había explicado el valor de la lealtad, lo importante que era ser amable con todas las personas y criaturas del reino. Amara le había enseñado lecciones diferentes: no hables a menos que se dirijan a ti, no levantes la voz, no hables más de lo necesario y hazte invisible cuando no seas de utilidad.

Unas y otras se le habían quedado grabadas, pero había habido muchas noches de insomnio en las que Winnie permanecía despierta en la cama, preguntándose si esas enseñanzas la habían convertido en una cobarde y cómo demonios podía encontrar siquiera una pizca de valentía.

—Estoy harta de tus errores, Winnifred.

Winnie se mordió la lengua. No iba a servir de nada recordarle a la señora Maverine que no había tenido la *necesidad* de volver, sino que lo había hecho por obligación. Por costumbre. Y tal vez fuera horrible admitirlo así, pero Winnie se había acostumbrado a su jaula.

Aquí, al menos, se sentía a salvo. No como con toda esa gente nueva que le provocaba tantas emociones con las que no estaba

familiarizada, como la sensación de estar en un lugar lleno de personas que se querían.

Aunque ahora ya no le sonaba tan mal.

—¿Te has quedado sin lengua, Winnifred? — preguntó la señora Maverine con un desdén que le heló la piel.

—No, señora — respondió obedientemente—. Lo que pasa es que ya no sé cómo complacerla.

No había nada de atrevido en esa afirmación, pero Winnie bien podría haberle tirado vino a la cara, a juzgar por la forma en que se levantó de la silla, con los ojos en llamas.

—¡Serás desagradecida!

No vio venir el golpe, solo sintió el escozor en la mejilla cuando la palma abierta de Amara entró en contacto con su rostro.

Winnie giró bruscamente la cabeza hacia un lado y se llevó la mano a la cara, odiando el picor de las lágrimas en los ojos. Odiando que, a pesar de la ira que se le acumulaba en el interior con cada desaire, nunca se atrevía a protestar, a defenderse, a marcharse.

El destino de una cobarde.

No era la primera vez que la señora Maverine le daba una bofetada, pero sí que la acompañaba con una amenaza descarada en lugar de una excusa disfrazada de disculpa.

—Te acogí, te di de comer y un lugar seguro donde vivir. ¿Sabes cuánta gente me pagaría una fortuna por una hechicera? A pesar de tu pésimo manejo de la magia, podría haber amasado mucho dinero y aun así opté por acogerte. Para salvarte. Como un favor a tu madre.

El recuerdo del miedo desgarrador de su madre dejó a Winnie en silencio hasta que sintió que no podía respirar. Sin embargo, la ira la alimentaba, llevándola a la locura. Piedra. Habían convertido a su madre en piedra por un crimen que no había cometido. Un crimen del que era culpable la señora Maverine. La verdad la golpeó con más fuerza que la palma de Amara.

¿Qué coño estoy haciendo aquí?

Winnifred metió la mano en el bolsillo, aferrándose a un regalo que la hacía valiente, uno que no quería revelar.

—Señora Maverine, renuncio. — Las palabras fueron firmes, aunque en voz baja. No pudo reunir el tono necesario para dar a la declaración la potencia que merecía.

Pero lo había dicho. Ya estaba hecho.

Amara se giró lentamente hacia ella con aire amenazador.

—¿Que… qué?

—No debería haber vuelto — razonó Winnie—. Está claro que no me quiere aquí, así que estoy dispuesta a concederle el deseo.

Cuando quiso darse cuenta, Amara la tenía agarrada por la oreja y se quedó paralizada. Los ojos de esa mujer rebosaban cólera. Debajo de ese bonito rostro se escondía un monstruo.

—Hasta que yo te despida, no tienes permiso para salir de este lugar. Me debes mucho más en concepto de alojamiento y manutención de lo que te he pagado. Si te vas ahora, haré que los cobradores te traigan de vuelta a rastras. No te vas a ir de aquí. Nunca.

Temblaba. Estaba temblando. Incapaz de oponerse mientras Amara la lanzaba al suelo, con la oreja ardiendo.

—No… no puedo — jadeó.

La puerta se abrió de golpe.

Y allí descubrió a la última persona que Winnifred pensaba ver.

El príncipe Alexander Reymundo Kingsley entró en la casa como si fuera suya. Sus ojos dorados brillaban, y su cabello, antes largo, estaba más corto, cayéndole en mechones gruesos sobre la frente. La luz del sol que entraba le iluminaba la piel tostada y sus labios se contraían como si la escena que tenía ante sí le resultara divertida.

Ella intentó no odiarlo por ello.

—¿Alexander? — susurró Amara, retrocediendo a trompicones, con la mano sobre la boca, pronunciando su nombre como si estuviera respondiendo a un fantasma—. ¿Por qué… por qué has venido?

Winnie tenía la misma pregunta, pero estaba demasiado ocupada quedándose sin aire como para preguntarlo.

Observó impotente cómo Alexander daba varios pasos hacia delante…

Y clavaba una daga en el corazón de Amara Maverine.

Winnie se quedó estupefacta, abriendo y cerrando la boca. Todo su cuerpo se estremeció y la conmoción se apoderó de sus frías extremidades.

Alexander sacó la daga y Amara cayó al suelo, con los ojos abiertos como platos mientras la sangre encharcaba el suelo a su alrededor. Muerta. Estaba muerta.

Era un día extraño para Winnifred.

Aún más cuando el príncipe Alexander la miró, sus ojos dorados suavizándose solo un poco al saludarla con un:

—Hola, Winnifred.

¿Cuál era la respuesta adecuada para un hombre que había asesinado a su jefa delante de ella?

—Hola — respondió en voz baja con un pequeño gesto de la mano muy inapropiado.

Bueno, desde luego que eso no era lo correcto.

Pero es que aquella muerte había sido tan repentina y agresiva que apenas era capaz de comprender lo que implicaba. Poco a poco, sin embargo, lo fue asimilando. Era libre. Era libre.

Por eso se encontró ante un verdadero dilema cuando el príncipe Alexander le agarró el brazo con la delicadeza con la que se sujetaría una pluma y la ayudó a ponerse en pie, con la mirada fija en el moratón de su mejilla mientras él apretaba la mandíbula.

No estaba en absoluto preparada para lo que sucedió a continuación.

Porque el príncipe que había entrado en la casa que se había convertido en su prisión y matado sin miramientos a su jefa se volvió ahora hacia ella, más bien jovial.

—Winnifred — dijo—, ¿te gustaría tener un trabajo?

AGRADECIMIENTOS

Adversaria es un título irónico para un libro que ha sido mi aliado constante durante el último año. Esta serie siempre ha sido mi vía de escape de las dificultades que conlleva la vida cotidiana. Los horrores del día a día, por así decirlo. Sin embargo, a través de mis luchas y momentos de turbulencia, he encontrado estabilidad en un mundo de lo más caótico. Me siento constantemente honrada por los lectores que han encontrado en las páginas de mi obra lo mismo que yo: la alegría que me produce hacer lo que más me gusta.

El nivel de felicidad que me aporta es inestimable e inconmensurable, incluso en los momentos difíciles. Tal y como aprendió Evie, incluso cuando estamos luchando por sobrevivir, nuestras fortalezas salen a la luz y son capaces de encontrar lo bueno en los demás. En las cosas pequeñas y en las grandes. La felicidad puede coexistir con la tristeza; la euforia puede acompañar a la ira. La vida puede ser todo eso y lo mejor es que podemos vivirla juntos. Este libro existe gracias a ti y a un montón de personas maravillosas a las que debo dar las gracias.

A mi editora, Stacy Abrams, que escucha mis entusiastas divagaciones y las comparte con igual fervor, por ayudar a que el libro tomara la forma con la que acaba en las estanterías: muchísimas gracias. También por ayudarme con los plazos ajustados y por tu amabilidad y apoyo constantes en todos los pasos hasta la impresión. Es un placer trabajar contigo y me siento muy afortunada.

A Liz Pelletier, por ver el potencial de *Asistente del villano,* por todas las veces que me impulsaste y me hiciste creer en mí misma; eres maravillosa y te estaré eternamente agradecida.

A mi agente, Brent Taylor, y a todo el equipo de Triadus: hemos crecido juntos estos últimos años y, a pesar de todo, seguís impresionándome con vuestra consideración y atención al detalle. Por animarme a mí y a mis historias, empujándome hacia delante, y por compartir mi alegría ante la noticia del quinto libro, muchísimas gracias. A vosotros también os estaré eternamente agradecida por haber visto algo en *Asistente del villano.*

A Hannah Lindsay y Rae Swaine, ¡un equipo de ensueño! Dios mío, en cada uno de los libros en los que hemos trabajado juntas, vuestros comentarios y retoques han dado vida a la historia. Ese clic final que hace que levante las manos y diga «ME SUPERENCANTA». Por no hablar de que me hacéis reír lo suficiente como para perseverar incluso con pocas horas de sueño. Muchísimas gracias.

A la maravillosa maquetadora Britt, que hizo que *Adversaria del villano* cobrara vida ante mis ojos con una maquetación preciosa, gracias por tus toques únicos que hacen que los libros sean tan encantadores y bonitos.

¡Elizabeth Turner Stokes! Tu arte es el rostro de esta serie. Desde el principio siempre has entendido el tono de este libro y lo has plasmado a la perfección en una cubierta visual que te hace reír y suspirar. Cada cubierta tuya que veo es mejor que la anterior. ¡Es magia!

A la familia que hemos creado: Amber, Stacy, Maggie, Kaven y Samantha. Gracias por ser una fuente inagotable de alegría y risas que siempre acaba reflejándose en los personajes. Pero, sobre todo, gracias por ser mis mejores amigas. Os quiero muchísimo a todas.

Iman, mi asistente, mi cuñada, mi querida amiga, has sido un apoyo increíble para terminar este libro. Sin tu energía positiva, tus palabras de ánimo y tu genuino interés por lo que hago y por mí, no estaríamos aquí. Tú eres la razón por la que este libro ha podido llegar a la meta. ¡Gracias por todo lo que haces!

A todas mis queridas amigas que han viajado para apoyarme, que me han animado entre el público o que se han sentado a mi lado, os estoy muy agradecida por tener en mi vida a tantas mujeres

hermosas y maravillosas, todas ellas ejemplos del tipo de mujeres sobre las que quiero escribir.

A mi madre y mi padre, Mark y Jolie, gracias por ser siempre mis mayores fans, por acudir a los eventos con vuestras camisetas de Reymundo, por quedaros durante horas y horas en las firmas conmigo y saludar alegremente a los lectores a mi lado; no estaría aquí si no fuera por vuestro amor y apoyo. En todos los sentidos. Os quiero muchísimo a los dos.

Avery, Jake y Ben, sois los mejores hermanos. Gracias por darme tantas ideas con vuestras travesuras diarias. Siempre me hacéis reír y eso consigue que escribir sea infinitamente más fácil.

A mis abuelos Georgann, Richard, Jim y Rosalie: gracias por escuchar con paciencia mis divagaciones sobre las diferentes etapas del proceso de edición y por mostrar un gran interés por el mundo que tanto amo.

Ally, Katie, Amanda, Iman y Mara. Sois para mí lo mismo que las chicas de la oficina para Evie. Gracias por compartir las alegrías cotidianas con amor y cariño.

Al resto de mi familia, tan grande, tan ruidosa y tan afectuosa, y a mi familia política: todo lo que hago y todo lo que creo tiene algo de lo que he aprendido de vosotros. Por animarme cuando viajo para conocer a lectores de todo el mundo y por recibirme con grandes abrazos cuando vuelvo. Sabed que espero esos abrazos con muchas ganas. Os quiero muchísimo a todos, Makoul, Maehrer, Elias, Schilling, Seese, Weldon y Goodge Bunch (muy largo, ¿verdad? Es que no paran de casarse y tener hijos, ¿qué queréis que haga?).

A mi marido Michael, porque para cuando leas esto ya serás mi marido. Te diré todas las cosas importantes en mis votos, así que aquí solo quiero hacer constar que tú me has hecho creer que soy alguien a quien es fácil amar, tan fácil como lo es amarte a ti. Te doy las gracias por eso… y por rellenarme siempre el vaso de agua (nunca dejes de hacerlo, por favor).

Y, por último, pero no por ello menos importante, a Evie Sage. Una vez más, me has arrastrado entre patadas y gritos a través de

otra etapa difícil de la vida y, como siempre, gracias a ti, he salido de ella riendo. Qué enorme bendición es vivir a través de mis personajes, sentir lo que ellos sienten y que ellos me ayuden a sentir también.

Y a vosotros, mis lectores. Con cada libro que escribo descubro que aprendo más sobre mí misma; espero que quizá vosotros también salgáis de *Adversaria* habiendo aprendido algo sobre vosotros mismos. Gracias por leer mis historias, por venir a las firmas de libros, por ser la razón por la que puedo hacer esto. Por poder estar con los personajes que amo cada día. Cuando pensé en cómo quería cerrar la serie, todo se redujo a un solo camino, a una sola forma de decir adiós. Gracias por acompañarme en una aventura más. Espero que *Adversaria del villano* sirva de recordatorio: el futuro aún no ha sucedido y el momento que tienes ante ti siempre es tuyo. Aprovéchalo, aférrate a él y vívelo con amor.

Título original: *Adversary to the Villain*

Edición en formato digital: octubre de 2026

Mapa de Elizabeth Turner Strokes

Copyright © 2026 by Hannah Nicole Maehrer
Edición publicada mediante acuerdo con ALLIANCE RIGHTS AGENCY
© De la traducción: Nerea Gilabert Giménez, 2026
© De esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

ISBN ebook: 979-13-88108-33-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Descubre aquí el reino de Faeris: